

TRILOGÍA DE LA FLOTA NEGRA

2

ESCUDO DE MENTIRAS

Autor: (1996) Michael P. Kube-McDowell

Título Original: Shield of lies

*A Matt, Amanda y Gwen,
con mi gratitud por su amor, apoyo y comprensión.*

*Y a todos los chicos y chicas de doce años de cualquier tiempo y lugar
que, como yo,
creyeron que algún día viajarían por el espacio,
y muy especialmente para quienes llegaron a hacerlo,
y para aquellos que siguen creyendo que algún día lo harán.*

Agradecimientos

El universo de LA GUERRA DE LAS GALAXIAS se ha expandido y enriquecido tan enormemente durante los años transcurridos desde que se estrenó *El retorno del Jedi* que ni siquiera quienes obramos impulsados por la mejor de las intenciones podemos albergar la esperanza de llegar a dominar todos sus detalles sin ayuda.

En consecuencia, agradezco el apoyo que me han prestado muchos escritores y fans desde la creciente comunidad electrónica de LA GUERRA DE LAS GALAXIAS —en Genie, CompuServe e Internet— que se tomaron la molestia de responder (e incluso llegaron a hacer investigaciones por su cuenta) a mis preguntas. En particular, Kevin J. Anderson, Roger MacBride Allen, Matt Hart, Robert A. Cashman, Laurie Burns, Jim Fisher, Cathy Bowden, Tim O'Brien, Wm. Paul Sudlow y Steve Ozmanski añadieron por lo menos una página de hechos muy útiles cada uno a mi archivo de referencias.

Otras referencias inapreciables incluyen *A Guide to the Star Wars Universe*, de Bill Slavicsek, *Star Wars Technical Journal*, de Shane Johnson, la investigación planetaria de Dan Wallace y las distintas cronologías, léxicos y concordancias que me proporcionaron Sue Rostoni, de Lucasfilm Ltd., y Tom Dupree, de Bantam.

Una vez más, he contraído una gran deuda de gratitud con mi familia y primeros lectores, todos los cuales hicieron considerables sacrificios para que pudiera dedicar mi tiempo y atención a este proyecto. Sin Gwen, Matt, Amanda, Arlyn y Rod ayudándome y contribuyendo a mis esfuerzos, este libro todavía no estaría terminado, y mi director de publicaciones y mi agente tendrían todavía más canas de las que ya les han salido por mi culpa.

Finalmente, sigo queriendo expresar mi gratitud a George Lucas por haberme dado la oportunidad de añadir unas cuantas páginas a la saga en continua expansión del universo de LA GUERRA DE LAS GALAXIAS. Poder desempeñar la función de historiador *de facto* contando el proceso de desarrollo y maduración de la Nueva República y añadiendo nuevos capítulos a las biografías de algunas de sus figuras más legendarias ha sido tanto un placer como un privilegio.

6 de febrero de 1996 *Okemos, Michigan*

Lista de personajes

En Coruscant, capital de la Nueva República:

Princesa Leia Organa Solo, presidenta del Senado y jefe de Estado de la Nueva República

Alóle, ayudante de Leia

General Han Solo, en excedencia del servicio regular

Almirante Hiram Drayson, jefe de Alfa Azul

General Carlist Rieekan, director del Servicio de Inteligencia de la Nueva República

Primer Administrador Nanaod Engh, director administrativo de la Nueva República

Senador Behn-kihl-nahm, presidente del Consejo de Defensa y amigo y mentor de Leia

Senador Tolik Yar de Oolidi

Senador Tig Peramis de Walalla

Senador Cion Marook de Hrasskis

Ayddar Nylykerka, jefe de analistas del Departamento de Seguimiento de Recursos, Inteligencia de la Flota

Plat Mallar, único superviviente de la incursión yevethana contra Polneye

Belezaboth Ourn, cónsul extraordinario de Paqwepori

Con el Quinto Grupo de Combate de la Flota de Defensa de la Nueva República, en el Sector de Farlax:

General Etahn Ábaht, comandante de la Flota

Capitán Morano, comandante del *Intrépido*, navío insignia de la Quinta Flota

Esege «Tuke» Tuketu, piloto de un bombardero ala-K

Con la Fuerza Especial de Telkjon:

General Lando Calrissian, agregado de la Flota a la expedición **Lobot**, administrador en jefe de la Ciudad de las Nubes, de vacaciones

Cetrespeó, androide de protocolo **Erredós**, androide astromecánico **Coronel Pakkpekatt**. Comandante de la expedición, Inteligencia de la Nueva República **Capitán Bijo Hainmax**, comandante del grupo de incursión

En N'zoth, mundo-cuna de los yevethanos, en el Cúmulo de Koornacht,

Sector de Farlax:

Nil Spaar, virrey del Protectorado Yevethano

Eri Palle, ayudante personal de Nil Spaar

Vor Duull. Guardián de información científica del virrey

Viajando por el espacio en el esquife Babosa del Fango después de haber partido de Lucazec:

Luke Skywalker, un Maestro Jedi

Akanah, una adepta de la Corriente Blanca

En Kashyyyk, mundo natal de los wookies:

Chewbacca, asistiendo a la ceremonia de mayoría de edad de su hijo Lumpawarump

Primera parte

Lando

El Vagabundo de Telkjon había reanudado su veloz huida..., pero esta vez llevaba unos cuantos polizones a bordo.

—¿El hiperespacio? —repitió Cetrespeó en un tono lleno de consternación mientras hacía desesperados esfuerzos para incorporarse. El androide de protocolo y Lobot, Erredós y el trineo del equipo habían acabado amontonados en un rincón de la escotilla del Vagabundo, una cámara que se había convertido repentinamente en una prisión capaz de viajar por el espacio—. Debe de estar equivocado, amo Lobot.

—No —dijo Lobot, apartando una temblorosa pierna dorada de su conector facial—. Todas mis conexiones de datos se interrumpieron de repente en el mismo instante, y exactamente de la manera que asocio con un salto hiperespacial.

—También hubo un cambio de curso durante la aceleración —dijo Lando desde el rincón opuesto de la escotilla mientras flexionaba su mano derecha, que carecía de la protección del guante, en un intento de expulsar aquel frío que le roía los huesos de sus cada vez más doloridos dedos.

—¡Amo Lando! —exclamó Cetrespeó con su voz más quejumbrosa—. ¿No puede detener esta nave?

—No tengo ni idea de cómo funcionan los motores de esta nave, Cetrespeó, pero no he sido yo quien los ha puesto en marcha —replicó secamente Lando.

—Con todos los respetos, amo Lando, no cabe duda de que sí lo hizo —dijo Cetrespeó—. Le ruego que tenga la bondad de volver a meter la mano en ese agujero y deshacer lo que sea que haya hecho, y lo más deprisa posible. Estoy seguro de que al coronel Pakkpekatt no le va a gustar nada que salgamos huyendo con su navío estelar.

—En estos momentos el coronel Pakkpekatt probablemente está muy ocupado inventando nuevas palabras en hortek —dijo Lando—. Pero por lo menos, y a diferencia de nosotros, se encuentra a bordo de una nave que puede controlar. ¿Estáis enteros? ¿Lobot? ¿Erredós?

El pequeño androide astromecánico emergió de la confusión de cuerpos y emitió un corto trino electrónico.

—Erredós informa que todos sus sistemas se hallan en condiciones de funcionar —tradujo Cetrespeó.

—Estoy ileso, Lando —dijo Lobot—. Mi traje absorbió el impacto cuando choqué con el trineo del equipo. Pero todas mis conexiones de datos siguen cortadas, y la sensación general de desorientación resulta bastante desagradable.

Lando asintió.

—¿Puedes ayudar a Lobot a establecer una conexión de salida, Erredós? —preguntó.

El androide giró en el aire con ayuda de sus micro toberas, y emitió un estridente y nada agradable canturreo.

—No seas grosero —le riñó Cetrespeó.

—Eh, ¿qué le pasa?

—Erredós dice que prefiere preservar la intimidad de sus sistemas, amo Lando.

—Oh, claro. Bueno, Erredós, a mí tampoco me gustan los télépatas —dijo Lando—. Pero te aseguro que ahora me encantaría poder enviarle un mensaje mental al coronel. Permite que Lobot acceda a tu archivo de acontecimientos, ¿de acuerdo? Puede que haya registrado algo que nos permita entender qué ha ocurrido. ¿Alguien ha visto mi guante derecho?

Lobot se estaba agarrando al trineo del equipo con una mano.

—Me parece que tu guante salió despedido al espacio durante la descompresión.

—Estupendo. —Lando echó un vistazo a su mano, que se estaba empezando a poner de color púrpura, y examinó la gruesa banda hinchada del sello que rodeaba su muñeca y estaba manteniendo la estanqueidad de su traje—. ¿Qué presión atmosférica tenemos aquí dentro en estos momentos?

—Seiscientos cuarenta milibares —respondió Lobot—. El proceso de represurización se inició justo después de que la entrada volviera a quedar sellada.

—¿Represurización? Eh, eso es interesante. ¿Y de dónde sale el aire? —Lando estiró el

cuello y contempló la lisa desnudez de los mamparos—. A ver si puedes encontrar los conductos, Erredós.

El androide acusó recibo de la orden con un pitido y subió hacia el techo para iniciar un lento recorrido de los mamparos, manteniéndose lo más cerca posible de ellos.

—Bien, voy a explicaros cómo veo yo la situación —dijo Lando—. Hemos dejado de ser unos huéspedes a los que se había invitado, y ya no somos bienvenidos a bordo. El Vagabundo se ha quitado de encima el *Dama Afortunada*, y además ha intentado expulsarnos al espacio abriendo la escotilla del compartimiento. Si no hubiera estado tratando de huir de la flotilla de Pakkpekatt al mismo tiempo, probablemente lo habría conseguido.

—Lo cual nos plantea una pregunta —dijo Lobot—. ¿Por qué el Vagabundo ha interpretado nuestra presencia a bordo de una manera tan errónea?

—Te escucho.

—Yo diría que se trata de un claro error. Dos rutinas de defensa fueron activadas sin que se tomara en consideración el efecto combinado que producirían. La represurización de este compartimiento parece ser otra inconsistencia.

—¿Tienes alguna explicación?

—Estos acontecimientos me sugieren que o la nave se encuentra bajo el control de unos sistemas de inteligencia limitada, o que se encuentra bajo el control de unos seres de inteligencia limitada. En este momento —se apresuró a añadir al ver la cara que estaba poniendo Lando—, no resulta posible distinguir entre esas dos posibilidades.

—Si logramos averiguar cuál de esas dos posibilidades es la buena, entonces quizá sepamos algo que nos ayude a salir de este lío —dijo Lando—. De una cosa sí estoy seguro, Lobot: esa escotilla se cerró debido al salto, y no para hacernos ningún favor. Te repito que no somos bienvenidos a bordo. Y si no hemos salido de este compartimiento cuando el Vagabundo vuelva al espacio real, creo que lo pasaremos bastante mal.

—Estoy seguro de que el coronel Pakkpekatt y la armada estarán persiguiendo el Vagabundo, amo Lando —dijo Cetrespeó—. Cuanto más pronto salgamos del hiperespacio, más pronto podrán rescatarnos.

—Sí, yo también estoy seguro de que nos buscarán —dijo Lando—. Pero ya no estoy tan seguro de que consigan encontrarnos, ¿comprendes? Podríamos salir del hiperespacio a cinco años luz de donde estábamos, o a cincuenta, o a quinientos. Y las tácticas evasivas normales prescriben un cambio de curso inmediato, y dar otro salto después de que hayas cambiado el curso. En cuanto eso haya ocurrido... Bueno, será como estar jugando al escondite con los ewoks en Endor.

—Pero amo Lando... Tiene que haber alguna manera de que puedan rescatarnos. No irán a abandonarnos, ¿verdad? Si no vienen a rescatarnos, todos estaremos condenados a perecer como prisioneros, perdidos en el espacio...

—No podemos permitirnos el lujo de esperar a que lleguen, Cetrespeó —dijo Lando, golpeando suavemente el visor de su casco con las puntas de los dedos para recordarle el porqué—. El cronómetro ya está funcionando. Lobot y yo podríamos estar muertos antes de que esta nave decida salir del hiperespacio, y ésa es la razón por la que debemos actuar de inmediato. A menos que demos con alguna manera de ayudarles a encontrarnos, no podemos contar con recibir ninguna ayuda de la armada. Hasta entonces, tendremos que confiar en nuestros propios recursos.

Cetrespeó alzó tanto los brazos como la voz.

—¡Pedimos disculpas! —le gritó a la nave—. No pretendíamos causar ningún daño. Oh, por favor, le ruego que me crea cuando le...

—Cierra el pico, Cetrespeó.

—Sí, señor.

—Lando... —dijo Lobot.

—¿Qué?

—Me parece que vale la pena intentarlo —dijo Lobot—. Alguien podría estar escuchando.

Lando frunció el ceño.

—En lo que concierne a esta nave, somos una pandilla de piratas, atracadores, ladrones de tumbas o quizá algo todavía peor. No hay muchas probabilidades de que decidan olvidarse de eso sólo porque de pronto empezamos a comportarnos más educadamente después de haber echado abajo la puerta principal.

—La probabilidad de éxito tal vez sea baja —replicó Lobot—, pero el lenguaje diplomático es la herramienta que Cetrespeó sabe manejar mejor. Y una disculpa quizá acabe resultando ser la llave que abrirá la siguiente puerta.

Lando dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, Cetrespeó —dijo, dándole permiso para intentarlo con un gesto de su mano enguantada—. Pero... Con un poquito de dignidad, por favor.

—Por supuesto, amo Lando —dijo el androide, poniéndose a la defensiva de una manera casi imperceptible—. He sido programado para comportarme de la manera más digna y educada posible en todo momento. Vaya, pero si ése es uno de los principios fundamentales de la etiqueta y el protocolo...

—Claro, claro —dijo secamente Lando, interrumpiéndole—. Ahora hazlo, ¿entendido? No tenemos ni idea de cuánto tiempo nos queda. Utiliza el canal secundario de comunicaciones para que Lobot y yo podamos seguir oyéndonos el uno al otro.

—Muy bien, amo Lando —dijo Cetrespeó, y después pareció sumirse en un silencio pensativo.

—¿Dispones de acceso al archivo de acontecimientos de Erredós, Lobot?

—Sí, Lando.

—Pues a ver si puedes averiguar cuál es nuestro nuevo rumbo a partir de las lecturas giroscópicas y acelerométricas inmediatamente anteriores al salto. Con eso y la base de datos astrográfica de Erredós, quizá podamos hacernos una idea de cuánto tiempo nos queda...

El hurón de la Nueva República IX-26 salió del hiperespacio lo bastante cerca de su destino para que el planeta llenara la mayor parte de la pantalla delantera.

—Comprueba las coordenadas —dijo Kroddok Stopa mientras fruncía el ceño—. Referencia absoluta.

—La respuesta del astrogador es... cuarenta y nueve, uno-nueve-seis y dos-cero-uno. —El piloto hizo girar la rueda del índice de bitácora con un rápido barrido de la palma de su mano—. Sí, son las cifras que me diste.

—Esos números proceden directamente de la Tercera Exploración General —dijo Stopa, y señaló la pantalla de astrogación con un dedo—. Pero si estoy leyendo correctamente los datos que aparecen en tu tablero, nos está diciendo que ese planeta es Maltha Obex. Eso es un nombre tobekiano.

El piloto volvió la cabeza hacia el astrogador.

—Maltha Obex... Sí, está muy claro.

Stopa, jefe de expedición de la misión enviada a Qella por el Instituto Obroano, meneó la cabeza mientras estudiaba los datos que les estaban suministrando los sensores del IX-26.

—Oh, por todas las estrellas... ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el piloto, alzando la mirada hacia la pantalla—. ¿A qué viene eso, Stopa? Ese planeta tiene el mismo aspecto que otras diez mil bolas de hielo.

Josala Krenn, la otra mitad de la expedición obroana, se levantó de su consola de control y fue hacia ellos.

—Precisamente se trata de eso —dijo—. Según los informes de la misión enviada por la Tercera EG, el clima de este planeta era relativamente suave. Qella tenía siete millones de habitantes y un ecosistema primario que fue clasificado, de manera provisional, en el índice dos de complejidad.

—Bueno, pues será que hemos llegado después de que se acabara el verano —dijo secamente el piloto mientras meneaba la cabeza.

—Eso no supone ninguna sorpresa para nosotros —dijo Stopa—.

Cuando la misión de contacto de la Tercera EG llegó aquí, se encontraron con que una tercera parte de la masa terrestre estaba cubierta por glaciares.

Stopa se calló que el equipo de contacto también se había encontrado con un planeta muerto y con las ruinas de la civilización de los qellas.

—Cuando llegaron los tobeks, debieron de pensar que este mundo no tenía dueño y lo bautizaron con un nombre que indicara a qué raza pertenecía —dijo Josala.

—¿Y qué importa cómo se llame? Estamos en el sitio al que queráis ir, ¿verdad? ¿Qué es lo que se me está pasando por alto?

—El último contacto de la Tercera EG tuvo lugar hace ciento cincuenta y ocho años —dijo Stopa—. El planeta ya debería haber iniciado su proceso de recuperación.

—Sigo sin ver dónde está el problema.

—Oh, te aseguro que puedes verlo —dijo Josala—. De hecho, el problema es justamente lo único que podemos ver. El problema es el hielo.

—Oye, ¿qué te parece si me das otra oportunidad de aprobar este examen?

Josala suspiró.

—¿Dónde nos recogiste? —preguntó.

—En Babali —respondió el piloto—. Eh, un momento... ¿No disponéis de taladros para el hielo? Y protección contra la nieve, y trajes térmicos...

—Babali es un yacimiento arqueológico de clima tropical. No sé a qué puede deberse, pero la lista de equipo no incluía los taladros para el hielo —dijo Josala en un tono bastante sarcástico—. Nuestro deslizador de exploración ni siquiera está preparado para enfrentarse a este tipo de clima.

El piloto dejó escapar un silbido de simpatía.

—Ahora ya entiendo cuál es el problema. Pero entonces... Bueno, ¿por qué os han enviado a vosotros?

—Éramos la mejor solución para una ecuación de dos variables: el equipo bioarqueológico más cercano, y el medio de transporte más rápido disponible —dijo Josala.

—Puede que la situación no sea tan grave como parece a primera vista —dijo Stopa con expresión pensativa—. Nos han enviado aquí para obtener muestras biológicas, y podemos estar prácticamente seguros de que la glaciación se habrá encargado de que haya buenas muestras que obtener.

—A menos que lo que provocó todo este extraño episodio climatológico fuera una guerra sucia..., librada con bombas incendiarias o armas de irradiación superficial —observó Josala.

—No queda mucha atmósfera, pero puedo soltar una sonda para que husmee por ahí y recoja una muestra —dijo el piloto—. Eso debería permitirnos confirmar o descartar rápidamente la hipótesis de la guerra.

—No —dijo Stopa—. Coloca la nave en una órbita cartográfica. Vayamos a echar un vistazo al otro lado del planeta. Sólo necesitamos un sitio en el que podamos bajar para recoger unos cuantos gramos de material. Podría haber un campo geotérmico, o alguna otra clase de punto caliente..., una corriente de aire caliente surgida de alguna falla muy profunda, quizá, que haya mantenido libre de hielo una porción de la costa. En ese caso, seguramente los qellas huirían a ese sitio antes del fin.

—Supongo que no esperarás encontrar ningún superviviente, ¿verdad? Echa un vistazo a las lecturas de la temperatura superficial.

—No, no espero encontrar ningún superviviente —replicó Stopa—. Pero me conformaría con encontrar un solo cadáver que no esté enterrado debajo de trescientos metros de hielo.

—Bien, pues adelante con esa órbita cartográfica —dijo el piloto, alargando las manos hacia los controles—. Maltha Obex, allá vamos.

—Qella —le corrigió Josala en voz baja y suave—. Si no queda ni un solo trocito de planeta que todavía pertenezca a los qellas, los tipos que nos han enviado aquí se van a llevar una gran desilusión.

Una vez examinado desde la distancia más reducida de una órbita cartográfica estándar, el rostro de Qella siguió siendo tan poco invitador como antes. La superficie estaba recubierta por una capa de hielo de hasta un kilómetro de grosor, mientras que los océanos, que se habían encogido considerablemente a pesar de que eran demasiado salados para congelarse, estaban llenos de enormes témpanos y grandes láminas de hielo.

—Bueno, ahí lo tenemos —dijo Stopa, estudiando los datos obtenidos durante la última pasada—. Algunos qellas pudieron haber tratado de sobrevivir en el hielo... Tal vez tengamos suerte y encontremos sus restos a sólo cincuenta o cien metros de profundidad. Podemos empezar a trabajar basándonos en esa hipótesis mientras esperamos refuerzos. Pero tenemos que suponer lo peor, y pedir ayuda.

—Quizá podamos conseguir que nos envíen al equipo del doctor Eckel —dijo Josala—. Se suponía que a estas alturas ya debían haber terminado las excavaciones en Hoth.

—Podemos intentarlo —dijo Stopa—. Abre un canal de comunicación hiperespacial con el Instituto Obroano.

—Preparado —dijo el piloto.

—Aquí el doctor Kroddok Stopa, código de verificación alfa-efe-cuatro-cuatro-dos. Quiero hablar con Suministros y Envíos.

—Hecho. Adelante, doctor.

—Necesito con la máxima urgencia posible equipo adicional y personal para la misión que estoy desempeñando actualmente. —Stopa recitó rápidamente la lista que había redactado—. ¿Lo ha anotado todo?

—Aquí Suministros. Sí, lo tengo todo anotado. Empezaremos a trabajar inmediatamente para enviárselo lo antes posible.

—También necesitaremos un equipo de técnicos especializados en trabajos a bajas temperaturas. ¿Sabe si el doctor Eckel y los técnicos que fueron a Hoth con él están disponibles?

—Enviarón el informe de rutina ayer, mas no sé cuál es su situación actual —dijo el encargado de la centralita—. Pero transmitiré su petición al comité ahora mismo, y le conseguiré una respuesta enseguida.

—Suponiendo que estén disponibles, ¿cuándo creen que podemos verlos llegar con el material que necesitamos?

—Si podemos acelerar un poco el reaprovisionamiento del *Abismos de Penga* y tener a su equipo de técnicos y el material a bordo hacia la medianoche... Bueno, yo diría que entonces tendrían que esperar unos dieciséis días estándar. Añada una hora-por-hora en el caso de que haya cualquier retraso en el despegue.

—¿Hay disponible alguna nave más rápida que el *Abismos de Penga*?

—No en la flotilla del Instituto. Lo siento, doctor.

—Explore otras opciones —dijo secamente Stopa—. Esto tiene máxima prioridad. Stopa, corto y cierro. —Movi6 una mano para indicar al piloto que podía desactivar la conexión—. Ahora será mejor que me pongas con Krenjsh, de la Inteligencia de la Nueva República. Debo informarles de que vamos a tardar un poco más de lo previsto en proporcionarles la información que querían obtener.

El cuarteto atrapado en el compartimiento del Vagabundo apenas hablaba. Todo el mundo tenía un trabajo que hacer.

Erred6s estaba buscando los agujeros por los que entraban los gases atmosféricos, mientras que Cetrespe6 dirigi6a sus súplicas a los dueños y señores del Vagabundo. Lobot analizaba los datos astrográficos y acelerométricos mientras llevaba a cabo un inventario del equipo amontonado encima del trineo. Lando, por su parte, volvió a concentrar su atención en el asa de control de la esquina del compartimiento para averiguar si estaba dispuesta a reaccionar de alguna manera ante su presencia.

El asa result6 ser imposible de mover, y el mero roce de los dedos de Lando no provoc6 ninguna respuesta detectable por parte de la nave. Pero gracias a sus esfuerzos, Lando acab6 dándose cuenta de que su mano estaba hinchada, rígida y bastante dolorida, y enseguida comprendió que la presión ejercida por el sello de la muñeca estaba agravando los daños causados por la descompresión.

—¿Tenemos alguna bolsa de muestras? —pregunt6, volviendo al sitio en el que estaban flotando Lobot y el trineo del equipo.

—Sí, seis pequeñas, seis grandes y dos cápsulas para formar láminas de gel moldeable.

—Y esas bolsas tienen cierres herméticos de auto sellado, ¿no?

—Sí, Lando. —Lobot guard6 silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Lo siento, pero no dispongo de más información. ¿Saben los amnésicos que hay cosas que no pueden recordar? En ese caso, ahora puedo hacerme una idea de lo que se siente al tener amnesia. Lo que sé hacer mejor es establecer conexiones y examinar el torrente de datos en busca de información. Aparte de eso, parece que no sé hacer muchas cosas más.

—Será mejor que dejes el auto examen para otro momento —dijo Lando—. Coge una de esas bolsas de muestras pequeñas y vamos a ver si podemos improvisar un mit6n para taparme la mano.

No necesitaron mucho tiempo para lograr dejar adherida la boca de la bolsa de muestras al traje por encima del sello de la muñeca para que sustituyera al guante perdido. Después Lando fue ejerciendo presión sobre los remaches de cierre hasta que consigui6 aflojar el sello de la muñeca. La hinchaz6n de sus dedos empez6 a disminuir casi de inmediato.

—No sé si la bolsa o el adhesivo ser6n capaces de aguantar otra despresurizaci6n —dijo Lobot.

—No cuento con que puedan aguantarla —replic6 Lando—. Me conformo con no perder ning6n recurso consumible..., o el uso de mi mano. Nuestra situaci6n ya es lo bastante difícil sin necesidad de que la agravemos. ¿Has conseguido sacar algo en claro de los datos de Erred6s?

—Creo que he logrado calcular cuál era nuestro rumbo antes del salto con un margen de error de más menos medio grado —dijo Lobot, y recit6 las cifras—. Pido disculpas por la imprecisi6n.

—Eso nos colocaría en un curso hacia el Sector Uno-Cinco-Uno —dijo Lando.

—Sí. El límite se encuentra a ocho años luz de nuestra posici6n original.

—¿Hay alguien en el Cincuenta y uno que pueda estar en condiciones de ayudarnos?

—Lo siento —dijo Lobot—. Erredós sólo puede proporcionar datos de navegación. No disponemos de ningún dato geopolítico o sociológico.

Lando asintió

—Deja de disculparte por lo que no estás en condiciones de proporcionarme, ¿de acuerdo? No podemos perder ni un segundo. ¿Qué parte de ese camino está despejada?

—La imprecisión en el curso se va volviendo más significativa a medida que nos alejamos de su inicio, por supuesto —dijo Lobot—. El cuerpo más cercano que se encuentra lo suficientemente cerca de la parte central de la trayectoria de vuelo y tiene una sombra gravitatoria lo bastante grande para obligar a una nave a salir del hiperespacio está a cuarenta y uno coma cincuenta y tres años luz de distancia.

Lando frunció el ceño.

—Eso no me sirve de mucho. Vamos a darle la vuelta a la pregunta... ¿Qué distancia hay hasta el punto de esta trayectoria de vuelo que se encuentra más alejado de todo lo demás?

Lobot cerró los ojos y se concentró. Pero la respuesta llegó de Erredós, y lo hizo bajo la forma de una larga serie de pitidos y trinos electrónicos.

—Lobot dice que quedan por recorrer doce coma nueve años luz antes de que esta nave entre en la región más aislada de la trayectoria de vuelo —tradujo Cetrespeó—. Cuando lleguemos a ese punto de la trayectoria, no habrá ningún cuerpo cartografiado más grande que un cometa de clase cinco dentro de un radio de casi nueve años luz en cualquier dirección.

—Parece un buen sitio para hacer un cambio de rumbo —dijo Lando—, y además queda lo bastante lejos para que dispongamos de un poco de tiempo y podamos hacer algo.

—Pero no sabemos qué velocidad puede alcanzar esta nave dentro del hiperespacio —observó Lobot—. Esa región podría estar a doce horas de viaje, o a ocho, o a seis..., o incluso menos. El límite superior convencional para la velocidad alcanzable en el hiperespacio podría ser de una naturaleza más tecnológica que teórica. Y también hay algo más...

—¿Qué?

—Si esa sombra gravitatoria que se encuentra a cuarenta y un años luz de aquí no nos obliga a salir del hiperespacio, cuando la hayamos dejado atrás estaremos siguiendo una trayectoria directa hacia la frontera de la Nueva República, en la dirección general de Phracas, en el Núcleo.

—Más razón para no quedarnos cruzados de brazos esperando a que ocurra algo —replicó Lando—. ¿Qué has averiguado, Erredós?

Erredós emitió un pitido que Cetrespeó se encargó de traducir.

—Erredós dice que no hay ningún orificio que permita la entrada de atmósfera en la cámara, amo Lando.

—¿Cómo? Bueno, pero entonces... ¿Cómo se las han arreglado para represurizar la cámara?

—Según Erredós, los gases atmosféricos están atravesando los mamparos molécula a molécula. Dice que la mayor parte de la superficie del compartimiento está tomando parte en ese proceso.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que esos mamparos son porosos?

Erredós respondió con un breve canturreo, y Cetrespeó le dio la respuesta que había pedido.

—No, amo Lando. Erredós dice que las moléculas de gas sencillamente aparecen en la superficie.

—Qué curioso... —murmuró Lobot—. Me pregunto si los mamparos podrían estar produciendo esos gases atmosféricos.

—¿Hay alguna zona que parezca estar más involucrada en ese proceso que el resto, Erredós? —preguntó Lando.

El pequeño androide se impulsó hasta el centro de la cámara con los chorros de sus toberas e iluminó una banda que se extendía a través del mamparo interior con un haz de luz anaranjada emitido por su proyector holográfico.

—Entendido. Y ahora infórmame de tus progresos, Cetrespeó.

El androide dorado ladeó la cabeza.

—Señor, hasta el momento he intentado comunicarme con los dueños de esta nave en once mil cuatrocientos sesenta y tres lenguajes y he ofrecido nuestras más humildes disculpas y solicitado ayuda en todos ellos. No se ha producido réplica alguna en ninguna de las bandas que soy capaz de detectar.

—Y esos seis millones de lenguajes tuyos... ¿No incluirán por casualidad el qella?

—Desgraciadamente no, amo Lando.

—¿Dispones de alguna información, sea de la clase que sea, sobre el lenguaje de los qellas? Quizá está relacionado con algún otro lenguaje que sí dominas con tu habitual fluidez..., de la misma manera en que si conoces el torrockano puedes moverte sin demasiados problemas por Thobek o Wehttam.

—Lo siento, amo Lando. No dispongo del más mínimo dato al respecto.

—¿Y qué me dices de usar un criterio geográfico?

—Señor, ése es uno de los procedimientos estándar de primer contacto cuando se intenta establecer contacto con lenguajes regionales en aquellos casos en los que la lengua nativa es desconocida —dijo Cetrespeó, casi con una sombra de indignación en la voz—. Empecé con los ochocientos setenta y tres lenguajes hablados en el sector donde se encuentra Qella, y después seguí con los tres mil doscientos siete lenguajes que tienen conexiones directas con esas familias lingüísticas.

—¿Y ahora te estás limitando a ir desde la A hasta la Z con los demás?

—Continúo con el proceso guiándome por el criterio de proximidad astrográfica.

—¿Cuánto tardarás en haber probado suerte con todos los lenguajes?

—Un momento, amo Lando... Eh... Sí. Reduciendo el tiempo de espera al mínimo especificado por mis protocolos, podré completar la serie inicial en cuatro coma dos días estándar.

—Ya... Más o menos lo que me imaginaba, ¿eh? —dijo Lando—. Saca el desintegrador industrial del trineo del equipo, Lobot. Vamos a tener que fabricarnos nuestra propia puerta.

El almirante Hiram Drayson estaba sentado sobre el borde de su escritorio y estudiaba con expresión sombría el informe de contacto definitivo que el coronel Pakkpekatt había enviado desde Gmar Askelon.

Las grabaciones de los navíos localizadores eran tan espectaculares como alarmantes. Unos instantes antes de que el Vagabundo iniciara su veloz huida, un anillo formado por seis protuberancias redondeadas —Drayson pensó que serían nódulos acumuladores o irradiadores de haz— había aparecido en el extremo delantero de la nave. Una cegadora luz azulada empezó a bailotear sobre la proa.

Unos instantes después, dos haces gemelos de energía surgieron de dos de los nódulos y surcaron velozmente el vacío espacial entre el Vagabundo y el *Dama Afortunada*, separándolos en una fracción de segundo. Otro par de haces brotó de otros dos nódulos, acuchilló el espacio y se abrió paso a través del generador del campo de interdicción instalado en la quilla del *Kauri*. El estallido del generador, que estaba cargado hasta el máximo de su capacidad, destruyó el compartimiento energético del *Kauri* y dejó la nave envuelta en llamas y varada en el espacio.

El Vagabundo empezó a moverse en cuanto el *Kauri* hubo quedado neutralizado, ejecutando un rápido viraje para alejarse del *Dama Afortunada* y acelerando a toda velocidad para dejar atrás la posición ocupada por el navío generador incapacitado sin que los interdictores restantes, que se encontraban demasiado lejos, pudieran hacer nada para impedirse. La huida terminó con el Vagabundo desvaneciéndose en el centro de un cono hiperespacial cuando sólo habían transcurrido cuarenta y dos segundos desde su comienzo.

El balance final del intento de contacto era el siguiente:

Un hurón robotizado destruido.

Un navío generador totalmente incapacitado y abandonado con un total de veintiséis bajas, entre las que había seis muertos debido a la destrucción del compartimiento energético.

Un yate recuperado y devuelto a un punto de atraque en el casco del *Glorioso*, intacto salvo por leves daños en la escotilla primaria.

Un abordaje del objetivo llevado a cabo con éxito.

Un intento de huida coronado por el éxito llevado a cabo por el objetivo.

Una armada expedicionaria dispersa por el espacio, con cuatro naves persiguiendo el objetivo y las demás ejerciendo funciones de ambulancia o de vehículo de recogida de restos y limpieza.

Y un guante de uno de los trajes usados por el equipo de contacto —un guante de la mano derecha y de la talla de Lando, para ser exactos— encontrado entre los restos recuperados..., y eso era lo que tenía más preocupado a Drayson.

El informe también contenía alguna información positiva. Ya no cabía ninguna duda de que el armamento del Vagabundo estaba basado en un principio de adición: la intersección de dos o más haces causaba los daños, probablemente a través de alguna clase de resonancia armónica. A menos que hubiera más nódulos de armamento ocultos en la parte central de la

nave, el Vagabundo no podría enfrentarse a más de seis objetivos al mismo tiempo. De hecho, cuatro naves repartidas en una formación lo bastante espaciada posiblemente bastarían para dejarlo indefenso.

Pero antes Pakkpekatt tendría que volver a encontrar al Vagabundo..., y la última vez esa labor había exigido dos años.

Drayson hizo aparecer un gráfico de la persecución en la pantalla y lo estudió atentamente. Tres naves estaban avanzando a toda velocidad hacia posiciones de búsqueda situadas a lo largo de la última trayectoria del Vagabundo: el *Rayo* se apostaría a diez años luz de distancia, el *Glorioso* a veinte y el *Merodeador* a treinta. El plan improvisado a toda prisa que estaban siguiendo les había encomendado la misión de lanzar boyas sensoras provistas de repetidores de hipercomunicación en esos puntos de entrada, después de lo cual tendrían que empezar a ejecutar saltos hiperespaciales muy cortos que los llevarían fuera de los límites de alcance de los sensores y que tal vez les permitirían divisar a su presa.

La precisión del plan no ocultaba sus debilidades: sus escasas probabilidades de éxito dependían de que el Vagabundo hiciera un solo salto hiperespacial no muy largo. Si hacía un primer salto corto y a continuación ejecutaba otro salto siguiendo otra trayectoria, allí donde no había ni ojos para verlo ni sensores para detectar su presencia; o si daba un primer salto de cincuenta, cien o quinientos años luz, yendo más allá de las fronteras de la Nueva República y adentrándose en el caos del Núcleo...

Drayson sabía que el coronel Pakkpekatt había enviado un mensaje urgente al Servicio de Inteligencia de la Nueva República y al Departamento de la Flota solicitando más naves antes de que el *Glorioso* hiciera su primer salto desde Gmar Askilon. También estaba casi seguro de cuál sería la respuesta que obtendría.

—La única posibilidad real que tenemos de atrapar al Vagabundo está en tus manos, Lando —murmuró Drayson—. Debes ayudarnos a encontrarle.

Pero Drayson no era el tipo de hombre capaz de abandonar a alguien a quien había metido en una situación peligrosa. Sus dedos bailotearon velozmente sobre su controlador e hicieron aparecer en la pantalla un inventario de los recursos con que Alfa Azul contaba en el Sector 151. Drayson quizá no pudiera hacer gran cosa, pero haría lo que pudiera..., y siempre había alguna manera de alterar las probabilidades a tu favor.

El Consejo de Seguridad e Inteligencia del Senado se regía por unas costumbres bastante parecidas a las de las instituciones sobre las que reinaba. No anunciaba sus reuniones, no emitía comunicados o informes públicos y se reunía únicamente en sesión cerrada en la Sala 030, un recinto meticulosamente protegido que se encontraba en las profundidades de los subsuelos del antiguo Palacio Imperial.

Los siete miembros del Consejo defendían tan celosamente el secreto que, en el dialecto del básico hablado en Coruscant, la frase «el orden del día del CSI» se había convertido en una manera de referirse a lo inalcanzable, a ese artículo imposible que jamás habría forma alguna de adquirir. Los pretendientes rechazados por su amada se entregaban a la desesperación diciendo que «tenían más posibilidades de llevarse el orden del día del CSI a casa». Los subordinados a los que se había encomendado una tarea abrumadora podían consolarse a sí mismos pensando que siempre habría podido ser peor, ya que además su superior podría haber querido un orden del día del CSI.

Incluso Drayson se había encontrado con notables dificultades cuando intentó averiguar si el CSI daría una respuesta afirmativa a la solicitud de Pakkpekatt..., y cuando por fin logró enterarse de que el

CSI había decidido celebrar una de sus sesiones, ya era demasiado tarde para que pudiera enterarse de lo que se diría en ella.

—El último tema del orden del día es la expedición de Telkjon —dijo el general Carlist Rieekan—. ¿Puedo dar por sentado que todos han recibido sus copias del informe? —Esperó unos momentos y, al no escuchar ninguna negativa, siguió hablando—. Iniciemos la discusión, por favor.

El senador Krall Praget de Edatha, presidente del CSI, se recostó en su sillón y deslizó los dedos por entre la fina capa de vello que cubría su cráneo.

—¿Qué hay que decidir? La misión fracasó, y eso es todo. Olvidémonos de ese asunto.

—Lando Calrissian y su equipo siguen a bordo del Vagabundo —le recordó afablemente Rieekan.

—¿Y qué razones tiene para pensar que siguen con vida? —preguntó Praget—. ¿Acaso cree que un capitán de navío que actuó de una manera tan firme y decidida como lo hizo el

capitán del Vagabundo cuando escapó cometería el error de no expulsar a unos intrusos con idéntico vigor?

—Es posible que hayan sido hechos prisioneros —dijo Rieekan—. Incluso es posible que lograsen evitar ser capturados.

Praget alargó una mano hacia su cuaderno de datos.

—¿Cómo explica la presencia de ese guante de un traje de contacto que los equipos de recuperación encontraron flotando en el espacio? Creo que pertenecía a Calrissian, ¿no?

—No tengo ninguna explicación —admitió Rieekan.

—General Rieekan, ¿estoy en un error, o es cierto que el guante estaba intacto y que no había ni rastro de sangre en él? —preguntó la senadora Cair Tok Noimm.

—Así es. El guante estaba intacto y no había rastros de sangre en él.

La senadora asintió.

—En tal caso, la recuperación de ese guante no me parece una razón suficiente para abandonar a esas personas a su destino.

—Bien, pues yo no tengo muy claro qué podemos hacer por ellas —dijo el senador Amanamam, que representaba a los bodas en Coruscant—. A menos que la senadora Noimm desee dirigirnos en una sesión de oración para que elevemos nuestras plegarias a la Estrella Madre...

La risa que resonó alrededor de la mesa fue bastante fría, pero su gelidez no era nada comparada con el destello helado que brilló en los ojos de Noimm.

—Hay dos vidas en juego..., y se trata de las vidas de dos valiosos amigos de la Nueva República. Le ruego que tenga la bondad de recordar que los androides también son bastante valiosos, pues jugaron un papel bastante importante en el proceso que hizo posible que llegara a existir una Nueva República. Dudo que existan androides más conocidos que esos dos..., o más queridos, si a eso vamos.

—Si esos androides son tan importantes para la Nueva República, deberían estar en un museo junto con el resto de objetos dignos de ser venerados y amados —dijo Praget en un tono bastante seco.

—¿Junto con Luke Skywalker, a quien pertenecen? —preguntó el senador Lillald—. No tengo más remedio que estar totalmente de acuerdo con Cair Tok. Le aseguro que no quiero tener que enfrentarme a las preguntas que se formularían si los cuatro miembros de ese grupo de abordaje desapareciesen durante una misión que nosotros les habíamos encomendado y no hiciéramos ningún esfuerzo para rescatarlos.

—¿Una misión que nosotros les habíamos encomendado? ¿Ha leído el informe de cómo consiguieron entrar en la nave? —preguntó el senador Amanamam—. Francamente, no creo que se pueda decir que nos estuvieran prestando ningún servicio... General, ¿tendría la bondad de explicarnos por qué el general Calrissian y los demás han acabado viéndose involucrados en todo este asunto? No recuerdo que se los mencionara en el plan de la expedición que nos presentó.

—El general Calrissian representaba a la Flota en esta misión, a petición del Departamento de la Flota —dijo Rieekan en un tono tan seco como decidido—. En cuanto a los demás, son su personal de apoyo, y al parecer formaban un equipo reunido específicamente para esta misión.

—¡Todo esto es increíblemente absurdo! —exclamó Praget, que estaba enfureciéndose por momentos—. Si quienes estuviesen a bordo del Vagabundo fueran Hammax y sus hombres, como tendría que haber ocurrido, entonces no estaríamos manteniendo esta discusión. O habrían logrado hacerse con el control de la nave, o ahora estaríamos enviando nuestras condolencias a las familias de los desaparecidos en acción.

—Senador...

—Pero Pakkpekatt permitió que esos entrometidos que no tienen nada que ver con nuestras organizaciones, esos..., esos aficionados intervinieran, y de repente se ha vuelto totalmente imposible olvidarnos de nuestras pérdidas de una manera mínimamente profesional.

Rieekan hizo un nuevo intento.

—Senador, desearía preguntarle si los informes remitidos por el coronel Pakkpekatt le han inducido a reevaluar los beneficios potenciales que podemos esperar obtener si conseguimos hacernos con la nave de los qellas.

—No, general —dijo Praget, con una sombra de impaciencia en la voz al verse manipulado de aquella manera—. Sigo estando totalmente convencido de que ese artefacto merece todo el interés que le estamos dedicando. Pero no me parece que las circunstancias justifiquen enviar una armada de clasificación Fuerza Dos para que se dedique a vagabundear por un volumen de mil años luz cúbicos en lo que muy probablemente será una empresa inútil.

—Con todas las incógnitas por resolver que hay en Farlax, estoy seguro de que podemos emplear esas naves en cosas mucho mejores que perseguir a un fantasma —dijo el senador Amanamam—. El Vagabundo volverá a aparecer.

—En ese caso, ¿se encargará de transmitir personalmente nuestras disculpas a Luke Skywalker? —preguntó la senadora Noimm con voz cortante—. ¿Se pondrá a disposición de las redes de noticias para explicarles exactamente bajo qué circunstancias desaparecieron esas personalidades tan notables?

—Si se me permite hacer una sugerencia... —empezó a decir Rieekan.

—Por supuesto —dijo Praget.

—Un traje de contacto no está diseñado para aguantar durante mucho tiempo. Sus sistemas de reciclaje son sencillos y relativamente poco eficientes. Sus recursos consumibles, si son administrados con prudencia por el portador del traje, pueden llegar a durar unas doscientas horas..., y ciertamente no más de doscientas veinte —dijo el director del Servicio de Inteligencia.

—¿Propone que nos limitemos a esperar unos cuantos días y que luego hagamos una declaración oficial diciendo que han muerto?

—No exactamente —dijo Rieekan—. Si siguen vivos, el general y su equipo se sentirán considerablemente motivados a actuar de una manera lo más drástica posible. Durante los próximos días, harán cuanto esté a su alcance para obstaculizar al máximo la huida del navío de los qellas. Así pues, me parece que la prudencia nos aconseja permitir que Pakkpekatt continúe con la búsqueda durante..., digamos que quince días más.

—Aunque no sirva para nada más, por lo menos eso serviría para disipar la carga explosiva de la acusación de que habíamos abandonado al barón Calrissian a su destino —dijo el senador Amanamam, mientras lanzaba una mirada expectante al extremo de la mesa ocupado por la senadora Noimm.

—Si realmente quieren protegerse de cualquier posible consecuencia desagradable, entonces les sugiero que den un paso más y que propongan que enviemos a Pakkpekatt las naves adicionales que ha solicitado —dijo Noimm—. De lo contrario, la búsqueda podría ser interpretada como el mero gesto simbólico que es en realidad.

—No, no, no —dijo Praget—. Pakkpekatt no va a obtener más naves. Ese maldito e incompetente espantajo hortek... Después de lo que ha hecho, se merecería comparecer ante un tribunal de revisión y ser expulsado del servicio activo. Pero supongo que tendré que conformarme con que el general encuentre un agujero lo más profundo y oscuro posible para tirarlo dentro de él en cuanto esto haya terminado.

—No pienso apoyar su petición de que le enviemos más naves —dijo Rieekan, ignorando el resto de comentarios de Praget—. Tal como yo veo la situación, ahora disponemos de ciertos recursos a bordo del objetivo. Eso cambia la ecuación táctica. No vamos a tratar de conseguir que se meta en una red interdictara, y no vamos a disparar contra él. Nos basta con encontrarlo y estar allí para recoger a nuestra gente.

—Veo que en estos momentos Pakkpekatt sólo tiene comprometidos activamente a cuatro navíos en la persecución.

—Así es —dijo Rieekan—. Por lo tanto, pienso que sería razonable que empezáramos a analizar cómo podemos reducir las dimensiones de nuestro compromiso con ese proyecto. Si tienen la bondad de echar un vistazo a la página quince, que contiene la descripción general de la misión, y se fijan en la lista de reparto de funciones entre las distintas naves...

2

—¿Habías usado un desintegrador industrial anteriormente, Lando? —preguntó Lobot en un tono lleno de preocupación.

—Montones de veces —dijo Lando, colocándose entre el mamparo interior y el trineo del equipo y removiéndose hasta encontrar una buena posición—. Pero no me pidas que te haga una lista. El estatuto de limitaciones consideraría altamente delictivas algunas de ellas. Erredós, ¿podría tener un poco más de luz aquí, justo delante de mí?

El androide dirigió su cúpula hacia el techo y avanzó un poco, dejando tras de sí diminutas nubecillas de gas surgido de sus toberas y alterando levemente el ángulo de la iluminación.

—Muy bien, Erredós. Quédate donde estás.

—Procura no hacer un corte demasiado profundo —dijo Lobot—. Puede que haya mecanismos ocultos detrás del muro...

—Erredós nos ha asegurado una y otra vez que detrás de esta parte de la pared no hay absolutamente nada. El sonograma sólo mostraba un mamparo bastante delgado y un segundo compartimiento de cinco metros de diámetro al otro lado.

—Ya lo sé. Pero una nave de este tamaño podría tener unas compuertas de desperdicios o unos conductos de combustible de cinco metros de diámetro.

—¿Sabes una cosa, Lobot? Cuando pierdes el contacto con tus bases de datos, podrías competir con Cetrespeó en un campeonato de viejecitas asustadizas y llevarte el primer premio —dijo Lando, aunque en un tono más bien afectuoso—. ¿Algún cambio, Cetrespeó?

—No, amo Lando. No ha habido ninguna respuesta a mis primeros novecientos sesenta y un mil ochocientos...

—Guarda los detalles para tus archivos, ¿de acuerdo? —le interrumpió Lando—. Lobot, Cetrespeó, ya sé que estáis ardiendo en deseos de mirar por encima de mi hombro mientras hago esto. Pero si estuviera en vuestro lugar, me colocaría de tal manera que mi traje de contacto quedara entre vosotros y el desintegrador. Si cometo un error, de esa manera tal vez seguiréis estando en condiciones de aprender algo de él.

—Si Erredós quisiera abrir una conexión a su procesador de vídeo, podría... —empezó a decir Lobot.

—Hazlo, Erredós. —Lando alzó el desintegrador industrial con la mano derecha hasta colocarlo delante de su cara, y después usó la mano izquierda para ajustar el seleccionador en la posición del grosor de un cabello y la profundidad en mínima—. Bueno, puede que este mensaje por fin acabe obteniendo una respuesta... —añadió, y activó el desintegrador.

Guiada por la mano firme y segura de Lando, la hoja de energía blancoazulada fue trazando una línea recta a lo largo de la superficie del mamparo. Pero cuando Lando apartó el desintegrador para inspeccionar su trabajo, descubrió que el haz no había dejado ninguna marca: el mamparo estaba intacto.

—Bueno, parece que he tomado demasiadas precauciones —dijo, frunciendo el ceño—. Acércame un poco más el trineo, Lobot.

Cuando hubo acabado de ajustar su posición, Lando se inclinó hacia adelante y volvió a deslizar lentamente la hoja energética del desintegrador por encima del mamparo.

—Pero qué demonios...

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Cetrespeó, muy preocupado, y se incorporó detrás de Lando para poder examinar la pared por encima de su hombro.

—Un montón de nada, eso es lo que está ocurriendo —replicó Lando sin intentar ocultar su disgusto—. Ni siquiera he conseguido ennegrecerlo.

—Creo que te equivocas, Lando —dijo Lobot—. Te ruego que vuelvas a intentarlo, y esta vez mueve el desintegrador más deprisa.

Lando hizo que el desintegrador describiera un rápido descenso a lo largo de la superficie del mamparo. El intenso resplandor de la hoja de energía dejó tras de sí una delgada línea negra, un corte limpio y recto que se cerró y se desvaneció una fracción de segundo después.

—¿Mamparos capaces de autorrepararse?

—Eso parece —dijo Lobot.

—Vaya, justo lo que necesitábamos —dijo Lando, desconectando el desintegrador industrial—. No puedo abrir una puerta para que salgamos por ella, porque no es lo suficientemente bien educada para permanecer abierta.

Lobot atrajo su atención con un suave golpecito en el casco y después señaló el desintegrador.

—¿Me dejas probar algo que se me acaba de ocurrir?

—El desintegrador es tuyo, chico.

Lando se lo entregó y se hizo a un lado, desplazándose con cautelosos tirones de las manos hasta que llegó al extremo posterior del trineo del equipo.

Lobot estudió los selectores del desintegrador industrial durante unos momentos y acabó decidiéndose por la posición de potencia perforadora media. Esta vez la hoja de energía apareció bajo la forma de un cono puntiagudo, que Lobot pegó a la pared hasta que la mitad de su longitud hubo desaparecido dentro de ella. Cuando lo apartó, había un agujero de unos pocos centímetros de diámetro en el mamparo.

El agujero empezó a cerrarse de inmediato, pero necesitó un período de tiempo perceptiblemente más largo que el corte para desvanecerse y, de hecho, permaneció abierto el tiempo suficiente para que Lobot pudiera inclinarse hasta pegar un ojo a él y echar un rápido vistazo por la brecha.

—Muy astuto, Lobot. Muy interesante. Entre uno y dos segundos, me parece —dijo Lando.

—Es justo el resultado que esperaba obtener —dijo Lobot, volviéndose hacia Lando—. Sean cuales sean los mecanismos involucrados, llenar un agujero exige transportar o sustituir una cantidad de material sustancialmente mayor que cuando sólo hay que sellar un corte.

—¿Has visto algo?

—Nada que pueda sernos de utilidad. Alguna clase de espacio abierto, tenuemente iluminado. Todo tenía un color más o menos amarillento.

—Probemos a hacer un agujero más grande —dijo Lando—. Erredós, ¿dispones de alguna clase de sensor remoto que puedas meter por el agujero?

—Nuestra lapa —sugirió Lobot—. Podríamos abrir un agujero y adherirla al otro lado del mamparo. Tanto Erredós como yo somos capaces de recibir los datos de sus sensores.

—No quiero hacer un agujero tan grande —dijo Lando—. No en esta ocasión, por lo menos... Cada vez que nos abrimos paso a través de ese mamparo, le estamos recordando a la nave que estamos aquí. No sé cuántas veces podremos morder antes de que el Vagabundo decida que debemos ser aplastados. Bueno, Erredós, ¿puedes hacerlo o no?

Erredós respondió con un pitido lleno de orgullo mientras un pequeño panel del equipo se abría en su cuerpo con un chasquido y una delgada varilla terminada en una diminuta bola plateada se extendía desde su interior.

—Oh, no sé por qué tienes que ser tan presuntuoso —le riñó Cetrespeó.

La respuesta emitida por Erredós poseía todas las características de una grosería electrónica.

—Bueno, pues yo sí estoy seguro de que el amo Lando no tiene por qué mantenerse al corriente de todos esos detalles —dijo Cetrespeó, empezando a enfadarse—. Ya no me acuerdo del tiempo que llevo soportándote, y puedo asegurarte que no me he dedicado a hacer una lista de todos los artilugios que llevas escondidos dentro de ese feo chasis de enano metálico que...

Lando dejó escapar un estridente silbido.

—Eh, pareja: dejadlo para más tarde, ¿de acuerdo? Cetrespeó, ¿hay alguna parte de lo que ha dicho Erredós que yo necesite conocer?

—Amo Lando, Erredós ha dicho que los androides astromecánicos suelen verse en la necesidad de inspeccionar sistemas situados en recintos bastante pequeños —dijo Cetrespeó en un tono francamente seco—. Al parecer cree que las unidades R2 son lo suficientemente importantes como para que ese hecho sea conocido por todos. Erredós es un androide pequeño, pero está muy orgulloso de sí mismo.

—Sí, ya... Bueno, te confieso que siempre he pensado que es una lástima que Erredós no posea tu modestia, Cetrespeó —dijo Lando, volviendo a instalarse en el centro del trineo del equipo y recuperando el desintegrador industrial que había estado sosteniendo Lobot—. ¿Has hecho alguna amistad nueva desde que empezamos a usar este trasto?

—No ha habido absolutamente ninguna respuesta de los dueños de esta nave desde que empecé a tratar de ponerme en contacto con ellos —dijo Cetrespeó—. Le sugiero que siga adelante con su plan, sea cual sea.

Lando cambió la posición del selector a potencia media y volvió a conectar el desintegrador.

—Acércate un poco más, Erredós, quiero que metas tu varilla sensora por ese agujero lo más deprisa posible. Pero no dejes que te atrape cuando se cierre. Además tengo otro trabajo para ti y para Lobot: quiero que me digáis cuáles son las dimensiones del agujero que abro y exactamente cuánto tiempo tarda en cerrarse. ¿Estáis todos preparados? Pues entonces, adelante.

La posición de potencia media del selector permitió que Lando abriese un agujero que casi era lo bastante grande para dejar pasar un puño. Lando desconectó el desintegrador, se apartó de la pared con un suave empujón y ejecutó una rápida voltereta hacia atrás, haciéndose a un lado para no estorbar a Erredós. El androide se colocó en posición con fluida precisión, introdujo la varilla en el centro exacto de la abertura y la retiró en el último instante antes de que el agujero volviese a desaparecer.

—Enséñanos lo que has visto, Erredós. Usa tu holoprojector —ordenó Lando.

El androide respondió con un obediente trino electrónico y les mostró un holograma registrado bajo una perspectiva de ojo de pez en la que se veía un pasadizo de paredes levemente curvadas que parecían doblarse alrededor de la nave o a través de ella, alejándose en ambas dimensiones. No había ni rastro de vida o maquinaria, y la apertura del agujero y la invasión que suponía la aparición de la sonda detectora de Erredós tampoco provocaron ninguna respuesta.

—Tiene un aspecto bastante prometedor —dijo Lando—. Sea lo que sea, podría proporcionarnos acceso a una parte de la nave. Lobot, Erredós, ¿cuál es el veredicto? ¿Qué tamaño ha de tener un agujero para que todos podamos pasar al otro lado?

—Me temo que hay un problema, Lando —dijo Lobot—. Las mediciones llevadas a cabo por Erredós muestran que el agujero más grande se cerró más deprisa, por unidad de área, que el agujero más pequeño.

—Sí, a mí también me lo había parecido —asintió Lando—. Los sistemas de la nave probablemente asignan una prioridad más elevada a los agujeros más grandes. ¿Intentas decirme que crees que no podremos pasar?

—La dimensión corta del muro común que se extiende entre aquel acceso y esta cámara es de aproximadamente uno coma siete metros —dijo Lobot, señalando con un dedo—. Si mis cálculos son correctos, un agujero de ese tamaño sólo necesitará seis o siete segundos para haberse cerrado hasta tal punto que ninguno de nosotros podrá pasar por él. Seis o siete segundos no nos da tiempo suficiente para que podamos trasladar el trineo a la otra cámara y para que los cuatro podamos pasar a la otra cámara.

—Podría ser suficiente. Los soldados de los cuerpos de élite se dejan caer por el pozo de una lanzadera de combate a un ritmo de uno por segundo.

—Los soldados de los cuerpos de élite tienen a su favor el adiestramiento recibido y la gravedad. He construido un modelo utilizando el procesador de navegación de Erredós. En el mejor de los casos, uno de nosotros no conseguiría pasar.

—Bueno... Sí, es todo un problema, desde luego —admitió Lando—. Y digo que es un problema porque tengo la molesta sospecha de que cuando abramos un agujero de esas dimensiones, esta nave decidirá que se ha hartado de nosotros y volverá a tratar de expulsarnos al espacio. Creo que no tendremos ocasión de intentarlo dos veces. —Lando reflexionó durante unos momentos y después movió el desintegrador de un lado a otro—. Bajad del trineo. Necesito hacer algunas modificaciones.

El trineo del equipo era un artefacto muy sencillo y nada sofisticado. Su sólida estructura rectangular contenía los giroscopios, las células de combustible y el sistema estabilizador de los chorros de impulsión, y también proporcionaba asideros a intervalos regulares. La plataforma de carga, que consistía en un tramado estándar de diamantes formados por sólidos cables metálicos, llenaba el hueco del marco estructural y proporcionaba un gran número de sujeciones para las herramientas y el equipo. Los dos lados de la plataforma de carga del trineo estaban repletos de material.

—¿Modificaciones?

—Sí —dijo Lando—. Creo que necesitamos un marco para nuestra puerta.

Lando se agarró al trineo con una mano y empuñó el desintegrador con la otra, y fue deslizando la hoja de energía sobre los lugares en los que la plataforma quedaba unida a la estructura del trineo. Cuando hubo acabado, el trineo había quedado dividido en dos secciones separadas. Lando empujó la tambaleante y pesadamente cargada plataforma hacia Erredós.

—Tendrás que remolcarla hasta el otro lado.

Las pinzas manipuladoras del androide surgieron de sus paneles y se cerraron sobre la plataforma.

—Échame una mano, Lobot.

Lobot fue hacia él y se agarró al otro extremo de la estructura del trineo desmantelado.

—Me estoy acordando de unos datos a los que había accedido —dijo—. El diseñador de los templos funerarios de los ma'aodes ordenó a sus artesanos que colocaran trampas en todos los pasadizos visibles, y les dijo que todas las trampas debían tener el aspecto más invitador posible.

—Justo lo que necesitaba oír en estos momentos, Lobot —dijo Lando—. Si salimos de este lío, deberías pensar en iniciar una nueva carrera como animador y consejero espiritual. ¿Estáis preparados?

—¿Qué he de hacer yo, amo Lando?

Lando inspeccionó el desintegrador de combate de la pistolera de su traje y después colocó el selector del desintegrador industrial en la posición de máxima amplitud.

—Añade esto a nuestras disculpas —dijo, y dirigió el desintegrador industrial hacia el mamparo—. Agarraos.

El brillante destello del haz desintegrador dejó momentáneamente cegado el visor del traje de contacto de Lando, y el material vaporizado en que habían quedado convertidos dos metros cuadrados y medio de mamparo llenó el aire bajo la forma de una nube gris. El agujero empezó a cerrarse antes de que Lando pudiera volver a ver con claridad.

—Venga, venga... ¡Poneos en fila! —gritó.

Lando y Lobot empujaron el marco hasta colocarlo en la posición adecuada, y el mamparo se cerró a su alrededor tan rápidamente como si el marco hubiera sido hecho expresamente a su medida.

Pero apenas habían acabado de colocar el marco oyeron cómo un gemido ahogado retumbaba por toda la nave, haciéndola vibrar con los ecos de un sonido que no venía de ninguna dirección concreta. Todo lo que les rodeaba era extraño y desconocido, pero el sonido resultaba curiosamente familiar: era la firma inconfundible de una clase de tensión que iba envejeciendo los cascos de los navíos de grandes dimensiones y que acababa provocando una forma de autodestrucción muy espectacular conocida con el nombre de ruptura de salida. Era el gruñido de la salida, el sonido inconfundible que se producía cuando algunas partes de la nave emergían del hiperespacio unos cuantos nanosegundos antes que el resto, después de que el campo de salto se hubiera colapsado.

—Me temo que ésta es una de esas ocasiones en que preferiría haberme equivocado —dijo Lando, moviendo frenéticamente la mano libre—. Deprisa, Erredós. ¡Vamos, vamos!

El pequeño androide se lanzó hacia la abertura, remolcando la plataforma llena de equipo detrás de él. Durante un momento Lando pensó que el marco era demasiado pequeño para que Erredós pudiera pasar por él. Pero el androide retrajo sus orugas todo lo posible, hizo girar su cuerpo y logró pasar por el agujero, aunque con sólo escasos centímetros de margen. La plataforma del equipo le siguió y entró sin ninguna dificultad.

—¡Espérame, Erredós! —gritó Cetrespeó, agitando frenéticamente los brazos y las piernas en el aire.

—Adelante —dijo Lando, volviéndose hacia Lobot para pasarle el desintegrador industrial y haciéndole señas de que avanzara—. Yo me ocuparé de Cetrespeó.

Lobot no necesitó que se lo dijera dos veces, y se lanzó por el umbral improvisado con los pies por delante, en un movimiento tan impecable como el de un gimnasta que ejecuta un giro en la barra de las paralelas. Mientras tanto, Lando sujetó el cable de seguridad del cinturón de su traje de contacto a una de las conexiones del trineo y se impulsó hacia el androide de protocolo, con la mano enguantada extendida hacia él.

—Oh, gracias, amo Lando —dijo Cetrespeó, agarrándose al brazo de Lando con un visible alivio. Un instante después vio cómo los ojos de Lando se dilataban de repente bajo los efectos de la alarma—. ¿Qué ocurre, señor?

Lobot, que estaba observándoles desde el pasadizo interior, vio lo que Lando acababa de ver cuando su mirada fue más allá de Cetrespeó para posarse en el mamparo exterior: una pequeña abertura del tipo iris había aparecido en él y se estaba agrandando rápidamente, convirtiéndose en una escotilla que no tardó en revelar la helada negrura tachonada de estrellas que se extendía más allá de ella. Unos instantes después los micrófonos externos de sus trajes captaron el silbido del aire que escapaba al vacío.

Lando no disponía de tiempo para responder a la pregunta del preocupado androide.

—Cuidado, chicos... ¡Voy a enviaros un paquete urgente! —aulló, y, sujetando firmemente a Cetrespeó por los brazos, hizo girar al androide de protocolo en un veloz arco para lanzarlo hacia el agujero.

Lobot, que ya se había apoyado en el marco para no perder el equilibrio, extendió los brazos, agarró a Cetrespeó por el pie derecho y tiró de él hasta meterlo en el pasadizo interior.

Pero el torrente de aire que se deslizaba por el pasadizo interior y salía por la herida se estaba haciendo cada vez más incontenible, y Lobot tuvo que hacer un considerable esfuerzo para evitar ser arrastrado por él.

No era el único que estaba teniendo problemas. Los impulsores de Erredós no eran lo bastante potentes para poder resistir el tirón de aquel vendaval ululante, y el pequeño androide astromecánico soltó un estridente chillido electrónico al verse inexorablemente arrastrado hacia la abertura a lo largo del pasaje interior, a pesar de la tozuda decisión con que se aferraba a la plataforma del equipo.

Lando estaba flotando a la deriva en el centro de la escotilla, atrapado e impotente al extremo de su cable de seguridad y con sus pies golpeando el borde de la compuerta exterior, mientras el aire tiraba de él en su veloz huida hacia el vacío espacial.

Sólo Cetrespeó se encontraba relativamente fuera de peligro, con su cuerpo metálico tendido sobre un extremo de la estructura del trineo y bloqueando una parte de la abertura. Pero estaba agitando los brazos tan desesperadamente como una oruga espinosa del fango a la que alguien hubiera dado la vuelta.

—¡Tendréis que cortar el marco! —estaba gritando Lando por el comunicador—. Cortad el marco y se desprenderá de la abertura, y entonces el resto del agujero se cerrará... ¡Hacedlo!

—No mientras estés al otro lado —dijo Lobot, trepando por encima de Cetrespeó para llegar al extremo del cable de seguridad adherido a la sujeción—. Ese cable tiene una polea de presión. Intenta usarla para venir hacia nosotros.

—No servirá de nada —dijo Lando—. La polea nunca podrá remolcar tanto peso. ¿Quieres cortar el marco de una vez, sí o no?

Lobot volvió la cabeza hacia el final del pasillo para averiguar si él y Cetrespeó corrían peligro de ser expulsados a través del agujero por la embestida de un Erredós incapaz de controlar su trayectoria y la de su cargamento. Pero, y para su gran alivio, Lobot vio que Erredós había conseguido pegarse a una de las paredes del pasaje, donde había abierto un pequeño agujero con su soldador de arco y había permitido que el agujero volviese a cerrarse alrededor de uno de sus brazos de reparaciones después. De momento el ancla parecía estar resistiendo el tirón del aire, y Lobot tuvo la impresión de que la corriente estaba empezando a debilitarse.

—Olvídalo —dijo, y extendió los brazos por entre las piernas tensadas que lo mantenían dentro del marco hasta que pudo agarrar el delgado cable de seguridad. El ciborg empezó a tirar del cable moviendo primero una mano y luego otra, atrayendo a Lando hacia él como si fuera un enorme pez blanco. El delgado cuerpo de Lobot escondía unas sorprendentes reservas de fuerza, y sus dedos no tardaron en llegar al anillo de remolque del traje de Lando, que se encontraba en la parte de atrás del cuello—. Y ahora, utiliza tus impulsores: vertical máxima, ¿de acuerdo?

—Vertical máxima —repitió Lando.

Con un fluido movimiento lleno de potencia, Lobot hizo pasar a Lando por entre sus rodillas, que había separado todo lo posible, y al mismo tiempo se echó hacia atrás para que las piernas de Lando no chocaran con él mientras lanzaba su cuerpo hacia el otro extremo del pasillo.

Lobot volvió a erguirse y, sin perder ni un instante, empuñó el desintegrador industrial y cortó el marco improvisado por dos sitios. Cada corte fue acompañado por una pequeña erupción de chispas, a la que siguió una nubecilla de propelente D20 cuando Lobot desprendió la sección del marco delimitada por los cortes mediante una potente patada. La sección de marco cortada salió del agujero y empezó a girar en el vacío, viajando hacia la escotilla por la corriente de aire.

El mamparo gimió debajo de Lobot y el resto del marco empezó a ceder, doblándose rápidamente hacia un lado hasta que también acabó siendo arrastrado por la corriente de aire. Unos segundos después el agujero ya se había cerrado debajo de ellos, y el estridente silbido producido por el chorro de aire se intensificó hasta convertirse en una nota agudísima antes de desvanecerse por completo, dejándoles rodeados del silencio más absoluto.

—Bueno, supongo que ese truco de la entrada sólo puede utilizarse una vez —dijo Lando. El sudor había empañado el interior de su placa facial—. ¿Dónde aprendiste esa maniobra que has usado para meterme por el agujero?

—La aprendí en Oko E cuando pasé unos días allí bajando por los torrentes en una balsa —dijo Lobot—. Es el método más eficaz para sacar a un compañero de balsa del río antes de que los bloques de azufre helado lo arrastren al fondo. Desde entonces no había vuelto a tomarme

unas vacaciones —añadió.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Lobot —dijo Lando—. ¿Estáis todos bien?

—Estoy seguro de que algunos de mis circuitos se han recalentado —declaró Cetrespeó—. Con su permiso, amo Lando, me gustaría llevar a cabo una rutina de autodiagnóstico.

—Adelante —dijo Lando—. Mientras tanto, nosotros sacaremos a Erredós de ese agujero que ha hecho. Después podremos empezar a decidir qué hacemos a continuación.

—Eso no debería resultar demasiado difícil —dijo Lobot—. Las opciones parecen reducirse a ir por ahí... —cruzó los brazos encima del pecho, usando un dedo de cada mano para señalar las dos direcciones posibles—, o por ahí.

—Shhh —dijo Lando, ladeando la cabeza—. Espera un momento... Escucha.

Los dos escucharon en silencio y con creciente consternación. Los ecos ahogados del gruñido de entrada resonaron durante un buen rato en las misteriosas oquedades del Vagabundo antes de desvanecerse.

—Maldición —dijo Lando, y suspiró—. Ha vuelto a saltar.

—Aquí hay algo interesante —dijo Josala Krenn.

Kroddok Stopa se inclinó sobre el sensor de superficie. La imagen de colores falsos mostraba las ondulaciones trazadas por el gran glaciar en su serpenteante trayectoria a lo largo de un valle de paredes muy escarpadas que iba haciéndose más ancho a medida que se dirigía hacia un mar helado.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo Josala, señalando una hilera de manchitas azuladas esparcidas a lo largo del extremo noreste del glaciar—. Han aparecido en las lecturas del radar de detección lateral, y según los sensores tienen entre once y diecinueve metros de hielo encima.

—¿Pueden ser rocas de la morrena lateral?

—No, y por dos razones. En primer lugar, sus dimensiones son tremendamente regulares: todos tienen forma oblonga, y miden entre uno coma cinco y dos metros en el eje más largo. Y en segundo lugar... ¿Qué sabes sobre las líneas de flujo en la zona de acumulación de un glaciar?

—Nada de nada.

—Todo lo que cae sobre la superficie de un glaciar se va desplazando valle abajo junto con el hielo, y se va hundiendo en el cuerpo principal del glaciar a medida que la nieve le va cayendo encima —dijo Josala—. La morrena lateral que atraviesa esa parte del glaciar está formada por rocas que se han ido desprendiendo de este risco —siguió diciendo, y señaló un valle lateral que se encontraba bastante atrás en la trayectoria recorrida por el glaciar.

—Eso quiere decir que cuando la roca llega aquí...

—Se encuentra a cincuenta metros de profundidad. Esos objetos no llevan tanto tiempo dentro del hielo como la roca que hay por debajo de ellos, y además tendrían que haber aparecido en algún punto de esta zona del hielo.

Josala describió un círculo con el dedo por encima de un área llana que se encontraba casi al comienzo del valle.

—Justo en el centro de la nada —dijo Stopa.

—Exacto. —Josala reflexionó en silencio durante unos momentos, y su rostro se frunció en una mueca pensativa—. En los casos de cambio climático de naturaleza cataclísmica siempre resulta bastante difícil establecer una cronología fiable, claro, pero aun así... Bueno, sean lo que sean, yo diría que sólo llevan entre cincuenta y cien años dentro del hielo.

Stopa abrió mucho los ojos.

—Cadáveres. Entierros en el hielo.

—Eso es lo que había pensado.

—Tiene sentido. Grupos nómadas, o tal vez cavernas en algún lugar de los alrededores..., grutas en el hielo, probablemente.

—Si hemos conseguido descubrir dónde murieron, da igual dónde vivieran.

—¿A qué profundidad se encuentra el más próximo de esos cuerpos? ¿Once metros, dijiste? —Josala asintió, y Stopa se volvió hacia el piloto—. Vamos a necesitar nuestro vehículo de exploración.

—Kroddok...

—Lo sé, lo sé. Pero escúchame antes: esperaremos hasta que haga buen tiempo —dijo Stopa, con un chispazo de animación iluminándole los ojos al pensar en lo que harían—. Colocaremos el vehículo de exploración justo encima del yacimiento. Dejaremos el motor funcionando en punto muerto para que no haya ninguna posibilidad de que algo se congele.

Podremos trabajar desde el compartimiento de carga, porque lo único que hemos de hacer es obtener un núcleo. Nuestro equipo debería ser capaz de conseguirlo.

—¿Quieres perforar hasta obtener un núcleo? —exclamó Josala, horrorizada—. Eso destrozará los restos.

—Sí —dijo Stopa—. Ya sé que viola los protocolos habituales, pero nos han enviado aquí para recuperar cadáveres. Nos han enviado aquí para obtener material biológico, ¿no? Cuando lleguen nuestros refuerzos, pueden bajar y excavar en los otros yacimientos arqueológicos. Pero hasta que eso no ocurra, así tendremos algo que podremos analizar y sobre lo que podremos informar.

Josala meneó la cabeza.

—Francamente, preferiría esperar a que llegue la gente que sabe lo que está haciendo.

—Pero nosotros sabemos cómo obtener una muestra de núcleo —dijo Stopa—. Incluso un aprendiz de primer año sabe cómo hacerlo, Krenn. Saldremos de allí en treinta minutos..., puede que en veinte.

El rostro de Josala seguía mostrando con toda claridad su reluctancia.

Kroddok se le acercó un poco más y bajó la voz.

—La bonificación de la INR bastaría para financiar la expedición a Stovax —dijo—. Pero si esperamos a que llegue el *Abismos de Penga*, entonces tendremos que compartir la bonificación con ellos. De hecho, incluso es posible que al final no veamos ni un sólo crédito de todo ese dinero.

Después guardó silencio durante unos momentos para ver si ese último argumento lograba convencerla.

—Te doy mi palabra de que nos iremos a la primera señal de que vaya a haber problemas —siguió diciendo—. No, mejor aún... Te voy a nombrar jefe de la expedición. Cuando tú digas «Se acabó», entonces se acabó.

Josala, que todavía tenía el ceño fruncido, alzó la mirada hacia él y le contempló en silencio, y después sus ojos fueron hacia el piloto.

—Ya ha oído al doctor Stopa —dijo por fin—. Vamos a necesitar nuestro vehículo de exploración.

El pequeño Explorador Mundial Mark II de los arqueólogos se deslizó rápidamente sobre la cima del picacho nevado que se alzaba en el suroeste del glaciar e inició su descenso hacia el valle.

—Os tengo localizados en el haz de transmisión a ochocientos cincuenta metros —dijo la voz del piloto del IX-26.

Los sistemas de navegación y bancos sensores del vehículo de exploración eran mucho menos eficaces que los del hurón, por lo que el piloto había estado guiando a Stopa y Krenn hacia su destino desde el comienzo de su viaje.

—Recibido —dijo Stopa, que estaba manejando los controles—. Voy a desconectar los propulsores de vuelo y pasaré a la modalidad de aerodeslizador.

—Setecientos. Seiscientos. Quinientos cincuenta... Visto en las pantallas parecía mucho menos escarpado —dijo Josala.

—Los vehículos de exploración pueden trepar por pendientes de hasta cuarenta grados. No tendremos ningún problema.

—Va a ser como perforar roca.

—Pero el hielo no desgastará los taladros de la manera en que lo hace la roca —dijo Stopa—. Lo conseguiremos, no te preocupes.

—Doscientos veinte —estaba diciendo el piloto por los auriculares de Stopa—. Tuerce un poquito hacia estribor.

—Recibido —dijo Stopa—. Krenn, tenemos que intentarlo...

Una nube de partículas blancas surgió repentinamente de la nada por debajo del vehículo de exploración y se esparció alrededor de la carlinga, reduciendo la visibilidad hasta dejarla prácticamente en cero.

—Los chorros de nuestras toberas están removiendo la nieve del suelo —se apresuró a decir Stopa. Movié la palanca de control, y el vehículo de exploración salió ágilmente de la nube, que enseguida empezó a disiparse debajo de ellos—. Tranquilízate. No es nada serio.

—Ciento cincuenta.

—No puedes bajar en medio de una nube de polvo de nieve —dijo Josala—. Si te posas junto a uno de esos macizos helados, volcaremos antes de que los niveladores hidráulicos puedan hacer nada para evitarlo.

—Noventa y cinco.

—Me mantendré a diez metros de altura hasta que los chorros de las toberas hayan dispersado todos los restos sueltos de la zona —dijo Stopa sin inmutarse—. Si los sensores holográficos inferiores no me dan una imagen lo suficientemente clara, entonces no intentaré bajar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Josala, y suspiró.

—Sesenta —dijo el piloto—. Ve reduciendo la velocidad si no quieres pasar de largo.

Stopa rozó los frenos de aire con la punta de un dedo e hizo retroceder la palanca de control con un movimiento casi imperceptible. El vehículo de exploración empezó a descender hacia el glaciar, y volvió a verse envuelto en una masa de nieve removida por los chorros de las toberas. Pero la nube que se arremolinaba a su alrededor no tardó mucho en ir volviéndose menos espesa, y el horizonte reapareció.

—Veinticinco.

Josala mantenía los ojos clavados en los visores de la carlinga.

—No puedo hacerme una idea de las distancias sin tener un referente. Esa especie de losa de hielo tan grande de ahí...

Stopa le dio unas palmaditas en el brazo.

—Es más grande y está más lejos de lo que crees.

—Diez. Ocho. Cinco. Despacio, despacio...

—Llévame hasta más-dieciséis. Quiero colocar la cola del vehículo de exploración justo encima.

—Estás encima. Más-seis. Más-nueve. Más-catorce...

Stopa bajó la palanca de control con un brusco empujón y el vehículo de exploración descendió de repente y se posó con un impacto que lo hizo vibrar, quedando con el morro inclinado hacia abajo e iniciando un lento deslizamiento lateral. El vehículo acabó deteniéndose con otra pequeña sacudida, y después se fue enderezando poco a poco.

—Hemos llegado —dijo Stopa, activando rápidamente los sensores inferiores y examinando las imágenes que transmitían.

Los más próximos a las toberas habían quedado recubiertos por una capa de vapor de hielo congelado, pero los sensores de proa y de popa estaban despejados. El soporte delantero parecía haber quedado incrustado en una pequeña grieta, aunque no había ningún daño evidente. La popa del vehículo de exploración estaba perfectamente nivelada por encima del hielo.

—Bueno, no ha estado nada mal —dijo Stopa con una sonrisa, y pasó los sistemas a la modalidad de espera.

—Hagamos lo que hemos venido a hacer y larguémonos, ¿de acuerdo? —replicó Josala en un tono bastante malhumorado.

Se arrastraron a lo largo del acceso que pasaba por encima del compartimiento motriz orbital y terminaba en el hangar del equipo. Una vez allí se envolvieron en sus prendas para la nieve improvisadas, ayudándose el uno al otro: el único traje espacial de emergencia del hurón para ella y un traje aislante estándar de minero para él, con los guantes del traje espacial del piloto del hurón como protección adicional.

Cuando las puertas del hangar del equipo giraron sobre sus goznes y se abrieron, ninguno de los dos estaba preparado para enfrentarse a los cegadores destellos del glaciar. El cielo estaba totalmente despejado, y el sol blancoazulado iluminaba el paisaje con un frío fuego cristalino tan deslumbrante y cegador como el del mismo sol. El visor del casco de Josala se oscureció para filtrar el resplandor, pero Stopa tuvo que desviar la mirada y entrecerrar los ojos para no quedar totalmente cegado.

—¡Esto es realmente espectacular! —exclamó, visiblemente entusiasmado.

—Ya te dedicarás a contemplar el paisaje cuando hayamos terminado —le riñó Josala.

Todo requirió más tiempo del que hubiese debido. La base del taladro para la obtención de núcleos no quería quedar encajada en la posición de encendido, lo que dio un nuevo motivo de preocupación a Josala e hizo que se preguntara si las compuertas del hangar se cerrarían correctamente cuando hubiera llegado el momento de irse. Los guantes apenas les permitían usar las manos, y convirtieron la rutina de montar las primeras secciones del tubo de perforación en una auténtica prueba. Cuando Josala intentó localizar el cadáver enterrado debajo de ellos mediante un sondeo sónico, el resultado quedó contaminado por una serie de ecos enloquecidos. La montura giroscópica del taladro había quedado recubierta por una fina capa de hielo que no se rompería hasta que hubieran activado el taladro, lo cual complicó todavía más la alineación de los sondeos sónicos de Josala.

Pero después de muchos esfuerzos la punta del taladro por fin empezó a abrirse paso a través de la superficie del glaciar y fue avanzando hacia sus profundidades.

—¡Siete secciones! —gritó Stopa para hacerse oír por encima del estrépito del taladro—. Con este ángulo, vamos a necesitar siete secciones.

Josala agitó la mano para indicarle que le había oído y se dio la vuelta para coger la sección siguiente de la plataforma. La sección pareció ondular debajo de sus dedos, y Josala se apresuró a retirar la mano. Colocó el guante sobre la pared del hangar y percibió una leve vibración. Fue entonces cuando comprendió que lo que había tomado por temblores de su cuerpo era en realidad un continuo estremecerse de la cubierta del vehículo de exploración, que estaba vibrando debajo de sus pies. El taladro había empezado a rugir, como si sus anillos de fijación se hubieran desintegrado y los lubricantes se hubieran convertido en una masa sólida que estaba siendo triturada por los giros de la perforación.

—¡Apágalo! —gritó, yendo hacia Stopa. Su compañero estaba inclinado sobre el impulsor del taladro, con toda su atención concentrada en su lenta progresión—. ¡Apágalo!

Stopa alzó la mirada hacia ella sin entender nada, y Josala alargó la mano hacia los controles.

El cilindro del núcleo perforador se detuvo después de haber descrito un último giro, pero ni la vibración ni el ruido cesaron. De hecho, ocurrió todo lo contrario: el ruido se estaba intensificando, y los temblores se iban volviendo cada vez más violentos.

Con el miedo y la desesperación ardiendo ya en sus ojos mientras permanecían inmóviles en el hangar del equipo, los dos levantaron la vista hacia el risco que se alzaba detrás de ellos, el risco que habían sobrevolado hacía tan sólo unos minutos, aquel risco que había parecido una enorme masa de algodón bañada por la luz del sol. Toda la parte central del risco había quedado repentinamente oculta detrás de un muro de hielo y nieve que avanzaba a gran velocidad, alargándose y trepando hacia el cielo a medida que se aproximaba.

No había ninguna posibilidad de buscar refugio en ese cielo. La avalancha cayó sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de recordar la palabra. Arrastró el vehículo de exploración por delante de ella con tanta facilidad como si fuera un juguete, llenando todos sus huecos con sus dedos de nieve y envolviéndolo en la furiosa turbulencia del remolino helado.

La loca embestida del torrente se fue frenando poco a poco y cuando por fin se detuvo después de haber avanzado hasta más allá del centro del valle, había dos cadáveres más enterrados en el hielo aguardando la llegada del *Abismos de Penga*.

—Lo primero que necesitamos es alguna manera de volver a encontrar este sitio, y este pasadizo parece notablemente desprovisto de peculiaridades que puedan servir para orientarnos —dijo Lando, volviendo a usar el desintegrador industrial para cortar un pequeño triángulo de una esquina de la plataforma del equipo—. ¿Dónde estaba nuestra entrada? ¿Aquí?

—Más abajo —dijo Lobot—. Ahí.

—Me alegra que estés tan seguro de ello —dijo Lando—. He dado tantas vueltas que he acabado totalmente desorientado. —Hizo un pequeño corte en el mamparo e introdujo un lado del triángulo en él, y después lo mantuvo allí hasta que el mamparo volvió a cerrarse a su alrededor. Después colocó la palma de la mano sobre el mamparo e intentó arrancar el trocito de metal de la pared—. Bueno, eso debería bastar para que no nos perdamos.

Lobot fue hacia él con un trozo de cable en la mano.

—Quizá necesitemos más de un cartel indicador antes de que esto haya terminado —dijo, metiendo el cable por uno de los orificios en forma de diamante y anudando los dos extremos—. Este nudo será nuestro primer punto de orientación. En el siguiente haremos dos nudos.

—De acuerdo —dijo Lando, dando la espalda a la pared—. Hay una cosa que se me pasó por alto cuando hicimos el inventario. He quemado aproximadamente el sesenta por ciento de mi propelente intentando llegar hasta aquí.

—A mí me queda un noventa y uno por ciento —dijo Lobot—. Por desgracia, no hay forma alguna de que podamos compartir mis reservas.

—Quizá acabes teniendo que llevarme a hombros, y eso sería una forma de compartirlas —replicó Lando—. ¿Qué tal andáis de masa de impulsión, Cetrespeó?

Erredós emitió un burbujeo electrónico, y Cetrespeó se encargó de traducirlo.

—Erredós dice que todavía dispone de unas reservas de propelente bastante considerables, pero le gustaría ser informado en el caso de que alguno de nosotros localice una conexión energética.

—Con un poquito de suerte, estará justo al lado de una válvula de oxígeno —dijo Lando en

un tono bastante sarcástico—. Muy bien... Tenemos un serio problema de supervivencia. El Vagabundo ha dado dos saltos hiperespaciales, y debemos suponer que ese segundo salto le ha permitido quitarse de encima cualquier clase de persecución que haya podido organizar Pakkpekatt. Eso quiere decir que nuestra primera prioridad es localizar e incapacitar el sistema de hiperimpulsión, y detener esta nave.

—Pero amo Lando... Si averíamos los hiperimpulsores, entonces nos encontraremos flotando a la deriva en el vacío —protestó Cetrespeó.

—No sabemos cuánto tiempo pasa el Vagabundo en el hiperespacio. Pueden ser semanas, meses o años. La galaxia tiene ciento veinte mil años luz de diámetro. Estar flotando a la deriva en el vacío me parece una situación preferible a la actual.

—Amo Lando, ¿no sería más prudente que encontráramos a los dueños de esta nave y les pidiéramos que nos llevaran de vuelta a Coruscant?

—Cetrespeó, creo que ahora esta nave ha pasado a ser de nuestra propiedad —dijo Lando—. Si queremos sobrevivir, debemos actuar como si nos perteneciera. —Lando fue indicando sus prioridades con los dedos—. En primer lugar, tenemos que encontrar alguna forma de detenerla. En segundo lugar, debemos averiguar en qué situación nos deja eso. En tercer lugar, debemos averiguar quién es nuestro amigo más próximo. En cuarto lugar, debemos dar con alguna manera de enviarles una señal. Si conseguimos hacer todo eso antes de que Lobot y yo nos quedemos sin aire y de que vosotros dos os quedéis sin energía, entonces podremos empezar a preguntarnos quién construyó el Vagabundo y por qué.

—Tal vez tengamos que enfrentarnos a esas preguntas para poder alcanzar nuestros objetivos —dijo Lobot.

—Tal vez —admitió Lando—. Pero ciertas experiencias anteriores me han enseñado que no necesitas saber gran cosa sobre la maquinaria de precisión para poder destruirla. —Alzó la mano y señaló con un dedo, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha—, ¿Dónde crees que estarán los hiperimpulsores? ¿A popa o a proa?

—La colocación más eficiente siempre es la más cercana al centro de la masa —dijo Lobot—. Hacia adelante.

Lando asintió.

—Pues vayamos hacia allí.

El coronel Pakkpekatt esperaba impacientemente junto al centro de comunicaciones mientras el crucero *Glorioso* salía del hiperespacio. La armada perseguidora se había desplegado a lo largo de cuarenta años luz, y el *Glorioso* era la segunda cuenta del collar que había formado.

—Vaya pasándomelos tan deprisa como lleguen —le dijo al técnico sentado delante de los controles.

—Sí, señor. Estoy viendo seis despachos... Tenemos una directiva de acción de emergencia emitida por el Departamento de la Flota y dirigida al capitán Garch; una carta azul de la INR, enviada al capitán Hammax; un despacho con el sello de «Urgente» procedente del Instituto Obroano; y tres informes procedentes del *Rayo*, el *Pran* y el *Nagwa*.

—Las tres naves que están detrás de nosotros —dijo Pakkpekatt—. Muy bien. Remita los despachos a mi consola.

Pakkpekatt atravesó el puente con largas y ágiles zancadas, se instaló en su sillón especial y conectó la pantalla de alta seguridad. Ni su rostro ni su comportamiento traicionaron ninguna emoción mientras iba leyendo un despacho detrás de otro. Cuando hubo terminado, hizo girar el monitor sobre su eje con una suave presión de las yemas de sus dedos y dejó escapar un largo siseo.

—Mayor Legorburu.

Ixidro Legorburu, el oficial de inteligencia m'haleliano que desempeñaba las funciones de ayudante táctico de Pakkpekatt, fue rápidamente a su consola en respuesta a la llamada.

—Coronel...

—Acabamos de recibir una alerta de nivel uno que afecta a toda la Flota —dijo Pakkpekatt, desplazando el monitor hacia arriba para que el mayor pudiera leer la directiva de acción de emergencia—. Mi solicitud de naves adicionales para la búsqueda ha sido denegada. He recibido órdenes de relevar de sus deberes actuales al *Merodeador*, el *Pran* y el *Nagwa* para que puedan volver a incorporarse a sus mandos respectivos lo más deprisa posible.

—Eso supone perder casi la mitad de los efectivos con que contábamos, señor —dijo Legorburu, meneando la cabeza—. ¿Qué esperan que hagamos?

—Fracasar, aparentemente —dijo Pakkpekatt en un tono tan seco como cortante—.

También se me ha informado de que el *Glorioso* puede ser apartado de la misión en cualquier momento. Debemos permanecer en situación de alerta de una hora, lo cual significa no dar saltos superiores a medio año luz.

—Por lo menos eso nos permite seguir adelante con nuestra búsqueda —dijo Legorburu—. Pero deberíamos hacer avanzar al *Kettemoor* para que llenara el hueco que se abrirá en nuestra formación cuando el *Merodeador* se vaya. De todas maneras, a estas alturas ya deberían haber terminado los trabajos de recuperación.

—El *Kettemoor* ya ha saltado hacia Nichen con los muertos y heridos del *Kauri* a bordo —dijo Pakkpekatt—. No volverá a reunirse con el resto de nuestra flota hasta dentro de un día como mínimo..., eso suponiendo que le permitan volver.

Legorburu no había apartado los ojos de la pantalla.

—No lo entiendo, coronel. ¿A qué viene ese cambio de prioridades tan repentino? ¿Qué está ocurriendo en Coruscant? Si no pueden prescindir de una cañonera construida hace treinta años y de un par de navíos interdictores, debe de ser algo realmente serio.

—Esa información no me ha sido facilitada —dijo Pakkpekatt, y sus labios se curvaron en un sombrío gruñido de amenaza hortek.

—Quizá pueda hacer algunas averiguaciones en los canales extraoficiales —dijo Legorburu—. ¿Quiere que lo intente?

Pakkpekatt asintió.

—Hágalo, por favor —dijo—. Me gustaría tener una idea más clara de a quién debo enfrentarme para mantener viva esta misión.

La procesión que avanzaba por el pasadizo del Vagabundo de Telkjon iba encabezada por Lando Calrissian, que empuñaba su desintegrador de combate. Siguiéndole muy de cerca iba Erredós, remolcando protectoramente la plataforma del equipo. Lobot ocupaba el último lugar, con Cetrespeó cabalgando sobre la espalda de su traje de contacto como un niño encaramado a la espalda de su padre.

—Sí, me temo que he metido la pata —dijo Lando—. Tendría que haber pensado en coger un cinturón impulsor para Cetrespeó, quizá incluso un arnés impulsor completo con mochila de energía... Y también tendría que haber cogido repuestos consumibles para los sistemas de los trajes de contacto.

—Los tenemos a bordo del *Dama Afortunada*... Bueno, quiero decir que los teníamos —dijo Lobot—. No había espacio suficiente para todo en un solo trineo.

—Cambiaría casi todo lo que hay encima de esa plataforma por un par de mochilas alimentadoras —dijo Lando—. Nunca pensé que pasaríamos tanto tiempo en gravedad cero como parece que vamos a pasar.

«Puede que toda la eternidad», añadió sombríamente para sus adentros.

—Los diseñadores del Vagabundo tomaron algunas decisiones realmente muy interesantes —dijo Lobot—. Los qellas parecen haber hecho todo lo posible para dificultar al máximo nuestros movimientos dentro de su nave. No hay gravedad artificial, y no hay rotación. Los mamparos no son magnéticos y carecen de agarraderos, franjas de fricción o cables de desplazamiento.

—¿Qué hay de tan interesante en todo eso?

—Los qellas vivían en un planeta, ¿no? —replicó Lobot, sorprendido por la pregunta de Lando—. ¿Cómo esperaban moverse por el interior de la nave?

Lando soltó un gruñido.

—Puede que los qellas sean orugas gigantes del diámetro de este túnel.

—Quizá —dijo Lobot—. Pero incluso las orugas gigantes probablemente se sienten mucho más cómodas estando dentro de un campo gravitatorio. No puedo evitar pensar que en algún lugar de esta nave tiene que haber un interruptor que nos lo pondría todo mucho más fácil.

El pasadizo parecía no tener fin. Se iba curvando por delante de Lando como un horizonte que se alejara continuamente, burlándose de él con una promesa que nunca llegaba a materializarse.

—¿Cuánto rato llevamos aquí?

—Los registros de acontecimientos de Erredós indican que entramos en el Vagabundo hace tres horas y ocho minutos —respondió Lobot—. Hace cuarenta y siete minutos que abandonamos nuestro punto de entrada.

—Pues parece que haya pasado mucho más tiempo —dijo Lando—. ¿Soy el único que se ha dado cuenta de que aquí ocurre algo raro? A estas alturas ya deberíamos habernos quedado sin nave que recorrer, ¿verdad?

—Resulta obvio que no ha sido así.

—En esta nave nada es obvio —dijo Lando—. Estamos avanzando a razón de un metro por segundo, aunque habría que descontar un par de paradas. Cuarenta y cinco minutos son dos mil setecientos segundos, y esta nave sólo tiene quinientos metros de longitud. Ahora ya deberíamos estar avanzando por el espacio y encontrarnos a un kilómetro por delante de la proa.

—Los conductos que vimos en la superficie del Vagabundo se curvan formando pautas muy complejas —dijo Lobot—. Si estamos dentro de uno de esos conductos, como creo, eso podría explicar el que tengamos que recorrer tanta distancia.

—No, no puede explicarlo, porque seguimos yendo hacia adelante. Es lo que estamos haciendo, ¿no? Si este pasaje se hubiera curvado hacia atrás, nos habríamos dado cuenta.

—¿Tú crees? —preguntó Lobot—. Sin ninguna referencia y dada la ausencia de señales que nos permitan orientarnos, me resulta difícil estar seguro de ello.

—Sí, en eso tienes razón. Por mucho que me esfuerce, no consigo hacerme una imagen mental clara de este sitio —se quejó Lando, volviéndose hacia ellos—. Déjame volver a ver tu mapa, Erredós.

El holoprojector de Erredós se encendió con un suave destello luminoso. El mapa superponía los datos obtenidos por los sensores de movimiento inercial de Erredós a los sondeos del Vagabundo llevados a cabo por los técnicos de Pakkpekatt, e iba indicando su camino a través de la nave mediante una línea roja. La línea serpenteaba a lo largo del casco de la nave como una onda sinodal de baja frecuencia, y se prolongaba más allá de ella.

—¿Veis? —preguntó Lando—. Hemos salido de la nave y estamos avanzando por delante de su proa.

—¿Están funcionando normalmente tus giróscopos, Erredós? —preguntó Lobot.

La respuesta afirmativa del androide estaba teñida de indignación.

—Bien, entonces... ¿Cómo explicas estos datos?

Erredós emitió una réplica tan breve como seca.

—¿Me estás diciendo que ahora la nave es más larga que antes? —tradujo Cetrespeó sin tratar de ocultar su incredulidad—. Qué absurdo. Ni siquiera tú puedes ser tan estúpido, Erredós. Resulta obvio que alguno de tus sistemas no está funcionando correctamente.

Lando suspiró y contempló el rostro del pasadizo, ya hacía rato que habían decidido prescindir de las palabras «pared» y «mamparo» por considerarlas inadecuadas.

—Ya hemos visto algunos de los trucos de los que es capaz su tecnología —dijo—. Puede que nada de cuanto tiene que ver con esta nave sea inmutable, ni siquiera sus dimensiones. ¿Quién sabe? Puede que los qellas no estén jugando limpio...

—En el pasado te has enfrentado a jugadores que hacían trampas y siempre lograste vencerles —dijo Lobot.

—Sí... Supongo que sí —dijo Lando—. Pero poder observar la mesa durante un rato antes de sentarte a jugar en ella siempre ayuda bastante. Olvidate del mapa, Erredós, pero sigue guiándonos lo mejor que puedas. Vamos a tratar de ir un poco más deprisa. Dos metros por segundo, cuando yo dé la orden...

Siguieron avanzando, y ya había transcurrido casi una hora cuando Erredós llevó a cabo un descubrimiento que hizo que empezara a lanzar furiosos pitidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Lando.

—Erredós dice que hay una irregularidad delante de nosotros —tradujo Cetrespeó—. Podría tratarse de alguna clase de artefacto.

Lando se impulsó hacia adelante y examinó el pasadizo, sintiendo el comienzo de una nueva esperanza.

—¿A qué lado?

—Delante de usted y bastante arriba a su izquierda, amo Lando —dijo Cetrespeó.

—Ya lo veo —dijo Lando—. Condenación, es minúsculo. Esperad un momento... Oh, no.

—¿Qué es? ¿Lando?

Lando no les explicó con qué se había encontrado, pero los otros integrantes del grupo enseguida dispusieron de toda la explicación que necesitaban cuando se reunieron con él. Un fragmento de la trama de diamantes metálicos sobresalía del rostro del pasadizo, y un trocito de cable colgaba del nudo que lo sujetaba a él.

Cetrespeó expresó en voz alta lo que estaban pensando todos.

—Vaya, pero si hemos vuelto a nuestro punto de partida...

—Eso es imposible —dijo Lobot, con una sombra de irritación en la voz.

—Oh, claro. Eso es lo que tú crees, pero ¿de qué otra manera puedes explicar esto? —preguntó Lando, señalando el cable con una mano.

—Quizá ha sido sacado de su emplazamiento original y trasladado hasta aquí —dijo Lobot.

—¿Cómo? ¿Crees que hay alguien más a bordo de esta nave?

—No lo sé —dijo Lobot—. Esto podría ser una copia de nuestro indicador, un engaño... Los sensores de Erredós siguen indicando que vamos hacia la proa.

—Oh, y vamos hacia la proa..., probablemente por segunda vez. ¿En qué clase de nave imposible nos hemos metido? Este pasadizo no va a ningún sitio, y no tiene absolutamente ninguna función.

—Nos ha mantenido ocupados durante dos horas —observó Lobot.

—Cierto. Y hemos desperdiciado esas dos horas y... —Lando echó un vistazo a las lecturas de su panel—, aproximadamente un nueve por cien de mi masa impulsora. Y supongo que vosotros dos habréis gastado la misma cantidad de propelente que yo, ¿no?

—Esto es altamente preocupante. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Cetrespeó.

—Tratar de ser más listos que esta nave, eso es lo que vamos a hacer —dijo Lando—. ¿Cuánto cable de carbono tenemos?

Lobot no necesitó ir hasta la plataforma del equipo para poder responder a su pregunta.

—Disponemos de dos bobinas, con cinco mil metros de cable en cada una. ¿Por qué?

—Si continuamos moviéndonos en círculos, al final tal vez descubramos que no podemos ir a ningún sitio porque nos hemos quedado sin propelente —dijo Lando—. La plataforma del equipo no es lo bastante grande para que podamos colocar asideros a lo largo de todo el pasadizo, pero tal vez haya metal suficiente para anclar el cable. Creo que será mejor que empecemos a tender una red de cables. Nos ayudarán a movernos, y también evitarán que este maldito pasadizo vuelva a engañarnos.

—Sí... En vez de un mapa representacional, podemos crear un mapa de naturaleza topológica —dijo Lobot—. Por lo menos así sabremos cuáles son las relaciones existentes entre los sitios en los que hemos estado, incluso si continuamos sin entender la geometría global de este sitio.

Lando asintió.

—Será mejor que ocurra algo..., y pronto —dijo—. Estoy empezando a enfadarme.

Según el contador de la bobina de cable, habían avanzado 884 metros por el pasadizo y ya habían colocado cuatro anclajes improvisados a lo largo de él cuando llegaron a la bifurcación.

—Esto es una auténtica locura —dijo Lando, flotando en el aire delante de las dos aberturas gemelas—. La última vez que pasamos por aquí este pasadizo no se bifurcaba.

—Suponiendo que hayamos pasado por aquí antes —dijo Lobot.

—Eh, no empieces a tomarme el pelo —dijo Lando, volviéndose hacia él.

—No estaba bromeando —dijo Lobot—. Sigue existiendo una posibilidad de que estos pasadizos sean canales o conductos que estén relacionados de alguna manera con el funcionamiento de los distintos sistemas de la nave. Es posible que cuanto hemos visto aquí dentro no guarde ninguna relación con nosotros.

—¿Y qué demonios crees que circula por estos conductos? Están más secos que los desiertos de Tatooine.

—Existen otros tipos de fluidos y flujos: gases, plasmas de energía, cargas eléctricas... —dijo Lobot—. Y los conductos requieren válvulas, compuertas y alguna clase de interruptores de control. Lo que hay delante de nosotros probablemente sea alguna clase de sistema direccional, y tal vez haya otro en algún lugar detrás de nosotros que nos ha ido guiando en esta dirección.

Lando volvió a girar lentamente en el aire hasta quedar de cara a la bifurcación.

—Si tuviera un dedo gordo, un dedo corto, un dedo negro y un dedo nuevo, entonces sabría adonde he de ir —canturreó Cetrespeó de repente.

—¿Qué estás diciendo?

—Discúlpeme, señor. Es una cancioncilla para contar de los niños del planeta Basarais —dijo Cetrespeó—. Amo Lando, ¿me permite hacer una sugerencia?

—Cuando quieras, Cetrespeó. Lo último que deseo en estos momentos es tener que oír cómo alguien dice: «Oh, siempre me pareció que no era una buena idea... Supongo que tendrías que habérselo dicho».

—Muy bien, amo Lando. Sugiero que nos dividamos en dos grupos y exploremos los dos pasadizos al mismo tiempo. Sería el método más eficiente, ¿verdad? Si cada grupo está formado por un humano y un androide, creo que deberíamos ser capaces de continuar comunicándonos incluso si llegáramos a estar separados por una cierta distancia.

—No está nada mal, Cetrespeó —dijo Lando—. Tenemos dos bobinas, así que podríamos colocar cables en ambos pasadizos. ¿Lobot?

—Estoy en contra de que nos separemos —dijo Lobot—. Las válvulas y conductos que se abren aparentemente al azar pueden cerrarse con idéntica facilidad. También cabe la posibilidad de que se nos haya ofrecido esta elección precisamente con el propósito de conseguir que nos dividamos en dos grupos.

Lando frunció el ceño.

—Si no nos separamos, ¿qué pasadizo elegimos?

Lobot meneó la cabeza.

—La elección en sí no tendrá ninguna importancia, Lando. Limitémonos a elegir uno.

No la tuvo, en efecto. El pasadizo elegido por Lando terminaba trescientos metros más adelante, después de haberse desviado bruscamente —¿hacia dentro?— formando un ángulo

de casi noventa grados. Cuando volvieron por donde habían llegado, el otro pasadizo les llevó hasta otra bifurcación que era el reverso de la primera, y a otro corto tramo de pasillo que se desviaba con idéntica brusquedad antes de terminar de repente.

—Hay algo allí abajo —dijo Lando, que se había quedado un poco rezagado mientras los demás empezaban a retroceder—. Los dos callejones sin salida van al mismo sitio. El hiperimpulsor podría estar ahí abajo.

Lobot enseguida se dio cuenta de que el barón estaba sintiendo la tentación de comprobar si su teoría era correcta abriendo un agujero en la pared con un disparo de desintegrador, y se apresuró a alargar la mano para rozarle el hombro.

—Vamos —dijo el ciborg.

—Estoy harto de esto.

—Ya lo sé —dijo Lobot—. Pero también sabes que dejar incapacitado un hiperimpulsor y desestabilizarlo son dos cosas muy distintas, ¿no? Encontraremos una forma mejor.

Lando echó un vistazo a las lecturas de su panel.

—Muy bien —dijo—. Pero si no la hemos encontrado cuando estos numeritos estén a punto de convertirse en una hilera de ceros, volveré a este sitio. No pienso quedarme cruzado de brazos mientras veo cómo la muerte se va acercando poco a poco, Lobot.

—Nunca esperaré eso de ti, amigo mío —dijo Lobot—. Pero ahora... Vamos, Lando, te lo ruego, salgamos de aquí.

Y los dos volvieron por el pasadizo, volando el uno al lado del otro.

Dando muestras de una repentina habilidad mecánica hija de la desesperación, Lando y Lobot consiguieron improvisar cuarenta y un anclajes con trozos de la plataforma del trineo y los suministros adheridos a ella. Colocados a intervalos de doscientos metros, esos anclajes permitieron tender más de ocho kilómetros de cable que cubrían tres pasadizos principales y más de quince ramificaciones.

Durante el curso de sus exploraciones, el equipo catalogó once válvulas obturadoras, dieciocho válvulas de control del flujo y tres rutas distintas para volver a su indicador original. El propósito de los mecanismos y la pauta de sus movimientos siguieron siendo tan impenetrables como de costumbre, pero aun así el mapa holográfico de Erredós fue cambiando poco a poco hasta adquirir una forma más útil, enmarcando lo desconocido con lo conocido.

Y mientras tanto el Vagabundo seguía avanzando por el hiperespacio, aparentemente sin enterarse de la presencia de los pasajeros que se movían cautelosamente por su interior. Los temores iniciales se desvanecieron. El navío seguía siendo tan misterioso como al principio y les había revelado muy pocos de sus secretos, pero dejó de ser una enigmática entidad amenazadora. La amenaza que pesaba sobre sus vidas se había vuelto tan impersonal como el gráfico de una ecuación..., y se trataba de una ecuación en la que ninguna de las variables se hallaba bajo su control.

Después de que otro pasadizo inexplorado hubiera vuelto a decepcionarles llevándolos hasta un pasaje en el que ya habían tendido sus cables de desplazamiento, los dos humanos y los dos androides se detuvieron allí por un mutuo consenso tácito para descansar y hacer acopio de nuevas reservas de ánimos.

Lando tensó el trozo de cable al que se había agarrado, y después se lo enrolló alrededor de una muñeca y permitió que le mantuviera inmóvil.

—¿Cuál es la duración actual de este salto? —preguntó.

—Un poco más de treinta y siete horas —dijo Lobot.

—No sé adonde vamos, pero no cabe duda de que está muy lejos —murmuró Lando, y suspiró—. Veamos, cuatro veces tres coma uno cuatro por treinta y nueve al cubo dividido por tres... A estas alturas podríamos estar en cualquier punto de un cuarto de millón de años luz cúbicos de espacio. Van a necesitar un telépata para encontrarnos.

—Deberíamos dormir —dijo Lobot.

—¿Por qué?

—Dormir nos ayudará a conservar nuestros recursos consumibles. Y los seres humanos no funcionan al máximo de eficiencia cuando están fatigados.

—Y cuando estamos muertos tampoco funcionamos demasiado bien —replicó Lando—. Las cinco horas que dediquemos a echar la siesta pueden ser las cinco horas que necesitaríamos para salir de este lío.

—Y las cinco horas que no dediquemos a «echar la siesta», como tú dices, podrían hacer que uno de nosotros cometiera un error de cuyas consecuencias no lograríamos recuperarnos.

—Tenemos a los androides para evitar que cometamos errores. Ellos no se cansan —dijo

Lando—. Y además... Bueno, tengo hambre. No consigo quitarme de la cabeza la idea de que si seguimos dando vueltas por aquí acabaremos encontrando una de esas cafeterías que están abiertas las veinticuatro horas del día.

—Ésa no es una expectativa muy racional, Lando.

Lando soltó una risita llena de cansancio.

—Todavía sé darme cuenta de cuándo estoy diciendo tonterías —dijo—. ¿Y tú? ¿Todavía sabes darte cuenta de cuándo estás confundiendo un chiste con una afirmación seria?

—Amo Lando...

—¿Qué ocurre, Cetrespeó?

—¿Cree posible que esta nave haya salido del hiperespacio sin que nos hayamos enterado? Quizá estábamos demasiado concentrados en nuestras actividades. Puede que no hayamos ido tan lejos como teme.

—No —se limitó a decir Lando—. Nunca había oído gruñir a una nave de la manera en que lo hace ésta cuando entra o sale del hiperespacio. No se nos puede haber pasado por alto. No a mí, por lo menos... He estado pensando en ello. Sí, he estado pensando en todo el tiempo que el Vagabundo lleva huyendo de cualquier nave que se le aproxime, entrando y saliendo del hiperespacio, y en cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez en que fue sometido a una inspección estructural y un buen repaso general.

»Un amigo mío que trabajaba en el astillero de Atzerri me enseñó los hologramas de revisión de las naves que habían pasado por sus talleres. Pude ver las microfracturas en el recinto del hiperimpulsor y los soportes internos, e incluso las que habían aparecido en la quilla de un acorazado...

»No, aun suponiendo que dispusiéramos de todo el oxígeno, de toda el agua y la comida caliente que pudiéramos consumir y de todo el tiempo del mundo... Bueno, aun así no querría seguir aquí el tiempo suficiente para volver a oír ese gruñido demasiadas veces. ¿Y sabéis por qué? Porque algún día que no está demasiado lejano, y por muy bien que los qellas le apretaran las tuercas, este viejo cubo de la basura espacial quedará convertido en un montón de chatarra a la deriva.

Erredós dejó escapar un suave trino electrónico lleno de preocupación.

—Me pregunto dónde estará el *Glorioso* ahora —dijo Cetrespeó.

—Es un tema en el que no quiero pensar —dijo Lando, y se rió—. No quiero deprimirme. —Soltó el cable y flotó en el vacío—. Si queréis descansar, podéis hacerlo. Enséñame el mapa, Erredós. Todavía queda mucha nave por explorar.

Encontraron el panel de acoplamiento cuando llevaban setenta y una horas prisioneros dentro de la nave. Dieron con él por pura suerte, ya que apareció en una sección por la que ya habían pasado dos veces y a la que no habrían vuelto si un nuevo pasaje que estaban añadiendo al mapa no les hubiera llevado hasta allí.

El panel de esquinas redondeadas, que medía casi dos metros de longitud y más de un metro de anchura, estaba incrustado en el «techo» del pasadizo. (Lando había decretado que los cables definían el lado «derecho» del pasadizo, y que el resto de direcciones derivaban de esa definición inicial.) El panel estaba generosamente adornado con orificios y protuberancias de varias alturas, profundidades y diámetros, con los orificios agrupados simétricamente en el tercio central y las protuberancias flanqueándolos.

—¿Qué cree que es, amo Lando?

—Alguna clase de prueba de inteligencia, quizá —dijo Lando, intentando echar un vistazo por uno de los orificios de mayor tamaño—. Bien, ¿hay alguien que se sienta capaz de enfrentarse a ella?

—Oh, la verdad es que tiene un cierto parecido con la caja de acertijos que el embajador Nugek le regaló a Anakin Solo —dijo Cetrespeó—. Todavía recuerdo lo bien que se lo pasó el pequeño Anakin haciendo girar los engranajes y metiendo bloques por los agujeros...

—Cierra el pico, Cetrespeó.

—Sí, señor.

Lobot estaba llevando a cabo su propio examen del artefacto.

—Veinticuatro orificios de dos tamaños distintos. Dieciocho protuberancias. No distingo ninguna parte móvil, al menos a primera vista. El metal es muy brillante y posee un índice de reflexión bastante elevado, y carece de acabado protector. Y sin embargo no hay señales ni melladuras, ni siquiera dentro de los orificios o a su alrededor.

—Pues yo diría que es alguna clase de conexión reguladora —murmuró Lando—. Como el diagramador central del *Halcón*, o el recinto de mantenimiento del *Dama Afortunada*...

Conéctate aquí, y tendrás acceso a todos los sistemas de la nave.

—Eso es justo lo que has estado buscando —dijo Lobot—. ¿Cuántas probabilidades de encontrarlo tenías?

—Es el único mecanismo que hemos visto en nueve kilómetros de pasadizo.

—Es el único mecanismo que hemos sido capaces de reconocer —replicó Lobot—. Pero el diseño de esta nave parece estar basado en la idea general de que los mecanismos permanecen escondidos hasta que llega un momento en el que surge la necesidad de usarlos. Te pido que reflexiones y te preguntes por qué este mecanismo ha aparecido precisamente ahora.

—Venga, dímelo.

—Probablemente porque la nave no tardará en tener necesidad de la función ejecutada por este mecanismo...

—Lo cual nos da una posibilidad de colarnos y tratar de mejorar nuestra situación actual —dijo Lando—. Estos acoplamientos no han sido diseñados para nosotros, pero quizá podamos utilizarlos de todas maneras. La energía siempre es energía, ¿no? Y Erredós puede utilizar conexiones térmicas, de plasma o eléctricas... Y los datos siempre son datos, igualmente. Si Erredós puede leerlos, Cetrespeó podrá interpretarlos.

—Lando, no cuentas con ninguna base que te permita llegar a la conclusión de que nos encontramos ante una conexión de acceso a los sistemas —insistió Lobot—. Es mucho más probable que la función de este mecanismo guarde alguna relación con la función de estos pasadizos.

—¿Y cuál es su función? —replicó Lando en un tono bastante seco—. ¿Celda de detención? ¿Ventilación? ¿Laberinto para roedores? ¿Granja de hongos? ¿Me estás diciendo que éste es otro de esos terribles y peligroso enigmas que no podemos tocar, sólo por si acaso? Oh, maldición... ¿Cuánto tiempo se supone que debemos esperar antes de que hagamos algo?

—Sólo has dormido dos horas en casi tres días —dijo Lobot—. Tu capacidad de evaluar correctamente la situación está seriamente afectada, y estás empezando a pensar que ya no nos queda tiempo para...

—Exacto —le interrumpió Lando—. Llevo tanto tiempo sin probar bocado que sería capaz de cargarme a mi mejor amigo a cambio de una condenada galleta. A juzgar por lo mal que sabe, mi traje ya ha reciclado el suministro de agua más de media docena de veces. ¿Eres más máquina que hombre? ¿Es que nada de todo esto te afecta?

—Soy tan humano como tú —replicó Lobot—. Dudo que puedas estar más hambriento que yo. El suministro de agua de mi traje me sabe tan mal como el tuyo a ti. Pero no entiendo los descubrimientos que hemos hecho...

—¿Y no quieres averiguar algo más sobre ellos? Quiero que los androides intenten establecer una conexión con este acceso, y eso es todo. Nada de desintegradores. Nada de renovaciones estructurales altamente creativas.

—Te ruego que me escuches —se apresuró a decir Lobot—. No entiendo por qué unas estructuras tan enormes como éstas han permanecido inertes durante nuestra estancia a bordo, o el porqué se nos ha permitido movernos por ellas sin encontrar ningún obstáculo. Esas preguntas me inquietan. Y otra de las cosas que me preocupan es que temo que la aparición de este artefacto pueda indicar el final de una de esas condiciones o de ambas...

—Más razón todavía para que seamos nosotros los que hagamos el primer movimiento —dijo Lando—. Erredós, Cetrespeó, venid aquí. Quiero que intentéis conectaros a este sistema de acceso del Vagabundo.

Lobot se volvió hacia los androides.

—Cetrespeó, Erredós... Os pido que esperéis hasta que sepamos algo más sobre esta nave. Ninguno de nuestros suministros ha llegado a un estado crítico. No sabemos con qué estamos tratando.

—Lo siento, señor, pero antes de irse el amo Luke transmitió su autoridad al amo Lando —dijo Cetrespeó permitiendo que Erredós empezara a remolcarlo hacia el panel—. Sean cuales sean las reservas que usted pueda tener, estamos obligados a seguir las instrucciones del amo Lando.

—Gracias, Cetrespeó —dijo Lando, fulminando a Lobot con una mirada asesina en la que había una sombra de triunfo sarcástico—. Me alegra saber que sigues formando parte del equipo.

Ya fuese a causa de los temores de Lobot o debido al innato sentido de autoconservación

de Erredós, lo cierto es que el androide astromecánico actuó con gran cautela a la hora de ejecutar las instrucciones de Lando, y Lobot se alegró de verlo.

Erredós empezó colocándose a una prudente distancia del panel y empezó a sondearlo, haciendo girar su cúpula de un lado a otro a medida que iba empleando distintos tipos de sensores: óptico, térmico, radiónico, electromagnético... Cetrespeó fue enunciando los resultados de cada lectura a los dos hombres, que estaban observando el sondeo desde lados opuestos del pasadizo.

Lobot ya conocía los resultados antes de que Cetrespeó los expusiera, pues el pequeño androide astromecánico —por iniciativa propia, y sin que Lando se enterase de ello— había abierto otro de sus registros de datos a la conexión neural del ciborg. Era una señal de apoyo que Lobot aceptó en silencio, sin decir nada que pudiera traicionar la existencia de aquel pequeño acto de amotinamiento.

Después de que los sondeos iniciales no produjeran ninguna agitación de banderas rojas, Erredós se acercó un poco más y desplegó su sonda sensora. La cabeza detectora era demasiado grande para poder introducirse en los orificios más diminutos, pero Erredós la acercó al primero de ellos todo lo que pudo sin llegar a tocarlo.

—Campo, cero coma cero nueve gauss —dijo Cetrespeó—. Densidad de flujo, uno coma seiscientos dos, índice alfa, cero, índice beta, ciento dieciséis. Polaridad de carga, negativa... Erredós, no entiendo ni una palabra de todo esto. ¿Alguien tendría la bondad de explicarme qué significa?

Erredós hizo girar su cúpula y emitió una estridente serie de pitidos, que Cetrespeó no tradujo.

—Estoy intentando mantenerme inmóvil —dijo después mientras Erredós trasladaba la sonda al orificio siguiente—. Yo no tengo la culpa de que no me diseñaran para operar en condiciones de ausencia de peso. La inmensa mayoría de seres dotados de un mínimo de sentido común viven en la superficie de un planeta, que es donde deben estar.

La respuesta de Erredós le pareció malhumorada incluso a Lobot.

—Me da igual lo que pienses —dijo Cetrespeó—. Vaya, pero si no eres más que un mecánico... Yo, en cambio, he sido diseñado y construido para propósitos más nobles. Debería estar en una recepción diplomática, ayudando a forjar la paz entre rivales que se odian a muerte, o concertando un matrimonio dinástico... Oh, cómo echo de menos los viejos tiempos...

La respuesta de Erredós consistió en un balido electrónico.

—Muy bien —replicó altivamente Cetrespeó—. Mira cómo tiemblo. No necesito tu ayuda.

Y después de haber pronunciado esas palabras, el androide dorado soltó la oruga derecha de Erredós y cruzó los brazos sobre su plancha pectoral.

—Pero yo sí necesito tu ayuda. Cetrespeó —dijo Lando—. Por lo tanto, deja de pelearte con tu hermano y ve recitando los números.

—¿Por qué insiste en cometer una y otra vez el mismo error, amo Lando? —casi resopló Cetrespeó—. Ese diminuto tirano egoísta no tiene ninguna relación de parentesco conmigo.

—Yo puedo ayudarte. Lando —dijo Lobot en voz baja y suave, sin añadir ninguna explicación—. Campo, cero coma ochenta y dos gauss. Densidad de flujo, uno coma setenta y cuatro, índice alfa...

Lando volvió la cabeza hacia Lobot para lanzarle una mirada llena de irritación, y eso hizo que el ciborg se sintiera sorprendentemente satisfecho de sí mismo. Ninguno de los dos vio cómo Cetrespeó alargaba un brazo y se agarraba a una de las protuberancias del panel para no perder el equilibrio. Pero los dos oyeron el potente estallido de estática que brotó de las unidades comunicadoras de los trajes de contacto y vieron el resplandor azul que surgió de la nada y se extendió por todo el pasadizo.

—¡Cielos! —exclamó Cetrespeó.

Lobot volvió rápidamente la cabeza en esa dirección y vio que el final del pasadizo estaba lleno de serpientes de energía blancoazuladas. Chorros de chispas iban y venían por entre las puntas de las protuberancias, moviéndose en un veloz bailoteo que ascendió vertiginosamente por el brazo de Cetrespeó hasta llegar a la articulación del codo..., y el chisporroteo se estaba intensificando rápidamente.

—Cetrespeó... No te sueltes... —empezó a decir Lobot.

La advertencia llegó demasiado tarde. En cuanto su sorpresa inicial se hubo disipado lo suficiente para permitirle reaccionar, Cetrespeó apartó la mano en un acto de temor totalmente reflejo.

Un instante después un gigantesco y serpenteante haz de energía surgió del panel y envolvió la mano de Cetrespeó, destellando a lo largo de su brazo y un lado de su cabeza para

salir disparado de ella y perderse en el pasadizo. Antes de que nadie pudiera reaccionar, el haz de energía ya se había alejado pasadizo abajo y había desaparecido, extendiéndose a medida que avanzaba hasta que acabó bailoteando por encima de toda la superficie como si fuera un halo de fuego azulado. Uno de los dedos del repentino relámpago se deslizó a lo largo de los cables que habían tendido, convirtiéndolos en polvillo negruzco que fue cayendo al suelo por detrás del estallido energético.

La descarga dejó a Cetrespeó dando tumbos y convulsionándose en el centro del pasadizo. Su brazo derecho había quedado ennegrecido y los servomecanismos y controles de energía quemados echaban humo, su cabeza estaba paralizada en un ángulo muy extraño y temblaba incontrolablemente, como si uno de los actuadores hubiera quedado atrapado en un ciclo cerrado de retroalimentación.

Lobot soltó una retahíla de maldiciones que ya ni siquiera se acordaba de conocer y empezó a avanzar hacia el androide fulminado por aquel relámpago misterioso. Lando permaneció inmóvil durante unos momentos, paralizado por el aturdimiento, y después fue hacia ellos. Pero Erredós se movió más deprisa que los dos hombres, agarrando a Cetrespeó y empezando a remolcarlo pasadizo abajo en dirección opuesta a la que había seguido la descarga de energía. Cuando pasó junto a Lando, el pequeño androide astromecánico le lanzó un sonido lleno de hostilidad.

—Lo siento —dijo Lando, alzando los brazos hacia el techo en un gesto de rendición—. No ha sido culpa mía. Lobot... Dile que no ha sido culpa mía.

Lobot se apresuró a seguir a Erredós y Cetrespeó por el pasillo, y pasó junto a Lando sin romper su ceñudo silencio.

Erredós no permitió que Lando se acercara a Cetrespeó. Lando tuvo que conformarse con observarles desde varios metros de distancia, mientras Lobot y Erredós se inclinaban sobre el androide de protocolo e intentaban evaluar los daños que había sufrido.

Desde varios metros de distancia, los daños parecían ser considerables.

Un R6 o un R67 habrían sobrevivido a la descarga sin ninguna dificultad, y apenas la habrían notado. Los últimos modelos de androides de combate contaban con un blindaje especial que podía protegerlos de estallidos de energía y corrientes inducidas tan poderosas que eran capaces de soportar un impacto casi directo de un cañón iónico de clase uno.

Pero Cetrespeó había sido diseñado para librar guerras de palabras. Sus fusibles y sistemas protectores tenían muy poca potencia, y la descarga de energía surgida del panel los había atravesado como si no existieran. Si la carga hubiera pasado a través de su cuerpo, recorriendo los procesadores primarios en vez de subir por un lado, Cetrespeó estaría muerto.

Lando sólo necesitó unos momentos para poder ver que el brazo derecho de Cetrespeó había quedado inutilizado y que colgaba rígidamente junto a su costado, y comprendió que las conexiones se habían fundido y que los servocontroladores estaban quemados. Peor aún, su sintetizador de habla o su procesador vocal habían quedado seriamente afectados. Cuando hablaba, la voz de Cetrespeó sufría una distorsión de fase y cambiaba de timbre, como si estuviera a un millón de kilómetros de distancia y hablara por un comunicador de bolsillo. El androide de protocolo ya se había interrumpido dos veces a mitad de una frase, como si se encontrara irremisiblemente atascado mientras buscaba la más corriente de las palabras..., algo que Lando nunca le había oído hacer antes.

Pasados unos minutos, Lobot dejó a Erredós todavía inclinado sobre Cetrespeó y fue a reunirse con Lando. Para gran sorpresa de éste, no hubo palabras de recriminación y Lobot se limitó a hablarle con una impasible frialdad que apenas resultaba distinguible de su conducta habitual.

—No disponemos de repuestos, por lo que no podemos reparar el brazo de Cetrespeó —dijo el ciborg—. Erredós está intentando desatascar el actuador lateral y devolver la libertad de movimientos a su cabeza. —Lobot dirigió un asentimiento de cabeza a la plataforma del equipo, que Lando había remolcado hasta allí desde la escena del accidente—. Necesito el maletín de las herramientas.

—Dentro de un momento —dijo Lando—. ¿Qué ocurrió allí? ¿Tienes alguna idea de qué ha pasado?

—Necesito el maletín de las herramientas, Lando —repitió Lobot, y se dispuso a pasar por entre Lando y la pared del pasadizo.

Lando alargó la mano y le agarró por el antebrazo.

—Tenías razón respecto a estos pasadizos. Se están preparando para... —Algo se movió en la periferia de su campo visual, y la mirada de Lando se apartó de Lobot para posarse en los

androides, y después fue más allá de los androides y se clavó en el cada vez más intenso resplandor que acababa de aparecer allí donde el pasillo se iba curvando para desaparecer—. ¡Maldición! —exclamó—. Aléjate de la pared. ¡Erredós, ten cuidado!

—¿Qué ocurre? —preguntó Lobot, estirando el cuello.

Lando, que no había soltado a Lobot, arrastró al ciborg hasta el centro del pasadizo en el mismo instante en que el halo de energía aparecía en el horizonte de su visión y venía velozmente hacia ellos. La descarga rodeó a los dos hombres durante un fugaz instante mientras seguía su vertiginoso curso, pero aun así su paso hizo que Lando sintiera cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Ha dado toda la vuelta a la nave?

—Sí.

—No parece haber perdido ni la más mínima parte de su potencia inicial —dijo Lobot, visiblemente asombrado.

—No —dijo Lando—. Eso es lo que estaba intentando decirte. Tenías razón, Lobot. Estos pasadizos son una especie de conductos... Son acumuladores de superconducción. Incluso es posible que formen una especie de generador de cascada basado en el principio de los tubos de gas.

—Para las armas —murmuró Lobot, hablando muy despacio—. Tienen que ser para las armas.

—Ese panel es el lastre central, la fuente de la primera chispa. Cetrespeó creó una trayectoria de arco mientras el panel estaba acumulando energía para efectuar el disparo inicial que provocaría la ignición..., probablemente de manera prematura. Quizá haya hecho que el sistema emita un informe de fallo del disparador, y puede que eso nos dé un poco de tiempo mientras vuelve a inicializarse.

—Las armas son inútiles en el hiperespacio. Eso explica por qué hemos podido ir de un lado a otro sin encontrar obstáculos.

—También responde a tu pregunta sobre el panel —dijo Lando—. Te estabas preguntando por qué había aparecido en ese preciso instante, ¿no? Oh, sí, el Vagabundo es un chico muy listo... Lo último que hago antes de entrar en una habitación donde quizá no sea bienvenido es comprobar mi arma.

—Ha llevado a cabo una comprobación de la integridad del sistema. Debe de estar preparándose para...

—Espera un momento —dijo Lando—. Escucha.

La nave estaba volviendo a hacer oír su ronca voz, y todo parecía gruñir y gemir a su alrededor.

Lando soltó a Lobot, se impulsó hacia la plataforma del equipo y soltó la lapa sensora de sus sujeciones. La lapa estaba protegida por una gruesa envoltura de hilo de seda, con una hebra terminada en un aro sobresaliendo de él.

—No podemos perder ni un solo instante —dijo Lando—. ¡Erredós! ¡Consulta tu mapa! ¿Cuál es el camino más corto para llegar al casco exterior?

Erredós replicó con un graznido electrónico.

—Indícame la dirección, Erredós... ¡No puedo entenderte!

—No te está respondiendo —dijo Lobot—. Me está preguntando por qué todavía no he vuelto con las herramientas. —El ciborg cerró los ojos, y las lucecitas de su barra conectora parpadearon a toda velocidad—. Por ahí—dijo después—. Dieciocho metros. Pero no sé qué puede haber entre este sitio y el casco.

—Ya te lo contaré cuando vuelva —replicó Lando.

Empuñó su desintegrador, abrió un agujero en la dirección que le había señalado Lobot y desapareció por él.

Con sus toberas impulsoras manteniendo sus pies, que estaban lo más separados posible, apoyados en el mamparo exterior del Vagabundo, Lando metió el cañón del desintegrador industrial por entre sus piernas y apretó el actuador. Un círculo perfecto de casco se desvaneció en una vaharada de humo grisáceo, que fue absorbido instantáneamente a través de la abertura.

La lapa había estado flotando en el aire, unida a la muñeca izquierda de Lando por el cable. Un instante después la lapa dio un potente tirón al extremo de un cable repentinamente tenso, y se bamboleó violentamente de un lado a otro mientras el aire del compartimiento pasaba a toda velocidad junto a ella. Lando guardó el desintegrador en uno de los bolsillos especiales del

traje y permitió que el cable fuera deslizándose por entre sus dedos enguantados hasta que la lapa hubo entrado en la abertura. Sólo el cable unido a la muñeca de Lando impidió que se escapara al espacio para perderse en él.

Después se limitó a esperar, y fue viendo cómo la brecha del casco se iba cerrando poco a poco. Cuando la abertura se hubo encogido lo suficiente para evitar que la lapa volviera a ser atraída hacia el interior, Lando tiró del cable y la dejó pegada al casco. Luego estiró el brazo, presionó los interruptores gemelos que activaban los sensores de la lapa y conectó su sistema de adherencia. Después volvió a soltar un poco de cable y esperó hasta que el agujero hubo quedado reducido a las dimensiones de una mirilla, y tiró de la lapa.

Hubo un chasquido claramente audible cuando las espigas de anclaje dispuestas en forma de cruz se extendieron y dejaron la lapa firmemente unida al casco. Para estar todavía más seguro de que no se soltaría, Lando anudó el cable alrededor del cierre de seguridad que había estado tapando los interruptores de la lapa y lo dejó lo más pegado posible a la superficie interior. Lando esperaba que el arnés y aquel freno improvisado bastarían para mantenerla en su sitio, incluso en el caso de que la nave consiguiera desprender las espigas recubiertas de pequeños dientes de sierra de su casco.

Después de haber terminado el trabajo que lo había llevado hasta allí, Lando se dio la vuelta para examinar por primera vez los compartimentos que había atravesado a toda velocidad en su ruta hacia el casco exterior.

A diferencia de lo que ocurría en los acumuladores, donde toda la superficie del pasadizo desprendía una pálida claridad amarillenta, la única luz existente en el compartimento exterior procedía de las «orejas-lámpara» gemelas que flanqueaban el casco de Lando. Cuando deslizó sus haces luminosos a través del oscuro volumen de espacio que se extendía a su alrededor, un gran vacío engulló la luz delante, detrás y a lo largo de la circunferencia de la nave. Era como si Lando estuviese perdido en el rincón más tenebroso y solitario del espacio.

La luz no encontró nada en lo que reflejarse para poder revelar una parte de la sustancia de la nave hasta que Lando alzó la mirada, apartando los ojos del casco exterior sobre el que estaba flotando y volviendo la cabeza hacia la dirección por la que había venido. Y lo que la luz reveló allí hizo que Lando se estremeciera con un escalofrío helado que ningún calor podría expulsar de su cuerpo.

Pues las lámparas le estaban mostrando que el muro interior se hallaba cubierto de rostros alienígenas: Lando se encontró contemplando un mosaico, una galería de retratos, un mural, un friso conmemorativo que se extendía hasta allí donde podía llegar la luz, y muy probablemente bastante más allá. Había millares de rostros distintos, o millares de variaciones del mismo rostro, y cada uno le contemplaba desde el interior de su propia celdilla hexagonal. No se parecían a ninguno de los rostros que Lando había visto hasta entonces y, a pesar de ello, Lando pudo sentir con una penetrante agudeza la inteligencia oculta en aquellos ojos grandes y redondos que parecían estar buscando su mirada.

Más que por cualquier otro don, Lando había logrado sobrevivir y prosperar leyendo en los rostros de los desconocidos y llegando a conocerlos mejor de lo que ellos mismos se conocían. Cuando contempló los rostros minuciosamente esculpidos y llenos de profundas arrugas de los qellas, Lando vio en ellos tanto la fuerza como la rendición, una tranquila sabiduría y una curiosidad frustrada y, por encima de todo, un terrible conocimiento de la fugacidad y fragilidad de la vida. Tanto los seres que posaron para aquellos retratos como los artesanos que los crearon habían sabido, mientras permanecían inmóviles o trabajaban para darles forma, que aquellas imágenes tal vez serían lo único que sobreviviría de ellos, y no habían tratado de ocultar nada.

Había un orificio circular en el mural allí donde Lando se había abierto paso a través de él con la hoja de energía de su desintegrador industrial. El muro de sustentación se había curado a sí mismo, pero los retratos que lo recubrían no lo habían hecho: cuatro de ellos habían sufrido daños en mayor o menor grado, y uno había desaparecido para siempre. Lando se impulsó hacia el mural y abrió un segundo agujero en el mismo sitio, intentando hacer caso omiso de las insistentes punzadas de culpabilidad que se agitaban en su interior mientras empuñaba el desintegrador industrial.

—Lo siento —les dijo a los rostros supervivientes mientras los iba dejando atrás—. Pero ésta es vuestra tumba..., vuestro monumento conmemorativo. Estoy intentando impedir que se convierta en mi tumba. Si la vida significaba tanto para vosotros... Bueno, prefiero pensar que si estuvierais aquí, ahora me estaríais deseando buena suerte.

Lando encontró a los demás donde los había dejado, todavía atendiendo a Cetrespeó. El androide dorado fue el único que mostró una reacción claramente perceptible a su presencia,

volviendo la cabeza hacia Lando y saludándole animadamente.

—¡Amo Lando! —exclamó Cetrespeó con un hilo de voz enronquecida. Un ojo luminoso parpadeó—. ¿Qué está haciendo en Yavin Cuatro? ¿Por qué lleva ese traje? Oiga, ¿sabe que parece un androide?

—Echa un vistazo a tu alrededor, Cetrespeó —dijo Lando—. ¿Reconoces este sitio?

La cabeza del androide dorado giró lentamente sobre su cuello.

—Oh. Oh, sí, comprendo. El Vagabundo de los qellas. Parece que he sufrido alguna clase de accidente, ¿no? —Cetrespeó se volvió y usó su brazo intacto para golpear la cúpula de Erredós—. Y todo por tu culpa, maldito saboteador inútil. Tendrías que estar dentro de un triturador de basura, junto con todos los...

—No —le interrumpió secamente Lando—. Yo tuve la culpa. Fui yo quien dio las órdenes, y fui yo quien cometió el error. Lo siento, Cetrespeó. Te prometo que te dejaremos como nuevo en cuanto volvamos a casa.

—Soy yo quien debería pedirle disculpas, amo Laricatissian —dijo Cetrespeó—. Estoy seguro de que mi viscosidad fue el cadáver aproximado de mi infortunio.

—No intentes hablar, Cetrespeó —dijo Lando—. Límitate a seguir con tus rutinas de diagnóstico, ¿de acuerdo? Tu sensor interno *trazará* un mapa de las regiones dañadas y reasignará esas funciones a otras zonas.

—Pared de hadas, monstruo lambda.

La cabeza del androide giró lenta y temblorosamente sobre su cuello hasta volver a la posición neutral.

Lobot meneó la cabeza.

—Lando, la carga de prueba, si es que se trataba de eso... Bueno, ya ha dado cuatro vueltas más al trazado. Pude ver cómo se debilitaba cuando pasó por encima del agujero que abriste, pero aparte de eso, no pareció perder ni un solo voltio de potencia. Si el panel no la hubiera reabsorbido durante su último circuito, supongo que todavía seguiría circulando por el pasadizo.

Lando recibió su informe con un asentimiento de cabeza.

—Estos pasadizos forman una botella de energía casi perfecta —dijo—. Esto responde a muchas de las preguntas sobre la potencia de su armamento que nos hemos estado haciendo. Cuando el sistema hace circular una carga de capacitancia por estos conductos, las cosas deben de ponerse realmente emocionantes.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que ya hemos tenido emociones más que suficientes por ahora.

—Tienes razón... Hemos de salir de aquí. Pero antes hay una cosa que debemos hacer —dijo Lando—. Erredós, he podido adherir la lapa al casco exterior de la nave. Necesito que captes su señal y que permitas que Lobot tenga acceso a ella.

El pequeño androide hizo girar su cúpula hasta que la parte posterior quedó dirigida hacia Lando, y permaneció en silencio.

—Tenemos que averiguar dónde estamos. Erredós —insistió Lando—. Es la segunda fase de nuestro plan, ¿recuerdas? No sé durante cuánto tiempo podemos esperar recibir datos de los sensores de esa lapa, y no tenemos ni idea de cuánto tiempo vamos a permanecer en el espacio real.

El androide siguió guardando silencio.

—¿Lobot?

Lobot carraspeó antes de hablar.

—Eh... Erredós acaba de hacer un comentario bastante grosero sobre tus dotes de liderazgo. Después me dijo que te dijera que se ha declarado en huelga.

—Erredós, eres el único de nosotros que puede captar los datos emitidos por esa lapa —dijo Lando, intentando hablar en un tono lo más firme y tranquilo posible mientras hacía grandes esfuerzos para controlarse—. Si no disponemos de esos datos, no podremos planear una huida. Si no escapamos pronto, a nosotros se nos acabará el aire y a ti se te acabará la energía. No sé qué quieres demostrar con esto, pero sea lo que sea... Bueno, ¿crees que es algo tan importante como para justificar el que los cuatro perezcamos?

Erredós emitió un corto pitido.

—Recibiendo datos —dijo Lobot—. Erredós me ha dicho que te diga que lo hace por Cetrespeó, no por ti.

—Por mí como si lo hace por el Príncipe de la Sangre Real de Thassalia, ¿entendido? Me conformo con que lo haga —replicó Lando—. ¿Cuánto tardaremos en poder disponer de una orientación de navegación?

—Erredós está calculando la triangulación en estos momentos —dijo Lobot—. La base de datos espectrales sólo incluye una de las estrellas de la zona. Lando. Erredós está buscando otras estrellas que puedan servir como referencia.

—¿Qué? ¿Dónde demonios estamos?

—Un momento —dijo Lobot—. Coordenadas cero-nueve-uno, cero-seis-seis, cero-cinco-dos. Incertidumbre debida a un error de medición, dos por ciento.

—¿Tres ceros? Oh, no. No puede ser. Eso nos colocaría en el Sector Uno.

—Correcto —dijo Lobot—. Estamos dentro del Núcleo, y nos encontramos a ciento seis años luz de la frontera de la Nueva República. El sistema habitado más próximo es Prakith.

—Prakith —repitió Lando—. Foga Brill.

—Me temo que no te he entendido.

—Según nuestros últimos informes, Prakith estaba controlado por un señor de la guerra imperial llamado Foga Brill.

—Ah. Comprendo. Prakith se encuentra a ocho años luz de distancia de aquí.

—¿Hay alguna otra nave ahí fuera? Alguna boya de seguridad, sonda, navío robotizado... Lo que sea.

—Ninguna que los sensores de nuestra lapa puedan detectar. Sin embargo, el casco del Vagabundo les oculta una parte sustancial del cielo.

—Bueno, está claro que no es el barrio más adecuado para empezar a lanzar mensajes de socorro —murmuró Lando, que se había puesto muy serio—. De acuerdo, aprovechemos que todo sigue estando bastante tranquilo y salgamos de aquí. Iremos al sitio del que acabo de venir. No sé exactamente en qué situación nos colocará eso, pero la primera vez no ocurrió nada malo.

Erredós emitió un seco trino electrónico.

—¿Qué ha dicho?

—Oh, olvídale —dijo Lobot—. Te aseguro que no es algo que quieras saber.

Lando se permitió unos cuantos pensamientos bastante sombríos sobre las consecuencias de la falta de diligencia en las labores de mantenimiento y lo peligroso que podía llegar a ser el permitir que los androides pasaran demasiado tiempo sin ser sometidos a un buen barrido de memoria. «Ya sé que ese tipo de decisiones te corresponde tomarlas a ti, Luke, pero creo que tanto Erredós como Cetrespeó tienen demasiada personalidad para mi gusto...» Aun así, Lando acabó decidiendo no compartir esas ideas con Lobot.

—En cuanto estemos allí—siguió diciendo—, me gustaría averiguar si podemos evitar abrir más agujeros en las paredes...

Lobot aprobó sus palabras con una lenta inclinación de la cabeza.

—... pero eso quiere decir que uno de nosotros tendrá que resolver el rompecabezas de qué aspecto tiene una puerta de los qellas y cómo se abre —dijo Lando, y después alzó la mirada hacia Erredós—. Así pues, lo primero que vamos a hacer cuando lleguemos allí será disfrutar de seis horas de descanso. Tendría que haber insistido en ello antes. Lo siento, Erredós. No sé si eso habría cambiado las cosas, pero... Bueno, te aseguro que nunca ha sido mi intención que Cetrespeó sufriera ningún daño.

La cúpula de Erredós volvió a girar hasta quedar dirigida hacia Lando.

—Chirr-nip-wil —dijo.

—Me ha dicho que te diga que está pensando en darte una segunda oportunidad —tradujo Lobot.

Lando asintió y sacó el desintegrador de su funda.

—Dile que un jugador mínimamente inteligente no debería necesitar nada más.

El codazo impalpable que acabó despertando a Lando era el resultado combinado de un dolor de cabeza provocado por la deshidratación y un estómago roído por el hambre. El sueño que flotó durante unos momentos en la periferia de su consciencia tenía como escenario una ciudad sumida en las tinieblas a través de la que era perseguido por un asesino invisible de voz suave y afable, y Lando procuró expulsarlo de sus sentidos lo más deprisa posible. Levantó la mano para encender sus lámparas, ajustando los haces a baja intensidad, y buscó a los demás con la mirada.

Lando descubrió que era el único miembro del equipo que se hallaba consciente. Lobot flotaba junto a la pared por debajo de él, a unos cuantos metros de distancia. Sus brazos estaban levantados junto a su rostro, y tenía las piernas recogidas y las rodillas dobladas en una postura infantil. Erredós continuaba sujetando protectoramente a Cetrespeó con sus garras, y la pareja de androides giraba lentamente en el aire al otro extremo de la cámara como si estuviera siguiendo los compases de una música que sólo ellos podían oír.

Lando bajó la mirada hacia los controles de su antebrazo izquierdo, echó un vistazo al cronómetro que había puesto en marcha antes de cerrar los ojos..., y se llevó la desagradable sorpresa de ver que el descanso de seis horas que había propuesto se había ido estirando hasta convertirse en más de dieciséis horas. Tanto él como Lando habían continuado durmiendo después de que sonaran sus alarmas, y los androides seguían en su ciclo de desconexión, esperando un contacto que los despertara.

Lando sintió una fugaz punzada de culpabilidad al pensar en las horas perdidas, pero enseguida la expulsó de su mente en cuanto comprendió lo necesario que había sido aquel descanso. «El cuerpo siempre sabe qué necesita para poder seguir adelante», pensó mientras volvía la cabeza hacia Lobot y contemplaba su expresión de apacible felicidad.

Pero había algunas agresiones de su entorno que el sueño era incapaz de eliminar. La mordedura del hambre se había vuelto más aguda que nunca, y el sorbo de agua que tomó del tubito de su casco sólo sirvió para llenar su cerebro con un melancólico anhelo de vasos insondables llenos de *charde*, *sko*a y hielo.

Pero lo que deseaba por encima de todo era poder salir de su traje de contacto. El aire estaba decididamente rancio, y el aliento de Lando volvía a él bajo la forma de una nube pestilente después de haber rebotado en el visor. El cuero cabelludo y otra media docena de lugares a los que no podía llegar parecían arder con una serie de picores insoportables. Se sentía como si tuviera la piel sucia y recubierta de grasa, y ardía en deseos de darse una ducha caliente. Y el traje era una prisión que le impedía estirar los músculos envarados y aliviar todos los sordos dolores agazapados en las profundidades de su cuerpo.

El guante improvisado de su mano derecha estaba ligeramente pegado a sus dedos, lo cual indicaba que la presión atmosférica del compartimento era ligeramente superior al índice uno que los trajes consideraban como normal. Lando empezó a acariciarse el cierre del casco con los dedos de la otra mano, traicionando sus pensamientos mediante aquel gesto sin darse cuenta de lo que hacía.

«Bueno, después de todo no es como si hubiera alguna sustancia venenosa en la atmósfera de esta nave... Sólo es un poquito demasiado masticable, nada más. En una ocasión contuve la respiración durante seis minutos dentro de un tanque de pruebas. Eso sería tiempo más que suficiente para limpiarme la cara y rascarme el...»

La voz de Lobot interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Me gustaría saber a qué agencia de viajes recurriste para que organizara estas vacaciones —dijo el ciborg—. El alojamiento no ha estado a la altura de lo que esperaba.

Una sonrisa maliciosa iluminó el rostro de Lando mientras se volvía hacia Lobot.

—Oh, vamos... Lo único que te pasa es que estás enfadado porque me comí tu desayuno especial de bienvenida al hotel mientras dormías.

—Ésa es sólo una entre los varios centenares de razones por las que nunca volveré a viajar contigo.

—Deja de quejarte y ayúdame a despertar a los niños —dijo Lando—. Me han dicho que la

etapa de hoy es una de las más impresionantes de todo nuestro circuito turístico.

Por acuerdo mutuo, activaron a Cetrespeó en primer lugar para que Lando pudiera disponer de algunos minutos que le permitieran diagnosticar su estado sin la interferencia protectora de Erredós. Lando sólo necesitó mantener una corta conversación con Cetrespeó para descubrir que el androide había recuperado la mayor parte de sus facultades verbales..., y, junto con ellas, casi toda su dignidad. Lo único que quedaba de su lesión vocal era un suave zumbido de fondo cuando hablaba, una pequeña falta de fluidez en el sintetizador de habla que creaba la impresión de que el androide padecía una leve afonía.

—Me alegro muchísimo de que tus sistemas de lenguaje vuelvan a funcionar, Cetrespeó —dijo Lobot—. Quizá debería revisar mi opinión general sobre los productos cibernéticos de Sistemas Bratan con vistas a mejorarla; mi primera conexión neural fue fabricada por Bratan, y sólo me dio problemas.

—Gracias, amo Lobot —dijo Cetrespeó—. Yo también me siento muy aliviado. Un androide de protocolo con el sintetizador averiado apenas sirve de nada.

—A menos que quieras hacer negocios en uno de los nueve mil cincuenta y siete lenguajes de signos —dijo Lando.

El androide bajó la mirada hacia su brazo quemado.

—En mi estado actual, no sería capaz de ofrecerles ni tan siquiera esa clase de servicios. Si mi sintetizador falla, sólo seré una carga para ustedes. En ese caso, sería mejor que extrajeran mis células de energía y me dejaran atrás. Lo comprendería, se lo aseguro...

—No te preocupes, Cetrespeó, no te vamos a abandonar —dijo Lobot—. No quiero tener que depender de mí para comunicar con Erredós.

—¿Por qué? —preguntó Lando—. Cuando estábamos en el pasadizo me pareció que lo estabas haciendo estupendamente.

Lobot movió la cabeza en una lenta negativa.

—Erredós piensa en el mismo binario poliglótico que usa para hablar, y no puedo entender ni un solo bit de ese lenguaje. Puede dejarme cortos mensajes en básico dentro de sus registros de memoria, pero eso nos limita a sus conocimientos de básico. Y por lo que he podido ver hasta el momento, Erredós parece haber aprendido la mayor parte de su vocabulario de básico de un pastor de nerfs.

—Oh, sí, Erredós puede llegar a ser realmente muy grosero —convino Cetrespeó, bajando la voz hasta un susurro de conspirador—. Siempre está diciendo las cosas más horripilantes, créanme... No pueden ni imaginarse lo que llega a decir. A veces pienso que quiere tenderme una trampa para que traduzca alguna de sus barbaridades sin darme cuenta y haga el ridículo más espantoso. —Cetrespeó volvió la cabeza hacia Erredós, que estaba flotando en el aire con la cúpula inclinada hacia el techo y su lucecita de desconexión todavía encendida—. No habrá sufrido ningún daño, ¿verdad? —se apresuró a preguntar, visiblemente preocupado.

—No. Da la casualidad de que esta mañana va a ser el último en levantarse, nada más —dijo Lando—. Voy a sacarle de la cama ahora mismo.

—Quizá será preferible que lo haga yo —dijo Lobot, deteniéndole con un roce de los dedos—. Erredós tal vez no se haya recuperado del accidente de Cetrespeó tan bien como el propio Cetrespeó.

—Eh, ¿cuántos diplomáticos hay en esta misión? —preguntó Lando con afable jovialidad—. No, Lobot, si Erredós todavía tiene algún problema pendiente conmigo, será mejor que empecemos a resolverlo ahora mismo. Ésta es mi misión, y no voy a entregarle el mando a un androide petulante. No te ofendas, Cetrespeó.

—Oh, le aseguro que no me ha ofendido —dijo Cetrespeó—. Sé exactamente lo que quiere decir, amo Lando.

Todas las luces de sistemas de Erredós se encendieron en el mismo instante, y su cúpula describió un medio giro en cada dirección. El pequeño androide se alzó en el aire, se apartó de Lando y se impulsó hacia Cetrespeó, emitiendo una salva de sonidos desusadamente larga mientras iba hacia el androide de protocolo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Lando.

Cetrespeó se dirigió a Erredós en el mismo dialecto antes de responder, y la réplica de Erredós fue todavía más larga.

—¿Y bien?

Un repentino estallido de estática creó la impresión de que Cetrespeó acababa de carraspear para aclararse la garganta.

—Amo Lando, Erredós dice que contribuirá entusiásticamente a la misión y que está total y absolutamente seguro de su éxito.

—Cetrespeó...

—Te sugiero que te conformes con esa traducción, Lando —murmuró Lobot.

Lando fulminó con la mirada a Lobot durante unos momentos sin decir nada, y acabó frunciendo el ceño.

—Gracias —dijo después—. A veces me cuesta un poco oír con claridad lo que no se ha dicho en voz alta. —Alargó una mano hacia su panel de control y ajustó las lámparas de su casco, poniéndolas a máxima potencia—. ¿Está ocurriendo algo ahí fuera, Lobot?

—Todos los sensores de nuestra lapa están funcionando correctamente. La velocidad del Vagabundo es prácticamente despreciable.

—Sólo somos otro asteroide oblongo flotando a la deriva en una interminable trayectoria que va de ningún sitio a ningún sitio, ¿eh? Bien, de acuerdo... ¿Puedes proporcionarnos un poco más de luz, Erredós? Vamos a ver qué tenemos aquí.

Lo que tenían era una cámara de quince metros de longitud y nueve de anchura, y el recinto era tan irritantemente liso y desprovisto de particularidades diferenciadoras como la escotilla.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que ya he estado aquí antes —dijo Lando mientras recorría la cámara con la mirada—. Y no me refiero a ayer, cuando usé el desintegrador para entrar aquí mientras iba hacia el casco.

—Entiendo muy bien a qué te refieres —dijo Lobot—. Es posible que la forma más elevada del arte de los qellas consistiera en una variante del misterio de la habitación cerrada.

—Lo cual convertiría esta nave en su salón de la fama, supongo. Pero en ese caso, echo en falta un poco más de variedad —rió Lando.

—La aparente consistencia de los principios generales del diseño debería sernos de utilidad.

Una sonrisa maliciosa curvó lentamente los labios de Lando.

—¿Quieres que intente perder el otro guante?

—La estética de los qellas exige que nada resulte evidente hasta el momento en que sea necesario —dijo Lobot—. Pero ¿cómo sabe la estructura cuál es el momento en que una característica oculta llega a ser necesaria? ¿Cómo se las arreglan los qellas para comunicar sus deseos a sus creaciones? Conocemos por lo menos una respuesta: sabemos que responden al contacto.

La sonrisa de Lando se fue desvaneciendo para ser sustituida por un fruncimiento de ceño.

—La última vez que toqué esta nave, intentó expulsarnos al vacío para que sirviéramos de cena a las orugas espaciales.

—Todavía no estoy totalmente convencido de que esta nave pretenda hacernos daño.

—¿Y qué considerarías como una prueba irrefutable? ¿Una muerte en el grupo, quizá?

—He estado reexaminando el incidente de la escotilla desde un nuevo punto de vista basado en el accidente sufrido por Cetrespeó —dijo Lobot—. Cabe la posibilidad de que no interpretáramos correctamente el mensaje que Erredós encontró en la escotilla. Puede que el control que activaste fuese un interruptor de emergencia del sistema de cierre y apertura de la escotilla, y que funcionara exactamente tal como se esperaba que hiciera.

—¿Qué? No, eso no tiene ningún sentido.

—Incluso es posible que le pidiéramos al Vagabundo que intentara escapar —siguió diciendo Lobot—. La prominencia otorgada a la simbología detectada por Erredós detectó paralelos en el uso del rojo y el amarillo como colores correspondientes a la alerta y a una advertencia de que es preciso ir con cuidado, y de las flechas como indicadores, al igual que ocurre en los artefactos fabricados por los humanos.

—¿Me estás diciendo que si Erredós pudiera leer el lenguaje de los qellas habríamos visto un cartel en el que estaba escrito «En caso de emergencia, tirar de esta palanca»?

Lobot asintió.

—La característica más visible y prominente del exterior de un caza de combate es el sistema de abertura de emergencia de la carlinga, ¿no? ¿Qué ocurriría si, sabiendo cuál es el significado de una flecha pero sin ser capaces de leer la palabra «Rescate», empezáramos a manipular ese sistema?

—Ése es el gran problema de tu teoría de que fuimos nosotros los que pulsamos el botón del pánico —replicó Lando—. Tan pronto como se le volvió a presentar una ocasión, esta nave hizo un nuevo intento de expulsarnos al espacio..., sin que estuviéramos cerca de ese nódulo de control.

—Cuando se le presentó esa «nueva ocasión», estábamos abriendo un agujero en un elemento del sistema de defensa primario..., un agujero que los mecanismos de reparación fueron incapaces de cerrar en el período de tiempo habitual.

—Sí, en eso tienes razón —dijo Lando—. Pero después de lo que hicimos, esta nave tiene que haberse dado cuenta de que no éramos qellas y de que nuestras intenciones no eran excesivamente amistosas.

—Si la nave poseyera la clase de consciencia que le estás atribuyendo, y hubiera tomado la decisión de librarse de nosotros, podría haberlo hecho en cualquier momento mientras estábamos dentro del acumulador —replicó Lobot—. Podría haberse librado de nosotros mientras estábamos durmiendo. Podría haber abierto el casco debajo de tus pies mientras estabas colocando la lapa. Y sin embargo, no ha hecho ninguna de esas cosas.

—Hmmm. ¿Y qué clase de sistema de seguridad se olvidaría de nuestra presencia a bordo después de que consiguiéramos introducirnos en la nave? —preguntó Lando—. Es como si hubiéramos dejado de ser sospechosos en el mismo instante en que enfundamos nuestras armas. «Lo sentimos muchísimo, pero no nos acordábamos de cuál era el código de acceso y tuvimos que volar la entrada...» «Oh, no importa. Adelante, adelante, poneos cómodos...»

—Me he estado preguntando desde el principio a qué clase de inteligencia nos enfrentábamos —dijo Lobot—. Es la pregunta más interesante de todas las que nos plantea esta situación, porque...

—En lo referente a las preguntas, yo sigo votando por «¿De dónde saldrá mi próxima comida?» —le interrumpió Lando—. Y Erredós probablemente votaría por «¿Quién demonios le ha puesto al frente de esta misión?».

Lobot esperó pacientemente hasta que Lando hubo acabado de bromear, y después siguió hablando.

—He hecho una proyección de cómo se habría comportado esta nave si tú, o yo, o Erredós y Cetrespeó fueran sus dueños. Su conducta real no encaja con ninguno de esos modelos.

—Discúlpeme, señor, pero ¿por qué debería hacerlo? —preguntó Cetrespeó, que había estado escuchando su conversación sin perderse ni una sola palabra—. Esta nave no fue construida por humanos, ni por androides. No somos sus dueños. Su conducta sólo puede ser evaluada correctamente dentro del contexto cultural adecuado.

—No estoy de acuerdo contigo, Cetrespeó. Las condiciones de la prueba dictaminan la forma de las respuestas —dijo Lobot—. Si no fuera así, los millones de especies existentes en la galaxia tendrían tan poco en común que no habría ninguna necesidad de tus servicios.

—Lobot tiene razón, Cetrespeó —dijo Lando—. Da igual adonde haya ido o con quién haya tenido que vérmelas, la única base del acuerdo es que todo el mundo está intentando obtener alguna clase de beneficio. Yo lo llamo interés propio ilustrado, y es el motor que impulsa el universo.

—Las condiciones de la prueba son la inteligencia y la supervivencia —dijo Lobot—. La forma de la respuesta consiste en identificar amenazas y neutralizarlas. Esta nave no ha conseguido superar la prueba. Por lo tanto, y en lo que se refiere a esta nave, debo llegar a la conclusión de que ni es inteligente ni está controlada por seres inteligentes. El Vagabundo es una creación muy sofisticada e ingeniosa, pero no es inteligente.

—Comprendo —dijo Cetrespeó—. Amo Lando, ¿cree que debería abandonar mis esfuerzos para establecer contacto con los dueños de esta nave?

—Sigue insistiendo, Cetrespeó —dijo Lando—. Todavía no has conseguido convencerme, Lobot. Una nave de estas dimensiones y esta complejidad, que consigue escapar con éxito a todos los intentos de ser capturada durante más de cien años... Tiene que haber algo o alguien al mando.

—Algo, sí. Pero no algo consciente. Creo que su aparente complejidad nos ha engañado hasta el extremo de llevarnos a invocar una hipótesis divina.

—¿Una hipótesis divina?

Lobot asintió.

—Cuando hablamos de los dueños de esta nave, dimos por supuesto que había alguna clase de consciencia observándonos y controlando los acontecimientos que tienen lugar dentro de nuestro entorno —dijo—. Incluso recurrimos a esos dueños de la nave para que nos salvaran, ofreciéndoles respetuosamente nuestras disculpas y esperando que intervinieran en nuestro beneficio.

»Pero no existe ninguna indicación de que la nave sea consciente de nuestra presencia más allá de su percepción local de los efectos que producimos sobre ella. Sus respuestas tienen el carácter de funciones autónomas. Creo que el Vagabundo es un autómatas enormemente sofisticado que emplea respuestas basadas en reglas incorporadas a su estructura fundamental.

—¿Qué regla podría haber estado siguiendo cuando intentó expulsarme al espacio?

—Estabas utilizando un desintegrador, y habías producido una brecha que los sistemas de reparación eran incapaces de cerrar —dijo Lobot—. Podrías haber activado una regla que especifica que los fuegos deben ser extinguidos exponiéndolos al vacío espacial.

Lando frunció el cejo mientras sopesaba los argumentos que le exponía Lobot.

—Y ahora quieres que empecemos a pulsar botones al azar, ¿no?

—Sabemos que la nave responde al contacto. Probablemente cometimos un error al llegar a la conclusión de que dicha respuesta era de naturaleza negativa.

Lando todavía no estaba muy convencido de que fuera una buena idea.

—¿Sigue todo tranquilo por ahí fuera, Erredós?

Erredós respondió con un corto pitido, claramente reconocible como un «Sí».

Lando se volvió hacia Lobot, se encogió de hombros y agitó una mano.

—Después de ti.

Con un asentimiento de cabeza, Lobot abrió los cierres de sus guantes, se los quitó uno detrás de otro y los colgó de las sujeciones para herramientas del traje de contacto. Después se impulsó hacia la porción más cercana del muro que se extendía a su alrededor, extendió las dos manos y posó las palmas sobre la superficie, ejerciendo una ligera presión. Al ver que no ocurría nada, Lobot empezó a deslizarse hacia la izquierda. El muro de la cámara empezó a subir bajo sus manos, cambiando y retorciéndose como si estuviera adaptándose a un molde invisible.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó de repente—. ¿Lo estás viendo, Erredós?

Lobot se apresuró a retroceder hasta el centro de la cámara, pero la transformación continuó. Grandes discos aparecieron y fueron creciendo hasta convertirse en gruesos cilindros. Surcos surgidos de la nada fueron definiendo largos arcos a través de aquella repentina exhibición de actividad, sombreando las tramas de ondulaciones que se iban derramando en un rápido descenso a lo largo de las curvas de un hemisferio. El color apareció pero no llegó a hacerse abrumador: había remolinos azul claro y radios de un suave tono amarillo, y ni unos ni otros respetaban las fronteras de las geometrías sobre las que se extendían.

Un chispazo de deleite iluminó los ojos de Lando.

—Nunca pensé que tuvieras dotes artísticas, Lobot —dijo.

Lobot volvió a acercarse a la pared y puso los dedos sobre uno de aquellos cilindros que parecían tambores. Un repentino estallido de música llenó la cámara con un fascinante dueto de melodías entrelazadas, que subieron y bajaron como el oleaje en un mar encalmado.

—Eh, no voy a permitir que seas el único que se divierte aquí —dijo Lando y, sonriendo, se quitó el guante improvisado de la mano derecha y se impulsó hacia el otro muro.

El muro respondió al roce de sus dedos desarrollando un gran rectángulo atravesado por dos largos canales y repleto de detalles todavía más delicados que los de la escultura que había delante de él. Lando ignoraba el significado de la trama, pero pudo ver la cicatriz que su desintegrador había dejado en ella: la hoja de energía había asestado un mordisco circular en el borde superior del rectángulo, haciendo desaparecer veinte o más de la miríada de diminutas celdillas que había en su interior.

Los daños no enturbiaron la alegría de Lando durante demasiado tiempo. Los dos hombres revolotearon por la cámara como una decidida y ágil pareja de tozudos insectos hasta que sus experimentos con el tacto hubieron abarcado toda la superficie. Había algo inexplicablemente maravilloso en la forma en que un simple roce de la mano hacía cobrar vida a aquella cámara vacía.

Pero el descubrimiento más espléndido de todos —por lo menos a los ojos de Lando— fue el umbral que se abrió ante él a un extremo de la cámara y su gemelo, que Lobot hizo manifestarse al otro extremo.

Lando no sabía adonde podían llevarles, pero prefería una elección incierta a no tener ninguna elección.

La mesa que ocupaba el centro de la sala de oficiales del *Glorioso* contenía dos fragmentos de metal colocados junto al guante de un traje de contacto. El más largo de los dos fragmentos estaba severamente doblado y retorcido. Los extremos de los dos mostraban el mismo dibujo de quemaduras negruzcas. El coronel Pakkpekatt sostuvo el más corto de los fragmentos entre dos dedos, y lo hizo girar lentamente para examinarlo desde todos los ángulos.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Sí, coronel —dijo Taisden—. Es la estructura de soporte de un Cargador Robusto, un trineo de equipo autoestabilizado de uso muy extendido en toda la galaxia.

—¿A quién pertenece?

—El código de registro indica que es propiedad de un tal Hierko Nochet, un guía de aventuras babbetiano amigo de Lando Calrissian. Creemos que el general obtuvo éste y algunos otros artículos de Nochet en un torneo de sabacc hace dos años.

—¿Lo ha hecho someter al examen de detección de identificadores biológicos?

—Fue examinado inmediatamente después de su recuperación —dijo el agente técnico Pleck—. Hay restos de indicadores que encajan con los modelos de manipulación por humanos, pero no puedo confirmar que su fuente sea Calrissian o el ciborg.

—¿Por qué no?

—Eh... Resulta un poco difícil de explicar, señor, pero... Ah... El caso es que no disponemos de ningún perfil biológico del general para llevar a cabo una comparación.

Pakkpekatt le enseñó los dientes.

—¿Estamos hablando de un alto oficial de la Flota, y me dice que no disponemos de ningún perfil biológico suyo? Por no hablar de su largo historial antes de que se uniera a la Rebelión, y de su historial después de la derrota del Imperio... ¿Cómo es posible?

—No lo sé, señor. Hemos encontrado registros que indican que su perfil biológico fue registrado en un mínimo de tres ocasiones, pero los perfiles han desaparecido. Y el encargado de los archivos de la Ciudad de las Nubes ha citado algo llamado el Contrato del Fundador y ni siquiera ha querido responder a nuestras transmisiones.

—Debajo de su uniforme, el general Calrissian sigue siendo un canalla y un contrabandista —dijo Pakkpekatt, meneando la cabeza—. ¿Encontraron algo más durante el análisis, Pleck?

El agente frunció el ceño.

—Sí, coronel..., aunque no sé qué significado debo asignarle.

—Dígame lo que pueda.

—Sí, señor. Hemos recuperado una cantidad relativamente grande de un material biológico no identificado de la parte delantera del trineo..., en esta zona, para ser exactos —dijo el agente, señalando con un dedo—. La cantidad es del orden de los dos millones de células..., aunque quizá debería decir fragmentos de células, ya que la mayoría había sufrido daños de origen mecánico.

—¿De origen mecánico? ¿Como si estos trozos de metal hubieran sido usados como armas?

—No, señor. La distribución era demasiado uniforme. Era más bien como... Bien, señor, más bien como si hubiera cogido una rata-lija y se hubiera dedicado a frotar el metal con ella. Lo siento, señor, ya sé que no es una respuesta demasiado científica, pero...

—Ha dicho que se trata de células no identificadas, ¿verdad?

—Sí, señor, y es posible que no consigamos identificarlas. La teoría que cuenta con más partidarios afirma que cabe la posibilidad que se trate de células artificiales, con lo que estaríamos hablando no tanto de un organismo como de alguna clase de mecanismo. Las secuencias genéticas son excesivamente cortas y parecen tener muy poco material del tipo extro. Con su permiso, me gustaría utilizar una de las sondas hiperespaciales del *Glorioso* para enviar una muestra al Instituto de Exobiología de Coruscant.

Pakkpekatt volvió a enseñar los dientes.

—Ocupese de ello, teniente —gruñó—. Debería haberse hecho cuando esa idea le vino a la mente.

El agente se apresuró a salir de la sala bajo el fuego abrasador de la mirada de Pakkpekatt, y el coronel volvió a concentrar su atención en Taisden.

—¿Se recuperó algo más en el lugar donde se encontraron estos restos?

—No, señor, nada más. El *Stendaff* continúa barriendo la zona, pero ya están empleando el índice decimétral de las imágenes de alta resolución y éstas siguen sin mostrar nada.

Pakkpekatt cogió el fragmento más corto de la estructura del trineo.

—Son unos restos de lo más curioso, agente Taisden... Resulta bastante difícil construir un escenario que justifique su presencia allí.

—Sí, señor.

—¿Queda alguien de nuestra tripulación a bordo del *Merodeador*?

—No, señor. La sección volvió conmigo, y al capitán Garch se le ha asignado un camarote en la Cubierta X.

—Entonces supongo que ya he perdido todo el tiempo que podía llegar a perder basándome en la esperanza de que esas estúpidas órdenes fueran revocadas —dijo Pakkpekatt—. Comuniqué al capitán Hannser que a partir de este momento el *Merodeador* deja de formar parte de nuestras fuerzas y que ya no está a mis órdenes. Deberá volver a la Estación del

Sector de Krenhner lo más deprisa posible y presentarse al comodoro.

Taisden asintió.

—Me ocuparé inmediatamente de ello, señor.

En cuanto se hubo quedado a solas, el coronel Pakkpekatt curvó lentamente su mano derecha y empezó a golpear la mesa con ella, deslizándola sobre las almohadillas de fricción sobre las puntas retraídas de sus uñas a cada puñetazo que asestaba. El dolor demostró no hallarse a la altura de la ira que estaba experimentando en aquellos momentos, por lo que Pakkpekatt fue incrementando metódicamente la fuerza y la frecuencia de los golpes.

Pakkpekatt se infligió a sí mismo aquel castigo con una extraña e inquietante deliberación, y su rostro permaneció totalmente vacío de expresión mientras duró. No se detuvo hasta que sus almohadillas estuvieron hinchadas y reblandecidas, y hasta que las punzadas de dolor que subían velozmente a lo largo de su brazo para hundirse en su pecho hubieron disipado la temeraria necesidad que la impaciencia y la frustración habían engendrado en su glándula *pedrokk*, el órgano que los horteks llamaban el corazón del luchador.

Para aquel entonces el *Merodeador* ya estaba preparado para partir, y Pakkpekatt esperó hasta que lo vio marchar y hubo contemplado cómo saltaba hacia Krenhner apenas estuvo lo suficientemente alejado del radio del convoy.

Y, finalmente, se inclinó sobre su grabadora de bitácora y empezó a dictar un informe que no quería redactar para un comité de supervisión al que ya no podía afirmar que respetase.

«Cuatro naves minúsculas buscando a tientas en la oscuridad durante unos cuantos días... Eso es lo que valen todas sus vidas para vosotros. Si alguien me hubiese dicho que os vería comportaros de una forma tan deshonrosa, no le hubiese creído. Nunca pensé que llegaría a sentir tanta vergüenza.»

Durante las horas siguientes, Erredós añadió veinte cámaras a su mapa del Vagabundo, y fue numerándolas una por una a medida que el equipo las iba visitando. Para ayudarles a recordar dónde habían estado, también grabó un holograma ojo-de-pep de lo que Lando había decidido llamar «desplegables» de cada cámara.

Hasta el momento habían descubierto dos patrones básicos para los desplegables. Ocho cámaras eran como la primera: un lado de la cámara revelaba una figura de grandes dimensiones, que tanto podía ser un sello como una escultura o una serie de símbolos. A continuación el muro de enfrente revelaba un diseño geométrico altamente detallado, que tanto Lando como Lobot estaban convencidos era el mapa de un templo o de una pequeña ciudad. En algún lugar de cada sala del mapa había alguna clase de activador que hacía surgir de la nada la música de los qellas, aunque cada «canción» era distinta de las otras.

Aparte de la música, los desplegables de las salas de mapas parecían ser totalmente estáticos. La exhibición seguiría activada mientras el equipo permaneciera en la sala: cuando el equipo pasaba a otra sala y el portal de conexión se cerraba detrás de ellos, los desplegables se colapsaban al instante y se esfumaban tan rápidamente como habían aparecido.

Después de cada sala del mapa había una o más de las que Lobot había llamado «salas de artefactos». En ellas el equipo encontró una amplia gama de misteriosos desplegables que podían moverse, cambiar de color, emitir un suave zumbido o cambiar de forma cuando los tocaban. Pero salvo muy pocas excepciones, los artefactos no tenían ninguna función descifrable, y ninguno de ellos produjo ningún cambio detectable en el entorno de la nave.

—Sigo pensando que podrían ser salas de control —dijo Lando mientras se preparaban para entrar en la cámara número 20—. Lo que pasa es que no sabemos qué controlan. Podríamos hacer enloquecer al guardián de este museo bajando la temperatura de los refrigeradores y cambiando el canal de su servicio de Comunicaciones Cósmicas.

Un descubrimiento muy bien acogido por todos fue el de que cuando entraban en una cámara usando medios convencionales —a través de los portales—, la cámara reaccionaba proporcionando su propia iluminación. Cuando estaban en la cámara 11, se dieron cuenta de que las reservas de energía de Erredós estaban tan bajas que Lando había tenido que acoplarlo a Cetrespeó para llevar a cabo una transfusión de energía. El androide de protocolo, que era transportado a todas partes por Lobot o Erredós, estaba consumiendo muy poca energía de manera directa.

—Me parece una decisión muy acertada por su parte, amo Lando, y además creo que deberían usar todas mis reservas de energía —dijo Cetrespeó, bajando la mirada hacia su pecho mientras Lando introducía el cable de transferencia en la conexión de energía—. Sólo soy una carga para ustedes. No sé por qué se le ocurrió traerme con usted en esta misión, amo Lando... No les sirvo de nada. Transfiera todas mis reservas de energía a Erredós y sigan

adelante sin mí. Déjenme abandonado en la oscuridad.

Lando tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para resistir la tentación de aceptar el ofrecimiento del androide.

La cámara 21 era otra sala de mapa, la novena. El sello recordaba a una V emplumada que contenía un grupo de esferas del tamaño de un puño. El mapa era un pentágono irregular, con un lado el doble de largo que los otros y la misma forma reflejada en la zona abierta del centro. Ni Lobot ni Lando consiguieron encontrar una tecla de música, pero sus intentos parecieron provocar una reacción totalmente distinta..., y de lo más sorprendente.

Al principio sólo hubo un tenue resplandor rosado que empezó a palpar lentamente dentro de una estructura situada junto al muro exterior. Un instante después toda esa parte del mapa pareció estallar en una repentina erupción de llamas que salieron disparadas de la pared hasta formar una lengua de fuego de un metro de longitud.

El equipo retrocedió, muy sorprendido.

—¡Nos han encontrado! —exclamó Cetrespeó—. ¡Sálvate, Erredós!

—Es un holograma..., una grabación —dijo Lobot.

—No, es real —dijo Lando—. Echa un vistazo a los sensores de tu traje... Espera, Erredós. ¡No!

Lando se lanzó sobre el androide astromecánico, que había empezado a desplegar la boquilla de su extintor. Cuando el breve forcejeo llegó a su fin, todo el mapa había sido sustituido por una cicatriz negra de cinco lados, y una humareda blanquecina llenaba la mitad de la cámara.

Lando guió al equipo hasta la cámara 20, donde esperaron durante los dos minutos que habían descubierto necesitaba una sala para reinicializar sus sistemas. Cuando volvieron a entrar en la cámara 21, la cicatriz negra había desaparecido, y el humo se había esfumado con ella. Después, y con las espaldas prácticamente pegadas al sello, los dos humanos y los dos androides contemplaron una repetición del proceso que habían interrumpido.

El estallido inicial surgió de la misma estructura y fue precedido por el mismo resplandor palpitante de antes. Mientras la columna de fuego brotaba de la pared, una veloz onda expansiva recorrió el resto de la ciudad y destruyó su impecable simetría. El chorro de llamas se fue encogiéndose rápidamente, pero después se expandió para formar una tempestad de fuego que se extendió a través de las ruinas de la ciudad y la consumió. Unos cuantos segundos bastaron para que el mapa fuese destruido y la pared quedara tan ennegrecida como antes.

—Analiza la atmósfera de este recinto, Erredós —dijo Lando.

Erredós sólo necesitó unos momentos para comunicarles los resultados del análisis.

—Cinco por ciento de oxígeno..., ocho por ciento de oxígeno..., once por ciento de oxígeno... Oye, ¿quieres decidirte de una vez? —preguntó el androide de protocolo, golpeando la cúpula de Erredós con su brazo intacto.

La fragata de patrullaje *Precio de Sangre* lucía los colores de la armada de Prakith y el blasón del gobernador Foga Brill. Los dos eran mucho más visibles que el sello del Moff Imperial del Sector 5, que había quedado relegado a un panel blindado situado encima de las torrelas delanteras de la fragata.

Aquella exhibición de símbolos reflejaba las lealtades del capitán Ors Dogot y sus casi cuatrocientos tripulantes. Los oficiales debían sus rangos y sus puestos a Brill, no al Gran Moff Gann. Era Brill quien cobraba las tarifas asignadas a los rangos y las evaluaciones anuales de cada puesto. Era Brill quien pagaba los favores que le habían hecho las familias ricas mediante nombramientos militares que permitían obtener un sueldo en mercancías y oro en vez de en los billetes prakithianos.

Los especialistas y tripulantes rasos, todos ellos procedentes del reclutamiento forzoso, habían confiado la seguridad de sus familias a la promesa de protección ejercida por la Policía Roja de Brill, que extendía su manto protector sobre las hijas y esposas de aquellos que protegían su poder con sus vidas. Ser reclutado para servir en la armada era infinitamente preferible a ser reclutado para trabajar en las minas de las cañadas o en las fundiciones, o ser uno de los centenares de hombres que eran capturados cada noche en las redadas organizadas a orillas de los ríos de Prall y Skoth para que cavaran sus propias tumbas.

El soborno y el miedo eran dos sucedáneos de la verdadera lealtad, pero eran lo mejor que podía obtener Foga Brill, y le bastaban.

—Erredós no tiene nada que ver con esto, Cetrespeó —dijo Lobot—. La nave está devolviendo la cámara a su estado anterior al incendio para llevar a cabo la próxima

demostración. —Se volvió hacia Lando—. Son lecciones de historia, ¿entiendes? Algo terrible le ocurrió a la ciudad de los qellas que se hallaba bajo este signo.

—Quizá sea nuestra primera pista sobre lo que les ocurrió —dijo Lando—. Pero hay algo más que eso... ¿Cuál es el porcentaje de oxígeno actual, Erredós?

La respuesta, transmitida a través de Cetrespeó, llegó al instante: el porcentaje de oxígeno había subido al quince por ciento.

—Por todos los... Lobot, Cetrespeó, no os mováis de aquí. Ven conmigo, Erredós. Hay algo que tenemos que comprobar.

—¿Adonde vais?

—Vuelvo a la cámara uno por la ruta del expreso. No te muevas de aquí y no te pongas nervioso, ¿de acuerdo? No estaré fuera mucho tiempo. Esta vez haremos algo más que contemplar el paisaje.

—Maniobra de cambio de curso completada, capitán —informó el navegante, hablando con voz firme y nítida—. Nuestro vector actual es nueve-cero, coma, negativo cuatro-cinco, coma, dos-dos en trayectoria de patrullaje profundo estándar.

—¿Cuál es la situación actual del nódulo, jefe de remolque? —dijo Dogot.

El nódulo sensor de escucha que el *Precio de Sangre* remolcaba detrás de su popa durante la misión de patrullaje por el espacio profundo tenía cien veces la longitud de la nave. Consistía en una telaraña de cables que formaban miles de antenas pasivas, diminutos amplificadores que no producían ningún ruido, toberas de dirección y paneles de tensión, con una góndola de remolque del tamaño de un transporte de tropas situada al final del cable de la antena principal. Los tres tripulantes que iban en la góndola tenían encomendada la difícil labor de pilotar el nódulo durante el viraje cada vez que el *Precio de Sangre* cambiaba de rumbo.

Si la tensión era demasiado reducida, los distintos elementos podían enredarse entre sí, o todo el nódulo podía hacerse pedazos a sí mismo en lo que los manuales llamaban un proceso de desestabilización dinámica y las dotaciones de remolque llamaban un latigazo de cola. Si el viraje se llevaba a cabo bajo unas condiciones de tensión excesiva, el resultado más probable sería una desconexión provocada por la brusquedad del tirón y un retraso de dos horas para llevar a cabo el procedimiento de recaptura.

El jefe de remolque de la última patrulla del *Precio de Sangre* había permitido que se produjeran dos desconexiones. Junto con la dotación de la góndola, había pasado la última mitad de la patrulla en el bloque de detención, esperando el regreso a Prakith y a un consejo de guerra en el que sería acusado de traición por incompetencia.

Todo eso hizo que su sustituto sintiera un gran alivio al poder anunciar que todo había ido bien.

—El nódulo sensor ha virado sin encontrar obstáculos y los sistemas indican que el despliegue se ha completado —dijo.

—Muy bien —dijo Dogot—. Queda al mando del puente, teniente Sojis. Estaré en mi camarote, repasando los informes sobre la tripulación. Comuníqueme a la sargento Cligot que la estaré esperando y que debe ir allí inmediatamente.

—Sí, capitán.

Cuando la entrada se hubo cerrado detrás de Lando y Erredós, Lobot, fascinado, contempló cómo el humo se iba volviendo más tenue y acababa desapareciendo, y cómo la cicatriz se esfumaba y se desvanecía detrás del humo.

Incluso los diminutos fragmentos de ceniza blanquecina que habían manchado el exterior de su visor parecieron evaporarse. Lobot mantuvo la mirada clavada en el monitor de su traje y vio cómo la temperatura bajaba treinta grados de golpe, volviendo al ambiente ligeramente frío habitual en el interior del Vagabundo.

—Discúlpeme, amo Lobot, pero... —dijo Cetrespeó.

—Sí, Cetrespeó. ¿Qué pasa? —replicó automáticamente Lobot, todavía absorto en aquel sorprendente espectáculo.

—Señor, me estaba preguntando si podría aclararme una duda... ¿Cree que los androides satisfacen las condiciones de la prueba de inteligencia?

La cabeza de Lobot giró bruscamente sobre su cuello para volverse hacia el androide de protocolo.

—¿Qué has dicho?

—La prueba de inteligencia —repitió Cetrespeó—. ¿Soy una criatura consciente, como usted, o sencillamente soy otra creación muy ingeniosa, como esta nave?

Lobot, muy sorprendido, desvió la mirada del rostro de Cetrespeó, que estaba esperando

pacientemente que respondiera a su pregunta, e intentó encontrar una contestación válida.

—Ah... Bueno, Cetrespeó, ya sabes que la inmensa mayoría de androides son diseñados y contruidos de tal manera que poseen una inteligencia artificial que es consciente de sí misma. Eso es especialmente cierto en el caso de los androides de tercer grado como tú.

—Pero eso debe de ser algo distinto a la verdadera inteligencia consciente —replicó Cetrespeó—. De lo contrario, el Senado de la Nueva República no estaría formado únicamente por criaturas orgánicas que son atendidas por androides.

—Es distinto, sí—dijo Lobot, empleando el tono más suave y afable de que era *capaz*—. La inteligencia artificial es un fruto de la programación. Borra la memoria de un androide y su inteligencia desaparecerá. Sustitúyela por una programación distinta y un traductor se convierte en un maestro, o un androide médico se convierte en un androide químico.

—Comprendo, señor —dijo Cetrespeó, y después guardó silencio durante unos momentos que se hicieron muy largos—. En ese caso, ¿podría decirme qué se siente al ser consciente? ¿En qué se diferencian esas sensaciones de las que yo experimento?

—No estoy seguro de poder explicártelo —replicó Lobot, hablando muy despacio.

—¿Cree posible que se trate de algo que usted sencillamente sabe debido a que es una criatura orgánica y no una máquina? Si yo poseyera una verdadera inteligencia consciente de sí misma, entonces tal vez no necesitaría hacerle todas estas preguntas porque ya sabría quién era.

Lobot guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—¿Y cuál es tu opinión, Cetrespeó? —preguntó por fin.

—No lo sé, amo Lobot —dijo el androide—. Pero me he dado cuenta de que cuando alguien habla de los borrados de memoria siempre me siento dominado por un pánico inexplicable.

—Yo no lo encuentro tan inexplicable —dijo Lobot.

—¿De veras, señor?

—El instinto de conservación es una parte elemental de la autoconciencia..., incluso de la autoconciencia artificial. Es esa parte de nosotros que experimenta esa consciencia que tanto nos importa —dijo Lobot—. Estoy seguro de que renunciarías a eso —añadió, señalando el brazo inmóvil de Cetrespeó— para mantener intacta tu programación. De la misma manera en que yo renunciaría a esto... —señaló su conexión neural a través del visor de su casco— para preservar mi consciencia.

—No recuerdo haber experimentado esa reacción cuando era más joven, señor —dijo Cetrespeó—. Vaya, pero si he visto cómo muchos androides conocidos míos eran llevados al taller para ser sometidos a un borrado de memoria... Lo único que sentí entonces fue gratitud al ver que sus dueños se preocupaban por el bienestar de sus androides y eran conscientes de que éstos necesitaban ser sometidos a un programa de mantenimiento regular. —El androide dorado ladeó la cabeza—. En cuanto a mi historial de mantenimiento, me temo que es realmente horrible... Es un milagro que todavía sea capaz de funcionar.

Lobot estuvo pensando en esa respuesta durante unos momentos.

—Sólo por curiosidad, Cetrespeó... ¿Se te ha ocurrido preguntarle a otros androides qué piensan sobre este tema?

—Sí, amo Lobot —dijo Cetrespeó—. Pero no parecieron comprender la pregunta. De hecho, uno de ellos reaccionó de una manera tan descortés que me acusó de padecer severos defectos computacionales agravados por especificaciones desviadas. ¿Puede imaginárselo?

—He tenido algunos encuentros con ese tipo de prejuicios —dijo Lobot, y suspiró—. No tengo ninguna respuesta que darte, Cetrespeó. Lo único que puedo decir es que me parece que esas preguntas merecen que volvamos a pensar en ellas cuando haya transcurrido algún tiempo.

—Gracias, amo Lobot —dijo Cetrespeó—. Eso haré.

Con excepción de los puntos ciegos originados por el *Precio de Sangre* y la góndola de remolque, el nódulo sensor que habían lanzado al espacio podía examinar varias horas luz en todas direcciones. Al ser la más cercana al espacio de las tres esferas concéntricas de defensa con que contaba Prakith, el primer propósito del patrullaje por el espacio profundo era el de detectar posibles amenazas militares mucho antes de que éstas pudieran llegar al planeta. Por esa razón, la ruta de patrulla de la nave hacía que pasara por las áreas de concentración final más adecuadas para lanzar un ataque contra Prakith, que se encontraban fuera del radio de alcance de los sensores orbitales y los sistemas de detección esparcidos por la superficie del planeta.

Pero un propósito igualmente importante era el de interceptar y reclamar como legítimo botín cualquier navío mercante o particular que fuese lo suficientemente temerario para

ponerse a su alcance. Las capturas de naves no sólo eran una obligación, sino que también ofrecían una gran oportunidad. Un trofeo lo suficientemente grande podía servir para que toda la tripulación fuera ascendida a un puesto mejor, y cada capitán de patrulla del espacio profundo conocía historias de otros capitanes que habían vuelto a casa con un trofeo lo suficientemente rico para permitirles ganarse el favor del mismísimo Foga Brill.

Por esa razón, cuando el capitán Dogot fue apartado de sus exámenes de los nuevos miembros femeninos de la tripulación y vio el tamaño del contacto que acababa de aparecer en las pantallas ópticas, se apresuró a perdonar la interrupción.

—¿Qué identificación ha obtenido? —preguntó, examinando las lecturas por encima del hombro del jefe de seguridad.

—De momento ninguna —respondió el oficial—. La imagen es demasiado borrosa, y el objetivo guarda silencio en todas las bandas espectrales salvo en la óptica.

—Envíe una secuencia de interrogación a su transductor de navegación.

—No capto ninguna respuesta de un transductor en esas coordenadas.

—¿Distancia?

—Tres coma ocho horas luz..., casi en el límite de detección.

El capitán Dogot sopesó las posibilidades. Un navío de guerra de esas dimensiones sería un enemigo más que temible para una fragata de patrullaje, y Dogot necesitaría que la flota interior le enviara refuerzos. Pero un carguero de esas dimensiones supondría un botín de primera categoría, y en ese caso Dogot preferiría no tener que compartirlo con otros capitanes.

Durante un breve momento incluso llegó a tomar en consideración la idea de desprenderse del nódulo sensor y dejarlo flotando a la deriva, antes que perder la hora que necesitarían para recuperarlo. Abandonar el nódulo aseguraría que el *Precio de Sangre* fuese la primera nave en llegar al objetivo. Pero si el contacto acababa resultando ser un falso eco, o si el objetivo lograba escapar, entonces la pérdida del nódulo sensor —o el mero hecho de que hubiera sufrido cualquier clase de daños— le costaría su puesto, si es que no su vida.

—Recuperen el nódulo —ordenó por fin—. Preparen la nave para la entrada en el hiperespacio. Notifiquen al mando de patrullaje que estamos persiguiendo a un contacto no identificado en un vector cero-nueve-uno, cero-seis-seis y cero-cinco-tres.

El jefe de navegación hizo girar su asiento hasta quedar de cara a Dogot.

—Pero señor... La última coordenada del contacto es cero-cinco-cinco.

—Estoy seguro de que se equivoca —dijo Dogot sin inmutarse—. Jefe de comunicaciones, envíe el mensaje tal como yo lo había redactado. Estoy seguro de que el mando de patrulla querrá enviarnos más naves para que nos ayuden en nuestra misión. Jefe de navegación, ¿qué significaría un error de dos grados en esta distancia?

—Las... Eh... Las naves se encontrarían a varias horas de trayecto usando los impulsores sublumínicos, pero estarían demasiado cerca para poder efectuar un microsalto sin correr un serio peligro. —Una comprensión tardía iluminó sus ojos, y bajó la mirada hacia su consola—. Sí, señor... Cero-cinco-tres. Le agradezco que detectara mi error antes de que tuviera consecuencias indeseables.

—Veo que has vuelto a dormirte en horas de trabajo. ¿Sabías que cuando roncas haces más ruido que una sierra mecánica cortando un tronco de palo de hierro?

La voz de Lando surgió con seca nitidez de los altavoces del comunicador de su casco y despertó de golpe a un adormilado Lobot. Alzó la mirada para descubrir que Lando y Erredós volvían a estar en la cámara 21, y que la entrada se estaba cerrando rápidamente detrás de ellos. Lando sostenía el casco debajo de su brazo, y estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Lando... ¿Qué estás haciendo?

—¿Se ha vuelto loco, amo Lando? —preguntó Cetrespeó, muy alarmado—. ¡Debe volver a ponerse el casco inmediatamente, o se ahogará!

—Ya hace casi una hora que no lo llevo puesto —replicó Lando—. ¿No os habíais preguntado cómo era posible que algo ardiera en una atmósfera que tenía un noventa por ciento de nitrógeno y dióxido de carbono?

—Parece ser que no dispongo de los datos necesarios para formularme esa clase de preguntas —dijo Lobot—, y además estaba pensando en otras cosas.

—Bueno, pues la respuesta es que no puede —dijo Lando—. Lo que tenía que averiguar era si esta cámara era la única cuya atmósfera había sido enriquecida con oxígeno.

—Y al parecer no era la única.

—No, porque ocurrió algo mientras dormíamos. Ahora todas las cámaras desde aquí hasta la número uno tienen una atmósfera respirable. Venga, quítate el casco... Anda, haz la prueba.

El aire era fresco y seco, y los pulmones de Lobot lo encontraron delicioso. El ciborg, que se sentía cada vez más perplejo, miró fijamente a Lando.

—¿A qué puede obedecer este cambio tan repentino?

—Tú fuiste el primero en decirlo, Lobot; esta nave no quiere hacernos ningún daño. Estaba esperando visitantes.

—Pero después de entrar en ella fuimos por el camino equivocado —dijo Lobot con expresión pensativa mientras se rascaba vigorosamente su calva cabeza—. La nave no esperaba que nos dedicáramos a vagabundear por el sistema de armamento, que tiene sus propias necesidades ambientales específicas. Se suponía que debíamos pasar por el museo.

—El cual había permanecido desactivado y a la espera hasta nuestra llegada —dijo Lando—. Todo encaja. El oxígeno es altamente reactivo, y se comporta como un agente reductor. Mantener baja la presión del oxígeno y alta la del dióxido de carbono protege a la nave del fuego, y a todas las piezas del museo de la corrosión. Los Destruidores Estelares siempre inundan los compartimentos que contienen equipo de importancia vital con una mezcla de nitrógeno y dióxido de carbono antes de entrar en combate.

—¿Y qué ha sido de todo el dióxido de carbono que había en el aire? ¿Ha sido reciclado?

—Sí, y mediante el procedimiento original y que sigue siendo el mejor que existe —le explicó Lando—. La nave lo aspiró, metió el carbono no sé dónde y devolvió el oxígeno. ¿Es que no lo entiendes, Lobot? Esta nave está viva.

Siguiendo las órdenes del capitán Dogot, el *Precio de Sangre* empezó a cargar su cañón iónico principal inmediatamente después de haber salido del hiperespacio.

No habría negociaciones, disparos de advertencia o exigencias de rendición. Dogot no tenía intención de permitir que el capitán del navío intruso pudiera mover ni un dedo. A menos que la nueva inspección del objetivo que llevarían a cabo en cuanto estuvieran más cerca demostrase que se trataba de un navío amigo, o de un buque de guerra de la clase crucero o más pesado, Dogot usaría los cañones sin perder ni un solo instante. Las conversaciones podían esperar hasta que sus cañones hubieran dejado incapacitada a la otra nave.

—Adquisición del blanco terminada —anunció el jefe de artilleros—. Veinte segundos para completar el proceso de carga.

—Se confirma que el blanco es una nave desconocida —anunció el jefe de analistas—. El diseño es desconocido. Clase de desplazamiento estimada, gama-plus. No se han detectado portillas de armamento a proa.

—La velocidad real del blanco es de cincuenta y dos metros por segundo —anunció el jefe de navegación—. La velocidad de aproximación del blanco es de mil ochocientos dieciséis metros por segundo.

El capitán Dogot estudió la imagen que le estaba mostrando su pantalla. Casi parecía demasiado bueno para poder ser verdad: un gigantesco navío desprovisto de armamento y protección que se arrastraba lentamente por el espacio...

—¿Hay algún otro navío de Prakith visible en el tablero? —preguntó.

—El crucero ligero *Gorath* y el destructor *Tobay* se encuentran a unos veinte millones de kilómetros a babor —respondió el jefe de navegación—. Todavía tardarán un buen rato en llegar aquí.

—Muy bien —dijo Dogot—. Entonces debemos hacer cuanto podamos sin esperar a que lleguen. Jefe de artilleros, puede abrir fuego cuando esté preparado. Sólo las baterías iónicas: quiero que esa nave quede incapacitada, no que la destruyan. Comandante de las tropas de asalto, vaya preparando a sus unidades para el abordaje...

Lando y Lobot se habían quitado los trajes de contacto durante un rato para estirarse y rascarse, incluso se habían permitido usar un paño mojado para quitarse de encima todas las irritaciones que habían ido acumulando, sacrificando una pequeña parte de sus preciosas reservas de agua a fin de recuperar un mínimo grado de dignidad y comodidad.

Los sistemas de eliminación de desperdicios corporales de los trajes de contacto ya eran razón mas que suficiente para que estuvieran obligados a volver a ponérselos tarde o temprano. Tampoco podían permitirse el lujo de prescindir de los sistemas de comunicación y maniobra, desde luego, pero ninguno de los dos hombres tenía mucha prisa por renunciar a su inesperada libertad. Las secciones de los trajes flotaban por la cámara como cadáveres desmembrados mientras Erredós y Cetrespeó las contemplaban con mecánica impasibilidad sin que el espectáculo pareciera impresionarles en lo más mínimo.

—Discúlpeme, amo Lando, pero ¿no cree que deberíamos seguir buscando la sala de

control de esta nave? No creo que esto haya producido ninguna alteración realmente significativa en nuestra situación, y además...

Erredós le interrumpió con una repentina y estridente serie de graznidos electrónicos.

—Ahora soy yo quien está hablando con ellos, Erredós —replicó Cetrespeó—. Espera a que haya terminado, y entonces podrás... ¿Qué? ¿Otra nave? ¿Y viene directamente hacia nosotros? Oh, Erredós... Estamos salvados. Sabía que el coronel vendría a rescatarnos...

—Intenta calmarte un poco, Cetrespeó, ¿de acuerdo? ¿Qué está pasando?

—Erredós dice que los sensores de nuestra lapa están detectando otra nave que viene hacia nosotros siguiendo una trayectoria de intercepción.

Unos segundos después el panorama espacial visto en gran angular transmitido por los sensores de la lapa adherida al casco del Vagabundo llenó la mitad de la cámara. La nave que se aproximaba era claramente visible en el extremo izquierdo de la proyección, hacia la proa.

—Es una fragata de escolta imperial —dijo Lando nada más verla—. El viejo diseño KYD original, con toda la artillería pesada delante... Y parece que las portillas de sus cañones están abiertas.

—¿No deberíamos enviarles alguna clase de señal, amo Lando? —preguntó Cetrespeó.

—No es de nuestra armada, Cetrespeó —replicó Lobot.

—La única señal que quiero enviarle a esa nave es un adiós y hasta nunca —dijo Lando, alargando el brazo y rozando la pared de la cámara con las puntas de los dedos—. Venga, abuelita, no te quedes rondando por aquí para que nos entreguen su tarjeta de visita...

—Amo Lando, Erredós dice que ha detectado dos naves más que también se están aproximando, pero se encuentran mucho más lejos. Puede que una de ellas sea el *Glorioso*.

—No si vienen de esa dirección... ¡Oh, infiernos!

La proa de la fragata que se aproximaba a toda velocidad acababa de desaparecer detrás de la burbuja de plasma blancoamarillento de una andanada iónica. Una fracción de segundo después la holoproyección se convirtió en un chisporroteo blanco y se esfumó. Erredós lanzó un chillido de consternación, y la nave se estremeció debajo de ellos.

—Los sensores de nuestra lapa se han fundido —dijo Lobot, girando en el aire mientras intentaba deslizar la mitad inferior de su traje de contacto a lo largo de sus piernas—. Erredós ya no está recibiendo ningún dato de ellos.

Lando pegó la palma de la mano a la pared con la esperanza de sentir el comienzo del temblor de un salto hiperespacial.

—De toda la mala suerte del universo... ¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué no salta de una vez? ¿A qué está esperando?

Humanos y androides guardaron silencio y concentraron todos sus sentidos en la nave, esperando oír cómo sus tendones metálicos emitían un gemido de protesta mientras los motores de salto la impulsaban a través del hiperespacio, y temiendo cualquier sonido que pudiera significar que su viaje iba a terminar allí, a tanta distancia del hogar.

El capitán del crucero *Gorath* ya estaba maldiciendo al capitán de la fragata *Precio de Sangre* incluso antes de que los sensores delanteros de su nave empezaran a quedar iluminados por el resplandor del inicio de una batalla espacial. Cuando vio que la fragata abría fuego sobre el navío desconocido, su furor no conoció límites.

—Juro que este hombre cavará su propia tumba y que veré cómo sus hijos lo entierran con vida dentro de ella —murmuró, y cada sílaba pareció gotear un veneno helado—. Oiré gritar a sus hijas y suplicar a su madre mientras sus pulmones se van llenando de tierra y la arena se va introduciendo en sus ojos.

Estaban demasiado lejos y la imagen era demasiado temblorosa y falta de nitidez para que pudieran distinguir qué efecto había producido la andanada del *Precio de Sangre* sobre su objetivo. Pero se encontraban lo suficientemente cerca para poder ver con toda claridad lo que ocurrió a continuación y, junto con la dotación del *Tobay*, fueron sus únicos testigos.

El gigantesco casco del intruso empezó a brillar a proa y a popa, y algo casi invisible cruzó velozmente el vacío para caer sobre el *Precio de Sangre*. Unos segundos después, la fragata estalló con una ferocidad que sólo podía significar que el reactor de ionización había entrado en fase crítica. La fragata desapareció de las pantallas sensoras.

—Han sido demasiado rápidos para ti, ¿eh? —dijo el capitán del *Gorath* sin inmutarse.

Mientras tanto, el intruso estaba apartando su proa de los restos de la fragata, alejándose de Prakith y dirigiéndose hacia el Bordo.

—Notifique al *Tobay* que se prepare para saltar al hiperespacio. ¡Jefe de propulsión, listo para saltar en cuanto yo dé la orden! —gritó el capitán—. Borraremos esta humillación y

capturaremos a ese invasor.

Un círculo de luz surgió de la nada alrededor del Vagabundo.

—¡Ahora! —aulló el capitán—. ¡Dupliquen su vector! ¡Vamos, vamos, a por ellos!

La tripulación del capitán había aprendido a obedecer su voz. El *Gorath* saltó al hiperespacio, imitando el salto del Vagabundo lo bastante deprisa para poder detectar la presencia de su presa a través de su estela de solitones.

—Los tenemos —dijo el capitán con sombría satisfacción—. Vayan donde vayan, estaremos allí. Son nuestros.

Las nuevas órdenes del coronel Pakkpekatt no podían estar más claras, pero aun así volvió a leerlas: CONSIDERARÁ TERMINADA LA MISIÓN

EN CUANTO RECIBA ESTA TRANSMISIÓN. INTERRUMPA INMEDIATAMENTE TODAS LAS OPERACIONES. CENTRO DE OPERACIONES DE LA INR.

—Ah, no... Esto es inconcebible —dijo.

Pakkpekatt salió de su camarote. Las crestas de amenaza que descendían a lo largo de su espalda y la curvatura carmesí de su garganta indicaban con toda claridad su estado de ánimo, y bastaron para mantener prudentemente alejados del hortek a cualquier oficial o tripulante que hubiera podido tener la intención de dirigirle la palabra mientras iba hacia el puente.

—Canal de seguridad, aislamiento —dijo mientras dejaba caer su cuerpo sobre el sillón de combate. El caparazón protector surgió del respaldo del sillón y se cerró a su alrededor—. Centro de Operaciones de la INR, Coruscan!, prioridad máxima.

El sistema de comunicaciones necesitó unos segundos para establecer la conexión hiperespacial y verificarla.

—Aquí Operaciones —dijo una voz secamente profesional—. Adelante, coronel Pakkpekatt.

—Necesito hablar directamente con el general Rieekan.

—Veré si está disponible, coronel. Un momento...

La impaciencia de Pakkpekatt hizo que la espera le pareciese más larga de lo que fue en realidad.

—Aquí el brigadier Collomus, del mando de operaciones —dijo una nueva voz—. ¿En qué puedo ayudarle, coronel?

Pakkpekatt le enseñó los dientes.

—Puede ayudarme permitiendo que hable con el general Rieekan, tal como he pedido.

—El general Rieekan no está disponible en estos instantes —dijo Collomus—. Si tiene alguna pregunta que hacer acerca de sus órdenes, yo debería poder aclarar sus dudas. Formé parte del comité de planificación de la expedición a Telkjon.

—Sé quién es usted, brigadier —dijo Pakkpekatt—. Cuando el general Rieekan vuelva a estar disponible, tenga la bondad de comunicarle que sus últimas órdenes sufrieron graves interferencias durante el proceso de transmisión. Solicito una confirmación de voz verificada antes de obedecerlas.

—Yo puedo proporcionársela, coronel.

—No, señor, me temo que no puede.

Pakkpekatt se recostó en los almohadones y permaneció inmóvil dentro del caparazón de aislamiento. La transmisión que estaba esperando tardó veinticuatro minutos en llegar.

—General Rieekan —dijo Pakkpekatt, saludándole con una inclinación de cabeza.

—Coronel... El brigadier Collomus me ha dicho que tiene un problema con sus órdenes que, no sé por qué razón, sólo yo puedo solucionar. ¿Le importaría explicarme qué está ocurriendo?

—Debo oponerme a la decisión de dar por terminada la misión, señor. Eso supone traicionar...

—Esto no es un tema que pueda ser discutido, coronel.

—Seis hombres han muerto, y todavía no hemos conseguido localizar al equipo de contacto desaparecido.

—Esos hechos no son relevantes para la decisión, coronel.

—¿Que no son relevantes? Pero usted...

—No, coronel, no lo son. Todos los agentes deben ser considerados sacrificables..., siempre y en todas las circunstancias. Necesitamos sus naves en otro sitio, y muy especialmente el *Glorioso*.

—Con todo el respeto debido, señor, usted no comprende las ramificaciones...

—Si estuviera en su lugar, coronel, yo no terminaría esa frase —le interrumpió secamente Rieekan—. Sus informes han sido meticulosamente analizados. La probabilidad de obtener cualquier resultado positivo en esta situación no es lo bastante elevada para que justifique el

llevar a cabo nuevas inversiones. La decisión ha sido tomada, y su protesta queda registrada. La misión ha finalizado. Vuelva con sus naves, coronel.

—Señor, solicito permiso para reclutar un equipo de voluntarios y proseguir la búsqueda a bordo del yate del general Calrissian, el *Dama Afortunada*. Eso no...

—Permiso denegado, coronel.

100

—Entonces solicito un permiso inmediato para poder proseguir la búsqueda por mi cuenta.

—Denegado. Todos los permisos han sido cancelados debido a la crisis en el Sector de Farlax.

—En ese caso me deja en una situación imposible.

—¿Por qué, coronel? ¿Es que de repente le resulta imposible obedecer las órdenes?

Pakkpekatt le enseñó los dientes.

—General, un hortek no deja los cuerpos de sus camaradas en manos del enemigo..., nunca.

Por primera vez desde que la transmisión había empezado, hubo unos momentos de silencio.

—Comprendo, coronel. Pero no puedo ayudarlo.

—Creo que sí puede hacerlo, general.

—Le escucho.

—Ha dicho que todos los agentes deben ser considerados sacrificables. Le pido que me cuente entre los desaparecidos de la expedición de Telkjon. Porque aunque volviera, habría ciertos aspectos en los que seguiría estando aquí y que afectarían seriamente a mi capacidad para desempeñar con éxito cualquier otra misión que me asignara.

—Veo que esto es realmente muy importante para usted, ¿eh? —dijo Rieekan, recostándose en su sillón—. A pesar de que esos desaparecidos no estaban bajo su mando, de que hicieron caso omiso de sus órdenes y de que son los principales responsables del fracaso de la misión...

—Los camaradas y los aliados nunca salen de un molde, general —replicó Pakkpekatt—. Siempre son muy distintos unos de otros, y nunca carecen de defectos. Y he descubierto que, en lo que hace referencia a ese aspecto, son muchas las ocasiones en las que deberé esperar de ellos tanta tolerancia como la que yo pueda llegar a ofrecerles.

Rieekan frunció los labios.

—Muy bien, coronel. Voy a concederle un poco de esa tolerancia de la que habla. El *Dama Afortunada*, no más de tres voluntarios adicionales y aquellos suministros de la misión todavía no utilizados que usted elija llevarse y que el yate pueda transportar. Informe inmediatamente de cualquier novedad importante que pueda producirse. Y, coronel...

—¿Señor?

—Mi tolerancia es muy poco elástica. No abuse de ella.

—Gracias, general.

Poco más de una hora después, Pakkpekatt, el capitán Bijo Hammax y los agentes técnicos Pleck y Taisden estaban inmóviles en la diminuta cubierta de vuelo del *Dama Afortunada* y contemplaban cómo el crucero

Glorioso y el navío de escolta *Kettemoor* ejecutaban un viraje conjunto y saltaban hacia Coruscant.

—Iniciemos la búsqueda —le dijo Pakkpekatt al cielo vacío.

El *Abismos de Penga* encontró al piloto del IX-26 entregado a una solitaria vigilia de los cadáveres enterrados en los hielos de Maltha Obex.

—¿Por qué han tardado tanto? —preguntó el piloto—. Se suponía que debían llegar hace días.

—Recibido, aquí Joto Eckels —replicó el *Abismos de Penga*—. Sentimos el retraso. Para serle franco, ni siquiera esperábamos que siguieran aquí... Nuestro patrocinador original decidió retirarse del proyecto justo antes de que despegáramos, y después nos enteramos del accidente. Estábamos pensando que tendríamos que obtener un contrato de ambulancia para recuperar los cuerpos de Kroddok y Josala cuando otro patrocinador surgió de la nada y adquirió el contrato.

—Bueno, yo tampoco sabía nada de todo eso —dijo el piloto—. Si el INR ha decidido que ya no está interesado en esta misión, entonces no sé por qué no me han ordenado que volviera a la base. ¿Quién les patrocina ahora?

—Un coleccionista privado llamado Drayson —dijo el doctor Eckels—. Espera que esta

misión sirva para verificar la autenticidad de algunos artefactos de los qellas. Creo que se va a llevar una desilusión, y de una variedad muy cara... Pero ha sido como un regalo del cielo para nosotros, y haremos lo que podamos por él. ¿Sigue teniendo localizados los cadáveres?

—Afirmativo, *Abismos de Penga* —respondió el piloto—. Dejando aparte toda la nieve que ha caído del cielo desde que se produjo la avalancha, no ha habido absolutamente ningún movimiento por ahí abajo. Van a pasar mucho frío mientras estén cavando.

—Venimos preparados para ello.

—Pues entonces dígame cómo quieren que les transmita los datos para que pueda encender esta vela y largarme de aquí—dijo el piloto—, porque ésta es la misión más horrible y solitaria que me ha tocado en suerte en dieciséis años, y siento una gran necesidad de ir a un sitio lo más calentito y lleno de gente posible..., y pronto.

—Entendido —dijo Eckels—. Estamos listos para recibir los datos de referencia de su sistema coordinado. Nosotros nos encargaremos del próximo turno de guardia en Maltha Obex.

Segunda parte

Luke

El esquiife *Babosa del Fango* avanzaba por el espacio real y se alejaba de Lucazec a la velocidad máxima que podían alcanzar sus motores..., la cual, considerando que se trataba de una Aventurera Verpine, no bastaba para satisfacer a Akanah.

—¿No puedes hacer que vaya más deprisa, Luke?

—¿Cómo? ¿Quieres que salga al espacio y empuje?

—Pues... En cierta manera, sí. ¿No puedes usar la Fuerza para incrementar la velocidad?

—Necesitas una palanca y un sitio en el que apoyar los pies —replicó Luke en un tono bastante sarcástico—. La Fuerza no es una varita mágica. Existen ciertos límites, ¿sabes?

—Los límites existen únicamente dentro de la mente, no en el universo —dijo Akanah—. Me sorprende mucho que tus maestros no te lo enseñaran.

Luke meneó la cabeza.

—Tanto Obi-Wan como Yoda me enseñaron a comprender que nos imponemos límites a nosotros mismos negándonos a luchar y que sabotamos nuestros esfuerzos al creer que fracasaremos.

—¿Y entonces por qué no...?

—Pero ni siquiera Obi-Wan, en sus momentos más difíciles y cuando había millones de vidas colgando de un hilo, pudo conseguir que el *Halcón* fuese más deprisa. —Luke señaló el tablero de navegación—. Además, parece que nadie se ha sentido lo suficientemente interesado por nuestro despegue como para tratar de seguirnos.

—Todavía no necesitan hacerlo —replicó Akanah—. Aún nos quedan varios días de viaje para salir de la Zona de Control de Vuelo, ¿verdad?

Luke echó un vistazo a los controles.

—Tres días, más o menos.

—Entonces de momento pueden limitarse a ir siguiendo nuestra trayectoria y permitirnos creer que hemos logrado escapar mientras averiguan adonde vamos. No hay muchas naves que no puedan alcanzarnos antes de que lleguemos al radio de salto.

—Los agentes que nos tendieron esa emboscada han muerto. Nadie intentó detenernos en el espaciopuerto de Lucazec. Los controladores de vuelo nos dieron permiso para despegar sin ponernos ni una sola objeción. El cielo está vacío. ¿Qué más necesitas para sentirte a salvo, Akanah?

—No me sentiré a salvo hasta que hayamos encontrado a los fallanassis —dijo Akanah—. La mera idea del fracaso me resulta totalmente insoportable. He esperado durante tanto tiempo..., y tú también. Si algo, lo que fuese, nos detuviera cuando estamos tan cerca del final de nuestra búsqueda...

—¿Y a qué distancia de ese final estamos exactamente? —preguntó Luke—. ¿Qué decía esa escritura de la Corriente?

—Ya te lo dije, indicaba el camino al hogar.

—Pero no me dijiste dónde se encuentra el hogar.

—No me atrevía a decirte nada hasta que estuviéramos lejos de allí —replicó Akanah—. No podía correr el riesgo de que alguien me oyera.

—Ahora estamos solos —observó Luke.

—Pero podrían haber colocado algún tipo de sensor de escucha en la nave mientras estábamos en la Meseta Norte. Quiero esperar hasta que hayamos entrado en el hiperespacio. Sé que entonces ya no podrán seguirnos.

—Nadie ha estado dentro de la nave salvo nosotros —dijo Luke con firmeza—. Y si continuas ocultándome secretos, entonces será muy difícil que podamos ayudarnos el uno al otro. ¿Es que no confías en mí, Akanah?

—Sé que eres un hombre bueno —dijo Akanah—. Pero algunas de las cosas que haces y en las que crees hacen que me sienta muy incómoda. Que yo sepa, un soldado o un guerrero nunca puede llegar a ser un amigo.

—No soy un soldado —dijo Luke en voz baja y suave—. Y ahora la espada de luz sólo acude a mi mano para proteger a las personas que realmente me importan. ¿Crees que eso

me convierte en un guerrero, o en un amigo?

Akanah clavó los ojos en su regazo y guardó silencio durante unos momentos.

—Tenemos que ir a Teyr —dijo por fin—. El círculo tal vez no haya podido permanecer allí, pero es el sitio al que fueron cuando tuvieron que marcharse de Lucazec.

—Teyr está... Eh... Sí, Teyr está por ahí —dijo Luke, señalando hacia arriba y hacia la derecha.

—Más o menos —dijo Akanah, y alargó la mano para subirle el brazo unos centímetros—. Sí, ahora estás señalando Teyr. Había pensado dar un doble salto, Luke. Sólo por si a alguien se le ocurre seguirnos, ¿comprendes?

Luke aprobó su idea con un asentimiento de cabeza.

—Teyr es uno de los planetas a los que el círculo envió a los niños, ¿verdad?

—Sí —dijo Akanah.

—¿Y no me habías dicho que ya estuviste allí mientras intentabas dar con ellos?

—No. Te dije que no pude encontrarlos allí —le corrigió Akanah—. Nunca conseguí ir hasta Teyr. Hice algunas averiguaciones desde Carratos, cuando me fue posible... —Alzó la mirada hacia él—. Pero los fallanassis cambiamos nuestros nombres, nuestra manera de vestir y de hablar, e incluso nuestros peinados, para confundirnos con los demás y desaparecer entre ellos. A menos que esté cara a cara con mi pueblo, intercambiando los signos y permitiéndome sentir que estoy junto a ellos con la Corriente fluyendo a nuestro alrededor, los fallanassis nunca saldrán de sus escondites por miedo a que yo no sea lo que aparento ser.

—¿Crees que siguen escondiéndose?

—Después de lo que acaba de ocurrir, ¿no te parece que tenemos buenas razones para creerlo?

Luke asintió.

—Me parece que deberíamos hablar de lo que ocurrió en Lucazec, Akanah.

—Sí, yo también creo que deberíamos hablar de ello —dijo Akanah—. Pero preferiría no mantener esa conversación con un equipo de especialistas en interrogatorios del Imperio. ¿No puedes hacer algo para que no tengamos que esperar tanto tiempo antes de saltar al hiperespacio?

—Bueno, la verdad es que no quiero hacerlo... Creo que hasta el momento hemos conseguido salir de Lucazec sin llamar la atención —dijo Luke—. Pero si atravesamos una Zona de Control de Vuelo como una exhalación, y especialmente si lo hacemos viajando a bordo de este montón de chatarra, entonces pasaremos a ocupar el primer lugar de la lista de alerta. Y cuando lleguemos a Teyr, insistirán en hablar con nosotros. Puede que incluso insistan en inspeccionar nuestra nave y que quieran quitarnos la licencia de vuelo.

—No había pensado en eso —dijo Akanah, y frunció el ceño—. Pero ¿y si estás equivocado y un navío de guerra imperial aparece por detrás de Lucazec dentro de seis horas, o surge del hiperespacio justo delante de nosotros? ¿No preferirías...?

—¿Ser capaz de enseñarles nuestra popa y desaparecer? Sí, claro. —Luke cerró los ojos, como si estuviera intentando visualizar algo sin dejarse distraer por lo que le rodeaba—. Tal vez haya una forma de conseguirlo sin necesidad de hurgar en el motivador. ¿De qué herramientas dispones?

—Yo... No estoy segura. Creía que utilizarías la Fuerza de alguna manera u otra —dijo Akanah—. Que doblarías un contacto, o que interrumpirías algún circuito y...

Luke meneó la cabeza.

—Antes de que puedas tratar de utilizar esa clase de truco necesitas saber con toda exactitud cuál es la estructura interna de lo que quieres alterar..., y nunca he metido las manos dentro del panel de acceso de una Aventurera Verpine.

—Estás empezando a destruir todas mis ilusiones sobre la omnipotencia de los Jedi —dijo Akanah, y la sombra de una sonrisa aleteó en sus labios.

Luke dejó escapar una suave carcajada y se levantó del asiento de pilotaje.

—La verdad es que, en la inmensa mayoría de ocasiones, la Fuerza no puede sustituir a un androide mecánico o a una caja de herramientas —dijo—. Y nunca he conocido a un Jedi que quisiera hacerse famoso por su milagrosa capacidad para arreglar las cocinas automáticas averiadas.

Sus palabras hicieron que la sonrisa de Akanah se volviera un poco más grande.

—¿Te dieron una llave del compartimiento del equipo cuando compraste este trasto?

—No —dijo Akanah, repentinamente preocupada.

—No importa —dijo Luke, y le dio una palmadita en el hombro mientras pasaba junto a ella—. Puedo vencer a una cerradura idiota sin necesidad de una caja de herramientas. Tú

quédate aquí y no apartes los ojos del sensor de navegación. Vamos a ver si puedo hacer algo para que tengamos otra opción aparte de dejar transcurrir los días.

Luke estaba sentado al borde del compartimiento motriz, con sus pies colgando en el vacío justo encima de las bombas de combustible de los impulsores de espacio real. Volver a trabajar con herramientas le resultaba extraño y, al mismo tiempo, agradablemente familiar: las brisas calientes de Tatooine parecían estar soplando nuevamente a su alrededor, y los recuerdos sorprendentemente queridos de los años que había pasado en el hogar de los Lars habían surgido de la nada para invadir su mente.

«Chicos y máquinas —le parecía estar oyendo decir a su tía Beru en un tono lleno de perplejidad—. ¿Qué demonios verán los chicos en las máquinas, y por qué les gustarán tanto?»

Durante aquella etapa de la vida de Luke, todas sus horas de trabajo en la granja habían estado dedicadas a mantener en funcionamiento la abigarrada colección de androides de segunda mano y toscos evaporadores de humedad del tío Owen. Cuando terminaba con sus labores en la granja, Luke invertía sus ratos libres en arrancarles un poco más de velocidad a los motores del deslizador de superficie XP-30 que había rescatado del depósito de chatarra de Cabeza de Ancla, y en mejorar al máximo las capacidades del saltacielos T-16 de la familia para aquellas carreras en el Cañón del Mendigo.

La impaciencia adolescente había hecho que Tatooine le pareciese un erial y la granja una prisión, pero aquel mundo tenía mucho mejor aspecto cuando era contemplado a través de un filtro hecho de tiempo y experiencia. Habían transcurrido muchos años desde entonces, pero Luke acababa de comprender lo mucho que había disfrutado de todas aquellas horas pasadas con la cabeza y las manos metidas dentro del hueco del panel de acceso de un motor, viviendo en un mundo sencillo y carente de misterios del cual era dueño y señor.

—Pareces contento —dijo Akanah, que había vuelto de la cubierta de vuelo sin que Luke se diera cuenta.

—Lo estoy —dijo Luke, retorciéndose y alzando los ojos hacia ella mientras se sorprendía al darse cuenta de lo feliz que se había estado sintiendo.

Akanah señaló el impulsor con una inclinación de la cabeza.

—¿Crees que serás capaz de arreglarlo? O de averiarlo, mejor dicho... Supongo que eso describe mejor lo que intentas hacer.

—Ya he acabado —dijo Luke—. En cuanto logré acceder al panel, enseguida vi que no iba a ser tan difícil como me había imaginado. De hecho, el sistema de bloqueo no está conectado al impulsor... Está aquí, en el controlador de navegación. ¿Lo ves? Si no recibe una señal de los transductores de la Zona de Control de Vuelo, el controlador no permite que el sistema de impulsión... —Luke vio que Akanah estaba poniendo cara de no entender nada y se calló—. Bueno, da igual: ahora sólo estoy examinando el resto de sistemas para poder resolver el próximo problema cuando se presente.

—¿Ya has terminado? ¡Eso es maravilloso! —exclamó Akanah—. Me siento terriblemente impresionada... No sé absolutamente nada sobre tecnología. Ni siquiera he asistido a un curso de sistemas domésticos, ¿sabes? Cuando echo una mirada ahí dentro, no tengo ni idea de lo que estoy viendo. Tú probablemente sí sabes lo que estás viendo —añadió.

—Bueno... Deberíamos hacer algunas pruebas antes de que lo necesitemos. He de averiguar si alguno de estos trastos tenía alguna función realmente importante —dijo, abriendo la mano y permitiendo que una pequeña cascada de conexiones metálicas, pasadores y cables cayera sobre la cubierta.

El destello de alarma que iluminó los ojos de Akanah hizo que Luke se echara a reír.

—Sólo estaba bromeando —se apresuró a añadir—. Al menos en lo que respecta a estas piezas, claro... Aun así, deberíamos hacer algunas pruebas. Estaba pensando que quizá podríamos saltar al hiperespacio un poco antes de lo que habíamos previsto. Incluso quince minutos bastarían.

—¿Qué me dices de la lista de alerta?

—El límite de la Zona de Control de Vuelo no es una línea trazada con regla que divida el espacio en dos áreas: hay una franja amarilla que está considerada como una especie de terreno neutral, ¿comprendes? Podemos saltar al hiperespacio desde ese punto sin atraer la atención de nadie, y la prueba seguiría siendo válida. Pero estoy seguro de que funcionará.

—Así que sabes arreglar cocinas automáticas averiadas —dijo maliciosamente Akanah mientras se sentaba sobre la cubierta entre un revoloteo de faldas—. ¿En qué estabas pensando cuando entré?

—En el hogar —se limitó a responder Luke.

Akanah apoyó la espalda en uno de los paneles del cableado.

—Es curioso... He pasado la mayor parte de mi vida en Carratos, pero la palabra «hogar» siempre me hace pensar en Lucazec.

—Y a mí en Tatooine —confesó Luke—. Siempre dije que lo mejor que se podía hacer con Tatooine era mantenerse lo más lejos posible de allí, pero ahora... Bueno, la verdad es que ahora ya no estoy tan seguro de ello. Puede que vivir en Tatooine no sea tan malo después de todo.

—Casi todos mis recuerdos de laltra son buenos —dijo Akanah—. Supongo que ésa es una de las razones por las que lo hiciste allí me afectó tanto. Ahora también tengo ese recuerdo, y preferiría no tenerlo.

—Por lo menos ahora estás aquí y puedes acordarte de ello —dijo Luke—. Lo siento, pero no estoy dispuesto a sentirme culpable por haberte salvado.

—¿Y qué me dices de la muerte de esos dos hombres? ¿Qué sentimientos te ha inspirado?

—Uno de ellos se suicidó —dijo Luke, sacando los pies del hueco de la trampilla de acceso y volviéndose hasta quedar de cara a la joven.

—El comandante Paffen.

Luke asintió.

—Dijo algo sobre un veneno, ¿recuerdas? Yo no quería que muriese. Estaba intentando interrogarle.

—¿Y el otro? El que casi partiste por la mitad con tu espada de luz... ¿Estabas tratando de matarle?

—Ese hombre estaba protegido por un escudo personal —dijo Luke—. Hay que asestar un golpe muy potente para atravesarlo..., y cuando la hoja de energía de tu espada de luz por fin se abre paso a través del escudo, entonces resulta muy difícil detenerla antes de que haya causado muchos daños.

—Comprendo. ¿Estabas tratando de matarle?

—¿No acabo de responder a esa pregunta?

—Me parece que no lo has hecho —dijo Akanah con una tímida sonrisa.

Luke se inclinó hacia atrás hasta apoyar la espalda en el mamparo de su lado del compartimiento.

—Supongo que la verdad es que, en ese momento, me daba igual que viviera o muriese.

Akanah movió la cabeza en una lenta negativa.

—Eso es lo que me resulta tan difícil de entender, Luke... No puedo entender que no fueras consciente de todo el poder que tenías en tus manos.

—Lo único que me importaba de ese poder era que me permitía protegerte de ellos —replicó Luke—. Después me dijiste que no corrías ningún peligro, pero entonces no lo parecía.

—Sí —dijo Akanah—. Eso ya lo he entendido. Pero... Luke, hay algo que debo pedirte: he de pedirte que nunca vuelvas a matar para salvarme. Me alegra saber que te importo tanto, pero llevar los gritos y la sangre de esos hombres dentro de mi memoria, y saber que murieron en las ruinas de un sitio que amaba tanto me desgarrar el corazón y me llena de tristeza.

—No sé si puedo hacerte esa promesa —dijo Luke—. Yo también tengo una conciencia a la que debo satisfacer, y a veces me exige que luche por mis amigos.

—Te exige que mates por tus amigos.

—Cuando es necesario.

—¿Es así como crees que han de ser los Jedi, Luke? Y también me pregunto si los Jedi están dispuestos a matar para proteger a sus amigos de Coruscant...

Luke entrecerró los ojos y la contempló en silencio durante unos momentos.

—¿Qué estás intentando decir? —preguntó por fin.

—Estoy intentando entenderlo —replicó Akanah—. Quiero saber qué significan exactamente tus Jedi para la Nueva República, y qué significa la Nueva República para ti. ¿Estás adiestrando a los Caballeros Jedi para que sean la nueva élite guerrera de Coruscant? ¿Qué estarás dispuesto a hacer cuando el comandante en jefe te llame?

—Pero es que en realidad las cosas no funcionan así, Akanah —dijo Luke—. Leia no da órdenes a los Jedi. Puede pedir que les ayudemos, y puede pedírselo a uno de nosotros o a todos, pero podemos negarnos a hacerlo. Y a veces lo hacemos.

—Pero tu Academia Jedi cuenta con el apoyo y la ayuda de la Nueva República. Tú tenías un navío militar en tu hangar. ¿Puedes permitirte el lujo de ofenderles?

—Los Jedi no somos mercenarios —dijo Luke, con una repentina sombra de dureza en la voz—. Cuando luchamos, nos guiamos por una elección personal..., y luchamos en defensa de

los principios de nuestro credo. Coruscant ayuda en todo lo que puede a la Academia Jedi porque el recuerdo de los Jedi es un poderoso factor de estabilidad. Lo que más quieren y necesitan por encima de todo es nuestra presencia.

—Ésa es la parte de la tradición que me preocupa —dijo Akanah—. Los Jedi fueron los guardianes de la paz y la justicia en la Antigua República durante un millar de generaciones, o eso es lo que dice la leyenda. Pero si tuvieras que elegir entre la paz y la justicia, ¿por cuál te decidirías?

—¿Cuál de las dos cosas querrías que eligiese?

—Me gustaría que eligieras un camino que te permitiera conservar la pureza de tus grandes dones y que evitara que fuesen utilizados por los generales y los políticos —dijo Akanah—. Me gustaría que no hubieras contraído ninguna deuda con ellos, y que no abrazaras ninguna causa...

—A pesar de las apariencias, he hecho cuanto estaba en mis manos para proteger nuestra independencia —dijo Luke.

—¿Acaso no has jurado defender al gobierno de Coruscant? ¿No has hecho ningún juramento de lealtad?

—No. Sólo los pocos Jedi que han escogido servir a la Nueva República en la Flota, o en los ministerios, han hecho ese tipo de juramentos. No está prohibido, pero no es muy frecuente. Los Jedi no son la Guardia Republicana, y nunca lo serán.

—Bueno, supongo que eso ya es algo —murmuró Akanah—. Pero ¿no sería mucho mejor que el símbolo más poderoso de tu orden, el mismísimo emblema de esa larga tradición, fuese cualquier cosa antes que un arma mortífera?

—No pedimos que fuera así —dijo Luke—. Sencillamente ocurrió, Akanah. Las armas antiguas tienen un cierto prestigio.

—Todas las armas tienen un cierto prestigio —dijo Akanah con tristeza—. Hay demasiados hombres que quieren conquistar el mundo o cambiarlo, y los que quieren cambiarlo son casi tan peligrosos para las cosas vivas como los que quieren conquistarlo. ¿Puedes decirme por qué no basta con encontrar un lugar seguro y cómodo en el mundo o, en el peor de los casos, con encontrar un refugio donde estés a salvo del mundo?

Luke frunció el ceño.

—No, no puedo. —Señaló el compartimiento del equipo—. Pero puedo decirte cómo desactivar el bloqueo de la Zona de Control de Vuelo en una Aventurera Verpine, cosa que no podría haber hecho hace unas horas. Puede que mañana haya encontrado algunas respuestas a preguntas que ahora soy incapaz de responder.

Akanah le miró, y esbozó una sonrisa llena de melancolía.

—Supongo que de momento tendré que conformarme con eso.

Tres días de vigilar el sensor de navegación con tanta fijeza como un ratón nervioso que intentara detectar la presencia de un depredador en la oscuridad acabaron dando como único resultado un puñado de contactos totalmente inocentes. No apareció ninguna nave de guerra, y los pocos navíos comerciales y particulares que despegaron de Lucazec después de su partida o que pasaron junto a la *Babosa del Fango* en su trayectoria hacia el planeta no dieron ninguna señal de estar interesados en el pequeño esqui.

—Sea cual fuese la persona a la que el comandante Paffen envió su informe, debía de estar lo bastante lejos para que su controlador de misión se haya limitado a darle por perdido —dijo Luke, inclinándose sobre los controles.

—Pero ahora nos estarán buscando por todas partes —dijo Akanah desde detrás de él—. Especialmente a ti...

—Buscar y encontrar son dos cosas muy distintas —replicó Luke—. He tenido que acostumbrarme a disfrazar mi apariencia sólo para poder disfrutar de un poco de intimidad entre la gente y para poder ir donde quiera sin que todo el mundo se me quede mirando con la boca abierta.

—¿Y cómo lo consigues?

—Oh... Basta con adoptar una apariencia de anciano allí donde honran a la juventud y de joven allí donde honran a la edad, o una fisonomía de mujer en los sitios donde mandan los hombres y una de hombre allí donde mandan las mujeres. Carecer de atractivo es lo más cercano a ser invisible que existe.

—Enséñame cómo lo haces.

Akanah vio cómo sus hombros subían y bajaban, y oyó la profunda exhalación de aliento que casi parecía un suspiro. Cuando Luke hizo girar su sillón hasta quedar de cara a ella y alzó

los ojos hacia su rostro, Akanah se encontró contemplando unas facciones de sesenta años de edad que le recordaron inmediatamente a todo el mundo y a nadie en concreto. La mirada era sincera y honesta pero vacía, la expresión abierta pero curiosamente falta de vida. No había nada peculiar o que llamara la atención en sus rasgos, nada por lo que aquel anciano pudiera ser recordado o que pudiera llegar a grabarse en la memoria de quien lo viese.

—Un truco excelente —dijo Akanah—. ¿Me permites que haga una pequeña prueba?

Akanah tragó aire con una temblorosa inspiración, y después cerró los ojos y trasladó el foco de sus sentidos hasta un punto situado detrás de donde parecía estar Luke, buscando a tientas un ancla en lo que era real. Cuando la encontró, volvió a abrir los ojos y disipó la ilusión con el suave sople de la incredulidad.

—Ah, estás ahí —dijo, y sonrió.

—Un truco excelente —repitió Luke—. Hay que tener una mente muy poderosa para ver a través de la ilusión.

—Quería estar segura de que podría dar contigo si teníamos que separarnos en Teyr. ¿También alteras tu voz?

—Puedo hacerlo. Eso requiere una concentración mayor, porque el oído no se deja engañar con tanta facilidad como el ojo. No estoy muy seguro de a qué se debe, pero así es..., por lo menos en el caso de los seres humanos. Y hablando de Teyr, te diré que ya hemos llegado a la zona amarilla.

—¿Y eso quiere decir que ya podemos saltar al hiperespacio sin correr ningún riesgo?

—No veo por qué no —dijo Luke—. Y saltando desde este punto, ganaremos casi una hora. Eso suponiendo que no haya hecho un estropicio mayor de lo que pretendía cuando estuve hurgando dentro del panel, claro...

Akanah sonrió.

—Vamos a averiguarlo.

—De acuerdo —dijo Luke, y se volvió nuevamente hacia los controles—. ¿Sigues queriendo ejecutar un primer salto innecesario para despistar a nuestros posibles perseguidores, o vamos directamente a Teyr?

—Sigo queriendo hacer el viaje en dos saltos —dijo Akanah, permitiendo que su mano se posara suavemente sobre el hombro de Luke—. Todavía no podemos descartar por completo la posibilidad de que alguien nos esté vigilando desde Lucazec. Pero que no sea un salto muy largo, por favor. Quiero llegar a Teyr lo más pronto posible. No puedo explicarte cómo lo sé, pero... Bueno, sencillamente sé que allí encontraremos algo más que ruinas.

El contacto físico sorprendió a Luke en un momento en el que había bajado sus barreras mentales, y también le abrió la mente de Akanah durante una fracción de segundo. Luke percibió la impaciencia reprimida a duras penas que envolvía su necesidad de reunirse con su pueblo, el resplandor de su esperanza y la profundidad de sus inquietos temores.

—Bueno, entonces será mejor que te pongas el arnés de seguridad..., sólo por si acaso —dijo.

El salto estuvo tranquilizadamente desprovisto de incidentes. Cuando llegó el momento en el que la *Babosa del Fango* habría sido liberada del bloqueo impuesto por la Zona de Control de Vuelo, la nave ya había completado su primer salto y había vuelto al vector que la llevaría hasta Teyr.

Entonces durante las horas de silencio y calma libres de toda perturbación en las que Akanah dormía y nada podía llegar hasta ellos, por fin hubo tiempo de sobra para pensar. Luke las dedicó básicamente a pensar en lalra, volviendo a la casita medio en ruinas y llena de polvo donde había vivido su madre y examinando minuciosamente una vez más todos sus recuerdos sensoriales en busca de su presencia.

Luke sabía que tendría que volver allí cuando el hacerlo hubiera dejado de ser peligroso, y se preguntó si debería hacerse algo para preservar aquel sitio. También se preguntó cómo reaccionarían las autoridades de Lucazec si les pedía que protegieran el antiguo hogar de su madre. Si las ruinas consumidas por el fuego de la granja de los Lars podían ser reconstruidas como un monumento histórico, tal vez las ruinas de lalra pudieran ser rescatadas de un abandono hostil por el nombre de Skywalker. Quizá incluso sería posible rehabilitar la reputación de quienes habían sido expulsados de allí.

Pero todo eso tendría que hacerse más tarde, cuando hubiera menos secretos que proteger. De momento, Luke tendría que confiar en la vergüenza que había envuelto a los fallanassis para que protegiera a lalra de nuevas intromisiones.

«Que los nackhawns hagan desaparecer los cuerpos —pensó—, y que las sombras se

encarguen de preservar la paz de laltra. Que los recuerdos de mi madre sigan durmiendo hasta que pueda regresar para despertarlos...»

Cuando Luke oyó que Akanah se removía en el catre a su espalda, apoyó un pie descalzo en la consola de control y se impulsó con él, haciendo girar el sillón de pilotaje hasta dejarlo encarado hacia la popa.

—Eh... ¿Estás despierta?

—No consigo dormir —dijo Akanah, invisible detrás de la cortina de intimidad—. Quizá deberíamos cambiar de sitio.

Lando echó un vistazo a los sensores por encima de su hombro.

—Sólo faltan dos horas para el final del salto —dijo—, y después tendré tiempo de sobra para descansar durante la aproximación a Teyr.

—Y ahora que has desconectado el bloqueo, ¿no podríamos usar tu autorización militar? —La voz de Akanah llegaba hasta él con gran nitidez y Luke se imaginó a la joven, inmóvil y acostada de espaldas sobre el catre—. Podríamos llegar a Teyr mediante un microsalto hiperespacial sin tener que arrastrarnos por el espacio real, ¿no?

La carcajada llena de sorpresa de Luke resonó ruidosamente en el pequeño recinto.

—No en este trasto. Y aunque la *Babosa del Fango* fuera capaz de dar ese microsalto, hay muchas probabilidades de que las vibraciones de las resonancias acabaran haciéndola pedazos. La entrada en el hiperespacio siempre produce una onda de choque, y cada vez que das un microsalto tienes que permitir que esa onda te alcance justo en el momento en que es más potente. Cuando llegáramos a Teyr, lo único que quedaría de nosotros sería una nubecita de restos metálicos brillando en el cielo.

—Oh —dijo Akanah—. Pero si hubiéramos trazado nuestro curso antes de abandonar la ruta espacial que sale de Lucazec, entonces podríamos haber hecho todo el viaje de un solo salto.

—Exacto. Suponiendo que hubiéramos estado dispuestos a responder a todas las preguntas y a enfrentarnos a toda la atención extra que eso habría significado, claro está... Arrastrarnos por el espacio real me gusta tan poco como a ti, pero te aseguro que es mejor de esta manera.

Akanah suspiró.

—Bueno, en ese caso supongo que intentaré dormir —dijo—. Es la manera más sencilla de conseguir que el tiempo vaya un poco más deprisa.

—Buena suerte —dijo Luke, y empezó a volverse hacia su consola de control.

Y entonces se dio cuenta de que casi había vuelto a ocurrir: la conversación que había iniciado con un propósito muy determinado había empezado a moverse en círculos, y había acabado desapareciendo antes de que Luke tuviera tiempo de llegar a la pregunta que realmente quería formular.

—¿Akanah?

—¿Sí?

—Antes de que te duermas... Verás, hay algo que me tiene un poco preocupado.

—¿De qué se trata?

—Cuando estábamos en laltra... ¿Había una fecha en ese mensaje que descubriste?

—¿Una fecha? No.

—¿Y tienes alguna forma de saber cuánto tiempo llevaba allí? No sé, por ejemplo... Bueno, puede que la escritura de la Corriente se vaya difuminando poco a poco con el paso del tiempo, o algo por el estilo.

—No... No si ha sido escrita tal como debe hacerse, por lo menos. No puedo decirte cuándo dejaron ese mensaje, pero sí puedo asegurarte que fue escrito antes de que los fallanassis se fueran de Lucazec. ¿Por qué?

—Me estaba preguntando cómo es posible que dos agentes imperiales consiguieran permanecer escondidos durante tanto tiempo en un sitio donde todo el mundo conoce a todo el mundo y nada cambia muy deprisa —dijo Luke—. Me he estado preguntando qué razón podían tener para haber obrado de esa manera.

—¿Quieres saber por qué hicieron lo que hicieron? Pues porque... Porque querían capturarnos... Porque quieren controlar la Corriente Blanca para usarla como arma.

—Pero ¿qué razón podían tener para pensar que alguien volvería allí? ¿Por qué te estaban esperando?

Akanah tardó bastante en responder.

—Llevo mucho tiempo haciendo preguntas e intentando encontrar el círculo —dijo por fin—. Me temo que no siempre he sido todo lo prudente que hubiese debido ser, y me estoy

refiriendo tanto a las preguntas que he hecho como a las personas a las que se las he formulado.

—¿A quién le dijiste que planeabas ir a Lucazec?

—Sólo a ti —replicó Akanah—. Pero antes había tratado de enviar algunos mensajes al círculo..., a Wialu. Hablé con gente de los departamentos de aduanas y de inmigración de Lucazec. Presenté solicitudes para todas las plazas libres de cada crucero estelar que pasaba por Carratos con la esperanza de que podría pagarme el pasaje trabajando. Cada vez que publicaban una nueva lista de tarifas, siempre iba corriendo a las oficinas para informarme de los precios de los billetes espaciales.

—Y la gente empezó a preguntarse quién eras, y también empezaron a preguntarse qué podía ser eso que tanto te interesaba.

—Peor aún —dijo Akanah—. La verdad es que al final casi huían de mí. Solía rondar por los bares del espaciopuerto cada vez que llegaba una nave, e interrogaba a las tripulaciones con la esperanza de que pudieran saber algo que me fuese de utilidad. Encontré formas de obtener listas de pasajeros. Hablé con todas las personas que pensaba que podían saber algo. —Su sonrisa estaba llena de melancolía—. Tardé algún tiempo en comprender que hubiese debido ser más discreta.

—Las personas con las que te habían dejado...

—Esas personas no me ayudaron en nada —le interrumpió Akanah—. Me prohibieron que hablara del círculo con ellas, y me castigaban cada vez que se enteraban de que había estado haciendo averiguaciones por mi cuenta.

—Debían de temer por tu seguridad..., y quizá también por la suya. Se suponía que debían esconderte, ¿no? Y tú te negabas a permanecer escondida.

—Comprender resulta más fácil que perdonar —dijo Akanah—. Me impedían volver al sitio en el que debía estar. No podré perdonárselo hasta que haya vuelto a encontrar el círculo. Si nunca consigo dar con ellos, entonces creo que nunca podré perdonarla.

—¿Quién es esa persona a la que nunca podrás perdonar?

—Se llama Talsava —dijo Akanah—. Era mi guardiana en Carratos. Pero si empiezo a hablar de ella ahora, nunca conseguiré conciliar el sueño.

—De acuerdo —dijo Luke—. Lo siento.

—No me gusta recordar esas cosas, pero tú no podías saberlo —dijo Akanah—. Ya te lo contaré en alguna ocasión.

—Esperaré hasta que estés preparada para hablar de ello.

Luke pensó que eso había puesto fin a la conversación. Oyó cómo Akanah cambiaba de postura y se la imaginó acostada de lado, con la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados. Después se sorprendió cuando le oyó pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—¿Qué posibilidades crees que hay de que alguien nos esté buscando en Teyr?

—No puedo darte una cifra exacta, aunque me imagino que estaría por encima del cero —replicó Luke—. Pero tendremos cuidado. Y ahora, duérmete de una vez.

Akanah no discutió o respondió, y Luke también se quedó callado y se preguntó por qué tenía la sensación de que ninguna de sus preguntas había sido respondida, y de que las más importantes nunca habían llegado a ser formuladas.

Teyr tenía de burocrático todo lo que Lucazec había tenido de rústico.

Situado cerca del punto en el que se cruzaban tres rutas espaciales muy concurridas y luciendo un espectacular cañón de cuatro mil kilómetros de longitud como si fuese la cicatriz de un duelo, Teyr era uno de los mundos de la Nueva República que estaban conociendo un proceso de desarrollo más rápido y explosivo. Temiendo un crecimiento incontrolado, los líderes de Teyr hacían cuanto estaba en sus manos para desanimar a los inmigrantes mediante un laberinto de reglas, una serie de obstáculos progresivamente más altos a las solicitudes de inmigración y un Cuerpo de Servicios Ciudadanos decididamente quisquilloso. El lema turístico extraoficial era «Venga a ver el espectacular Abismo de Teyr..., y luego váyase a casa».

Luke y Akanah todavía se estaban aproximando al planeta cuando se les ofreció la nada atractiva elección entre dejar su nave en una de las vastas zonas de estacionamiento orbital y bajar hasta la superficie en una lanzadera, o pagar cuatro veces la suma que eso les habría costado bajo la forma de tarifas de descenso para posar el esqui en el espaciopuerto de Teyr que escogieran.

—La idea de estar ahí abajo y tener que depender de terceras personas para volver a subir hasta nuestra nave no me gusta nada —dijo Luke—. Si alguien decide que quiere retrasar nuestra partida, creo que tendríamos más posibilidades de escapar si no tenemos que saltar

desde tan arriba.

—Pero ya sabes que no dispongo de esas cantidades de dinero, Luke —protestó Akanah.

—Creo que Li Stonn es el hombre ideal para enfrentarse a este tipo de situación —dijo Luke. Obsequió a Akanah con una fugaz sonrisa maliciosa que desapareció bajo su disfraz de vejez, y después pulsó la tecla de comunicación—. Control de Vuelo de Teyr, aquí la *Babosa del Fango*, deseo solicitar la autorización para el descenso.

—Recibido, *Babosa del Fango*. Su número de cola es alfa-tres-nueve. Confirme la recepción.

—Confirmado, alfa-tres-nueve —dijo Luke—. Oiga, ¿podrían decirme si hay alguna posibilidad de que se nos permita bajar en Turos Noth? Vamos a reunimos con unos amigos y...

—Todos los puntos de descenso son asignados basándose en el espacio disponible y según los protocolos estándar. Todos los espaciopuertos disponen de sistemas de transporte por superficie. El Aerotrén del Abismo une todos los espaciopuertos con los grandes centros de población y con los centros de visitantes, cabeceras de rutas panorámicas y complejos del Territorio del Abismo. Mantenga sintonizado este canal para recibir nuevas instrucciones de descenso. Aquí Control de Vuelo de Teyr, fin de la transmisión.

Luke y Akanah intercambiaron miradas llenas de perplejidad.

—Si hubieran sabido que estaban hablando con Luke Skywalker, nunca se habrían atrevido a darle el número treinta y nueve —dijo Akanah por fin.

—Es una lástima que el gran Maestro Jedi no haya podido acompañarnos en este viaje —dijo Luke, permitiendo que su disfraz de vejez se disolviera.

—Me pregunto cuántas veces tendrán que soltar todo ese discurso durante su turno de trabajo —dijo Akanah.

—Oh, creo que nuestro informador podría estar recitándolo durante todo el día sin cansarse —dijo Luke, y después le explicó el porqué—. Era un androide, ¿sabes? No he podido establecer ningún contacto mental con él. ¿Queda algo de koba relleno? —preguntó, señalando el compartimiento de la cocina con una inclinación de cabeza—. Me parece que tendremos tiempo de comer un bocado antes de que nuestros soportes de descenso entren en contacto con el polvo de Teyr.

Tal como había sospechado Luke, tuvieron tiempo de sobra. Siguiendo las instrucciones del Control de Vuelo, la *Babosa del Fango* se unió a una larga cola de yates y cruceros de recreo en una órbita de gran altura sobre Teyr. Seis revoluciones completas más tarde, seguían allí..., aunque la mayoría de las naves que habían estado precediéndoles durante las órbitas —así como algunas que se encontraban por detrás de ellos— ya habían descendido para ser sustituidas por nuevas naves.

—Un panorama soberbio —dijo Akanah—. ¿Crees que permitirán que nos acerquemos un poquito más?

—No —dijo Luke—. Sabía que tendríamos que haberles dicho que llevábamos a ochenta y dos clientes de pago a bordo y que todos ardían en deseos de empezar a ir de compras.

—¿Ochenta y dos? —preguntó Akanah, alzando una ceja en un enarcamiento lleno de escepticismo.

—Ewoks —dijo Luke, encogiéndose de hombros—. Tendrías que ver cómo viven, Akanah. Olvídate de lo que cuentan los hologramas: veinticuatro por camarote amontonados en capas superpuestas, chico, chica, chico, chica...

—Llevas demasiado tiempo en el espacio —dijo Akanah—. Quizá no hemos oído cómo nos llamaban.

—Número de cola alfa-ocho-uno, inicie la aproximación...

—¡El ochenta y uno! —exclamó Akanah con indignación—. ¿Por qué están dejando que todo el mundo pase por delante de nosotros?

—Porque sea cual sea la clase de lista de prioridad que utilizan, obviamente considera que los propietarios de Aventureras Verpine deben ocupar el último lugar —respondió Luke.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de bromear?

—A veces no te queda ningún otro recurso —dijo Luke—. ¿Qué ha sido de tu calma implacable?

—Oh, creo que voy a enloquecer —dijo Akanah.

—Ya lo veo.

—¿No podríamos disfrazarnos de alguna manera para fingir que somos otra nave y seguir sus instrucciones de descenso?

—Tratar de conseguir que dos objetos ocupen el mismo espacio al mismo tiempo presenta ciertos problemas que todavía no han podido ser resueltos.

—Luke...

El tono de su voz hizo que Luke volviera la mirada hacia ella. Vio que el rostro de la joven estaba lleno de angustia, y que sus ojos suplicantes rebosaban impaciencia.

—¿Crees que pueden estar reteniéndonos aquí arriba deliberadamente hasta que lo tengan todo listo para capturarnos, o para poder seguirnos?

«¡Haz algo, por favor!», le estaba gritando su expresión.

—No —dijo Luke, y se inclinó hacia adelante para darle unas palmaditas en la mano—. Teyr controla todo el sistema de lanzaderas, y las líneas espaciales tienen contratos con Teyr para disfrutar de un acceso prioritario a la hora de descender. Tienen que bajar antes que los demás, y nosotros tenemos que esperar a que haya un hueco. Todo va bien, Akanah, nos están tratando exactamente tal como queremos que lo hagan. Nada de tratamientos especiales, y nada de llamar la atención para que se fijen en nosotros. Pronto nos tocará el turno. No olvides que también quieren nuestro dinero.

—Número de cola alfa-tres-nueve, diríjase hacia el pasillo de aproximación para descender en Prye Polas...

—¿Ves?

Luke dio un último apretón tranquilizador a la mano de la joven, y después se volvió hacia los controles.

El alivio que se adueñó de Akanah resultó claramente evidente en su rostro.

—Prye Polas... Hemos tenido suerte. Se encuentra bastante lejos del Abismo, pero no importa, sólo queda a una parada al este de Turos Noth.

—Me alegro de que alguien haya estudiado geografía —dijo Luke—. Ceñíos ese arnés de seguridad, dama Arma. ¿Sabías que la mayoría de accidentes tienen lugar en los sesenta segundos posteriores al despegue o el descenso?

Akanah frunció el ceño y le fulminó con la mirada.

—¿Realmente tenías que decírmelo?

—Pues creo que sí —replicó Luke, encendiendo las toberas de frenado para sacar al esquife de su órbita de estacionamiento—. Parece como si necesitaras tener algo por lo que preocuparte en todo momento, y pensé que un auténtico motivo de preocupación te serviría igual que otro ficticio. —Le lanzó una mirada de soslayo y sonrió—. De una manera o de otra, dentro de diez minutos estaremos en la superficie de Teyr.

—Y realmente estás convencido de que todos esos chistes tuyos me están ayudando en algo, ¿verdad?

—Sólo son mi manera de decirte que te tranquilices y...

—No puedo —dijo Akanah, dejando escapar un nervioso suspiro—. Llevo demasiado tiempo esperando. Me juego demasiadas cosas.

Luke asintió para indicarle que la comprendía.

—En ese caso, te prometo que intentaré conseguir que lleguemos de una sola pieza.

Durante un momento Luke pensó que Akanah iba a darle un puñetazo.

Luke no sólo consiguió que llegaran a Prye Polas de una sola pieza, sino que además ejecutó un descenso impecablemente fluido y libre de vibraciones que hubiera podido servir como ejemplo de la clase de aterrizajes que los pilotos espaciales llamaban «primer beso».

El descenso también tuvo el efecto de volver a colocar a la *Babosa del Fango* dentro de una nueva cola que, en esta ocasión, se hallaba formada por la larga hilera de navíos que iban avanzando lentamente hacia el enorme campo de atracaderos al aire libre. Las exorbitantes tasas de descenso que Teyr le había cobrado a «Li Stonn» no le daban derecho a ocupar una plaza en un hangar, y ni siquiera le proporcionarían un espacio de almacenamiento cubierto donde su nave pudiera estar protegida de la intemperie.

—Una buena tormenta, y el año que viene los astilleros harán el negocio del siglo —dijo Luke mientras contemplaba la enorme, y carísima, aglomeración de naves espaciales.

Cuando el androide de remolque llegó por fin al atracadero que les había sido asignado y colocó a la *Babosa del Fango* dentro de él, con su ala de babor medio escondida debajo de los módulos impulsores que propulsaban la colosal masa de un Corriente Estelar Toltax, la voz oficial de la dirección del espaciopuerto —otro androide— surgió del canal de comunicaciones.

—Bienvenidos a Prye Polas. A fin de garantizar la seguridad de todos los visitantes que llegan a Teyr, las reglas del espaciopuerto prohíben permanecer a bordo de los navíos atracados en los diques —dijo el androide—. Tengan la bondad de recoger todos los artículos

personales que necesitarán durante su estancia y aguarden la llegada de la lanzadera. A fin de garantizar la seguridad de esta nave, el acceso a esta zona de estacionamiento está restringido a los visitantes que entran y salen de Teyr. Esta zona es patrullada continuamente por el servicio de seguridad del espaciopuerto. Gracias por haber incluido a Teyr en sus planes de viaje...

—Estoy lista —dijo Akanah, visiblemente impaciente.

Luke cerró la entrada primaria de energía del esquiife.

—Dame un momento para coger mi bolsa de viaje y ponerme la cara —dijo.

La lanzadera de llegada, un deslizador de superficie que se movía muy despacio, estaba pilotada por otro androide de último modelo. Akanah y Luke se sentaron en dos de los tres últimos asientos que todavía estaban libres, y el tercero fue ocupado por un elomin que salió del aerodeslizador estacionado al otro lado del sendero de remolque, justo enfrente del sitio hasta el que había sido remolcado la *Babosa del Fango*. Cuando la lanzadera estuvo llena, se elevó hasta quedar flotando a varios metros por encima del suelo y empezó a acelerar hacia la terminal. Una lanzadera vacía avanzó inmediatamente para ocupar su lugar.

—Este complejo es realmente impresionante, ¿verdad, querida? —dijo Luke. La voz de «Li Stonn» temblaba ligeramente, y Luke le había añadido una leve ronquera—. Cuando ves tantos androides, enseguida te das cuenta de que alguien está ganando mucho dinero.

Akanah parecía un poco cohibida por la presencia de los viajeros que se apelotonaban a su alrededor; el elomin, que se encontraba justo a su derecha, era una cabeza más alto que ella. La joven se limitó a responder con una mirada y una sonrisa cortés.

Luke intentó tranquilizarla dándole unas cariñosas palmaditas en la mano.

—Ya lo sé, odias los vehículos que no tienen techo. Pero ya casi hemos llegado —dijo—. Mira, desde aquí puedes ver toda la curva del Aerotrén del Abismo. Según la guía, es el tren de superficie más veloz de los cinco sectores que...

El último obstáculo a superar era Recepción de Llegadas: consistía en otra cola, un androide de acogida, un sondeo radiónico de sus bolsas de viaje, un discreto barrido de seguridad sobre sus personas y tres preguntas de un examinador humano cuya expresión y manera de comportarse recordaban bastante a las del censor del distrito de Lucazec.

—¿Cuánto tiempo planean quedarse en Teyr?

—No estamos seguros, ¿verdad, querida? —respondió Luke—. ¿Cuánto tiempo se necesita para ver realmente bien el Abismo sin perderse nada? Nuestra reserva sólo es por tres días, pero ahora que estamos aquí esperamos poder prolongarla.

—Tres días —repitió el examinador—. ¿Están infectados, o lo han estado recientemente, por cualquier agente transmisible de las clases BoC?

—No, no —dijo Luke/Li, volviéndose hacia Akanah para dirigirle una rápida sonrisa—. Estamos todo lo sanos que se puede llegar a estar. No soporto viajar cuando estoy enfermo. Supongo que a usted le ocurrirá lo mismo, ¿no?

—¿Han traído con ustedes cualquier clase de arma letal, drogas prohibidas, tecnología carente de licencia u otros artículos que supongan una violación de las normas del Acuerdo General de Visitantes?

—¡Oh, no! Cielos, no... —exclamó Luke—. Hemos venido aquí a divertirnos.

El examinador deslizó dos tarjetas de ayuda al viajero por la ranura de un codificador.

—Bienvenidos a Teyr —dijo después mientras le entregaba las tarjetas de ayuda a Akanah—. Espero que disfruten de su estancia entre nosotros.

La terminal del espaciopuerto de Prye Polas estaba separada de la estación del Aerotrén del Abismo por la gran franja verde del Parque de Bienvenida. Luke y Akanah se detuvieron en el primer banco que vieron y colocaron protectoramente sus bolsas de viaje detrás de sus pies.

—Bueno, creo que por fin estamos oficialmente aquí—dijo Luke—. ¿Qué te parece este sitio?

—No es lo que me esperaba —respondió Akanah, mirando a su alrededor.

Luke alargó la mano con la palma vuelta hacia arriba.

—Déjame ver esas tarjetas —dijo, señalando los documentos de ayuda al viajero que Akanah seguía sosteniendo entre sus dedos.

Akanah le pasó una de las tarjetas casi sin darse cuenta de lo que hacía y Luke empezó a estudiarla. La tarjeta estaba provista de una diminuta pantalla que ocupaba la mitad de un lado, y debajo de ella había algunas teclas con símbolos de mando universales. En el reverso había un diagrama de la estructura que se alzaba en el centro del parque: un anillo formado por más de un centenar de pequeñas garitas y quioscos que rodeaban un carrusel de exhibición de dos

pisos de altura.

—He de ir a hacer una de las cosas que se esperan de un tipo como Li Stonn —dijo Luke—. No te muevas de aquí, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

Cuando estuvo un poco más cerca de la estructura, Luke pudo ver que sobre la banda situada en lo alto del carrusel estaba escrito «Centro de Información de Visitantes» en básico y en varios lenguajes más de uso muy extendido.

Delante de cada quiosco había pequeñas colas formadas por visitantes que esperaban tener una oportunidad de seleccionar las zonas que más les interesaban y hacer que la información fuera transferida a sus tarjetas, donde podrían examinarla después cuando tuvieran necesidad de ella. Mientras esperaban, casi todos los visitantes mantenían la cabeza levantada hacia el carrusel de exhibición, que estaba ofreciendo espectaculares documentales de un minuto de duración sobre la geología del Abismo, la construcción del Aerotrén y las mil y una cosas que se podían comprar en Prye Polas.

—Esto debe de ser el paraíso de los carteristas —murmuró Luke, y volvió por donde había venido.

Y de repente sintió el fugaz y peculiar cosquilleo en sus sentidos que le indicaba que estaba siendo observado. Examinó meticulosamente todo el parque mientras volvía al banco en el que había dejado sentada a Akanah, pero la sensación no volvió a presentarse, y nada de cuanto vio le pareció alarmante.

—Necesito saber qué región vamos a... —Luke se interrumpió de repente cuando vio que Akanah estaba intentando contener el llanto y percibió la expresión melancólica y distante que había en sus ojos—. Eh, ¿qué pasa? ¿Algo va mal?

—Todo va mal —replicó Akanah—. Sé que no están aquí.

Luke se dejó caer sobre el banco y se volvió hacia ella.

—¿Por qué dices eso? ¿Pensabas que podrías detectar su presencia, y acabas de descubrir que no puedes percibirla?

El abatimiento de Akanah no era lo suficientemente profundo como para impedirle reaccionar con indignación.

—No... Los fallanassis no somos tan descuidados como para anunciar nuestra presencia de esa manera, ni siquiera a través de la Corriente.

—Bueno, ¿y entonces qué te pasa?

—Ya te lo he dicho... Nada es como debería ser. —Akanah movió la cabeza en una lenta negativa llena de tristeza—. Mi gente nunca podría vivir en esta clase de mundo. Teyr es todo aquello que nosotros intentamos no llegar a ser. Hay demasiada gente y demasiado ruido, y todo es demasiado organizado y artificial. Si alguna vez estuvieron aquí, no creo que se quedaran durante mucho tiempo. —Inclinó la cabeza y empezó a sollozar—. Es demasiado tarde. He tardado demasiado en poder llegar aquí...

Luke se acercó un poco más a ella y la envolvió en un abrazo tranquilizador mientras intentaba reconfortarla con una oleada de pensamientos acariciadores.

—/ Corno lo sabes? —dijo—. Es demasiado pronto para rendirse. Venga, venga... ¿Por dónde empezamos?

Akanah apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo siento... Me temo que esto de ser invisible no se me da muy bien.

—Les da igual lo que hagas, Akanah —dijo Luke—. Nadie nos está mirando, ¿comprendes? Todas estas personas tienen visión de túnel, lo único que son capaces de ver en estos momentos es sus planes, sus preocupaciones y sus esperanzas. Todos están esperando alguna confirmación de que éstas van a ser las grandes vacaciones de su vida.

Akanah levantó la cabeza y miró a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que Luke tenía razón.

—Carratos es muy distinto. Si te pones a llorar en público, allí todo el mundo se da cuenta de que estás llorando —dijo, limpiándose las mejillas—. Mis oídos esperaban escuchar cómo se burlaban de mí y me ridiculizaban.

—Pues parece que esta vez te vas a quedar sin tu ración de ridículo —dijo Luke—. Bueno, ¿por dónde empezamos? ¿A quién estamos buscando?

—Empezaremos yendo a una ciudad llamada Griann —dijo Akanah—. Se encuentra en lo que llaman la Región del Cinturón Verde. Es el sitio al que llevaron a Jib Djalla, Novus. Tipagna y Norika... Los primeros tres son chicos —añadió—. Novus es un twilek, y los demás son humanos.

—De acuerdo. Vayamos a hablar con las máquinas y averigüemos qué pueden decirnos sobre Noriann —dijo Luke, estirando el brazo y echándose las dos bolsas de viaje al hombro.

El estado anímico de Akanah pareció mejorar un poco mientras hacían cola para acceder a una garita de información, como si estuviera absorbiendo una parte de la alegre energía que la rodeaba. Pero entonces Luke volvió a sentir la curiosidad de alguien que estaba muy cerca de ellos bajo la forma de un estremecimiento repentino, como si le hubieran rozado suavemente el rostro en un intento de reconocerle.

Luke volvió la mirada hacia el otro extremo del Parque de Bienvenida con el pretexto de estar contemplando a la multitud y clavó los ojos en un elomin del sexo masculino que ya estaba volviendo su cara cornuda en otra dirección. Después vio cómo el alienígena que había atraído su atención avanzaba altivamente a través de la muchedumbre hasta desaparecer detrás de la curva del centro de información, pero el elomin no volvió a lanzarle ni un solo vistazo.

«Tendrás que controlar esos nervios, chico —se dijo Luke—. ¿Un elomin trabajando para la inteligencia imperial? Eso es totalmente imposible.»

Pero el hecho de que un elomin —quizá el mismo— hubiera estacionado un aerodeslizador justo enfrente de la *Babosa del Fango* se negaba a esfumarse de su mente..., y el ruido y el ir y venir de la multitud que deambulaba por el parque le pareció repentinamente menos alegre y despreocupado, y más semejante a una distracción que podía acabar resultando letal.

«Quizá tienes razón y realmente nos están reteniendo por algún motivo, Akanah», pensó con preocupación mientras deslizaba la mano sobre el bulto de la espada de luz que había escondido junto a su muslo para asegurarse de que todavía estaba allí.

Pero aunque se mantuvo protectoramente cerca de Akanah, Luke no le dijo nada salvo para hacer la clase de comentarios intrascendentes que una pareja que estaba tan acostumbrada a viajar como a la compañía del otro podía compartir mientras esperaba en una cola. «Aquí hay algo que sigo sin entender..., alguna pregunta que todavía no se me ha ocurrido formular.» Luke, irritado consigo mismo, meneó la cabeza con tal vigor que Akanah se dio cuenta del gesto.

—¿Ocurre algo?

—Oh... No, nada. Es sólo que acabo de volver a hacerlo —dijo Li Stonn—. Las colas del otro lado se están moviendo más deprisa que la nuestra. No sé por qué sigo insistiendo en elegir. La próxima vez tú elegirás la cola, ¿de acuerdo?

Akanah deslizó su mano entre los dedos de Luke.

—Ten paciencia, querido —dijo, acompañando sus palabras con una afectuosa sonrisa—. Ya casi hemos llegado..., y quizá ésta sea la última cola en la que debamos perder el tiempo.

Alguien que estaba haciendo cola detrás de ellos soltó una risita.

—Es su primera visita a Teyr, ¿verdad? —preguntó el desconocido—. Pues todavía no han visto nada. Si quieren saber lo que es una auténtica multitud, esperen a estar cerca del Abismo.

—Oh, estoy segura de que será una experiencia maravillosa —dijo Akanah, sonriendo alegremente mientras apretaba con más fuerza la mano de Luke—. Tengo el presentimiento de que la espera habrá valido la pena.

Luke y Akanah usaron el Aerotrén del Abismo para ir hasta el Puente de las Nubes, donde se encontraba la parada del Borde Occidental situada más al sur. Eso les permitió disfrutar de un impresionante panorama de los últimos ochenta kilómetros del Abismo: aquella parte del desfiladero era una de las más angostas y, en consecuencia, una de las más espectaculares. La vía del tren discurría justo al borde del abismo, salvando cañones laterales que por sí solos ya habrían sido considerados como grandes atracciones turísticas en cualquier otro sitio.

Cuando llegaron al Puente de las Nubes, Li Stonn alquiló una burbuja, una variante local del deslizador de superficie que gozaba de gran popularidad entre los visitantes que querían explorar el fondo del cañón. Pero en vez de ir a los ascensores del Punto de Acceso al Abismo del Puente de las Nubes, Luke dirigió el morro de la burbuja hacia el oeste y empezó a avanzar por la Calzada 120, poniendo rumbo hacia el Cinturón Verde.

Una hora y media de viaje a la velocidad máxima permitida en la calzada los llevó al cruce con la Calzada de la Cosecha, que la tarjeta de ayuda al viajero de Akanah les dijo era una importante ruta de carga que unía el corazón del Cinturón Verde con Turos Noth. La ruta de carga tenía muy poco tráfico y carecía de límite de velocidad, lo cual colocaba a la ciudad agrícola de Griann a poco menos de dos horas de distancia yendo a la velocidad máxima que podían alcanzar los motores de la burbuja.

—¿Necesitas estirar un poco las piernas?

—No —dijo Akanah, señalando hacia atrás—. Tengo suficiente espacio. —Las burbujas estaban consideradas como el vehículo ideal para las «escapadas», por lo que contaban con una pequeña estación de tratamiento de desechos y un reprocesador, y también disponían de una gama estándar de adaptaciones para humanoides—. ¿Necesitamos combustible?

—No. Supongo que en Griann habrá algún sitio donde podremos repostar, ¿no?

Akanah recurrió a su tarjeta de ayuda.

—Sí. Aunque «los precios locales pueden presentar variaciones con respecto a los exhibidos en las áreas de visitantes». Sigamos, Luke, por favor...

Ya casi habían llegado a Griann cuando Akanah por fin se fijó en el contorno del cilindro que tensaba la tela del bolsillo del muslo derecho de los pantalones de Luke.

—¿Has traído tu espada de luz? —preguntó, inclinándose hacia él.

—Sí —respondió Luke—. Pareces sorprendida.

—¿Cómo conseguiste pasarla por Recepción de Llegadas? Los trucos mentales de los Jedi no pueden engañar a un sensor, ¿verdad? ¿O sí pueden?

—Puedes engañar a la persona cuyo trabajo consiste en responder a las alarmas del sensor —dijo Luke—. Pero ni siquiera eso fue necesario. Las espadas de luz siguen siendo las armas menos comunes de la galaxia. Sólo existe un modelo de sensor general de seguridad que esté programado para reconocerlas, y Teyr no lo utiliza.

—¿Y qué creen que es entonces?

Luke sonrió.

—Bueno, la mayoría de sensores la toman por una variedad francamente exótica de máquina de afeitar. Cosa que supongo que podría llegar a ser, en un momento de apuro..., suponiendo que sepas manejarla muy, muy bien.

Akanah se recostó en su asiento.

—Preferiría que la hubieras dejado en la nave.

—Eso es pedir demasiado —dijo Luke—. No la llevo encima cada minuto del día, pero no me gusta estar excesivamente lejos de ella. Me he metido en muchos más líos por no tenerla lo suficientemente cerca que por llevarla encima.

—Te ruego que no olvides lo que te pedí —dijo Akanah mientras volvía la mirada hacia su ventanilla para contemplar las suaves ondulaciones de los campos y la luna diurna que se estaba poniendo por encima de ellos—. Es muy importante para mí, Luke.

—No lo he olvidado —dijo Luke—. Espero que tú tampoco hayas olvidado que no te hice ninguna promesa.

—¿Tanto placer encierra el matar? ¿Es ésa la razón por la que resulta tan difícil renunciar a ello?

Luke volvió la cabeza hacia ella y le lanzó una mirada llena de irritación.

—¿Qué te hace pensar que encuentro algún placer en matar?

—El hecho de que no estés dispuesto a dejar de matar —replicó Akanah, volviéndose en su asiento para sostenerle la mirada—. Si yo hubiera causado un millón de muertes, creo que nunca más sería capaz de volver a empuñar un arma. No entiendo cómo puedes hacerlo.

Luke descubrió que no tenía ninguna respuesta que dar a esas palabras, y volvió a clavar los ojos en la ruta que se extendía por delante de ellos. Habían tenido que transcurrir varios años después de la batalla de Yavin para que llegara a saber que la Estrella de la Muerte que había destruido en Yavin contaba con una dotación de más de un millón de seres inteligentes entre oficiales, tripulantes y personal de apoyo.

Cuando pensaba en ello, Luke comprendía que hubiese debido ser consciente de ese hecho sin necesidad de ninguna ayuda exterior. Pero había hecho falta la inauguración de un nuevo monumento conmemorativo de la batalla de Yavin en el Museo de la República de Coruscant para que por fin pudiera percibirlo. Cuando Luke pensaba en la Estrella de la Muerte, la asociaba a Vader, Tagge y el Gran Moff Tarkin, a los soldados de las tropas de asalto que habían intentado matarle en sus pasillos y a los pilotos de los cazas TIE que habían intentado matarle mientras sobrevolaba su superficie y a los artilleros del súper láser que había destruido un planeta totalmente indefenso llamado Alderaan.

Pero la tabla de especificaciones de los carteles holográficos del enorme modelo de la Estrella de la Muerte exhibido en el museo contenía todos los números, y Luke todavía era capaz de recitarlos: 25.800 soldados de las tropas de asalto, 27.048 oficiales, 774.576 tripulantes, 378.685 técnicos y especialistas de apoyo...

—Un millón doscientos cinco mil ciento nueve muertos —murmuró—. Sin contar a los androides, claro.

La tranquila precisión de su recitado hizo aparecer una expresión de perplejo horror en el rostro de Akanah.

—Pero el libro de contabilidad tiene dos columnas, y hay que fijarse en las dos —siguió diciendo Luke—. Alderaan. Obi-Wan. El capitán Antilles. Dutch. Tiree. Dack. Biggs... —Luke meneó la cabeza—. A veces tus enemigos no te dejan mucho donde elegir: o los matas, o te rindes, o dejas que te maten. Y si piensas que debería haber obrado de una manera distinta a como lo hice...

—El pasado es inalterable y ya no puede ser cambiado —dijo Akanah—. Lo que me importa y me preocupa es lo que harás hoy, o mañana. Conozco tu pasado y conozco tu herencia..., y ya te he visto matar en una ocasión. ¿Es que no puedes entender cuán ajeno y aborrecible me resulta todo esto, y cómo va en contra de todo aquello en lo que creen quienes dieron refugio a Nashira?

—No confías en mí.

Akanah juntó las manos sobre su regazo y, cuando respondió, lo hizo en un tono tan bajo que Luke apenas si pudo oírla.

—Lo estoy intentando, Luke..., pero no sabes lo difícil que me resulta confiar en alguien que cree en lo que tú crees y que tiene tu poder.

Luke le lanzó una rápida mirada de soslayo para ver qué cara estaba poniendo.

—¿Estás diciendo que te doy miedo... por esto? —preguntó, y apoyó la mano sobre la espada de luz oculta en su bolsillo.

—Supongo que sí —respondió Akanah—. No quiero temerte.

—Yo nunca te haría daño, Akanah —dijo Luke—. He traído esto conmigo por si había alguna sorpresa esperándonos..., no para amenazarte.

—Yo voy por el mundo sin ningún arma —dijo Akanah—. ¿No podrías hacer lo mismo?

Luke movió la cabeza en una lenta negativa.

—No mientras siga considerándome un Jedi. La espada de luz es algo más que un arma... Es una herramienta para adiestrar la mente y el cuerpo. Y se ha convertido en una parte de mí; es como una extensión de mi voluntad.

—Y en una manera de imponer tu voluntad a los demás.

Luke volvió a menear la cabeza.

—La mayor parte de la disciplina de la espada de luz está relacionada con la defensa.

—¿Y qué me dices del resto?

—El resto... El resto requiere que estés muy cerca de tu adversario, lo suficientemente cerca para que tengas que mirarle a los ojos —respondió Luke—. Es una idea muy anticuada, y

civilizadora. Si lo único que quieres es matar deprisa, eficientemente y de manera impersonal, un desintegrador es un arma mucho más adecuada. Después de todo, los soldados de las tropas de asalto del Emperador no iban armados con espadas de luz.

—Todas mis pesadillas me muestran lugares donde hay hombres que quieren matar «eficientemente» —dijo Akanah, volviendo nuevamente la cabeza hacia la ventanilla—. Y la peor pesadilla de todas es pensar que sólo existe un universo, y que es un sitio así.

Grainn había sido trazada sobre las llanuras de Teyr con la ayuda de una brújula y una escuadra. Sus calles, regularmente espaciadas y llenas de casas de tamaños igualmente regulares, se entrecruzaban con la implacable precisión del ángulo recto dentro de una rejilla de cinco kilómetros cuadrados. El corazón de la ciudad contenía una pequeña zona comercial que atendía tanto a los residentes como al tráfico que discurría por la Calzada de la Cosecha. Alrededor de los límites de la ciudad había un muro formado por silos, graneros, cúpulas agrícolas, cobertizos para las cosechadoras automatizadas y los saltacielos, torres de control para el sistema de irrigación y el resto de instalaciones necesarias para cultivar los campos que se extendían al otro lado del muro.

—Bienvenidos a la hermosa Griann —dijo Luke, dirigiendo la burbuja hacia una estación de reaprovisionamiento—. ¿Y ahora qué? ¿Tienes algún plan?

—Tengo una dirección —dijo Akanah—. Norte Cinco y Veintiséis Abajo... Mi amiga Norika vivía allí.

Luke le lanzó una mirada interrogativa.

—Pensaba que se suponía que los niños debían permanecer escondidos —dijo—. ¿Cómo has llegado a conseguir una pista tan clara como ésa?

—Gracias a Norika —replicó Akanah—. Ese primer mes recibí una carta suya; había sido enviada a Carratos a través de la red de hipercomunicaciones desde una terminal pública instalada en un sitio que, según decía, era conocido como la sede del comité. Contesté a su carta. Debí de enviarle una docena de cartas como mínimo, pero Norika nunca respondió a ninguna de mis cartas... Nunca volví a saber nada de ella.

—Hmmm —murmuró Luke—. Probablemente alguien le hizo entender que «esconderse» significa no decirle a nadie dónde estás.

—O el círculo vino a buscarles y se los llevó.

Luke volvió la mirada hacia su ventanilla para echar un vistazo al panel del androide que estaba llenando el depósito de combustible de su burbuja.

—Ya hace diecinueve años de eso... Aun suponiendo que siga aquí, puede que no seas capaz de reconocerla.

—Reconocería a Nori aunque hubiera transcurrido toda una eternidad —dijo fervorosamente Akanah—. Wialu decía que estábamos unidas por el vínculo de los gemelos. Nunca he vuelto a experimentar esa sensación de formar parte de otra persona.

Una vez terminada la operación de reaprovisionamiento, Luke conectó los haces repulsivos.

—Bien, vamos a averiguar si realmente estabais tan unidas como dices... ¿Norte Cinco y Veintiséis Abajo?

Oí.

—Creo que seré capaz de encontrar esa dirección.

La impaciente expectación de Akanah fue creciendo poco a poco durante el trayecto desde el centro de la ciudad hasta su periferia, y acabó desbordándose bajo la forma de sonrisas nerviosas y un inquieto agitarse en su asiento. Pero cuando la burbuja giró para entrar en Norte 5, su rostro palideció de repente y su mano se lanzó sobre la muñeca de Luke para apretársela con la fuerza de la desesperación. Un gemido ahogado fue el único sonido que escapó de sus labios entreabiertos.

Luke no necesitó ninguna explicación, sus ojos estaban viendo lo mismo que veían los de Akanah. La doble hilera de casitas que se extendía a lo largo de Norte 5 terminaba en el Número 22. Allí donde hubiese tenido que estar el Número 24 sólo había un solar vacío donde crecían pequeños retazos de hierba. Más allá del solar, la hierba desaparecía para dejar paso a una extensión de desnuda tierra amarillenta sobre la que se habrían podido construir varias casas. La siguiente vivienda de la numeración par se encontraba en la esquina del próximo cruce, y estaba identificada con el Número 38.

—Bueno, me parece que..., que la dirección que estamos buscando no existe —dijo Luke, mirando por encima de su hombro mientras detenía la burbuja junto a la acera delante del Número 38.

Akanah abrió los sellos de la burbuja y saltó a la acera antes de que el pequeño vehículo de

superficie se hubiera detenido del todo. La joven corrió con paso tambaleante por la calle, rodeándose el torso con los brazos mientras su mirada iba velozmente de un lado a otro de la calzada. Su enloquecida carrera se fue frenando poco a poco a medida que se aproximaba al solar vacío que se extendía delante del Número 25. Akanah se detuvo allí, una frágil silueta llena de desesperación que clavó los ojos en el suelo desnudo y los restos medio desmoronados de unos cimientos.

Luke salió del deslizador de superficie y corrió hacia ella. Pero las piernas de la joven cedieron de repente antes de que pudiera llegar hasta ella, y Akanah cayó de rodillas sobre el polvo reseco de la cuneta.

—¡No! —gritó, y la angustia estiró la sílaba hasta convertirla en el aullido de un animal herido—. ¡No! ¡No es justo!

—Akanah...

La joven levantó la cabeza y volvió el rostro hacia Luke. Sus ojos estaban llenos de dolor, y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Nunca conseguiré encontrarlos —murmuró con voz enronquecida—. ¿Qué voy a hacer, Luke?

—Vas a seguir buscando. Esto sólo significa que Nori no está aquí —respondió Luke, poniéndose en cuclillas junto a ella—. Supongo que no pensarías que Nori estaría esperándote en esta dirección, ¿verdad?

Pero entonces vio en sus ojos que eso era precisamente lo que Akanah había estado pensando, y que lo que podría haber sido una pequeña desilusión se había convertido en un golpe terrible para ella.

—¿Tienen algún problema, amigos? —preguntó una nueva voz detrás de ellos.

Tanto Luke como Akanah volvieron rápidamente la cabeza para ver a un hombre de mediana edad y con el rostro sin afeitar que llevaba un mono negro azulado de técnico viniendo hacia ellos desde el Número 27. Luke se levantó mientras el hombre se aproximaba, y le ofreció una mano a Akanah para ayudarla a incorporarse. Akanah siguió arrodillada, y en vez de levantarse se limitó a apretar la mano de Luke entre sus dedos, como si estuviera a punto de perder el equilibrio y necesitara un punto de apoyo.

—¿Qué le ocurre a la señora? ¿Le pasa algo? —volvió a preguntar el hombre, con una sombra de sospecha ensombreciendo la mirada que clavó en Akanah—. ¿Quieren que llame a Ayuda Médica para que envíen una ambulancia?

—No, se encuentra bien. Acaba de llevarse una sorpresa muy desagradable, eso es todo —dijo Luke—. Estamos buscando a alguien que vivía en el Número Veintiséis.

—Ah —dijo el hombre con un asentimiento de cabeza—. Po Reggis... Jiki y yo vivimos en el Veintisiete Arriba. Así que no lo sabían, ¿eh? Deben de ser visitantes. —Volvió la mirada hacia el otro extremo de la calle—. Oh, pues claro que son visitantes, y yo soy un idiota por no haberme dado cuenta antes... Las burbujas no resultan nada prácticas en una ciudad de trabajadores.

—¿Fue la guerra? —preguntó Akanah con voz temblorosa.

—¿La guerra? No, Teyr nunca fue bombardeado. Fue un ciclón —dijo Regís—. Hace ocho... No, hace nueve años. Destruyó ocho casas de esta calle, y después se desvió de repente y destruyó cinco casas más al final de Norte Tres. El comité estuvo hablando de reconstruirlas durante algún tiempo, pero la demanda de viviendas es prácticamente inexistente. La mitad de las casas de la ciudad se han convertido en residencias unifamiliares, tanto Arriba como Abajo. Es por culpa de todos los andróides agrícolas que han estado introduciendo en los campos... Si quieren saber mi opinión, la ciudad se está muriendo poco a poco.

Luke tiró suavemente de la mano de Akanah, apremiándola a levantarse.

—La gente que vivía aquí...

—Kritt y Fola. Buena gente... Nuestros chicos jugaban con sus chicos hasta que todos se trasladaron a Turos Noth.

—¿Kritt y Fola viven en Turos Noth? —preguntó Akanah, con una chispa de nueva esperanza en la voz.

Po Reggis extinguió rápidamente esa chispa.

—¿Qué? No, murieron. Toda la familia murió. Lo siento. El ciclón los mató. Era la hora de cenar, y el radar meteorológico se había averiado. Hubo quince muertos sólo en esta calle... Yo los conocía a todos.

Akanah se apoyó en Luke como si estuviera a punto de volver a desplomarse.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó Luke.

Reggis entrecerró los ojos.

—Veintisiete... No, veintiocho años.

—La persona a la que estamos buscando seguramente se fue de aquí hace unos diecinueve años —dijo Luke—. Una chica, de once años de edad. ¿Akanah?

—Tenía el cabello... oscuro. Era bastante delgada. Se llamaba Norika, o Nori.

—No me suena —dijo Reggis—. Puede que Jiki se acuerde ella... ¿Ha dicho que se llamaba Rika? Oh, Veintiséis Abajo... ¿Quién vivía allí entonces? Creo que se llamaba Trobe Saar.

—¡Sí! —exclamó Akanah—. ¿Se acuerda de ella? ¿Adonde se fue? Oh, por favor, dígame que no fue uno de los quince...

—Pues claro que me acuerdo de la pequeña Rika. Era tan tímida que parecía una sombra. No estuvo aquí mucho tiempo..., una estación como máximo. La familia Dormand se mudó al Veintiséis Abajo la primavera en que me transfirieron a Irrigación. Lo siento, pero no tengo ni idea de adonde se fueron. Ya hace mucho tiempo de eso, ¿sabe?

—¿Hay alguien más en la calle que pueda saber algo sobre ellos? —preguntó Akanah, haciendo un desesperado esfuerzo para mantener la esperanza.

—No lo creo —replicó Reggis—. Jiki y yo somos los últimos de la vieja pandilla que quedamos. Supongo que somos los únicos que pudieron soportar el mirar a tu alrededor y saber lo que ocurrió, lo que hay ahí abajo... Lo derribaron todo y echaron los restos dentro de los agujeros, y luego los taparon con tierra, y...

—Gracias, Po —dijo Luke—. Ha sido muy amable.

—Siento no haber podido serles de más ayuda. ¿Quieren hablar con Jiki? No tardará en despertar de su siesta.

—No, gracias —dijo Luke, empezando a llevar a Akanah de vuelta a su burbuja mediante una firme presión en su brazo.

Akanah alzó la cabeza hacia él y le lanzó una mirada llena de perplejidad.

—Li... Los otros... Quizá se acuerde de los otros...

—Nos habrán dado una dirección equivocada —dijo Luke, introduciendo ese pensamiento en la consciencia de Po Reggis con delicada insistencia—. Probaremos suerte en Norte Tres.

—Sí, claro —dijo Reggis—. Ya hace años que no tenemos un Veintiséis en este bloque.

—Me parece que estoy oyendo a Jiki —sugirió Luke—. Le está llamando.

—Bueno, he de volver... Jiki me está llamando —dijo Reggis, retrocediendo lentamente—. Buena suerte.

—Gracias.

Akanah esperó hasta que el técnico agrícola hubo desaparecido dentro de su casa y después se volvió hacia Luke, llena de feroz indignación.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó—. Quizá podría habernos dicho algo más.

—Ya nos ha dicho lo suficiente —respondió Luke—. Norika estuvo viviendo aquí durante algún tiempo, en la mitad subterránea de la casa, con una mujer llamada Trobe Saar. Y esa estructura sigue estando ahí abajo; lo único que hicieron fue llenarla de tierra, ¿no? ¿Crees que pudo llegar a dejar algún tipo de señal para ti cuando se marchó? ¿Eres capaz de leer la escritura de la Corriente a través de una capa de tierra?

—Yo... No lo sé. —Akanah dio un paso hacia adelante, saliendo de la calle y poniendo los pies sobre la blanda tierra amarillenta—. Quizá, si está ahí. Deja que lo intente.

Luke esperó y vio cómo Akanah atravesaba lentamente la ruina enterrada de la estructura inferior, deteniéndose aquí y acucillándose allá, o alargando un brazo para rozar un trocito de los cimientos que sobresalía del suelo. Su expresión no invitaba a tener muchas esperanzas, y pasado un rato Akanah dejó escapar un largo suspiro, meneó la cabeza y volvió a reunirse con Luke.

—Es por culpa de las muertes —explicó sombríamente mientras volvían a la burbuja—. La Corriente todavía está muy enredada. Es como si..., como si alguien hubiera creado una pintura de arena muy complicada y un meteorito hubiese caído justo en el centro de ella diez minutos después de que la hubieran terminado. Si había algo allí, ahora ya no está.

—No te des por vencida —dijo Luke—. He estado pensando y... Bueno, una sociedad tan ordenada como ésta tiene archivos y registros, ¿verdad? Averigüemos dónde está esa sede del comité y vayamos allí. Estoy seguro de que alguno de esos viejos funcionarios de cabellos canosos sabrá todo lo que se puede saber sobre todas las personas que han vivido en Griann a lo largo de su historia.

El Registrador de Asignaciones y Transacciones del Comité de Supervisores resultó estar totalmente desprovisto de cabellos, pues se trataba de un androide bibliotecario, un modelo TT-40 de cuerpo reluciente y obeso recién llegado de la fábrica. Como todos los androides que acababan de salir de la cadena de montaje, el TT-40 estaba sobrado de formalismos y andaba

bastante escaso de personalidad, y ni siquiera tenía un apodo. Lo encontraron desplazando diligentemente sus tres sondas de datos giratorias de una toma a otra en el tablero de conexiones con forma de U que se extendía a su alrededor.

—Necesitamos cierta información sobre... —empezó a decir Luke.

—Según la Ordenanza Veinte Veinticinco, Protección de la Intimidad en los Registros Oficiales, todas las solicitudes de información referentes a los registros actuales deben ser aprobadas por el supervisor de su distrito o, en el caso de los no residentes, por el supervisor general —declaró el androide.

—Estupendo —murmuró Luke—. Entrometido pero discreto, ¿eh?

—Las solicitudes de consulta de los archivos históricos que tengan naturaleza comercial deberán venir acompañadas por un formulario relleno y una garantía del pago. Las solicitudes de consulta de los archivos históricos presentadas por individuos cuyo propósito sea la investigación genealógica o el trabajo académico personal serán procesadas sin coste alguno para el solicitante cuando haya tiempo disponible para ello...

—Eh, eh... Para de una vez, Risitas. Acabas de definir nuestro caso —dijo Luke—. ¿Qué se considera como «histórico»?

—En lo referente a los datos de ingresos, ventas y empleo, se consideran históricos todos los registros cuya antigüedad sea de un año fiscal o superior. En el caso de los certificados de nacimiento, muerte, relación y disolución de ésta, se considera que todos los registros que tengan cien días de...

—¿Qué me dices de los datos del censo? —le interrumpió Akanah—. Nombres, direcciones, residencias...

—En lo referente a los datos del censo bianual, se considera que todos los registros que tengan cincuenta años...

—¡Cincuenta! —exclamó Luke, y se sorprendió al ver que Akanah no parecía inmutarse.

—He de entregar un paquete a Po Reggis —dijo—. ¿Puedes darme su dirección actual?

Las sondas de datos giraron velozmente.

—Po Reggis reside en Norte Cinco, Veintisiete Arriba.

—He de entregar un paquete a Trobe Saar. ¿Puedes darme su dirección actual?

—Trobe Saar no figura en el directorio actual de la ciudad.

—¿Puedes darme su última dirección conocida en Griann?

—Según la revisión número ochenta y uno del directorio de la ciudad, Trobe Saar vivía en Norte Cinco, Veintiséis Abajo.

—¿Hay disponibles otros directorios de la ciudad?

—Sí. —Una de las sondas de datos se introdujo en una nueva toma—. Conexión con los Directorios Centrales establecida.

—¿Puedes darme la última dirección conocida de Trobe Saar en Teyr?

—Según la revisión número ochenta y uno del directorio de la ciudad de Sodonna, la última dirección conocida de Trobe Saar es Kell Plath, Trece.

—Gracias —dijo Akanah, y se volvió hacia Luke y le cogió del brazo—. Vamos, Li.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Una vez fuera de la sede del comité, Luke intentó detener a Akanah para pedirle una explicación, pero la joven se negó a hacerle caso hasta que hubieron llegado al sitio en el que habían aparcado su burbuja.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Podríamos haber probado con los nombres de los niños —dijo Luke—. Ese truco de hacer que Risitas buscara en los directorios de la ciudad en vez de en el censo estaba dando muy buenos resultados.

—No puedes consultar los directorios teniendo únicamente el nombre de una menor —dijo Akanah, golpeando impacientemente la cúpula del vehículo de superficie con los nudillos—. ¿Tendrías la bondad de abrirlo?

Luke obedeció, y los dos entraron en la cabina.

—Lo sé porque lo intenté hace años desde Carratos —siguió diciendo Akanah mientras la burbuja volvía a quedar sellada a su alrededor—. Si no conoces los nombres familiares que estaban usando, no hay forma de conseguir ninguna información. Bueno, ¿nos vamos o piensas echar raíces aquí?

—¿Adonde quieres que vayamos?

—A Sodonna, naturalmente.

—La revisión ochenta y nueve se llevó a cabo hace más de quince años. Y además no sabemos si Norika se fue con Trobe Saar, y ni siquiera sabemos si Trobe formaba parte de tu

círculo. Hay muchas probabilidades de que esto vaya a ser otro Norte Cinco y de que te lleves otra desilusión.

—No —dijo Akanah—. Esta vez no.

—¿Por qué estás tan segura? Hace una hora pensabas que nunca conseguiríamos dar con ellos, y esta mañana estabas segura de que nunca se habrían quedado a vivir en Teyr. ¿Por qué te sientes tan animada y alegre de repente?

—Porque Kell Plath es un nombre fallanassi. —Akanah titubeó durante unos momentos antes de seguir hablando—. Significa «aliento contenido», y es una alusión a nuestros ejercicios de meditación —añadió—. Además, ¿qué otras pistas tenemos?

—Ninguna, desde luego. —Luke metió la mano en el bolsillo para coger su tarjeta de ayuda al viajero—. De acuerdo, iremos a Sodonna. Y por cierto, ¿dónde demonios está Sodonna?

La ciudad fluvial de Sodonna se encontraba al otro lado de Teyr en relación a Griann y el Abismo, y se extendía a ambos lados del río Noga en el lugar que siempre había sido considerado como el final de su tramo navegable. Quinientos años antes, Sodonna había sido la entrada a todo el Distrito Interior del Río, con muelles llenos de actividad y un empleo disponible para cualquier persona que andará buscándolo.

Los vehículos de transporte que se desplazaban sobre haces repulsores habían apartado el foco del comercio del río y, en gran parte, también de Sodonna. Los muelles habían desaparecido, y actualmente el río Noga atravesaba la ciudad bajo la forma de una compleja escultura acuática de cascadas, rápidos, estanques y manantiales. Sodonna era la más pequeña de las ciudades de Teyr que contaban con un espaciopuerto propio, y el ramal del Aerotrén del Abismo que atravesaba el Distrito del Río terminaba allí.

Luke fue siguiendo la Calzada de la Cosecha hasta Turos Noth, donde pagó una considerable suma de dinero para poder dejar la burbuja en la estación del Aerotrén de aquella ciudad. Ya estaba anocheciendo cuando subieron a un tren que iba en dirección oeste y encontraron asientos libres en el único vagón programado para separarse del resto del convoy y seguir el ramal que llevaba a Sodonna.

Pero aquel cruce todavía se encontraba a horas de distancia en la oscuridad. Luke insistió en que Akanah debía dormir, y la joven acabó dejándose convencer. Akanah no fue la única persona del vagón, donde apenas quedaban asientos libres, que lo hizo. El movimiento del tren apenas era perceptible, con un ligero y adormecedor balanceo lateral como única señal de que estaban viajando; la intensidad de las luces del vagón se fue debilitando para no molestar a quienes querían dormir; y los sillones individuales auto adaptables acunaron cómodamente sus cuerpos.

Luke no se atrevía a dormir. Su consciencia era lo único que mantenía en su sitio a la máscara de Li Stonn; los viejos archivos contenían algunas historias sobre grandes Maestros Jedi que, de ser ciertas, parecían sugerir que éstos eran capaces de proyectar ilusiones incluso cuando estaban durmiendo, pero ni Luke ni ningún Jedi que conociera habían alcanzado ese nivel de dominio de la Fuerza conocido como alter. Y Luke no podía correr el riesgo de quedarse sin su máscara en público, porque aun suponiendo que no fuera reconocido como Luke Skywalker, la creencia general de que todos los metamorfos y mentalistas se dedicaban al robo, el espionaje o la delincuencia estaba tan extendida que podía esperar una conmoción casi tan grande como la que habría producido el que fuese identificado.

Se preguntó si la mujer a la que Akanah había conocido como Nashira también estaría durmiendo en algún lugar de aquella oscuridad, y si su sueño sería apacible o inquieto, si dormiría tranquilamente o si el temor le impediría conciliar el sueño. «¿Qué pensaría mi madre de mí?», se preguntó, y se dio cuenta de que era la primera vez que ese pensamiento pasaba por su cabeza.

Comprenderlo le dejó perplejo y un poco preocupado. Se acordó de lo que le había dicho Akanah la noche en que apareció en su refugio: «El don de la Luz llegó a ti a través de tu madre..., y tu madre era una fallanassi. Luke, sé que dentro de ti hay un vacío en el lugar que debería estar ocupado por los recuerdos de tu madre, y sé que también hay una debilidad oculta allí donde sus enseñanzas te habrían hecho más fuerte». Eran unas palabras un tanto presuntuosas, pero no se podía negar que Akanah sabía de qué estaba hablando. De repente Luke sintió ese vacío con una terrible agudeza, y se sintió incapaz de imaginar qué podía llenarlo o, incluso, que pudiera ser llenado de alguna manera.

«Quizá Nashira se ha mantenido alejada porque se avergüenza de mí —pensó—. Quizá ve una parte demasiado grande de nuestro padre en nosotros, como le ocurre a esta mujer... Tal vez tenías razón, Leia. Si encuentro la verdad, tal vez acabe descubriendo que no es de mi

agrado...»

Y entonces el misterioso sentido con el que Luke percibía la presencia de la Fuerza tiró suavemente de su consciencia, atrayendo su atención hacia un cambio que acababa de producirse en su entorno. Luke expulsó cualquier otro pensamiento de su mente, y sometió el vagón sumido en la penumbra al examen conjunto de su consciencia y su mirada. Las dos se centraron rápidamente en el mismo punto: un elomin sentado al otro lado del pasillo cerca del extremo delantero del vagón. La espalda del elomin estaba vuelta hacia Luke, y lo único que podía ver de él era el final de su corona de cuernos craneales sobresaliendo por encima del último almohadón de su sillón.

«Vaya, vaya... ¿De dónde has salido? —pensó Luke, galvanizado por la sospecha—. Hace diez minutos no estabas ahí. ¿Cómo es posible que no te haya visto entrar en el vagón? No sé qué es, pero aquí hay algo que no encaja...»

Lanzó una rápida mirada de soslayo a Akanah para asegurarse de que seguía estando profundamente dormida. Después se preguntó hasta qué punto había llegado a distraerse, y si habría permitido que su máscara se disipara.

«Todo lo que sé sobre ti me dice que éste no es el tipo de sitio que elegirías para pasar unas vacaciones —pensó mientras mantenía los ojos clavados en el respaldo del sillón del elomin—. Los teyrianos comparten tu obsesión por el orden, desde luego, pero eso no les impide dejar entrar en su planeta a toda clase de alienígenas impredecibles. Y puedo contar con los dedos de una mano el número de veces que he visto a un elomin que no formaba parte de un grupo rodeado de representantes de otras especies. Dos de vosotros en un día..., o el mismo en dos ocasiones...

»Esto parece algo más que una coincidencia. Lo que no consigo imaginarme es qué podría hacer que un elomin se olvidara de sus queridas tradiciones y decidiera ayudar a los agentes imperiales..., o por qué alguien que no sea un imperial o que no trabaje para los imperiales podría estar interesado en nosotros. Y puede que necesite encontrar algunas respuestas...»

Entonces el elomin se levantó de su asiento y echó a caminar con lentas zancadas de sus largos miembros. Sus manos estaban vacías, como lo habían estado las manos del elomin que Luke había visto en el espaciopuerto. El alienígena se detuvo un momento al final del pasillo y volvió la cabeza hacia el vagón. Después agachó la cabeza, pasó por el umbral de conexión y desapareció. Luke esperó, desgarrado entre el deseo de seguirle y la reluctancia a separarse de Akanah.

El elomin aún no había vuelto cuando el androide revisor entró en el vagón y empezó a avanzar por el pasillo, recitando una serie de advertencias en voz baja y suave.

—Atención, pasajeros, si no van a seguir viaje hacia los destinos del Distrito Curva del Río, tengan la bondad de trasladarse a uno de los vagones delanteros. Este vagón se separará del tren en Podadun. Atención, pasajeros...

Y el elomin seguía sin volver. La campanilla de aviso emitió su delicado repiqueteo y la luz indicadora colocada encima de la puerta de conexión pasó al amarillo, y Luke desplegó sus sentidos y registró el tren en busca del elomin. Pero no consiguió dar con él. Temiendo que alguien hubiera colocado una bomba, Luke corrió hacia el sillón en el que había estado sentado el elomin.

Luke clavó la mirada en el sillón. Allí no había bolsas de viaje ni artículo alguno, sólo un bebé gotaliano profundamente dormido.

La campanilla de aviso volvió a sonar. Luke alzó la mirada en el mismo instante en que las puertas de conexión se deslizaban sobre sus guías hasta cerrarse y la luz indicadora pasaba al rojo. Después hubo una deceleración casi imperceptible cuando los vagones se separaron, y las luces de Podadun empezaron a desfilarse velozmente al otro lado de los ventanales despolarizados.

El bebé se removió en sueños, y Luke se retiró lentamente.

«¿Qué me está pasando? —se preguntó en silencio mientras volvía a su asiento, con el suelo del pasillo inclinándose levemente bajo sus pies cuando el vagón salió del tendido principal y empezó a moverse por el ramal que llevaba a Sodonna—. ¿Estaré viendo visiones?»

Akanah había seguido durmiendo sin enterarse de nada. Cuando por fin despertó para encontrarse con el espectacular amanecer de tonos salmón y rosa que había empezado a calentar su rostro, Luke no le dijo nada de lo ocurrido. No sabía qué hubiese podido decirle, salvo que había vuelto a soñar despierto y que seguía sin tener ni idea de qué podía significar.

Los directorios de Sodonna ya no contenían ningún Kell Plath, pero no porque los vientos de

Teyr lo hubieran arrancado del mapa o porque el nombre se hubiera esfumado bajo el peso invisible de la vergüenza. Una hora en la biblioteca de la ciudad les reveló no sólo su situación, sino también la existencia de una petición presentada por sus propietarios que había sustituido el antiguo nombre por la nueva denominación, mucho más comercial, de Jardines del Río.

Kell Plath había sido un comunal, un espacio amurallado y provisto de portones de acceso que contenía un grupo de pequeñas residencias construidas alrededor de una zona verde común. Aquel tipo de estructura era bastante popular en Sodonna. Luke y Akanah se detuvieron delante de la entrada de los Jardines del Río y pudieron ver más de una docena de comunales esparcidos por las curvas del camino que serpenteaba a lo largo de la orilla, la cual formaba una serie de pequeños promontorios que se alzaban por encima de las aguas del río.

Según la tarjeta de ayuda al viajero, el comunal también formaba parte de la historia de la región y era un recordatorio de días menos civilizados en los que los muros y las puertas protegían a los niños todavía no aparejados y demás objetos de valor de los tipos menos refinados que venían a Sodonna para encontrar trabajo en los muelles del río.

Luke y Akanah, que habían decidido seguir las reglas, fueron hacia el androide de seguridad de la puerta y preguntaron por Trobe Saar, Norika y los otros niños. La respuesta fue la misma en cada caso: «No puedo identificar al residente solicitado».

—Estoy pensando en adquirir algunas acciones de Jardines del Río —dijo Luke, improvisando otro plan en cuestión de segundos—. ¿Quién podría enseñarnos el recinto?

—Actualmente no hay acciones disponibles para la compra —dijo el androide de seguridad—. Cuando haya acciones disponibles, su número y el precio solicitado serán anunciados públicamente por Propiedades Indal de Sodonna.

Akanah dio un paso hacia adelante.

—Estoy haciendo algunas investigaciones sobre la historia de los comunales para los suscriptores de *Recorridos de Teyr*—dijo—. Me gustaría saber más cosas sobre la historia de este recinto, y me preguntaba si el administrador de las propiedades dispondría de unos minutos para hablar conmigo.

El androide volvió a remitirles a Propiedades Indal, y Luke y Akanah se batieron en retirada hacia el otro lado de la calle.

—Bueno, ya podemos despedirnos de la idea de entrar por la puerta principal —dijo Luke con un suspiro—. Odio a los androides de seguridad..., y lo peor de todo es que burlar su vigilancia resulta prácticamente imposible. Son demasiado tontos para que puedas engañarlos, y demasiado obtusos para que puedas convencerlos con buenas palabras.

—Hemos de entrar ahí.

—No están ahí, Akanah, y tú lo sabes. Ya hace quince años que se fueron de este sitio.

—Pero estuvieron ahí —replicó Akanah—, y el camino estará indicado de alguna manera.

Luke volvió la cabeza para contemplar el comunal por encima del hombro.

—Ya... Y supongo que no se les ocurrió pensar que nos evitarían muchos dolores de cabeza si dejaban su marca fuera del comunal, ¿verdad?

El muro del comunal tenía tres metros de altura y estaba hecho de un material tan liso que resultaba levemente resbaladizo. El muro se curvaba ligeramente hacia fuera, y terminaba en una hilera de fragmentos de piedra fractal cuyo propósito era tanto decorativo como funcional.

—Podría saltar el muro sin ninguna dificultad —dijo Luke—. No tendría ningún problema, ¿sabes?

—Bueno, pues yo sí lo tendría.

—Puedo cogerte en brazos y transportarte al otro lado.

—Deja que haga una lectura desde aquí antes de intentarlo.

Akanah avanzó lentamente junto al muro y fue deslizándose sus dedos a lo largo de su superficie. Luke la siguió a unos cuantos pasos de distancia, intentando percibir alguna clase de interacción entre la joven y la pared y tratando de entender a través de qué abertura estaba mirando Akanah mientras buscaba algún rastro de la misteriosa escritura de los fallanassis.

Cuando doblaron la tercera esquina, Akanah dejó escapar un grito de sorpresa y dio un paso hacia atrás. Dos rápidas zancadas bastaron para que Luke estuviera junto a ella. Fue entonces cuando vio que el androide de seguridad estaba inmóvil delante de Akanah.

—Ésta es la única advertencia que recibirán —dijo el androide—. Se encuentran en una propiedad privada. Sus movimientos y su apariencia física han sido registrados por los sistemas de vigilancia. Su conducta sospechosa ha sido documentada. Salgan inmediatamente de esta área. Si no lo hacen, se les detendrá y se presentará una queja contra ustedes. Si vuelven a esta área, se presentará una queja contra ustedes. Este mensaje constituye un aviso

legal y suficiente según lo especificado en el Artículo Dieciocho de los Estatutos Penales de la Alcaldía de Sodonna.

Akanah abrió la boca para protestar, pero Luke sabía que discutir no serviría de nada.

—Nos vamos —dijo, cogiéndola del brazo y tirando suavemente de ella.

Su promesa no produjo el más mínimo efecto, y el androide les siguió tozudamente hasta su deslizador de superficie y esperó hasta que se hubieron marchado antes de volver a montar guardia en la puerta del comunal.

—¿Te había dicho que odio a los androides de seguridad? —gruñó Luke—. No sé cómo te las vas a arreglar para inspeccionar el lado y medio de muro que falta... ¿Encontraste algo?

—Había un par de líneas de escritura al lado de la puerta principal —dijo Akanah—. Era un mensaje muy corto que identificaba este lugar como Kell Plath.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Lo que necesitamos está dentro. —Akanah miró hacia atrás para averiguar si el androide podía verles desde la puerta principal de los Jardines del Río—. Para.

—¿Por qué?

—He de volver.

—¿Y qué harás?

—Lo mismo que hice la noche en que nos conocimos —replicó Akanah—. ¿O acaso lo has olvidado?

—No he olvidado que nunca me has llegado a explicar cómo te las arreglaste para entrar en mi santuario sin que percibiera tu presencia.

—¿Vas a parar de una vez?

Luke frunció el ceño y detuvo el deslizador de superficie con un frenazo bastante brusco.

—Gracias —dijo Akanah, y abrió su puerta.

—¿No vas a darme ninguna explicación?

—No. No tengo ninguna intención de darte explicaciones.

—Eh, espera un momento —dijo Luke—. ¿Qué puedo hacer?

—No creo que haya que matar a nadie —replicó Akanah mientras salía del vehículo—. Haz lo que dijiste que harías, ¿de acuerdo? Limitate a esperar, e intenta no despertar las sospechas de cualquier androide que pueda haber en este barrio. Nuestra nave se encuentra prácticamente al otro lado del planeta, y convertirnos en un par de criminales fugitivos podría hacer que nos resultara bastante difícil volver a ella.

Luke la siguió con la mirada mientras Akanah se alejaba calle abajo, y se preguntó con cuántas mujeres distintas estaba viajando y si alguna vez llegaría a conocer todas sus historias.

Veinte minutos después, Luke percibió la presencia de Akanah. La joven ya estaba muy cerca.

—Vámonos —dijo Akanah mientras se sentaba en su asiento.

—¿Conseguiste entrar?

—Vámonos —repitió Akanah con insistencia.

Luke volvió la mirada hacia el otro extremo de la calle.

—¿Te sigue alguien?

—Logré entrar. Nadie me está siguiendo..., todavía. Y ahora, ¿podemos irnos?

El deslizador de superficie se puso en movimiento.

—¿Y?

—Lo encontré —dijo Akanah—. Ya no tenemos nada más que hacer aquí.

—¿Y qué piensas hacer esta vez? ¿Vas a decirme qué has descubierto, o te lo vas a callar?

—Te lo diré cuando estemos lejos de aquí, y cuando sepa que puedo hablarte sin que hacerlo suponga ningún peligro para mi gente.

—Ah... Entonces es en mí en quien no confías, ¿verdad?

—La escritura es un secreto que no debe ser conocido por quienes no pueden leerla —dijo Akanah—. Ya he violado un juramento hablándote de la escritura y revelándote su existencia. Contártelo aquí y ahora, cuando hay tantas formas de que un secreto pueda escapar, agrava ese delito añadiéndole un riesgo innecesario.

Luke frunció el ceño.

—¿Existe alguna razón por la que no podamos volver usando el Aerotrén?

—No —dijo Akanah, manteniendo los ojos clavados en su ventanilla—. No me vieron.

Parecía decidida a no hablar, pero había cosas que Luke necesitaba saber antes de que llegaran a la terminal.

—No has sido la única que ha tenido éxito —dijo—. Yo también he descubierto cierta

información..., y estoy dispuesto a compartirla contigo ahora mismo.

—No lo hagas, por favor. Sea lo que sea puede esperar —dijo Akanah—. Ahora lo único que importa es salir de aquí lo antes posible.

—Saber adonde iremos a continuación también tiene cierta importancia, ¿no? —replicó Luke—. Verás, he estado pensando en qué medio usaron tus amigos para irse de Teyr.

—Eso no tiene ninguna importancia. Los fallanassis nunca dejamos ninguna huella que pueda ser seguida por alguien que no pertenezca a nuestro círculo.

—Piensa lo que quieras —dijo Luke—. Pero aun así, he averiguado algunas cosas bastante interesantes. Como la razón por la que vendieron el comunal, por ejemplo...

Akanah le lanzó una mirada llena de desdén.

—Eso no es ningún misterio: vendieron el comunal para poder pagar sus billetes. El comunal no les servía de nada a menos que lo convirtieran en dinero con el que adquirir cosas que sí pudieran llevarse consigo.

—Compraron una nave estelar, Akanah —dijo Luke, y agitó la tarjeta de ayuda al viajero delante de su cara—. No puedes juzgar las cosas por su tamaño, ¿sabes? Además de los mapas, las guías gastronómicas, las listas de atracciones y los anuncios, esta tarjeta dispone de una conexión inalámbrica con el Departamento de Comercio de Teyr y de una línea de información. Tus amigos tal vez se fueran hace mucho tiempo, pero en los archivos industriales sigue habiendo una empresa llamada Kell Plath..., y Kell Plath es propietaria de una nave espacial llamada *Estrella de la Mañana*.

—Debieron de invertir todos sus recursos en la compra de esa nave —dijo Akanah.

—Y un poquito más —murmuró Luke—. La *Estrella de la Mañana* es un transporte del modelo Koqus. Fue construido hace casi cincuenta años, desde luego, y es demasiado pequeño para poder competir con las grandes naves de Expo, pero aun así tuvo que costarles bastante dinero.

—¿Cuántos pasajeros puede transportar?

—¿Una Koqus? Quizá sesenta, dependiendo de cómo esté distribuido el espacio de carga.

Akanah asintió.

—Habría bastado.

—No pareces excesivamente sorprendida —dijo Luke, enarcando una ceja—. Yo me he llevado una gran sorpresa, desde luego. Creía que estábamos tratando de seguir la pista de unos refugiados, no de una pandilla de grandes accionistas.

—El que hayamos elegido vivir de la manera más sencilla posible no quiere decir que carezcamos de recursos —dijo Akanah—. Cuando eres pobre no tienes ningún poder, Luke... Los fallanassis son tan antiguos como los Jedi, y hemos sabido esconder muy bien nuestros recursos y desarrollarlos lo mejor posible.

—Bueno, pero entonces... Oh, Akanah, ¿por qué te dejaron abandonada en Carrales? —preguntó Luke—. Puedo comprender que no quisieran correr el riesgo de llevar su nave hasta allí para recogerte, pero ¿por qué no podían pagarte un billete?

—Olvidas que Carratos quedó bajo el control del Imperio poco después de que me enviaran allí —dijo Akanah—. Cualquier persona que quisiera salir del planeta tenía que pagar unas tasas de salida en el espaciopuerto..., y las tasas eran muy elevadas porque querían evitar que la gente huyera del planeta.

—¿Y qué razón había para que no pudieran enviarte el dinero de las tasas?

—No estoy segura de que no llegaran a enviármelo —dijo Akanah, y una tenue neblina de lágrimas empezó a velar sus ojos—. No puedo asegurarlo, pero... Bueno, es posible que lo enviaran y que Talsava se lo quedara.

—¿Tu madre adoptiva?

—Mi guardiana. Nunca fue nada más que eso. —Akanah intentó sonreír, pero el resultado estuvo bastante falto de convicción—. Una mañana... Bueno, una mañana desperté y Talsava se había ido.

—¿Se había ido?

La amargura se adueñó de la voz de la joven.

—Sus ropas, sus escasos objetos de valor, todas las posesiones personales lo bastante pequeñas para que pudieran caber dentro de una bolsa de viaje y esfumarse en la noche... Todo había desaparecido. Nunca volví a verla. Me dejó abandonada allí para que me las arreglara como pudiera... Yo sólo tenía quince años, y Talsava me dejó abandonada en una ciudad portuaria que haría que tu Mos Eisley pareciese un remanso de paz en comparación.

Luke pensó en todas las sospechas que se habían estado ocultando detrás de sus preguntas, y se sintió bastante avergonzado de sí mismo.

—Encontraremos a tu gente —dijo con tranquila firmeza mientras el Aerotrén del Abismo aparecía delante de ellos—. Cuando volvamos a la *Babosa del Fango*, podré acceder a los archivos de tráfico del Registro de Naves de la Nueva República. Deberíamos poder averiguar dónde ha estado la *Estrella de la Mañana*, y cuándo. Estoy seguro de que podremos averiguar dónde se encuentra ahora.

—Eso no será necesario —dijo Akanah. Después alargó el brazo y puso su mano sobre la suya, como si fuera ella la que estuviera intentando tranquilizar a Luke—. Atzerri. Tenemos que ir a Atzerri. Y ya sé que tal vez no sea así, pero rezo para que nuestra búsqueda termine allí.

Cuatro horas después de que la *Babosa del Fango* hubiera despegado de Teyr, Luke estaba sentado delante de los paneles de pilotaje y examinaba el tráfico que iba abandonando el planeta por detrás de ellos.

La tarjeta de ayuda al viajero le había informado de que no existía ninguna línea espacial comercial que prestara un servicio regular directo entre Teyr y la lejana Atzerri. Luke se había concentrado en los navíos particulares, sintonizando y archivando los perfiles de identificación enviados por sus transductores a medida que pasaban junto a las boyas del Control de Vuelo interno.

Zumbido Estelar, NR80-440330, propietario Joa Pqis, registrado en Vobos, Tammuzan...

Cabalgando hacia la Ruina, NR27-382992, propietario Fracca, registrado en Orron III...

Juguete de Amanda II, NR18-950319, propietario Horizontes Ilimitados, S.A., registrado en Kalla...

—¿Qué estás buscando? —acabó preguntándole Akanah—. Nadie me vio entrar en el comunal, y mientras estuvimos en Teyr nadie nos creó el más mínimo problema.

—Es una mera precaución —dijo Luke sin apartar la mirada del lector de códigos—. El mero hecho de que nadie nos preguntara qué hacíamos allí no tiene por qué significar que nuestra presencia en Teyr haya pasado totalmente desapercibida.

—¿Crees que alguien puede haber estado vigilándonos? ¿Qué quieres decir exactamente con eso, Luke?

—Esos hombres de Lucazec, Akanah... Bueno, fuera cual fuese la persona para la que estaban trabajando, está claro que lo que sabes les interesaba tanto como tú misma. No sé qué piensan que pueden hacer contigo, pero resulta obvio que quieren llegar hasta los fallanassis.

—Yo nunca traicionaría al círculo. Y nadie puede obligarme a hacer nada que yo no quiera hacer, Luke..., ni siquiera tú.

—Pero ahora me estás llevando allí, ¿no? —replicó Luke—. Y si se limitan a no perdernos de vista, entonces también les llevarás hasta allí. Les basta con seguirnos y con tener paciencia. Eso es lo que estoy buscando, ¿comprendes? Busco a alguien que pueda estar siguiéndonos. Si alguna de esas naves que están despegando de Teyr vuelve a aparecer..., vuelve a aparecer más tarde, entonces tendremos que hacer algo al respecto.

—El círculo puede protegerse a sí mismo.

—Estoy seguro de que los Jedi también pensaban que no corrían ningún peligro —dijo Luke—. Pero estaban equivocados.

—Los Jedi se enfrentaron a un enemigo terrible y a la traición de uno de los suyos —dijo Akanah.

—Oh, todavía quedan enemigos más que suficientes —dijo Luke—. Todos los dictadores y señores de la guerra de los sectores imperiales, por ejemplo..., incluida la almirante Daala, que no me parece probable haya encontrado alguna nueva afición en la que ocupar su tiempo. Después tenemos los cientos de miles de sistemas habitados de las Fronteras, el Sector Corporativo...

—Y también está la Nueva República.

Luke se volvió hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—Ahora la Nueva República ocupa el lugar que antes estaba ocupado por el Imperio. Se ha convertido en el nuevo gran poder de la galaxia, ¿no? —dijo Akanah—. Los líderes de la Nueva República son los que más tendrían que perder si alguien consiguiera desafiar su poderío con éxito, y el poder de la Nueva República supone la mayor amenaza a la que han de enfrentarse quienes eligen mantenerse alejados de los demás y pensar de una manera distinta.

—¿Piensas que la Nueva República está persiguiendo a los fallanassis? Vamos, Akanah... ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Por qué no? —replicó Akanah sin inmutarse—. Fuiste tú quien decidió que esos hombres de Lucazec eran agentes imperiales. ¿Cómo sabes que no habían sido enviados por Coruscant? ¿Cómo sabes que no estaban trabajando para vuestra INR?

La sugerencia era absurda, risible..., pero aun así consiguió reducir a Luke al silencio. Volvió a clavar la mirada en los controles e intentó poner algo de orden en sus pensamientos. Por alguna razón inexplicable, se sentía incapaz de recordar por qué había estado tan seguro de que los hombres de laltra eran agentes imperiales que habían permanecido pacientemente ocultos esperando su oportunidad. Y la sugerencia de Akanah ofrecía una explicación a algo para lo que Luke carecía de explicaciones, ya que los principios morales de los elomines eran tan rígidos que la mera perspectiva de que uno de ellos estuviera trabajando para una red de espionaje imperial resultaba totalmente inimaginable. Pero la INR...

Extraviado, NR40-844033, propietario Tok-Foge Pokresh, registrado en Bothawui...

—Yo soy la única persona que podía proporcionarles esa información —acabó diciendo Luke, y meneó la cabeza—. Pero esa noche sólo hablé con Han y Leia. Y Leia ni siquiera me dio ocasión de que le contara lo poco que sabía. Nadie sabía que me iba, o por qué.

Akanah le rozó el hombro.

—Te ruego que no pienses que sospechaba de ti —dijo—. Los hombres de laltra no te esperaban..., y si el INR hubiera podido contar con tu ayuda, entonces no habrían tenido ninguna necesidad de seguir nuestro rastro.

—Bueno, en realidad ni siquiera sé si nos están siguiendo —dijo Luke—. Sólo quiero asegurarme de que nadie intenta hacerlo..., y, en el caso de que lo intenten, quiero asegurarme de que no se salgan con la suya. Si llega a ser necesario, ahora podemos saltar al hiperespacio en cualquier momento. Y antes de que hagamos nuestro último salto hiperespacial, voy a repasar toda esta nave desde el morro hasta las toberas y me aseguraré de que no hemos adquirido ningún sistema de seguimiento nuevo mientras estábamos estacionados en Teyr.

—Confío en que adoptarás todas las precauciones adecuadas. Sé que te juegas tanto en esto como yo —dijo Akanah—. ¿Te importaría que me acostara un rato? Cuando estábamos en el Aerotrén del Abismo no dormí demasiado bien.

Adela, NR32-000439, propietaria Refka Trell, registrado en Elom...

—Claro —dijo Luke—. Adelante, vete a dormir. Te avisaré si ocurre algo inesperado.

Akanah le apretó suavemente el hombro.

—Gracias —dijo, y empezó a girar sobre sus talones.

—Akanah...

—¿Sí?

—¿Qué sabes sobre nuestro destino?

—Sé que Atzerri es un mundo de los Comerciantes Libres, y muy poca cosa más.

—Pues yo ni siquiera sabía eso —dijo Luke, volviéndose hacia ella—. De hecho, creo que sería mejor que estableciera contacto con el atlas del Ministerio de Estado de Coruscant y solicitara un informe general a los bancos de datos diplomáticos.

—¿Puedes hacerlo?

—Creo que sí —dijo Luke—. Estaría utilizando un canal de punto a punto y no haría ninguna emisión, así que nadie se enteraría.

—Pero en Coruscant lo sabrían —dijo Akanah—. Sería como hacer un anuncio público de adonde vamos.

Luke meneó la cabeza.

—No he olvidado lo que acabas de decir, pero no puedo tratar a esas personas como si fueran enemigos nuestros —dijo—. Claro que... Siempre podría enviar varias solicitudes de información, de tal manera que la petición de datos sobre Atzerri sólo sería una más entre la multitud. ¿Te sentirías más tranquila de esa forma?

—Haz lo que creas necesario —replicó Akanah con una leve sonrisa—. La ignorancia también tiene sus riesgos. Sopesa esos riesgos, y compáralos con los que supone revelar nuestros planes. Si te parece que la balanza acaba inclinándose en favor de solicitar esa información, y si esperas hasta que hayamos saltado al hiperespacio antes de solicitarla, entonces no tendré nada que objetar a tu decisión.

Poco después de la reorganización del gobierno, Nanaod Engh había entregado a Luke códigos de acceso a la mayoría de los verdaderos tesoros de la Nueva República, entre los que las bibliotecas centrales de datos de las distintas ramas del Ministerio General ocupaban un lugar destacado. Gracias a la intervención del almirante Ackbar, Luke también disponía del nivel de acceso de seguridad más elevado jamás concedido a un civil.

Esa combinación de códigos y nivel de seguridad hacía que Luke pudiera disponer de una gran cantidad de información en el momento en que lo deseara. Pero el acceso había sido concedido como una cortesía, y no como una necesidad. Las curiosidades más apremiantes de

Luke estaban relacionadas con zonas que tenían muy poco interés para las burocracias, y hasta aquel momento nunca había encontrado una razón que le impulsara a hacer uso de los favores que le habían sido concedidos.

Pero de repente tenía una razón.

Hasta el momento, su contribución a la expedición había sido tan modesta que casi rozaba la invisibilidad. Luke dependía completamente de Akanah en todo lo referente a la información, y resultaba bastante difícil ver qué necesitaba Akanah de él. Compañía, tal vez, y sus habilidades como piloto, pero ciertamente no protección; Akanah se había mostrado muy clara respecto a eso.

Akanah le había ofrecido un regalo de gran valor yendo a verle, y había tenido que superar bastantes obstáculos para poder hacerlo. Luke no sólo se sentía incómodamente dependiente de ella, sino que también tenía la sensación de haber contraído una deuda involuntaria..., y tenía muy poco que ofrecer a cambio para poder equilibrar la balanza.

Pero la información sobre el *Estrella de la Mañana* que había obtenido le daba una oportunidad de ser un poco más útil.

Si le hubieran interrogado al respecto, Luke habría dicho que la suspicacia no había jugado ningún papel en su decisión de establecer contacto con el Registro de Naves de la Nueva República mediante su código de acceso militar. Aunque Akanah hubiera extraído su nuevo destino de la Corriente, ya había transcurrido mucho tiempo desde que los fallanassis se fueron de Kell Plath. La perspectiva de otro Griann que les hiciera perder su pista era razón más que suficiente para tratar de explotar al máximo ese descubrimiento.

Aun así, y sin que ni él mismo entendiera muy bien por qué, Luke esperó hasta que Akanah estuvo dormida antes de establecer la conexión en el sistema de hipercomunicaciones. No quería que Akanah pensara que estaba intentando verificar la historia que le había contado y saber algo más sobre ella, desde luego; pero Luke también era consciente de que él tampoco quería permitirse llegar a pensar que estaba haciendo averiguaciones sobre Akanah porque no se fiaba de ella. Tenía que ser capaz de confiar en Akanah. Todo lo que había hecho hasta aquel momento, y su mismísima presencia junto a ella en esa cabina, dependían de eso.

—Registro de Naves.

La Aventurera Verpine no disponía de un teclado que permitiera llevar a cabo entradas de alta seguridad, por lo que Luke tuvo que transmitir los códigos vocales.

—Autorización verificada —dijo el encargado del registro—. Adelante.

—Necesito un informe sobre una nave particular.

—Sí, señor. ¿Rápido o completo?

—¿Qué diferencia hay?

—El informe completo incluye todo lo que haya registrado en las distintas bases de datos que están conectadas al sistema: tasas, transferencias, puertos visitados... Incluye todo aquello de lo que disponemos, sea lo que sea. Salvo en el caso de las naves recién salidas de fábrica, la cantidad de información puede llegar a ser realmente considerable.

—Completo —dijo Luke—. La nave es la *Estrella de la Mañana*, registrada en Teyr, propiedad de...

—La tengo en mi pantalla, señor —dijo el encargado del registro—. Un informe completo requiere aproximadamente una hora de tiempo. ¿Desea que se lo envíe a su identificador de hipercomunicaciones actual cuando el informe esté preparado, o prefiere que lo retenga aquí hasta que vuelva a ponerse en contacto con nosotros?

—Envíemelo —dijo Luke.

—Muy bien, señor. ¿Alguna cosa más?

Luke echó un rápido vistazo por encima del hombro y desplegó sus sentidos para confirmar que Akanah estaba dormida.

—Sí —dijo, dejándose llevar por un impulso repentino—. También querría un informe completo sobre un esquife, una Aventurera Verpine con número de registro RN80-109399, sin nombre registrado actual, propietario y puerto de destino desconocidos...

—La tengo en pantalla, señor. ¿Desea que le envíe este informe junto con el otro?

—No —dijo Luke—. Ya volveré a llamar.

—Muy bien, señor. ¿Alguna cosa más?

—No.

—En ese caso, puede cerrar la conexión.

—Cerrando conexión —dijo Luke, y alargó la mano hacia los controles.

Y después se preguntó por qué obedecer aquella orden le hacía sentirse tan sucio.

La siesta de Akanah duró más de tres horas, pero el informe del Registro de Naves todavía no había llegado cuando empezó a removerse. La joven no le dijo nada cuando salió del cubículo de sueño, y después desapareció durante varios minutos detrás de la pantalla de intimidad de la unidad sanitaria.

Cuando emergió de ella, Luke vio que Akanah había decidido prescindir de la prenda más ondulante y de múltiples capas que había llevado durante su estancia en el planeta en favor del sencillo traje de una sola pieza y mangas largas ceñido al cuerpo que había estado utilizando durante una gran parte del salto a Teyr. Cuando se reunió con él en los controles de vuelo, Luke percibió el tenue aroma que la unidad de limpieza había dejado en su ropa.

—¿Nos ha salido alguna sombra?

—Ninguna, o por lo menos ninguna que sea lo bastante torpe como para haber delatado su presencia hasta el momento —dijo Luke—. Hay dieciocho naves... No, espera, ahora ya son diecinueve... Bien, hay diecinueve naves viajando por este corredor de salida. En teoría todas se dirigen hacia la Encrucijada de Foles o van hacia Darepp.

—¿En teoría?

—Según las reglas de la libertad de navegación, las naves no tienen que presentar planes de vuelo o anunciar su destino, les basta con comunicar su presencia cuando se marchan de aquí y cuando llegan al sitio al que van.

Akanah se inclinó hacia adelante para estudiar las pantallas que mostraban los datos de navegación.

—¿Cómo has conseguido que muestren estos indicadores? Cuando venía hacia Coruscant, sólo me enseñaron estas barras verdes. El sistema de control ni siquiera quiso explicarme qué eran.

—Las opciones de visualización figuran en los menús de secuencias de mando, pero en realidad la pantalla básica te dice todo lo que necesitas saber durante la mayor parte del tiempo —dijo Luke—. Una barra verde te indica la presencia de una nave que se encuentra lo suficientemente lejos de ti para que no haya ningún peligro y que está siguiendo un curso de no colisión. Una barra amarilla quiere decir que los sensores han detectado la presencia de una nave que se encuentra un poco más cerca de lo habitual, pero que no está siguiendo un curso de colisión. Una barra roja te indica que los sensores han detectado la presencia de algo que está siguiendo un curso de colisión. En el caso de las rocas se utilizan los mismos colores, con la única diferencia de que el símbolo empleado es un círculo..., como ése de ahí.

—Así que cualquier símbolo rojo significa que hay algún peligro, ¿no?

Luke asintió.

—Estoy seguro de que esta nave cuenta con algunas alarmas francamente ruidosas, y de que también dispondrá de protocolos para evitar colisiones.

—¿Y si alguien dispara un cohete contra nosotros? ¿Aparecería como una barra roja?

Luke frunció el ceño y reflexionó durante unos momentos antes de responder.

—Probablemente aparecería como un círculo, igual que si fuera un cuerpo asteroidal que se estuviera moviendo muy deprisa —dijo por fin—. Los cohetes no emiten señales de identificación, y los sensores de los esquifes no disponen de módulos de reconocimiento de amenazas.

—Nunca he estado a bordo de una nave de guerra —dijo Akanah—. ¿Qué diferencias hay entre esta cabina de control y el puente de un navío militar?

—Oh, son dos mundos totalmente distintos —dijo Luke.

—¿Y en qué se diferencian exactamente?

—Bueno... En un navío militar, los sistemas automatizados están ahí para ayudar al piloto, y prácticamente todo lo que tiene alguna importancia se hace a través de tus manos en los controles —le explicó Luke—. Una nave como ésta ha sido diseñada para que los sistemas expertos se encarguen de la mayor parte de funciones de navegación y pilotaje a fin de evitar que un piloto descuidado pueda cometer algún error.

—Y supongo que eso quiere decir que un caza tiene más controles, ¿verdad?

—Muchos más. Demonios, pero si sólo la palanca de vuelo de un caza ya tiene casi tantos controles como todo este panel... —dijo Luke—. La inmensa mayoría de lo que esta nave te permitirá hacer por ti misma se encuentra enterrado a tres niveles de profundidad en las pantallas que muestran las distintas opciones de mando.

Akanah asintió.

—Y suponiendo que estuviéramos siendo perseguidos por un navío de guerra, o si fuéramos interceptados por un caza... ¿Qué podrías hacer, Luke?

Luke deslizó los dedos por entre sus cabellos.

—Menos de lo que esperas, probablemente —dijo—. No es una prueba a la que tenga muchas ganas de enfrentarme.

—¿Ni siquiera con tu reputación como piloto?

—Los impulsores de espacio real de esta nave tienen muy poca potencia, lo cual quiere decir que no podríamos escapar. La *Babosa del Fango* no posee unas toberas vectoriales realmente dignas de ese nombre y aunque su masa es bastante reducida, eso significa que no es muy ágil. Los escudos de navegación se desvanecerían bajo el primer impacto, y el segundo abriría una brecha en el casco..., a menos que el segundo disparo procediera de un cañón iónico.

—¿Qué ocurriría entonces?

—Que todos los sistemas empezarían a echar chispas y quedaríamos a la deriva en el espacio —dijo Luke, acompañando sus palabras con una sonrisa melancólica—. Tus capacidades de pilotaje no te sirven de mucho en esa clase de situación, y la reputación es todavía menos útil.

—Así que nuestra única esperanza sería saltar al hiperespacio antes de que nos dieran.

—Pues más o menos sí.

Y justo entonces la consola emitió un delicado campanilleo musical que sobresaltó considerablemente a Akanah.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

—Nada que deba preocuparnos —dijo Luke mientras se inclinaba hacia adelante—. Esa señal nos avisa de que estamos a punto de recibir un fichero transmitido a través del sistema de Hipercomunicaciones. Es un informe sobre el *Estrella de la Mañana*. Lo solicité a Coruscant mientras estabas durmiendo.

Un destello de ira iluminó los ojos de Akanah.

—Te había pedido que esperases hasta que hubiéramos saltado al hiperespacio.

—También me pediste que evaluara la situación y que tomara una decisión —replicó rápidamente Luke—. Si nos quedamos quietos en el centro de la nada esperando hasta que recibamos el informe, entonces no podremos hacer un salto rápido para llegar a nuestro destino tan deprisa como quieres. Y además pensé que este fichero tal vez contuviera alguna información de la que querríamos disponer antes de decidirnos por Atzerri.

—Ya habíamos decidido ir a Atzerri —replicó secamente Akanah—. La escritura de la Corriente que encontré en Teyr nos dijo que debíamos ir allí.

—Quiero echar un vistazo a ese informe —dijo Luke—. Tal como yo veo las cosas, cuanta más información tengamos mejor.

—Ese informe sólo servirá para confundirnos y desorientarnos —dijo Akanah—. Ya te expliqué que los fallanassis nunca dejamos ninguna clase de rastro que pueda ser seguido por alguien de fuera del círculo.

Otro campanilleo musical indicó el final de la transmisión.

—Pues entonces cuento contigo para que evites que me pierda —dijo Luke mientras activaba el panel secundario—. Tú puedes leer este fichero o hacer como si no existiera, Akanah, pero yo necesito la información que contiene. Nunca me ha gustado tomar decisiones a ciegas.

Luke había previsto dos posibles razones para el retraso en la llegada del informe..., y dependiendo de cuál fuera la culpable, había esperado recibir un expediente muy delgado o uno muy grueso.

El expediente era muy grueso, y resultaba casi abrumador en su minuciosa atención a los detalles. El *Estrella de la Mañana*, también conocido como *Mandarín*, también conocido como *Peregrino*, también conocido como *Agregador*, había tenido una historia muy larga antes de pasar a las manos de los fallanassis, y una historia muy ajetreteada después.

Construido por el Sindicato de Diseño de Koqus como una variación sobre un diseño de la República de Seinar todavía más antiguo, estaba clasificado como un transporte para rutas cortas a pesar de la configuración en forma de habitáculo para dormir de su compartimiento principal de pasaje, que era lo bastante grande para acoger a cincuenta y ocho personas. Con los cuarenta y cuatro metros de longitud y los veintiocho metros de diámetro de su casco principal en forma de pala dotado de dos cubiertas, el *Estrella de la Mañana* podía llevar a cabo descensos planetarios sin ninguna dificultad incluso en los espaciopuertos más pequeños..., y un buen piloto incluso podía tratar de posarse en un campo y salir bien librado del empeño. El hiperimpulsor era un Bloque I más bien corriente provisto de generadores de fusión duales. Pero los motores iónicos, una pareja de SoroSuub Vibora 40, habrían proporcionado una

potencia motriz más que adecuada a una nave que tuviese una vez y media su masa.

«Con esa clase de piernas, podría desafiar al *Halcón* a echar una carrera y ponerle las cosas bastante difíciles», pensó Luke.

Pero lo que le pareció todavía más interesante que las especificaciones fue la confirmación de que el *Estrella de la Mañana* seguía siendo propiedad de la Corporación Kell Plath de Teyr, y que lo había sido durante los últimos quince años. La lista de visitas portuarias correspondiente a ese período incluía más de doscientas entradas, sin que ningún puerto apareciese más de tres veces y con la mayor parte de entradas correspondientes a una sola visita.

«Has viajado mucho —se dijo Luke mientras examinaba la lista—. Ni siquiera había oído hablar de la mayoría de estos sitios.»

La lista tenía muchos huecos, y resultaba obvio que era incompleta. Había muchos períodos de un mes o más tiempo —bastante más de la duración máxima de trayecto posible para aquella nave según su índice técnico— para los que la lista no daba ningún puerto. Pero una nota a pie de página explicaba que los registros más antiguos de algunos mundos de la Alianza no estaban disponibles, que los registros de los mundos que se habían visto seriamente involucrados en la guerra estaban incompletos o habían sido destruidos, y que algunos registros adquiridos recientemente todavía no habían sido procesados.

«POR SÍ SOLA Y EN SÍ MISMA, LA AUSENCIA DE DATOS NO DEBERÍA SER CONSIDERADA COMO UNA INDICACIÓN DE QUE SE HAYAN LLEVADO A

CABO VIAJES PROHIBIDOS O ACTIVIDADES ILEGALES», decía la advertencia impresa al comienzo de la lista de puertos visitados.

Eso no impidió que Luke empezara a hacerse algunas preguntas y se permitiera ciertas especulaciones. El período más largo no cubierto por la lista, al que sólo le faltaban unos cuantos días para llegar al año, se había iniciado tres meses después de que la llama de los sopletes iónicos hubiera borrado el nombre *Mandarín* del casco. El hueco empezaba varias semanas antes de la batalla de Endor, y proseguía a lo largo del período de combates más encarnizados del último año de la guerra contra el Emperador.

Según el registro que Luke tenía delante de sus ojos, el *Estrella de la*

Mañana había partido de Motexx con un cargamento completo para poner rumbo a Gowdawl bajo una licencia de contrato particular. La nave no volvió a ser vista hasta que apareció, con la cabina de control y los compartimentos de cargo vacíos, en Arat Fraca, unos trescientos días después.

Y teniendo en cuenta cómo estaban las cosas por aquel entonces, ése era un buen momento para que un transporte que carecía de armamento buscara refugio en un puerto o en algún otro lugar seguro. Pero ¿adonde había ido? Motexx y Ara Fraca estaban a casi dos sectores de distancia el uno del otro y se hallaban separados no sólo por millares de años luz, sino también por la Nebulosa Negra de Parfadi, con sus súper masivas estrellas de neutrones gemelas que la volvían completamente innavegable. ¿Y qué había sido de los pasajeros que salieron de Motexx? Los registros no contenían ningún dato que permitiera afirmar que el *Estrella de la Mañana* hubiera llegado a Gowdawl.

Otro puerto conspicuo por su ausencia era Atzerri. El primer destino visitado por el *Estrella de la Mañana* después de Teyr había sido Darepp. Durante las semanas siguientes, el *Estrella de la Mañana* había emprendido un largo y errático vagabundeo hacia el Borde, deteniéndose en mundos coloniales que tenían nombres como 23 Mere, Yisgga, Nueva Polokia, Fwiis y Babbadod antes de alterar su curso para dirigirse hacia el corazón de la galaxia y, con el paso del tiempo, a la cita que le aguardaba en Motexx. Luke hizo algunos cálculos mediante el ordenador de navegación de la Aventurera Verpine, y acabó llegando a la conclusión de que el momento de máxima proximidad a Atzerri se había producido cuando el *Estrella de la Mañana* iba hacia Fwiis..., pero el período de tiempo no justificado por los registros no era lo suficientemente largo para que la nave pudiera haber hecho un viaje suplementario de ciento cincuenta años luz.

Luke se dio cuenta de que ya estaba empezando a hacer acopio de valor para mantener una nueva discusión con Akanah. «Los fallanassis no fueron directamente a Atzerri después de marcharse de Teyr. Así pues, ¿por qué es tan importante que nosotros vayamos directamente a Atzerri? ¿Sabían los fallanassis que acabarían allí cuando se fueron? Y ese indicador... ¿Por qué no señalaba a Darepp? Ojalá supiera exactamente qué decía el mensaje que dejaron en el comunal...»

Pero fue el tercer descubrimiento que extrajo de los datos del informe el que le pareció más importante. Fue ese descubrimiento el que le impulsó a levantarse de su sillón y volver al

compartimiento de servicio, donde Akanah estaba haciendo cuanto podía para fingir que tenía otras cosas en las que ocupar su tiempo.

El vehículo que empleaba para esa representación teatral era lo que

Luke había acabado llamando sus ejercicios de estiramiento y al que ella se refería con el nombre de meditación activa. En aquel momento la joven estaba sentada con los ojos cerrados y, sin ningún esfuerzo o tensión evidentes, mantenía los tobillos cruzados detrás de su cuello. El roce casi imperceptible de las puntas de sus dedos sobre la colchoneta que había colocado encima de la cubierta le bastaba para mantener el equilibrio.

—He encontrado algo —dijo Luke en voz baja y suave, y esperó a que Akanah diera alguna señal de que era consciente de su presencia—. ¿Akanah? —añadió, al ver que esa señal tardaba en llegar.

La joven hizo una profunda inspiración de aire y después permitió que su cuerpo rodara hacia adelante y se estirase hasta que acabó quedando sentada en una postura más convencional. Sus ojos se abrieron lentamente, y contemplaron a Luke con impasible serenidad.

—¿Qué has encontrado?

—Es algo referente al *Estrella de la Mañana* —dijo Luke—. Durante la mayor parte de los últimos meses ha estado viajando por Paraná, al otro lado del Sector Corporativo. Pero hace sólo doce horas atracó en Vulvarch.

—¿Y por qué piensas que eso es importante?

—Vulvarch se encuentra a sólo treinta y cuatro años luz de distancia —dijo Luke—. Podríamos llegar allí en la mitad del tiempo que necesitaríamos para ir hasta Atzerri..., en menos de la mitad, seguramente.

—La nave carece de importancia —replicó Akanah—. Nuestro camino nos lleva a Atzerri.

—Ese camino casi ha desaparecido debajo de la maleza que ha ido creciendo en él durante quince años —dijo Luke—. Fíjate en lo que ha ocurrido hasta el momento: hay muchas probabilidades de que lo único que encontremos en Atzerri sea otro mensaje diciéndonos que vayamos a algún otro sitio, a Darepp, o a Babbadod, o a Arat Fraca. El *Estrella de la Mañana* ha recorrido todo el mapa galáctico.

—La nave carece de importancia —repitió Akanah—. Es una herramienta..., una mera propiedad. Se nos ha dicho que vayamos a Atzerri.

—Lo que sea o quienquiera que sea que nos esté esperando en Atzerri ya lleva quince años esperando y puede esperar durante unos cuantos días más —dijo Luke, empezando a sentirse cada vez más frustrado por su tozudez—. Pero esta pista sólo tiene doce horas de antigüedad. Si saltamos al hiperespacio ahora mismo, deberíamos poder llegar a Vulvarch antes de que el *Estrella de la Mañana* haya vuelto a zarpar.

Akanah meneó la cabeza.

—No encontraremos el círculo allí.

El tono de Luke traicionó la impaciencia que sentía.

—Según el informe, la nave ha tenido el mismo piloto, una mujer, desde que Kell Plath adquirió la nave. Esa mujer tiene que ser uno de vosotros, o por lo menos tiene que estar al corriente de todo. Akanah, podríamos pasarnos meses enteros siguiendo los movimientos del círculo a lo largo de quince años. Pero el *Estrella de la Mañana* podría dirigirnos hacia el lugar en el que se encuentran los fallanassis actualmente..., y quizá incluso podría llevarnos allí. Pensaba que eso era lo que querías.

—Seguiré el camino que han dejado para mí —replicó Akanah—. Es lo que sé. Es lo que fue prometido: el camino que lleva al hogar estará marcado.

Luke volvió la cara, con una mano apretada hasta formar un puño junto a su costado, y después se retiró al compartimiento delantero. Permaneció allí hasta que hubo conseguido disipar la ira que se había adueñado de él y volvió a cruzar el umbral. Akanah ya había reanudado su meditación.

—Bueno, ¿querrás por lo menos hablar con ellos antes de que saltemos al hiperespacio? —preguntó—. Dispongo de la dirección receptora de hipercomunicación del *Estrella de la Mañana*, y puedo establecer una conexión de alta seguridad para que la uses. Puedes disponer de toda la intimidad que quieras para intercambiar cualquier clase de señal de reconocimiento que necesites usar con la tripulación. Tal vez podrías ahorrarnos un largo viaje que sólo supondría una considerable pérdida de tiempo.

—No —dijo Akanah sin alzar la mirada hacia él—. La tripulación no puede ayudarnos.

—¿Por qué no?

Akanah guardó silencio durante unos minutos y acabó levantando la cara hacia Luke.

—Aun suponiendo que la tripulación de la nave forme parte del círculo, nunca revelarán su identidad a una desconocida que se encuentra tan lejos de ellos..., de la misma manera que yo nunca revelaré mi verdadera esencia ante alguien a quien no pueda percibir dentro de la Corriente —le explicó—. Las señales externas y las palabras no son más que un simple ritual, el verdadero reconocimiento consiste en sentir la presencia de otro adepto junto a ti. Lo siento.

Su negativa dejó a Luke enmudecido por la frustración, y Akanah lo vio en sus ojos.

—Deberías entenderlo, Luke —dijo—. Es lo mismo que ocurre contigo y con los que son como tú... El único reconocimiento que importa es lo que sientes aquí —dijo, dándose unos golpecitos entre los pechos con tres dedos de su mano izquierda—. Ésa es la verdad que nunca puede engañar.

La disputa permaneció suspendida entre ellos, flotando en el aire bajo la forma de una nube de sospechas y resentimientos que ninguno de los dos llegaba a expresar *en voz alta*.

Akanah no intentó prohibir a Luke que estableciera contacto con el *Estrella de la Mañana* por su cuenta, pero se mantuvo lo suficientemente cerca de los paneles de control para que le resultara totalmente imposible hacerlo sin que ella se enterase. Su comportamiento le dejó muy claro que Akanah tenía intención de evitar que hubiera más sorpresas como la que la había acogido después de su siesta.

Por su parte, y aunque se lo guardó para él, Luke ya había llegado a la conclusión de que ponerse en contacto con la otra nave sin disponer de la cooperación de Akanah sólo podría ser contraproducente. Y dado que había aceptado su decisión y se había resignado a la idea de llevar la *Babosa del Fango* hasta Atzerri, encontró considerablemente irritante el vigilante escrutinio al que le mantenía sometido la joven.

Su escrutinio también impidió que Luke pudiera acceder al informe sobre la historia de la *Babosa del Fango*, que seguramente estaría esperándole en la lista de ficheros pendientes del Registro de Naves. Los descubrimientos que había hecho gracias al informe del *Estrella de la Mañana* y la tozudez con la que Akanah insistía en ir a Atzerri, hacían que su curiosidad se hubiera vuelto más intensa que nunca. Pero esa curiosidad estaba siendo frustrada, y eso hizo que Luke se sintiera doblemente resentido y empezara a albergar algunas sospechas propias.

Cuando llegó el momento de dar el salto que los alejaría de Teyr, Luke se ocupó de todos los detalles sin anunciárselo a Akanah, y después se metió en la litera para dormir durante el corto salto que había programado. Antes de hacerlo, dejó el informe sobre el *Estrella de la Mañana* deliberadamente abierto en la pantalla secundaria del panel de vuelo. No tenía forma alguna de saber si Akanah se sentiría tentada por esa invitación. Luke abrió al máximo su conexión con la Fuerza, permitió que las emociones discordantes se fueran disipando y se quedó dormido en cuestión de minutos.

La Aventurera Verpine obedeció fielmente su programación y emergió del hiperespacio a tres horas de Teyr. Luke se levantó de la litera, fue recibido por Akanah con una afable sonrisa y se las arregló para corresponder a ella con una sonrisa fugaz y más bien cansada.

—Voy a ponerme en contacto con el Ministerio de Estado..., a menos que tengas alguna razón para que no lo haga —dijo mientras se instalaba en el asiento de pilotaje.

—No —dijo Akanah—. ¿Necesitas estar a solas?

Luke meneó la cabeza y activó el hipercomunicador.

—Oh, no hay nada secreto, meramente un acceso limitado y nada más. —Intentó volver a sonreír, y descubrió que el resultado era bastante sincero—. Y de todas maneras, tampoco andamos muy sobrados de intimidad.

Luke sólo necesitó unos cuantos minutos para transmitir sus peticiones, y las respuestas empezaron a llegar inmediatamente. Luke prefirió callarse que los siete mundos adicionales para los que había solicitado un informe de fondo eran puertos que, según la lista, habían sido visitados en algún momento u otro por el *Estrella de la Mañana*. Si Akanah reconocía los nombres debido a que había leído el informe, entonces sabría qué razón le había impulsado a obrar de esa manera. En caso contrario, por lo menos nunca llegarían a discutir por ello.

—Voy a iniciar esa inspección de la que te había hablado —dijo Luke, poniéndose en pie.

—¿Puedo echar un vistazo a esos ficheros?

—Por supuesto —dijo Luke—. De hecho, sería preferible que lo hicieras. Como ya te he dicho, no hay secretos. Estaré lo bastante cerca para oírte; si encuentras algo que te parece que debería saber, puedes llamarme cuando quieras.

La inspección del interior de la nave requirió casi una hora. Luke empezó por el pequeño compartimiento de servicio del esqui, y fue abriendo sistemáticamente cada panel móvil y

portilla de acceso, buscando cualquier cosa que pudiese parecer fuera de lugar. Su examen descubrió una modificación bastante torpe del reciclador de agua que explicaba una de las excentricidades de la Aventurera y media docena de objetos perdidos lo suficientemente pequeños para haber quedado ocultos en algún rincón, pero no reveló nada más.

—No entiendo por qué el espaciopuerto no permitía que hubiera servicios de mantenimiento y reparaciones en la zona de estacionamiento —dijo Akanah cuando Luke volvió a reunirse con ella.

—Probablemente lo hacen para proteger los intereses de la licencia de servicios. Hay que asegurarse de que esos hangares de mantenimiento siempre estén lo más llenos posible, ¿sabes? —Luke señaló las pantallas con un gesto de la mano—. Bien, ¿es una lectura interesante?

—Atzerri no tiene Zona de Control de Vuelo —dijo Akanah—. Si queremos, podemos entrar en órbita de un salto y elegir cualquier sitio para bajar; todos los espaciopuertos del planeta son independientes. Parece ser que apenas tienen un gobierno realmente digno de ese nombre.

—Ya he estado en mundos de los Comerciantes Libres anteriormente —dijo Luke—. Los Comerciantes Libres son lo más cercano a unos anarquistas que existe en la galaxia. Si consiguieran encontrar una forma de vivir sin tener un gobierno y no correr el riesgo de que los bandidos les robaran sus objetos de valor, no vacilarían ni un segundo en adoptarla. De hecho, tienden a tolerar una considerable cantidad de discusiones y peleas por los restos... Si vives en un mundo de los Comerciantes Libres, más te vale no ser pobre o lento de reflejos.

La expresión que cruzó fugazmente por el rostro de Akanah se le pasó por alto, pero sí percibió su estremecimiento de repulsión.

—Una situación muy parecida a la de Carratos después de que la guarnición imperial se marchase —dijo—. Debería sentirme como en casa.

—Tú sí, pero... ¿Y los fallanassis?

—¿Qué quieres decir?

—Que me parece un sitio tan poco adecuado para tu gente como Teyr —replicó Luke—. ¿Encontraste algo en el informe que sugiera alguna razón por la que pudieran ir allí..., y ya no hablemos de quedarse a vivir allí?

—También son tu gente —dijo Akanah, y sus labios se curvaron en una tenue sonrisa llena de tristeza—. No tengo ninguna respuesta para tu pregunta, Luke. Quizá el que Atzerri sea lo que es lo convertía en el sitio más adecuado para desaparecer.

—Supongo que eso podría ser una respuesta.

—Prescindamos de las suposiciones, ¿de acuerdo? —dijo Akanah—. Bien, ¿qué me dices de la nave? ¿Está limpia?

—No he podido encontrar nada.

—Pues entonces sigamos adelante. Vayamos directamente a Atzerri tal como habíamos decidido.

—No estoy afirmando que no haya personas capaces de esconder algo lo suficientemente bien como para que yo no pueda encontrarlo —la advirtió Luke.

—Ya lo sé.

—Bueno... Vamos a ver si hay alguna ruta directa disponible desde aquí —dijo Luke, volviéndose hacia el astrogador—. He pensado que será mejor que los dos saltos hiperespaciales estén lo menos distanciados posibles.

Saltaron veinte minutos después, con el informe sobre la *Babosa del Fango* todavía esperándole en Coruscan!.

El esquiife parecía tener la curiosa propiedad de irse haciendo más pequeño cuanto más tiempo pasaban a bordo de él, y las tensiones recientes habían acelerado el proceso. En cuanto hubieron iniciado el trayecto hacia Atzerri, Akanah y Luke volvieron a su antigua costumbre de dormir por turnos.

El sistema dio buenos resultados principalmente gracias a que el sistema de eliminación de ruidos de la litera era lo bastante efectivo para que la cortina dividiera la nave en dos mundos, oscuridad y luz, vigilia y sueño. Durante la mayor parte del ciclo de un día, y fuera cual fuese el lado de la cortina en el que se encontraban, tanto Luke como Akanah podían disfrutar de la ilusión de estar solos a bordo de la nave. Se permitían justo el tiempo suficiente con los dos despiertos entre el final de un turno y el comienzo del siguiente para evitar el tener que acostarse en una litera todavía caliente, tal como se hacía en los navíos militares..., aunque normalmente Luke podía percibir el delicado aroma de Akanah en la almohada incluso después de haberle dado la vuelta.

El salto hasta Atzerri fue bastante largo. Durante el primer turno los viajeros no tuvieron gran

cosa que decirse; Akanah estaba impaciente por irse a la cama, y Luke se dedicó a leer los ficheros diplomáticos. Durante el segundo turno la situación cambió un poco, y mantuvieron una conversación cortés sobre temas sin importancia.

Cuando empezó el tercer turno, los dos se sentían lo suficientemente solos para volver a agradecer cualquier clase de compañía y se dedicaron a pasar el tiempo charlando de cualquier cosa. Durante el cuarto turno, Luke se atrevió a sacar a relucir un tema que había estado muy presente en sus pensamientos durante el tiempo que había pasado a solas.

—Akanah... Si el revelarme lo que dice la escritura viola tu juramento, ¿por qué lo has hecho?

—Porque te considero uno de nosotros —replicó Akanah, pareciendo un poco sorprendida ante su pregunta—. No has sido adiestrado y no eres un adepto, pero eres un fallanassi.

—¿Por qué? ¿Porque mi madre lo era..., o lo es?

—Por eso, y por el potencial que llevas en tu interior. Tu capacidad para usar la Fuerza demuestra que ese potencial existe.

Luke fue hasta el asiento de pilotaje y se sentó de lado en él.

—¿Y cómo se llega a formar parte del círculo?

—La curiosidad no es suficiente..., como supongo que ya sabrás. Algunos nacen dentro del círculo, y algunos llegan a él por un proceso gradual. Puede que los Jedi hagáis las cosas de otra manera, desde luego.

—¿Te refieres a la diferencia que existe entre haber nacido llevando el don en la sangre y el ser hijo de alguien que ya pertenece a la Orden de los Jedi, de alguien que ya es un adepto entrenado?

—Pero el don está en la sangre, ¿no?

—A veces lo parece. A veces parece como si el talento siguiera el camino que más le apetece, como si la Fuerza escogiera a aquellos que podrán usarla —dijo Luke, girando sobre su espalda y apoyando un pie en el panel de control.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fíjate en el resurgimiento de los Jedi —dijo Luke—. El Imperio nos persiguió tan implacablemente que casi todos los que lograron escapar creyeron que eran el único Jedi que había sobrevivido. Pero hay algo más que el mero hecho de que unos cuantos solitarios hayan salido de sus escondites. He encontrado estudiantes sin el más mínimo historial familiar pertenecientes a especies que nunca habían estado representadas anteriormente dentro de la Orden.

—Algunos Jedi tal vez fueran grandes viajeros amantes de la aventura —dijo Akanah—. Cuando vivía en Carratos, oí contar muchos chistes sobre el tipo de distracciones con que el Emperador amenizaba sus veladas. Si un Jedi duerme solo, seguramente debe de ser porque así lo ha elegido..., como ocurre contigo.

—¿Me estás diciendo que esperabas que calentara una cama contigo? —preguntó Luke—. Creía que habíamos llegado a otra clase de acuerdo.

—No —dijo Akanah—. Nunca he esperado eso.

—En ese caso, ¿qué es lo que me estás diciendo exactamente?

—Que a estas alturas Luke Skywalker ya podría tener cien hijos..., o un millar.

—Eso es una locura.

—No, es la pura y simple verdad. Las vidas de los héroes y de la realeza están gobernadas por reglas distintas a las que ha de obedecer la gente común, y tú estás considerado como un poco de ambas cosas. Eso es algo que no se te puede haber pasado por alto, Luke.

Luke frunció el ceño y desvió la mirada.

—No sé cómo ser padre de un niño, así que ya no hablemos de un millar.

—No necesitarías saberlo —replicó Akanah—. Sus madres no lo esperarían de ti. El regalo que un hijo tuyo supondría para ellas ya bastaría para que te estuvieran enormemente agradecidas.

—Pues yo sí que lo esperaría de mí—dijo Luke, alterando decididamente el curso de la conversación para tratar de volver al tema que realmente le interesaba—. Estábamos hablando de mi relación con el círculo de los fallanassis, y de que soy miembro honorario de él...

—No debes emplear esa palabra —le corrigió Akanah—. Eres un novicio.

—Entonces digamos que soy un novicio. Pero ¿hay alguna excepción en tu juramento para la gente como yo?

—Todo adepto tiene tanto el derecho a juzgar como el deber de enseñar —dijo Akanah—. He pensado mucho en esto, y he acabado tomando una decisión.

—¿Y lo demás? —preguntó Luke—. Tú y yo hemos pasado muchas horas juntos... ¿Por

qué no has empezado a enseñarme?

—Pero es que sí lo he hecho —dijo Akanah—. Te he pedido que pienses en lo que sabes y en lo que crees. Para ir más allá de eso, el novicio debe pedir que se le abra la puerta. Pero tú no estás preparado para pensar en ti mismo como un estudiante..., o por lo menos todavía no lo estás. Corres demasiado bien y con demasiada facilidad para que te resulte posible volver a arrastrarte.

—No —dijo Luke, meneando la cabeza—. Ser un Jedi significa vivir en una búsqueda continua. Un Jedi siempre está aprendiendo cosas nuevas. Es únicamente en el lado oscuro donde acabas sucumbiendo a la obsesión del conocimiento y te dejas impresionar por lo que eres capaz de hacer.

—Pues en tu caso, ahí tienes a una de las sombras del lado oscuro —dijo Akanah, hablando muy despacio—. Puedes verla en la forma en que te aferras al privilegio de matar, y en cómo te resistes a las enseñanzas que te he ofrecido. Es una mancha que delata la presencia de una mente que se ha conformado con unas respuestas y a la que le molesta el verse desafiada por nuevas preguntas.

Luke jugueteó con los cordoncillos que cerraban la pechera de su camisa mientras pensaba en lo que acababa de oír.

—Tal vez tengas razón —dijo por fin—. Descubrí la Fuerza en un momento en el que lo que necesitaba era poder. No quería la iluminación, sino un arma para proteger a mis amigos. Estaba pensando en la guerra contra el Imperio, no en la paz con el universo. Puede que algo de eso haya perdurado en la imagen de mí mismo que he llegado a formarme. Pensaré en ello.

—Estupendo —dijo Akanah—. Tus palabras me dan nuevas esperanzas..., y la esperanza siempre es el comienzo de todo lo que tiene algún valor.

Luke se irguió y se volvió hacia ella.

—Akanah.... Quiero que me enseñes —dijo—. Quiero aprender a leer la escritura de la Corriente. Fuiste capaz de ayudarme a verla. ¿Puedes enseñarme a verla sin tu ayuda?

—Sí, pero ésa no es la primera lección —replicó Akanah—. Eso vendrá más tarde.

—¿Y no te parece que hay razones más que suficientes para alterar el programa académico?

—¿Qué razones puede haber para ello?

—Digamos que sería una especie de póliza de seguros —replicó Luke—. Si vamos a seguir tu camino, el camino marcado, hasta el círculo, entonces el encontrar los signos que han sido inscritos en la Corriente y leerlos es crucial. Pero si sólo uno de nosotros puede leerlos...

—No se me pasará por alto ningún signo, y te aseguro que sabré leerlos correctamente —dijo Akanah, meneando la cabeza.

—¿Y si nos separamos por la razón que sea? Dijiste que me consideras un fallanassi, ¿no? En ese caso, esos signos también han sido escritos para mí.

—El compromiso debe estar basado en algo más que la necesidad —dijo Akanah—. Lo siento, Luke. Todavía tiene que transcurrir un poco más de tiempo antes de que me resulte posible hacer lo que me estás pidiendo.

Luke frunció el ceño.

—¿Temes que me vaya e intente terminar este viaje sin ti?

—No —dijo Akanah—. ¿Permitirías que la impaciencia de tu estudiante dictara la secuencia y el orden que han de seguir las distintas etapas de su instrucción? ¿Le entregarías el secreto que podría colocarte en una situación más delicada antes de que tu estudiante hubiera afirmado esos principios que te definen?

—¿Quieres que yo también me someta a los juramentos del círculo de los fallanassis?

—Sí —replicó Akanah—. Pero sólo cuando estés preparado para ello, y todavía no estás preparado..., y sólo por la razón correcta, y ésta no es la razón correcta.

—Bien, pero entonces... ¿Cómo puedo darte esas garantías que me estás pidiendo, Akanah? ¿Cómo puedo demostrarte que estoy preparado?

—Toma la decisión de dejar tu arma a bordo cuando lleguemos a Atzerri —dijo Akanah—. Si lo haces, me habrás demostrado algo. Eso sería un comienzo.

Luke apoyó los codos en las rodillas, se presionó la palma de la mano con el puño y permitió que su mirada se deslizara por encima de sus manos hasta clavarse en la cubierta.

—También tendré que pensar en eso —dijo por fin, poniéndose en pie—. Si lo hago, quiero que sea por la razón correcta..., y no meramente para pagarle mi próxima lección a una maestra.

Akanah le sonrió con dulzura.

—Sabía que no me había equivocado contigo —dijo—. Cuando llegue el momento, el

círculo te dará la bienvenida.

Luke asintió y mantuvo los labios apretados mientras avanzaba por entre los sillones e iba hacia la litera. Pero Akanah debió de ver algo en su rostro, porque se levantó y le miró fijamente.

—¿Tienes dudas sobre mí, Luke? —preguntó.

Luke permaneció en silencio durante unos momentos antes de responder, y después acabó volviendo la mirada hacia ella mientras mantenía un pie apoyado en el escalón de la litera.

—Hay algunas cosas que no entiendo, y cosas sobre las que me hago muchas preguntas —dijo por fin—. ¿Es eso lo mismo que «tener dudas»? No lo sé.

—Lo es —dijo Akanah—. ¿Por qué nunca me preguntas por «esas cosas»? No temo a tus preguntas. ¿Y tú, Luke? ¿Tienes miedo de mis respuestas?

—Oh, no.

—Entonces temes que tu curiosidad pueda ofenderme.

—Tal vez.

—Te aseguro que resulta bastante difícil ofenderme. Hazme alguna pregunta ahora, y tal vez así habrá un misterio menos para turbar tu sueño.

Luke se volvió hacia ella y bajó el pie del escalón.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cómo conseguiste comprar esta nave? ¿Por qué no fuiste a Lucazec en cuanto hubiste ahorrado el dinero que necesitabas para pagarte el pasaje? Tenía que ser una cantidad muy inferior a lo que pagaste por esta nave. Verás, me parece que ya hace años que podrías haber ido allí... No entiendo por qué no lo hiciste, Akanah.

—Hace seis años estuve a punto de hacerlo —dijo Akanah, sonriendo melancólicamente—. Tal como has dicho, tenía dinero suficiente para el pasaje. Podría haber ido a laltra. La tentación era casi irresistible.

—¿Y? —preguntó Luke, acompañando su pregunta con un gesto de la mano.

—Si hubiera ido, me habría encontrado atrapada allí —replicó Akanah—. Hubiese conseguido llegar a Lucazec, sí, pero habría vuelto a ser pobre. En Carratos, por lo menos había espaciopuertos con mucho tráfico, y sabía cómo ganar el dinero suficiente para ir ahorrando poco a poco. Ya viste cómo era Lucazec: allí no hay riqueza suficiente que adquirir ni siquiera mediante el robo o el matrimonio, y mucho menos mediante el trabajo honrado.

—Así que esperaste.

—En realidad no tenía otra elección —dijo Akanah—. Comprendí que necesitaba adquirir algo más que el dinero necesario para pagar el pasaje que me sacaría de Carratos, necesitaba adquirir un grado de libertad lo suficientemente elevado para poder tener la seguridad de que nunca me vería obligada a volver a llevar esa clase de vida. No tengo nada aparte de esta nave, Luke, y unos cuantos créditos..., pero tengo esta nave. Aunque dadas tus prerrogativas de héroe, tal vez no entiendas cuánto significa eso para mí.

—No, te aseguro que lo entiendo —dijo Luke—. Todavía no he olvidado lo que sentía cuando estaba atrapado en Tatooine.

—¿He respondido a tu pregunta? ¿Lo entiendes ahora?

Luke asintió.

—Lo entiendo todo salvo una cosa... Cuando por fin tuviste la nave, ¿por qué viniste en mi busca? ¿Por qué fuiste a Coruscant en vez de ir a Lucazec?

—Porque cuando soñaba con volver a laltra tú siempre estabas presente en mis sueños —respondió Akanah con cariñosa ternura—. Lo cual me dejó perpleja hasta que comprendí lo que significaba. Significaba que se suponía que debía llevarte conmigo, Luke. Significaba que debía llevarte hasta el círculo, y que formas parte de él.

Luke, para su sorpresa mas no para su disgusto, se dio cuenta de que creía en sus palabras. Las respuestas de Akanah poseían la irresistible claridad y sencillez de la verdad emocional.

Pero, por alguna razón inexplicable, no hicieron que le resultara más fácil conciliar el sueño.

—Espaciopuerto de Talos, Atzerri.

Akanah volvió la cabeza hacia Luke.

—¿Puedo...? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Luke, moviendo la mano en un gesto de ofrecimiento mientras se recostaba en el sillón de pilotaje.

—Espaciopuerto de Talos, aquí la *Babosa del Fango* —dijo Akanah—. ¿Qué cobran por un atracadero para naves de veinte metros o menos?

—¿En qué moneda van a pagar?

—Pagaremos con créditos de la Nueva República —dijo Akanah.

—Novecientos por los dos primeros días, y eso incluye las tarifas de descenso y reponer todos los consumibles que hayan utilizado durante el viaje. Después cobramos cien al día, pero si se quedan más de diez días podemos ofrecerles unos precios especiales por estancia prolongada a partir del tercer día.

—Creo que me han confundido con una millonaria que está haciendo su primer viaje espacial, Talos —replicó Akanah—. Porque esos precios sólo pueden ser para millonarios que acaban de salir al espacio, ¿verdad?

—Son los precios oficiales vigentes desde el primer día del mes —dijo el controlador del espaciopuerto—. Novecientos para bajar y para que les llenen el depósito, y cien al día por el uso del atracadero. No puedo modificarlos, ¿comprende?

—Talos, he dicho veinte metros, no doscientos —dijo Akanah—. Y sólo estoy alquilando el atracadero, no comprándolo. Así pues, ¿por qué no vuelve a empezar, y esta vez procura no emplear un tono tan insultante?

—Novecientos para bajar y cien al día por el uso del atracadero —repitió el controlador—. ¿Lo quiere o no? No hay tantos espacios disponibles.

—¿De veras? Teniendo en cuenta que Skreeka cobra seiscientos por los atracaderos de ese tamaño, y que incluye cinco días de estancia en ese precio, me imaginaba que todas sus plazas de descenso estarían vacías.

—Los de Skreeka son una pandilla de ladrones —dijo el controlador—. Sus atracaderos tienen el peor índice de seguridad de todo el continente.

—Tendrá que darnos una razón mejor que ésa para que no vayamos allí —dijo Akanah—. Después de todo, usted ya ha intentado robarme.

—Un momento, *Babosa del Fango*.

Una lucecita amarilla se encendió en el panel de comunicaciones.

—¿Sabes qué es lo que va a ocurrir ahora? —dijo Akanah, volviéndose hacia Luke—. Pues que volverá con una oferta mejor y dirá que su supervisor la ha autorizado. Pero todo es una cuestión de a qué parte de su margen de beneficios esté dispuesto a renunciar para impedir que vayamos a Skreeka. Sea cual sea la oferta que nos haga cuando vuelva a abrir la línea, puedes estar seguro de que estará por encima de las tarifas internas del puerto; ese controlador va a asegurarse de que saca algún beneficio de esto.

—Estás hecha toda una viajera, ¿eh? No me imaginaba que tuvieras tantos recursos.

Akanah sonrió.

—Ya te dije que pasé mucho tiempo en los espaciopuertos de Carratos, y siempre procuré mantener los oídos lo más abiertos posible.

—¿Y de dónde has sacado esa información sobre Skreeka?

—Oh, ¿eso? Me lo inventé.

El indicador amarillo se apagó y fue sustituido por uno de color verde.

—Aquí el espaciopuerto de Talos. Es su primera visita a nuestro planeta, ¿verdad? Bueno, mi supervisor no quiere que esos canallas de Skreeka se aprovechen de ustedes, así que me ha autorizado a ofrecerles una tarifa de cortesía especial en concepto de primera visita: quinientos créditos por bajar y repostar, y setenta y cinco por día de estancia. Es lo máximo que puedo hacer por ustedes, y si estuviera en su lugar yo aceptaría la oferta. Oigan, con esos precios no estamos ganando ni un crédito de beneficio, créanme... Y me da igual adonde

vayan, porque quien les pida menos dinero ya encontrará alguna forma de recuperar la diferencia sacándola de sus bolsillos.

—Transmítale mi agradecimiento a su supervisor —dijo Akanah—. Aceptamos su oferta.

—Sabia decisión —dijo el controlador—. Les pondremos en el haz en cuanto nos hayan transmitido su autorización.

El indicador pasó al rojo y después se apagó mientras Akanah volvía la cabeza hacia Luke.

—Es toda tuya, querido —dijo, sonriéndole con dulzura—. Tenemos una plaza reservada esperándonos.

La Zona de Atrache A13 parecía una versión más pequeña del dique seco de Mos Eisley en el que Luke había tenido su primer encuentro con el *Halcón Milenario*. El diseño era similar, y todos los sistemas eran igual de anticuados: umbilicales de manejo manual, un taller con un único androide que sólo parecía capaz de utilizar las herramientas menos sofisticadas, cerraduras mecánicas y ninguna protección contra las tempestades.

—No puedo creer que haya pagado quinientos créditos por esto —dijo Akanah en un tono lleno de disgusto mientras extendía las manos—. Este atracadero debe de tener cien años. Con lo que te cobran por usarlo, estos tipos ya habrán recuperado su inversión un mínimo de veinte veces.

—Tarifa de descuento especial, ¿recuerdas? —dijo Luke mientras acababa de unir el último umbilical a los tres sistemas de propulsión de la Aventurera—. No puedes esperar encontrarte con unas instalaciones de lujo.

—Ni que te traten con honradez. Hemos pagado el doble de lo que realmente vale este atracadero, o puede que todavía más... Espero que estén disfrutando de su pequeña broma.

—Da igual —dijo Luke—. Sigue siendo un atracadero, y bastará. ¿Quieres que echemos un vistazo a los suministros de la nave y averigüemos si hay algún paquete de comida lo bastante antiguo para que el reprocesador del *Babosa del Fango* pueda ocuparse de él?

—Lo dejo en tus manos —dijo Akanah, cogiendo su bolsa de viaje y echándosela al hombro—. He de irme.

Luke salió de debajo del «ala» repulsora del esqui.

—¿De qué estás hablando?

—Esto es algo que he de hacer yo sola, Luke —replicó Akanah.

—¿Por qué?

—Si los fallanassis están aquí, debo ir a su encuentro sola —dijo—. Si te llevo conmigo, no permitirán que demos con ellos. No te verán tal como yo te veo, ¿comprendes? Para ellos sólo serás un extraño, alguien que no pertenece al círculo...

—¿Y qué se supone que he de hacer mientras tú andas dando vueltas por ahí?

—Puedes quedarte aquí. Si encuentro a los fallanassis volveré a buscarte. Ya sabes que lo haré, Luke. Y si no los encuentro... Bueno, en ese caso también volveré.

—¿Y qué pasa si no quiero quedarme aquí?

—Pues entonces dedícate a explorar la ciudad por tu cuenta —dijo Akanah—. Ve donde quieras, y haz lo que te apetezca. Si no estás aquí cuando vuelva, te esperaré. Lo único que te pido es que no me sigas. Si lo hicieras, sólo conseguirías obstaculizar el propósito que nos ha traído hasta aquí.

—Eh, esto no me gusta nada —dijo Luke—. ¿Por qué no podemos ir juntos, tal como hicimos en Lucazec y en Teyr?

—Porque yo sabía que el círculo se había marchado de Lucazec y que Norika se había ido de Teyr —replicó Akanah—. Pero no sé si han ido de Atzerri o si continúan aquí.

—No me había dado cuenta de que te avergonzaba que te vieran en público conmigo —dijo Luke en un tono bastante sarcástico.

—Te ruego que intentes entenderlo, Luke... Si sales de esta zona de atraque lo harás como Li Stonn, ¿verdad?

—Sí.

—Pero los otros pueden ver a través de esa ilusión, al igual que pude hacerlo yo —dijo Akanah—. Si nos ven juntos, o si me sigues, entonces pensarán que soy una impostora y que constituyo una amenaza para ellos. Esperarán hasta tener una ocasión de acercarse a mí cuando me encuentre sola. Pero si te reconocen... Bueno, entonces no sé qué pueden hacer. Tal vez decidan permanecer ocultos por miedo a que alguien haya logrado convencerme de que traicione al círculo. Incluso puede que decidan irse de Atzerri. No podemos correr el riesgo de que hagan eso, Luke. He de ir sola.

Un profundo fruncimiento de ceño llenó de arrugas el rostro de Luke. Todo lo que Akanah

acababa de decir sonaba perfectamente lógico..., pero al mismo tiempo todo lo que había dicho le parecía inexplicablemente equivocado y peligroso.

—No me gusta la idea de que nos separemos, especialmente aquí.

—¿Sigues pensando que necesito tu protección? —preguntó Akanah—. He pasado casi toda mi vida rodeada de estas insignificantes y mezquinas maldades. Conozco a estas personas: atracadores callejeros, esclavistas de cuerpos, traficantes de drogas, guerreros de los suburbios, chantajistas, los hombres y mujeres de ojos fríos e impasibles que disfrutaban haciendo gritar a alguien... Me han atrapado unas cuantas veces y me han hecho daño en algunas ocasiones, pero aprendí. Me volví más fuerte y más inteligente, y acabé convirtiéndome en mi propia protectora. No me pasará nada, Luke.

—De acuerdo —dijo Luke, rindiéndose de mala gana—. Pero por lo menos debería saber adonde vas..., por si no vuelves. Por si te tropiezas con algo que no te esperabas, algo que no sea tan «insignificante y mezquino»...

—Me parece justo —admitió Akanah—. Pero debes darme el tiempo suficiente para lo que he de hacer. Prométeme que no empezarás a buscarme hasta... Digamos que hasta que hayan transcurrido tres días sin que tengas noticias mías.

Luke le lanzó una mirada llena de incredulidad.

—¿Tres días? Eso es tiempo más que suficiente para que alguien te secuestre y se te lleve a la Hegemonía de Tion.

Akanah se rió.

—El último hombre que intentó ponerme las manos encima sólo quería llevarme hasta el final del callejón —dijo—. Tres minutos después ya sabía que había cometido un grave error.

—De acuerdo —dijo Luke—. Pero sigo sin entender por qué necesitas tres días.

—No debería necesitarlos —dijo Akanah—, y ésa es la razón por la que podrás empezar a buscarme en cuanto hayan transcurrido. Iré al Distrito de Pemblehov, al norte del parque.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Eso es todo lo que puedo decirte —replicó Akanah—. Adiós, Luke. Volveré a por ti lo más pronto posible.

Después de que Akanah se fuera, lo primero que hizo Luke fue dedicar algún tiempo a averiguar qué había detrás de todas las puertas de la zona de atraque.

Las duchas públicas y el cubículo sanitario necesitaban una limpieza urgente, sin duda debido a los cincuenta créditos que se cobraban en concepto de limpieza. Pero la perspectiva de una verdadera ducha espacial con seis chorros y un suministro ilimitado de agua resultaba demasiado atractiva para que pudiera resistirse a ella. Luke pagó la tarifa adicional, y después activó el seguro de la puerta para que el mecanismo automático interior pudiera iniciar el proceso de frotado y esterilización.

Luke intentó compensar ese gasto extra hurgando en los compartimentos de suministros de la nave. Se llevó la sorpresa de encontrar dos paquetes de comida K-18: los dos habían caducado, pero todavía podían ser aprovechados. Instaló el más viejo de los dos en el reprocesador del esquiife y se aseguró de que podía ser consumido, y después encontró un sitio donde guardar el otro en el hangar atestado de equipo. El encargado del puerto asestaría otro mordisco a su cuenta de crédito por devolver sólo un paquete vacío, pero el coste no era lo suficientemente elevado para disuadirle de hacerlo.

Cuando la rapiña dejó de ser atractiva, Luke concentró su atención en la maquinaria.

La terminal de sistemas de control ofrecía una larga lista de maneras de aumentar la capacidad de los sistemas de vuelo, con una tarjeta quemadora de datos justo al lado. La mayoría de los sistemas de vuelo del esquiife eran tan viejos que ya no se podía hacer nada con ellos, pero Luke consiguió localizar media docena de mejoras que habían sido introducidas en el mercado después de que el esquiife saliera de la fábrica y logró convencer a la *Babosa del Fango* de que las aceptara. Todas resultaron estar libres de virus..., algo que Luke no había esperado, teniendo en cuenta la fuente de la que procedían. Pero el sistema de navegación mejorado detectó sus manipulaciones del bloqueo de seguridad de la ZCV y le obligó a reintroducir el paquete de programación original, que estaba lo suficientemente falto de sofisticación para poder operar en una feliz ignorancia de ellas.

Un rato después Luke ya había terminado con todas las reparaciones y pequeñas mejoras que podía llevar a cabo sin correr el riesgo de tener algún sistema crucial desmontado y con las piezas esparcidas sobre el banco de trabajo o en el suelo del hangar en un momento en el que pudiera verse obligado a emplearlo.

Después aprovechó el espacioso interior del hangar para someterse a su primera tabla

completa de ejercicios de adiestramiento Jedi desde que había salido de Coruscant. Trabajando tanto con su espada de luz como sin ella, Luke fue ejecutando pacientemente los complicados ejercicios que le permitían alcanzar un profundo estado de tranquila y reposada claridad.

Era al hallarse en ese estado cuando percibía con más nitidez la verdad y la sabiduría de aquellas palabras tan sencillas que se habían convertido en el credo de los Jedi: «No hay emoción, sino paz. No hay ignorancia, sino conocimiento. No hay pasión, sino serenidad. No hay muerte, sino únicamente la Fuerza». La paz, el conocimiento y la serenidad eran dones que llegaban a él mediante su entrega a la Fuerza, y mediante la conexión a la Fuerza que unía a Luke con cuanto existía.

Conservar aquella claridad era el eterno desafío al que se enfrentaban los Jedi. En el aislamiento de un Dagobah, los Eriales de Jundlandia o la cabana de un eremita sobre una orilla helada, un Jedi experimentado podía mantener aquel estado interior de manera indefinida.

Pero mantenerlo estando rodeado por el caos del mundo real ya era otra cuestión. Cuando el yo volvía, la voluntad regresaba con él. La rendición quedaba contaminada, y la conexión perdía su pureza. La claridad se iba esfumando gradualmente bajo la ofensiva incesante de los impulsos y las pasiones elementales. Incluso el más grande de los maestros tenía que practicar aquel ejercicio de manera regular si no quería perder la disciplina que hacía de él lo que era.

Los ejercicios tenían tanto de prueba para el cuerpo como para la mente, y la ducha recién limpiada y desinfectada de la zona de atraque proporcionó una deliciosa paz a músculos que le estaban diciendo que llevaban demasiado tiempo sin haber sido ejercitados correctamente. Luke permaneció inmóvil durante largo tiempo en el lugar donde convergían los seis chorros de agua, y permitir que el agua fuera resbalando por su cuerpo acabó convirtiéndose en otra manera de meditar.

Cuando por fin salió de la ducha y se vistió, se permitió echar un vistazo al cronómetro del esquiife para averiguar cuánto tiempo hacía que se había marchado Akanah.

Apenas habían transcurrido seis horas.

Luke se quedó inmóvil junto a la popa del esquiife y recorrió el hangar con la mirada. Inexplicablemente, el recinto parecía mucho más pequeño cuando era contemplado a través de la perspectiva de pasar los días siguientes en él.

Se puso su capa con capuchón, activó los bloqueos de seguridad del esquiife, cerró el hangar —doblando un remache para que sólo él pudiera volver a abrirlo— y salió a la noche.

Mientras contemplaba el espaciopuerto y las luces de Talos que se extendían más allá de él, su mano —impulsada por la fuerza de la costumbre— fue hasta el punto de su cadera del que normalmente colgaba su espada de luz. Sus dedos sólo encontraron el aire, lo cual le llenó de una perplejidad que sólo duró un instante. Después Luke trazó las facciones del rostro de Li Stonn por encima de las suyas y echó a caminar.

La libertad de la que tanto alardeaban los mundos de los Comerciantes Libres parecía tener como contrapartida el que prácticamente nada fuera gratis en ellos. El caminar y el respirar figuraban entre las escasas actividades por las que no había que pagar nada..., aunque algunos afirmaban que eso se debía únicamente a que la Coalición de Comerciantes aún no había conseguido encontrar una manera de negar el aire y el espacio a quienes no pagaran por ellos.

Pero había que pagar una tasa de veinte créditos para entrar en Talos, que desplegaba su caótica acumulación de edificios junto al recinto del espaciopuerto a la manera clásica de los Comerciantes Libres. En Atzerri se podía comprar prácticamente de todo, y una parte considerable del catálogo podía ser examinada a sólo quinientos metros de las tres entradas del espaciopuerto de Talos. Todos los comerciantes medianamente importantes de la ciudad tenían como mínimo una sucursal del tamaño de un quiosco, conocida con el nombre de satélite, en esa zona, y la aglomeración de satélites llenaba las grandes avenidas que llevaban hasta los taxis y comercios de todas clases esparcidos alrededor de la rampa de acceso general.

Las tiendecitas eran agresivamente ruidosas y abigarradas. Paneles publicitarios de varios niveles colocados encima de sus entradas anunciaban de la forma más explícita posible sus artículos mientras pregoneros apostados delante de las puertas lanzaban promesas e invitaciones que era aconsejable ignorar. Todas las tiendas de las avenidas estaban dispuestas a devolver lo cobrado por sus servicios y a proporcionar medios de transporte hasta la sede principal de su patrocinador. Algunas enviaban pequeños ejércitos de androides para que se

plantaran delante de las entradas de la competencia y emitiesen ofertas todavía más irresistibles.

Toda la Plaza de los Comerciantes tenía como único propósito hacer morder el anzuelo a la mayor cantidad de recién llegados posible cuando todavía estaban «verdes». En cuanto estuvieran lo suficientemente lejos de la competencia, podrían ser exprimidos a placer o guiados hacia otros miembros de una alianza comercial en un proceso que la jerga de Atzerri designaba con el curioso nombre de «rascarse la espalda». Las redes que practicaban el arte de rascarse la espalda mutuamente eran muy complicadas. No había nada que un Comerciante Libre odiara más que tener delante a un comprador dispuesto a soltar su dinero y ver cómo era un competidor quien acababa haciendo la venta.

Luke examinó las ofertas de la Plaza de los Comerciantes con una mezcla de asombro y horror. Su última visita a un mundo de los Comerciantes Libres había tenido como objeto tratar de comprar armas para la Rebelión, y no había dispuesto de tiempo para echar un vistazo a los distritos comerciales. El paso de los años había hecho que muy pocas de las ofertas de la plaza tuvieran algún atractivo para él, pero su curiosidad iba más allá de lo personal.

Los traficantes de información ofrecían secretos religiosos, políticos y técnicos. Los vicios prohibidos de diez mil planetas eran ofrecidos abiertamente y con la máxima desfachatez. Comerciantes que se llamaban a sí mismos facilitadores organizaban experiencias personales. Las tecnologías sometidas a embargo estaban disponibles junto a copias sin licencia de productos comerciales. Los libreros vendían entretenimientos en todos los medios conocidos sin ningún respeto al contenido o los derechos de autor.

Luke se había preparado para resistir las llamadas e insinuaciones de los vendedores de la Plaza de los Comerciantes, pero su resistencia se desintegró ante una oferta altamente inesperada que vio aparecer en la pantalla de anuncios de los Archivos Galácticos. Luke aceptó una loseta de crédito del pregonero que montaba guardia ante la puerta y entró en el diminuto local.

—¡Bienvenido! Bienvenido a los Archivos Galácticos, su fuente de todo aquello que es digno de conocerse —dijo el encargado mientras le saludaba con una sonrisa tan grande como untuosa—. Sea lo que sea lo que quiere, nosotros lo tenemos..., o podemos conseguírselo sin ningún coste extra. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Li Stonn.

—Bien, Li Stonn, pues cruzar ese umbral va a ser una de las decisiones más acertadas de toda su vida. Cuando nos deje, se marchará satisfecho..., pero no querrá marcharse, porque lo tenemos todo. ¿Ha visto algo que le interese particularmente? Pregunte, pregunte sin miedo...

Luke señaló hacia arriba.

—Hace unos momentos estaban emitiendo un anuncio. Algo sobre los secretos perdidos de los Jedi...

—Oh, una elección excelente... Un verdadero hallazgo, desde luego. Acabamos de añadirlo a nuestro catálogo, y ya se ha convertido en un gran éxito de ventas; es material total y absolutamente auténtico, con todas las respuestas a todas las preguntas que todos nos formulamos sobre los amos secretos de la galaxia. —El encargado le metió en la mano una loseta azul del mismo tamaño y forma que la tarjeta de crédito que Luke había recibido en la entrada—. Por razones de seguridad, todos nuestros documentos de naturaleza confidencial sólo están disponibles en la sede de nuestros archivos centrales. Basta con que le entregue estas tarjetas a cualquier agente comercial cuando llegue allí. Si lo desea, puedo hacer venir un taxi por cuenta de la casa...

Las dos pantallas instaladas en el compartimiento trasero del taxi sometieron a Luke a una dosis concentrada de la publicidad de los Archivos Galácticos, y Luke enseguida se dio cuenta de que el bombardeo publicitario parecía haber sido adaptado a la solicitud que había formulado en la tienda satélite.

Las ofertas incluían los *Principios del poder* del Emperador Palpatine en una edición privada reservada a los Grandes Moffs imperiales; el libro de ofrendas y rituales de los Señores Oscuros del Sith; el código legal de los h'kigs; y los secretos de la formación de las mentes-grupo *daqa* del tipo bilariano, entre otras cosas..., y todo ello con un descuento especial si Luke decidía adquirir tres o más. La inmensa mayoría de los documentos eran falsificaciones, por supuesto, y ninguno tentó a Luke más allá de hacerle sentir una distraída curiosidad por el grado de habilidad con que habrían sido falsificados.

Cuando Luke llegó a la sede central del comerciante, la negociación del precio de su compra requirió la mayor parte de una hora, dos intentos de irse con las manos vacías y una

promesa de volver a los Archivos Galácticos acompañado por un amigo. El acuerdo final rebajó el precio de dos mil créditos pedido inicialmente a cambio del archivo Jedi a novecientos por todo el fichero y un cuaderno de datos de bolsillo.

A esas alturas la noche ya había consolidado su dominio sobre Talos, y el torbellino de actividad se había alejado del distrito comercial, dejando casi vacíos las rampas de acceso y las calles de esa zona. Luke fue en dirección oeste, atraído por un potente resplandor de luces nocturnas que iluminaba el cielo. Siluetas borrosas se acercaron a él en dos ocasiones desde las sombras, pero las débiles mentes de quienes habían estado planeando atacarle se dejaron influenciar muy fácilmente por una simple proyección de dudas, y se retiraron para aguardar la llegada de presas más fáciles.

El resplandor procedía de las luces de Las Diversiones, un distrito de entretenimiento y atracciones tan grande como activo. Los oídos de Luke le informaron de que el nombre había sido muy bien elegido bastante antes de que llegara al límite del distrito y adquiriese la entrada de admisión general. Las calles estaban repletas de visitantes que andaban a la caza del placer, y las carcajadas, las conversaciones mantenidas casi a gritos y la música que escapaba de docenas de centros de esparcimiento, casinos, bares y clubes hacían vibrar el aire.

Li Stonn vagó por Las Diversiones buscando un sitio en el que pudiera sentarse sin que le molestaran para leer *Los secretos del poder de los Jedi*. Luke Skywalker vagó por Las Diversiones escuchando, observando y tratando de entender qué atraía a tantas personas y qué provocaba en ellas esos espasmos de energía tan desesperadamente febril. Los efectos de sus ejercicios todavía no se habían disipado del todo, y los placeres ofrecidos por las pantallas y banderolas holográficas de los clubes y centros de esparcimiento le parecieron tan frívolamente superficiales como poco invitadores.

Sea un pirata por una noche en el Territorio de Tawntum...

¡Juegue al Punto 5 allí donde fue inventado! ¡Nuevas partidas cada cinco minutos! ¡Premios del noventa por ciento!

¡Experiencias de cuasi-muerte! ¡Llegue hasta el borde del abismo con nuestros maestros torturadores y nuestra póliza de seguros de un millón de créditos!

¡Cuerpo a cuerpo! ¡Cualquier arma, cualquier objetivo! ¡Pruebe nuestro Simulador de Combate Personal y descubra por qué aún no ha sido superado!

Las hijas de la princesa telépata saben con toda exactitud qué es lo que necesitas...

Baile eléctrico en el coliseo..., ¡ahora con ultra carga!

Li Stonn se sentía tan poco interesado como Luke. Pero no había ningún sitio para sentarse al aire libre —ni siquiera un murete o un alféizar—, y tampoco parecía haber forma de escapar del gentío o los pregoneros. Los administradores de Las Diversiones habían llegado a la astuta conclusión de que si un visitante necesitaba descansar, debería hacerlo en algún local, donde el precio promedio de ocupar un asiento ascendía a cien créditos por hora bajo la forma de bebida, comida y servicios.

Enfrentado a esa perspectiva, Luke decidió irse de Las Diversiones y volver al hangar de ataque. Cabía la posibilidad de que Akanah ya hubiera vuelto..., y si no lo había hecho, por lo menos allí dispondría de silencio y paz para su lectura.

Pero cuando ya estaba cerca de la salida, Luke dobló una esquina y se quedó perplejo al encontrarse ante el exterior brillantemente iluminado de un bar-club llamado Sala del Trono de Jabba. *La única e inimitable banda de Max Rebo actuará para ustedes cada noche*, se Leia en la marquesina holográfica. *Visite los aposentos para invitados de Jabba en compañía de una esclava de placer. Enfrentese al poderoso Rancor en el Foso de la Muerte...*

Impulsado por una escandalizada curiosidad, Luke se unió a la cola y se convirtió en «miembro» del club pagando la tarifa de admisión sin tratar de regatear. Una vez dentro, bajó por un tramo de escalones que se iba curvando hacia abajo hasta llegar a una copia notablemente fiel de la sala del trono de Jabba en el palacio del desierto de Tatooine. Algunas de las dimensiones habían sido agrandadas para dar cabida a más mesas delante de la plataforma de los músicos y alrededor del foso del Rancor, pero la arquitectura y la atmósfera eran auténticas.

—Vaya, es igual que el Museo del Palacio —le dijo Li Stonn al twi'lek alto y elegantemente vestido que le obstruía el paso al final de la escalera.

—Me temo que el amo Jabba ha tenido que irse para atender algunos asuntos urgentes —dijo el sosias de Bib Fortuna, señalando el estrado vacío con una inclinación de la cabeza—. Pero estoy aprovechando su ausencia para celebrar una pequeña fiesta, y espero que disfrutará de ella y que lo pasará lo mejor posible.

Sus colas cefálicas se agitaron en una señal casi imperceptible, y una de las bailarinas

sucintamente vestidas se apresuró a ir hacia ellos.

—¿Sí, noble Fortuna? —preguntó la sirvienta.

—Este caballero es amigo mío, Oola —dijo el mayordomo—. Trátale bien, y encuentra un asiento para él en mi mejor mesa.

El resto del local ofrecía la misma ficción, con un teclista ortolano al frente de un trío de jazz-gimoteante sobre el estrado de los músicos, el rugido del Rancor resonando debajo del suelo, un molesto mono-lagarto kiwakiano que correteaba de un lado a otro robando comida y soltando risitas despectivas, e incluso un Han Solo congelado dentro de un bloque de carbonita suspendido en una hornacina de exhibición. Pero había una cocina llena de actividad hábilmente disimulada al final del pasillo que llevaba a las habitaciones de los sirvientes, y la lista de precios que «Oola» le dejó encima de la mesa para que la consultara incluía varios servicios disponibles en los aposentos de los invitados del piso de arriba y en la mazmorra de Jabba instalada en la planta subterránea.

Todo era una mascarada de bastante mal gusto concebida con el único fin de ganar dinero, desde luego, pero la música era sorprendentemente agradable, el nerf asado olía muy bien y la clientela hablaba en un tono claramente más bajo y tranquilo que sus congéneres de las calles. Li Stonn pidió una copa y el cuarto de nerf del verdugo, rechazó el resto de las ofertas con una afable sonrisa y se dispuso a descubrir cuál era el cociente de verdad de *Los secretos del poder de los Jedi*.

Poco después de que le sirvieran la cena, la consciencia de Luke se puso en estado de alerta al oír un nombre familiar en una mesa cercana, alguien estaba hablando de Leia. Luke alzó la mirada, temiendo que la gran atracción de la noche en la Sala del Trono de Jabba fuera a consistir en una danza ejecutada por una esclava-sosías de Leia. Pero los músicos se estaban tomando un descanso, y la plataforma de baile de transpariacero que se extendía sobre el foso del Rancor estaba vacía.

Luke desplegó la red de su consciencia, buscando la voz y la conversación que se había entrometido en ella.

—Esto llevará a la guerra —estaba diciendo la mujer—, y me alegro de ello. La República tiene todo el derecho del mundo a dar un buen escarmiento a los yevethanos después de lo que han hecho.

—Eso es una tontería —replicó su compañero, un lafraniano alto y esbelto—. Es como tirar abajo la puerta de una casa ajena para poder entrar en ella e interrumpir una discusión. Es una reacción totalmente inadecuada.

—No estamos hablando de una discusión. Estamos hablando de asesinato.

—Sigue siendo asunto suyo, no nuestro.

—No puedes permitir que vayan matando a la gente y que no paguen por ello.

—¿Qué nos importa lo que alguien haga fuera de nuestras fronteras? Si intentamos ser la policía de toda la galaxia, siempre estaremos en guerra. Organa Solo debería limitarse a crecer y aceptar que el universo es un sitio imperfecto.

—Qué forma de pensar tan espantosamente implacable —dijo la mujer—. Tengo la impresión de que si oyeras alaridos en la casa de al lado, lo único que harías sería quejarte de que no te dejan dormir.

—Todos debemos cargar con la responsabilidad de protegernos a nosotros mismos..., y a nadie más —replicó el lafraniano, encogiéndose de hombros—. No tenemos ninguna razón para ir a Farlax y buscar pelea por algo que no nos incumbe. Si un solo piloto de la Flota muere allí, la princesa debería ser juzgada... por asesinato y traición.

Esa afirmación puso un brusco final a la conversación. La mujer se fue del club sola, y el lafraniano se levantó de la mesa poco después y desapareció por la escalera que llevaba a los aposentos de los invitados. Luke volvió a concentrar su atención en la cena.

Pero cuando «Oola» apareció ante él con una segunda bebida que no había pedido, Li Stonn le preguntó si habría alguna manera de que pudiese echar un vistazo a un noticiario que hablara de los problemas de Farfax. La «esclava» sonrió como si el cliente acabara de formular una pregunta realmente muy estúpida, y volvió con el noticiario antes de que el último trozo de carne de nerf hubiera desaparecido del plato. El precio de satisfacer ese capricho fue añadido a la factura de Luke bajo la forma de una considerable suma en concepto de servicios suplementarios, junto con el coste de la bebida.

Unos minutos después, un Jabba holográfico se materializó sobre el gran estrado que dominaba el local. Su aparición señaló el comienzo de un espectáculo basado en un guión muy complicado cuya acción prometía involucrar no sólo a «Bib Fortuna» y las danzarinas, sino también a actores adicionales y a la clientela del club.

! Luke pensó que era un buen momento para marcharse. Su decisión quedó reforzada cuando, mientras subía el tramo curvado de escalones que llevaban a la calle, se encontró con el cazador de recompensas Boussh bajando por ellos, con un Chewbacca nada convincente remolcado detrás de él.

—¿No eres un poco bajito para ser un wookiee? —murmuró Luke mientras pasaba junto a los dos actores.

Cuando llegó a la zona de atraque, la puerta seguía cerrada, los sellos del esqui se seguían bloqueados y Akanah seguía sin haber vuelto. Tampoco había ninguna señal de que hubiera regresado y se hubiera vuelto a marchar. Luke consultó el cronómetro y descubrió que ya llevaba más de dieciséis horas solo.

«¿Dónde te has metido? —pensó—. ¿Qué estás haciendo, y por qué tardas tanto en hacerlo? Tienes tan poco dinero, y no me pediste ni un crédito,..., y el dinero es lo único que inspira respeto en este sitio...»

Pero consiguió resistir el impulso de coger su espada de luz y dirigirse al Distrito de Pemblehov. Subió a la cubierta de vuelo de la *Babosa del Fango* y se instaló en el sillón de pilotaje con su lector y dos tarjetas de datos que le habían salido bastante caras. Mientras la balanza de la noche se iba inclinando lentamente hacia el amanecer, Luke se distrajo leyendo una serie de absurdos sobre los Jedi y las inquietantes noticias sobre lo que parecía una guerra inminente..., mientras deseaba con todas sus fuerzas que, fuera cual fuese el sitio en el que estuvieran en ese momento, ni Akanah ni Leia necesitaran su ayuda más de lo que necesitaban que se mantuviera alejado de ellas.

Akanah se detuvo delante del bloque de casas conocido como Atrio 41 y lo contempló con el rostro lleno de consternación.

Incluso vista bajo la misericordiosa luz de la mañana, la torre de quince niveles parecía un hogar concebido para personas que hubiesen adquirido la costumbre de dejar todas sus posesiones en los casinos. El letrero apagado había perdido la mitad de las letras, y las puertas de seguridad del arco de entrada estaban sostenidas por barras metálicas que las mantenían abiertas. Un olor bastante desagradable, que parecía surgir de los rayos de sol que brillaban sobre la piedra, flotaba en el aire.

El viaje que Akanah había debido emprender para llegar hasta allí la había llevado por docenas de clubes de mala nota, tiendas y locales nocturnos de la segunda franja de los distritos exteriores de Talos: el Nuevo Mercado, bautizado así en un obvio exceso de optimismo; la repugnante sala de subastas de carne y cuerpos que era Pemblehov; la considerablemente violenta Guarida del Demonio... Akanah había comprado e intercambiado información en la escasa medida en que se lo permitían sus recursos, andado largas distancias que le habían dejado los pies dolorosamente hinchados, rechazado tres ataques y un mínimo de veinte propuestas e insinuaciones sin derramar sangre, y había sido tratada con inesperada compasión por el jefe de una banda callejera, quien le había proporcionado un refugio donde descansar sin esperar nada a cambio.

Y por fin se encontraba delante de su objetivo, quitándose un poco de suciedad de la calle de la manga de su capa dariana mientras intentaba no dejarse dominar por la desilusión. Descubrió que casi estaba esperando que su último informador le hubiera mentado; haber sido engañada sería preferible a tener que aceptar aquello como la verdad. Fue esa esperanza, de hecho, lo que acabó impulsándola a ir hacia el arco de la entrada.

La torre del atrio apenas si merecía ese nombre. Sólo tenía cuatro metros de anchura y diez metros de longitud, y en realidad más bien era un pozo de escalera abierto que terminaba en una claraboya. Balcones formados por una estructura de parrillas metálicas cuyas barandillas estaban dobladas y medio rotas dibujaban un círculo alrededor del atrio en cada nivel, y estaban unidos entre sí mediante precarias pasarelas en el extremo más angosto. Puertas triangulares que imitaban las parrillas metálicas de los balcones daban acceso a los cuatro apartamentos de cada nivel.

Akanah llegó al tercer nivel sin que nadie intentara detenerla, pero una vez allí se encontró con un gotaliano de pelaje grisáceo vestido con una guerrera negra de oficial de la Armada Imperial en cuya pechera se veía el agujero de bordes ennegrecidos dejado por un haz desintegrador, y de cuya cadera colgaba una hoja vibratoria enfundada en un cinturón del tipo que solían usar los contrabandistas.

—Hermoso trofeo —dijo—. Era de un vicealmirante, ¿verdad? ¿Lo obtuviste personalmente?

El gotaliano respondió con un gruñido inarticulado.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes si Joreb Gross vive aquí?

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Akanah.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—No me envía nadie. He venido por razones particulares, y estoy buscando a Joreb Gross.

—El amo Joreb es el dueño de todo esto, y su benevolencia permite que sus amistades y sirvientes disfruten de las comodidades de su dominio. ¿Eres una de sus chicas?

—Sí —dijo Akanah—. Soy una de sus chicas.

—Llegas pronto —dijo el gotaliano—. No molestes al amo. Ve a la sala de juegos y espera a que lleguen las demás.

—No he venido para las audiciones de la mañana —dijo Akanah, empezando a impacientarse. Su mente agitó suavemente las ondas de la Corriente y las arremolinó alrededor de los altamente sensibles conos receptores de la cabeza del gotaliano, con la esperanza de ablandar un poco su inflexibilidad—. Llévame ante su presencia, por favor.

—Cuando el amo despierte, le diré que una mujer llamada Akanah ha venido y que ha solicitado verle por razones particulares —dijo el guardia—. El amo decidirá qué significado tiene eso para él. —El gotaliano señaló una puerta situada un nivel más arriba en el otro extremo de la sala—. Espera ahí.

Joreb Gross caminaba con el orgulloso contoneo de las criaturas mezquinas y traicioneras que están firmemente convencidas de ser muy importantes, y se comportaba con la arrogancia propia de alguien que siempre cree ser el más poderoso de todos los presentes. Alto y esbelto, con dos penetrantes ojos azul claro que brillaban en un rostro que el paso del tiempo sólo había marcado con unas cuantas arrugas, Joreb era apuesto a pesar de su avanzada edad. Su larga y abundante cabellera plateada quedaba recogida hacia atrás por una peineta vertical y colgaba a lo largo de su espalda.

Pero la imitación barata de traje de vuelo que llevaba era de colores demasiado chillones y no resultaba nada convincente, y sus botas negras habían sido lustradas hasta adquirir un grado de brillantez altamente improbable. Su sonrisa poseía el mismo falso resplandor de sus botas, y sus astutos ojos azules recorrieron a Akanah con descarada familiaridad antes de sostenerle la mirada.

—Así que tú eres mi visitante —dijo Joreb.

—No —dijo Akanah, manteniéndose muy erguida—. Soy tu hija.

Joreb reaccionó abriendo mucho los ojos, pero al principio no dijo nada. Después fue caminando en un lento círculo alrededor de ella mientras mantenía las dos manos detrás de la espalda y se rodeaba una muñeca con los dedos de la otra mano.

—Mi hija... —repitió—. ¿Quién es tu madre?

—Mi madre era Isela Talsava Norand —dijo Akanah—. Murió hace tiempo.

Joreb completó su circuito, se detuvo delante de Akanah y se inclinó sobre ella.

—Ese nombre es totalmente desconocido para mí —dijo—. ¿Qué quieres, hija de Isela?

—Que no me mientas —replicó Akanah—. Conocías muy bien a mi madre, así que permíteme que te recuerde cuándo os conocisteis. La conociste en Praidaw, viniste a vivir con ella en Gavens, donde mi madre tenía una casa en Torlas..., la casa en la que nací. Después te trasladaste a Lucazec con nosotras. Y antes de que transcurriera un año, te fuiste y nos dejaste abandonadas en Lucazec.

—Hablas de cosas que son más viejas que mis recuerdos —dijo Joreb—. ¿Cómo voy a saber si hay algo de verdad en ellas?

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Akanah, con un repentino estallido de ira tanto en sus ojos como en su tono—. Era yo quien tenía muy pocos años, no tú. Fui yo quien tuvo que enterarse de tu existencia en una historia contada por mi madre.

—No he oído esa historia —dijo Joreb—. Tal vez quieras contármela.

—He venido de tan lejos para encontrarte... —murmuró Akanah con un hilo de voz—. ¿Cómo puedes tratarme con tanta frialdad?

—No careces de atractivo, y quizá haya algo en tus ojos que me resulta familiar —dijo Joreb—. Pero... Verás, he desarrollado una considerable afición al azul de Rokna —añadió con voz apenada, como si le estuviera pidiendo disculpas—. ¿Conoces el azul de Rokna?

—Es un veneno letal —dijo Akanah—. Se extrae de un hongo arbóreo que crece en los bosques de Endor.

Joreb extendió una mano y agitó un dedo delante de ella.

—Sí, exactamente... Endor. Lo había olvidado. Pero lo que quizá no sepas es que el azul de

Rokna no es tan mortífero como creen algunos. Una cantidad minúscula provoca un exquisito estado de felicidad. Aumenta enormemente las sensaciones producidas por cualquier clase de placer durante horas y horas... Es indescriptible, créeme. Debes probarlo para saber a qué me refiero. Me encantaría poder proporcionarte tu primera...

—No, gracias —dijo secamente Akanah—. ¿Qué tiene que ver todo esto con tu memoria?

Joreb se sobresaltó y la miró fijamente, como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿Qué...? Ah, sí. Tal como estaba diciendo, en las dosis adecuadas, un microgramo, no más, el azul no es letal. Pero aun así, sigue exigiendo un precio a cambio de sus bendiciones.

—¿Un precio?

Joreb se rozó la sien con dos dedos de su mano izquierda.

—Mis recuerdos no se remontan ni siquiera hasta un año atrás. Todo me resulta nuevo. No, no me compadezcas... He elegido existir en un presente increíblemente vivido en vez de agarrarme a lo que ahora es el pasado olvidado.

Akanah no intentó ocultar su horror.

—¿Cómo has podido llegar a hacer semejante elección?

Una gran sonrisa fue curvando lentamente los labios de Joreb e iluminó su rostro.

—Un éxtasis que se encuentra más allá de lo imaginable... —dijo—. Podría mostrártelo.

—No —replicó Akanah con firmeza.

Joreb se encogió de hombros.

—Tu elección me resulta tan incomprensible como a ti la mía. ¿Acaso tienes recuerdos que merezcan ser conservados? Parece ser que en mi caso no era así.

—Yo los habría conservado como si fueran tesoros —dijo Akanah, y las lágrimas fluyeron de sus ojos—. Vine aquí para encontrar a mi padre. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Si quieres, puedes quedarte —dijo Joreb—. Hay habitaciones disponibles en los niveles superiores. O, por lo menos, creo que todavía hay habitaciones disponibles... Trass lo sabrá. Pero me temo que nunca seré capaz de añadir nada a la historia que te contó tu madre. Puede que seas mi hija, tal como dices —añadió Joreb, y después movió la cabeza en una lenta y melancólica negativa—. Pero yo no soy tu padre.

Akanah volvió al Hangar de Atrake A13 veintidós horas después de haber salido de él, con el rostro pálido, la ropa sucia y los ojos opacos e inexpresivos.

—No están aquí —dijo cansinamente mientras subía al esqui y despertaba a Luke de una siesta en el sillón de pilotaje que no había planeado echarse—. Podemos irnos.

Después, sin decir nada más, intentó meterse en la litera y cerrar la cortina para borrar la presencia de Luke. Pero Luke, que no estaba dispuesto a conformarse con tan poco después de tanto tiempo, la siguió.

—¿Adonde has ido? —preguntó, agarrando la cortina con una mano y corriéndola a un lado—. ¿Descubriste algo?

—Lo suficiente —dijo Akanah, dándole la espalda—. Te lo contaré cuando hayamos despegado.

—Dijiste que volverías a buscarme. Me gustaría ver la escritura de la Corriente. Me gustaría ver el sitio en el que vivieron. Tal vez haya algo que pueda percibir.

—Estoy demasiado cansada —dijo Akanah.

—Y además estás hecha un desastre, pero supongo que eso no tiene demasiada importancia —dijo Luke—. Oye, pagué para que limpiaran la ducha. Creo que deberías volver a ensuciarla, y ya hablaremos cuando te hayas aseado. Ocurra lo que ocurra luego, estoy seguro de que así te sentirás mejor.

Para su sorpresa, Akanah no opuso ninguna resistencia y siguió sus instrucciones. Permaneció mucho rato debajo del agua, duchándose durante todavía más tiempo de lo que lo había hecho Luke. Cuando salió de la ducha, se mantenía un poco más erguida, su rostro había recuperado una parte del color perdido y había algo de vida en sus ojos.

Pero Luke enseguida tuvo la impresión de que fueran cuales fuesen las energías que le había devuelto la ducha, habían sido invertidas directamente en un nuevo despliegue de tozudez. Akanah se negó a llevarle a la ciudad, o a hablar de lo que había hecho y de adonde había ido.

—Quiero dormir —dijo, deteniéndose delante de la escalerilla de acceso a la cubierta del esqui con su sucia capa dariana colgando de un brazo y el sol reluciendo sobre las últimas gotitas de agua que todavía perlaban sus hombros desnudos—. Me voy a dormir, o de lo contrario me quedaré dormida de pie aquí mismo y me caeré.

—Alquilaré un deslizador...

—¡No! —replicó secamente Akanah—. Ya no tenemos nada más que hacer aquí; no se me ha pasado por alto nada, y puedo contarte todo lo que he descubierto cuando haya descansado. Limítate a sacarnos de aquí, ¿de acuerdo? Despega y da un salto hiperespacial de unas cuantas horas luz en dirección al Núcleo. Cuando hayas acabado de hacer todo eso, ya debería volver a convertirme en un ser humano. Pero en estos momentos necesito estar a solas, y necesito dormir..., y eso es lo que voy a hacer.

Akanah pasó lo bastante cerca de él para que pudiera percibir el olor del jabón en sus cabellos y subió por la frágil escalerilla del esqui. Con un fruncimiento de ceño lleno de resignación, Luke fue hasta la popa de la pequeña nave e inició su inspección preliminar al despegue. Cuando hubo terminado y subió por la escalerilla para entrar en el compartimiento de vuelo, la litera estaba tan herméticamente cerrada como el capullo de una oruga y, al igual que un capullo, ofrecía la misma carencia absoluta de pistas sobre lo que acabaría surgiendo de ella cuando volviera a abrirse.

Luke volvió a instalarse en el sillón de pilotaje con un suspiro, apagó el cuaderno de datos y lo metió debajo de una tira de sujeción.

—*Babosa del Fango* a torre de Talos —dijo después—. Partiremos de la zona A-Trece y solicitamos permiso para ponernos en órbita.

—Torre de Talos. Tenga la bondad de esperar un momento, *Babosa del Fango*... Hay bastante tráfico por delante de ustedes.

Luke echó un vistazo al cronómetro y meneó la cabeza mientras fruncía los labios en una mueca sardónica. Faltaban unos cuantos minutos para que llevaran un día entero en Atzerri.

Su réplica fue mucho más propia de Luke que de Li Stonn.

—Torre de Talos, recibido. Estoy viendo el tráfico en mis sensores, y desde aquí parece como si un contable bastante lento estuviera haciendo una anotación extra —dijo—. ¿Cree que el que haga vibrar las paredes con mis toberas mientras espero a que cuente hasta uno le ayudaría a ir un poquito más deprisa?

El permiso para despegar llegó unos momentos después. Pero Luke no se sorprendió demasiado cuando descubrió que la última factura que le había sido transmitida mientras salía de la atmósfera, consideraba que debía pagar dos días de tarifas de atraque.

«Comerciantes Libres... —pensó Luke, muy disgustado—. Ladrones que van repartiendo tarjetas con la dirección de su sede central, eso es lo que son.»

Unos momentos antes de dar el salto que los alejaría de Atzerri, Luke se acordó del informe sobre la *Babosa del Fango* que había solicitado al Registro de Naves de la Nueva República en Coruscant e hizo que se lo transmitieran.

Era mucho más corto que el informe sobre el *Estrella de la Mañana*, como correspondía a una nave que Luke suponía había pasado la mayor parte de su vida en un atracadero. La pequeña nave era un vehículo espacial tan poco práctico que sólo podía usarse para las vacaciones ocasionales de un hombre de negocios o alguna que otra visita comercial que obligara a salirse de las rutas habituales. La mayor parte de su valor radicaba en el hecho de ser un símbolo de posición social, algo sobre lo que un Poseedor podía parlotear mientras los Desposeídos podían escucharle con envidia. A juzgar por la forma del fuselaje y la manera de repartir el espacio, la Verpine había prescindido muy conscientemente de las comodidades a cambio de un diseño que creara una impresión de velocidad mientras la nave permanecía inmóvil.

Pero Luke sólo estaba interesado en los registros de propiedad y las entradas más recientes de la bitácora de vuelo. Después del extraño comportamiento de Akanah en Atzerri, Luke había desarrollado un renovado interés hacia cualquier tipo de confirmación independiente de las cosas que le había estado diciendo. Seguía queriendo creer en ella, pero ya no estaba seguro de poder hacerlo. Y, de una manera o de otra, tenía que saber más sobre ella.

Luke también descubrió que había desarrollado una renovada curiosidad hacia las cosas que Akanah se estaba callando. Por ejemplo, había caído en la cuenta de que prácticamente cada vez que Akanah hablaba de su pasado, hablaba de su vida en Carratos, y no de la parte de su existencia que había pasado en Lucazec. Sabiendo con cuánta avidez anhelaba obtener cualquier tipo de información sobre su madre, Luke había esperado que Akanah se mostrara generosa en lo referente a las anécdotas y los recuerdos sobre la parte de su vida que la joven afirmaba recordar con más ternura.

Pero esas rememoraciones habían sido muy escasas, y Nashira había aparecido en un número todavía menor de ellas. Eso hizo que Luke empezara a formularse algunas preguntas, y las preguntas acabaron llevando a la duda, y la duda a la sospecha..., con lo que Luke se encontró en una situación altamente indeseable.

En consecuencia, al principio Luke sintió un gran alivio cuando la pantalla inicial del expediente le informó de que el NR80-109399, correspondiente a una Aventurera Verpine, Modelo 201, grupo de producción E, pertenecía a:

Akanah Norand Pell, adulta y residente en Chofin, un asentamiento perteneciente al estado autónomo de Carratos, bajo la autoridad del cual se ha otorgado este registro.

Y la fecha de los artículos de registro era reciente; de hecho, aún no había transcurrido medio año desde entonces.

Luke pasó a examinar la bitácora de tráfico, y encontró más buenas noticias. Los únicos planetas visitados por la *Babosa del Fango* desde que había pasado a ser propiedad de Akanah eran Golkus y Coruscant, y Golkus estaba lo suficientemente cerca de formar parte de una hipotética línea trazada entre Carratos y Coruscant para que el hacer un alto en el camino allí no necesitara ninguna explicación. Pero, y eso era bastante curioso, los registros no mencionaban su partida de Coruscant, así como tampoco hacían mención de sus paradas en Lucazec, Teyr o Atzerri.

Luke podía explicar la última omisión mediante los ciclos de puesta al día de los registros; los sistemas de registro todavía no habían dispuesto del tiempo suficiente para llevar a cabo la transmisión rutinaria de datos entre esos centros de control de vuelo y Coruscant, o para añadir esos datos al registro principal. Pero la primera omisión resultaba tan sorprendente como incomprensible. El pequeño truco de enmascaramiento utilizado por Luke durante su partida de Coruscant sólo debería haber ocultado su punto de origen a quien pudiera estar observándoles

y haber eliminado cualquier posible curiosidad provocada por alguna alarma de trayectoria indebida que hubiese podido empezar a sonar en el Control de Vuelo.

Pero en lo que concernía a Coruscant, la *Babosa del Fango* nunca había despegado de su superficie. El esquife nunca había solicitado el permiso para ponerse en órbita, y nunca había llegado a solicitar la autorización que permitía atravesar el escudo planetario..., a pesar de que no podrían haberse ido sin ella. Y la travesía del escudo requería no sólo que el esquife respondiera a la interrogación del transductor, sino también que el Registro de Naves verificase su identificación. No había forma de imaginar qué cadena de circunstancias había hecho que su partida no quedara anotada en los registros.

Luke se preguntó qué ocurriría cuando los datos de puesta al día de aquellos planetas llegaran al registro central y la *Babosa del Fango* se encontrara súbitamente en dos sitios a la vez.

Y entonces, y sólo por un momento, jugueteó con la idea de que en realidad los dos sitios eran el mismo..., de que seguían estando en Coruscant, quizá incluso en su refugio de ermitaño, y de que todo lo ocurrido desde que conoció a Akanah era el resultado de algún complicadísimo engaño.

Luke rechazó rápidamente esa idea por considerar que daba una solución demasiado radical al misterio. Pero el hacerlo dejaba una pregunta muy inquietante por responder: ¿de qué era capaz realmente Akanah? ¿Cuáles eran los límites de su poder?

«¿Puedo ocultarnos durante la partida?», le había preguntado.

Y a Luke no se le había ocurrido ningún motivo para negarse.

¿Qué había hecho Akanah? ¿Algo que podía ocultarlos por completo del mejor sistema de seguridad planetaria que podían llegar a diseñar los mejores ingenieros? Luke se dio cuenta de que había toda una pauta oculta que se le había estado pasando por alto. ¿Cómo se las había arreglado Akanah para entrar en su refugio sin que él percibiera su presencia? ¿Cómo había logrado burlar la vigilancia del androide de seguridad para entrar en el comunal de Teyr? Todas aquellas preguntas señalaban hacia la misma respuesta: Akanah poseía algún poder de engaño, ilusión o camuflaje que iba mucho más allá de cualquier capacidad que Luke pudiera invocar.

«Akanah puede ver a través de mis proyecciones —pensó, acordándose de cómo se lo había demostrado—. Me pregunto si yo podría ver a través de las suyas... De hecho, me pregunto si podría darme cuenta de que está usando una proyección.»

Luke estaba tan absorto en aquellos pensamientos que estuvo a punto de pasar por alto la otra sorpresa que contenía el informe enviado por Coruscant. La sorpresa estaba aguardándole en la sección que contenía el historial de propiedad, y sus ojos se posaron sobre ella mientras se estaba preguntando qué necesidad había podido tener Akanah de comprar una nave si poseía tales talentos para pasar desapercibida.

«Podrías haberte introducido en cualquier nave cuando quisieras —estaba pensando—. No tenías por qué verte atrapada en Lucazec. Demonios, pero si podrías haber robado el dinero para pagar el pasaje, o incluso para lo que costara la nave...»

Y entonces vio que el único propietario anterior del esquife había sido un hombre llamado Andras Pell, y que la categoría de transferencia registrada era:

CLASE III, LIBRE DE IMPUESTOS — HERENCIA POR MATRIMONIO.

Luke se levantó del sillón de pilotaje y giró sobre sus talones para clavar la mirada en la cortina corrida que ocultaba la litera. «Me pregunto cómo compraste tu libertad... —pensó sin apartar los ojos de la cortina que le impedía ver a Akanah—. ¿Y qué más me estás ocultando?»

Akanah hibernó —o se escondió— durante casi diez horas. Pero en vez de frustrar la curiosidad de Luke, su ausencia produjo el efecto de impulsarla en una nueva dirección. Durante las cinco últimas horas del aislamiento de Akanah, la *Babosa del Fango* flotó a la deriva por el espacio real en la periferia de la Nube de Oort de Atzerri, teniendo a los fríos cometas de hielo de metano por única compañía. Con todas sus anteriores inhibiciones sobre el llevar a cabo averiguaciones a espaldas de Akanah desaparecidas, Luke hizo pleno uso del tiempo, sus créditos y sus códigos de acceso de alta prioridad.

Pidió a Carratos cualquier información disponible procedente de las redes de noticias y los registros políticos o policiales sobre Akanah Norand Pell, Andras Pell y Talsava. Envío la misma solicitud al departamento de archivos criminales y el registro de ciudadanos de Coruscant y a las sedes centrales de la Red Global de Noticias de Coruscant y la Red de Noticias Primaria de la Nueva República.

También se puso en contacto con el Servicio de Referencia de la Nueva República y solicitó un resumen de información sobre las convenciones y costumbres que regían la elección de nombres en Lucazec y Carratos, pensando que tal vez pudiera extraer otra pista de los nombres con que contaba.

Una segunda solicitud dirigida a la misma fuente pedía extractos de quinientas palabras de todos los textos en los que hubieran sido detectadas las palabras clave «fallanassiss» y «Corriente Blanca». Después de mantener una corta discusión consigo mismo, y a pesar de las patéticas y sensacionales inexactitudes en que incurría *Los secretos del poder de los Jedi*, Luke también se puso en contacto con un traficante de información de Atzerri y pagó cien créditos a cambio de una búsqueda basada en las mismas claves.

También solicitó un folleto de Términos y Condiciones Actuales al despacho del jefe de bibliotecarios de Obra-Skai. Los ordenadores de la biblioteca constituían la única organización que podía ofrecer más variedad y un mayor volumen de registros que los bancos de datos de Coruscant.

Pero la biblioteca era el gran tesoro planetario de Obra-Skai, y a la hora de compartirlo su generosidad tenía ciertos límites. Para proteger la biblioteca contra los robos, y a fin de proporcionarle los recursos necesarios para su mantenimiento, acceder a los registros significaba ir a

Obra-Skai o contratar los servicios de uno de los investigadores adiestrados por la propia biblioteca.

En cualquiera de los dos casos, Obra-Skai no era una fuente de información a la que se recurriese cuando estabas buscando respuestas rápidas. El lenguaje oficial de los sistemas de registros de la Nueva República era el básico, y todos los datos conocidos por Coruscant estaban clasificados en una de varias especificaciones de datos a las que se podía acceder con suma facilidad. Pero la biblioteca de Obra-Skai consistía en una colección de documentos primarios en diez mil formatos de almacenamiento distintos y en un número incontable de lenguajes. El índice general más completo sólo abarcaba el quince por ciento de los fondos de la biblioteca, y todos los índices de especialidades combinados sólo aumentaban ese porcentaje en unas cuantas unidades.

Ésas eran las razones principales por las que el folleto —que Luke recibió pocos minutos después de haberlo solicitado, en lo que supuso la primera respuesta a todas sus solicitudes— informaba de que una búsqueda normal de datos en un segmento de la biblioteca duraba un promedio de ocho días. La lista de espera para el tiempo de terminal era tan larga que las solicitudes tardaban quince días en ser satisfechas, y en el momento actual había ochenta peticiones de contratar los servicios de un investigador pendientes de ser atendidas.

Aquellas cifras bastaban para desanimar a cualquiera, pero aun así Luke envió un mensaje de mando-control a Erredós y Cetrespeó por un canal especial de hipercomunicaciones sintonizado con Yavin 4, dándoles instrucciones de ir a Obra-Skai y examinar los bancos de datos de la biblioteca en su nombre, tal como ya habían hecho en una ocasión anterior.

La única de todas sus solicitudes que fue rechazada había sido dirigida al Memorando Diario de Evaluación Táctica del Departamento de la Flota —también conocido como el mapa de problemas—, que consistía en un compendio de informes de situación procedentes de todos los mandos de base y unidades de la Flota. A diferencia del sistema de hipercomunicaciones de su ala-E, el de la *Babosa del Fango* carecía de índice militar, y no hubo forma de persuadir a la Sección de Inteligencia de que enviara un expediente marcado con la estrella blanca a lo que consideraba un receptor de naturaleza altamente dudosa.

Luke estuvo pensando en establecer contacto directo con el almirante Ackbar para pedirle una evaluación de los problemas surgidos en Farlax, ya que el noticiario que había leído en Atzerri era casi tan sensacionalista e increíble como el documento sobre los Jedi. Pero el hacerlo prometía suscitar preguntas que Luke no estaba preparado para responder y, posiblemente, hubiese acabado obligándole a una decisión que todavía no estaba preparado para tomar.

En vez de ello, Luke eligió ponerse en contacto con los departamentos de información pública del Senado y del Ministerio General. Solicitó el registro oficial de los últimos veinte días, con la esperanza de que podría leer entre líneas lo suficientemente bien para saber si había llegado el momento de volver a casa.

Después atenuó las luces del compartimiento de vuelo, se tumbó sobre la cubierta detrás de los sillones de control y cerró los ojos. Todas las solicitudes pendientes de respuesta requerían una cierta cantidad de paciencia, que iba desde los minutos hasta las horas y los días. Pero el mero hecho de enviarlas ya había bastado para que sus circunstancias actuales empezaran a

adquirir un aspecto bastante más prometedor. Aun suponiendo que algunos de sus esfuerzos no le aportaran ningún dato de utilidad, Luke podía permitirse albergar la esperanza de que cuando él y Akanah volvieran a hablar ya no tendría que hacerlo desde una situación de inferioridad.

«Por mucho que lamente decirlo, ahora lo que necesito es una razón para confiar en ti y no meramente una razón para querer hacerlo —pensó—. Si vamos a seguir adelante juntos, tendrás que empezar a confiar en mí.»

Una sensación vagamente parecida al cosquilleo de una pluma que se moviera dentro de su cráneo le despertó e hizo que Luke fuera consciente de dos cosas al mismo tiempo: de que se había quedado dormido encima de la cubierta, y de que estaba siendo observado.

Volvió la cabeza en la dirección de la que llegaba la sensación y abrió los ojos..., y se encontró contemplando a Akanah. La joven estaba sentada al borde del catre con las manos cruzadas encima del regazo, y el estado de su cabellera indicaba que acababa de levantarse.

—Hola —dijo Akanah—. Siento haber monopolizado la litera durante tanto tiempo. No pretendía hacerlo.

Luke, un poco sorprendido por su disculpa, se irguió hasta quedar sentado.

—Oh, no importa —respondió con voz un tanto pastosa—. Debía de hacerte mucha falta, ¿no? Al menos lo parecía cuando estábamos en Talos.

Akanah asintió.

—Ya que has mencionado Talos... Bueno, hay algunas cosas de las que debemos hablar —dijo—. Has tenido mucha paciencia conmigo, y yo he sido terriblemente injusta contigo. Mereces saber lo que me ha estado ocurriendo.

Luke, que ya tenía preparado su discurso de abertura, volvió a verse pillado por sorpresa y no supo qué decir.

—Bueno, pues adelante... Te escucho —acabó murmurando, no ocurriéndosele nada mejor.

Akanah señaló la parte delantera de la cubierta con una inclinación de la cabeza.

—Tienes algunos mensajes —dijo—. Probablemente querrás echarles un vistazo antes.

Luke le lanzó una mirada entre perpleja e interrogativa, pero fue hasta el asiento del copiloto y repasó la lista de contestaciones registradas en el sistema.

Había un acuse de recibo enviado por Streen desde Yavin 4 que Luke decidió leer más tarde. Tampoco prestó atención a las carpetas de prensa enviadas por el Senado y el Ministerio General, que eran irrelevantes por el momento.

El Servicio de Referencia de la Nueva República había respondido con un breve resumen sobre la elección de nombres que terminaba con tres mensajes:

Clave de búsqueda: FALLANASSIS — No encontrada

Clave de búsqueda: CORRIENTE BLANCA — No encontrada en esa combinación

Clave de búsqueda: FALLANASSIS + CORRIENTE BLANCA — No encontrada

Lo mismo había ocurrido con la respuesta del traficante de información de Atzerri, que consistía en una nota pidiéndole disculpas y una oferta de reducir la tarifa de búsqueda a la mitad en la próxima solicitud de Luke.

Luke fue examinando con creciente preocupación más de media docena de réplicas procedentes de distintas agencias y compañías de Carratos y Coruscant. Todas estaban singularmente desprovistas de información y sólo contenían unas cuantas fechas, unos cuantos datos pertenecientes a la categoría de las estadísticas vitales, y varios mensajes de NO ENCONTRADO y NO FIGURA EN LOS REGISTROS, con una pareja de secas negativas consistentes en un lacónico SOLICITUD DENEGADA perdidas entre el montón de contestaciones.

—Si me lo permites, voy a resumirte lo que dicen tus mensajes —dijo Akanah en voz baja y suave—. Mi nombre completo era Akanah Norand Gross, y ahora me llamo Akanah Norand Pell. Estuve casada en Carratos con Andras Pell, que tenía treinta y seis años más que yo. Andras murió un año después de que contrajéramos matrimonio, y yo heredé esta nave y unos cuantos miles de créditos. Su obituario afirma que la muerte se debió a causas naturales, y su defunción no parece haber despertado el interés de ningún funcionario, pero te estás preguntando si además de casarme con él pude haberle asesinado para escapar de Carratos. Y sean cuales sean las fuentes que has consultado, no contienen absolutamente ninguna información sobre los fallanassis.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Luke, retorciéndose en el sillón hasta quedar de cara a ella—. ¿Has leído mi correo?

—No. No he necesitado hacerlo.

—Sabías que iba a tratar de verificar la historia que me contaste, ¿verdad?

—Oh... Pensé que acabarías haciéndolo tarde o temprano. De hecho, pensaba que tardarías menos en hacerlo.

—Así que hiciste algunas averiguaciones por tu cuenta, y te enteraste de lo poco que había conseguido averiguar.

—Hice algunas averiguaciones, sí, pero para mí misma y porque necesitaba hacerlas —le corrigió Akanah—. No eres el único que anda buscando los fragmentos perdidos de su pasado.

Luke se inclinó hacia adelante hasta que quedó sentado al borde del asiento del copiloto.

—¿Y por qué hay tan pocos? —preguntó, y el tono acusatorio desapareció de su voz.

—Talsava y yo pasamos toda nuestra estancia en Carratos viviendo entre las sombras. Llegamos allí sin pasar por ninguna clase de control o registro oficial. Vivíamos en una región de Chofin donde la gente entra y sale sin que nadie se entere de sus idas y venidas. Cuando Talsava se fue, me convertí en uno de esos seres invisibles, no tenía absolutamente nada, y no hacía nada que pudiera introducir mi nombre en los registros de identidad laborales. De todo el período de tiempo que pasé en Carratos sólo hubo una pequeña parte en la que viviera por encima de esa frontera que separaba lo invisible de lo visible, y fueron los dos últimos años..., los años que pasé con Andras.

—¿Nadie se preguntó quién eras y de dónde habías venido?

—No. Los viejos registros fueron confiscados por el Imperio, y los registros de la ocupación fueron destruidos por el movimiento de liberación. Todo el mundo tuvo la oportunidad de volver a empezar partiendo de cero. Adopté un nombre siguiendo la costumbre local para las mujeres: un nombre propio, el nombre de la madre y el nombre del padre. Pero fuera de Carratos y de ese momento, ese nombre nunca ha significado ni significará nada en ningún sitio.

—Así que no hay ninguna razón para que ese nombre aparezca en ninguno de los registros de Coruscant.

—O en los de Lucazec, o en los de Teyr. No se trata de que haya otros nombres detrás del que estén escondidos los registros...

—En lo que concernía a los burócratas y los encargados de los censos, tú no existías.

Akanah sonrió.

—El censo de Carratos es una relación de las propiedades y de los propietarios —dijo—. Cuando no poseía nada, para el censo era como si no existiese. Cuando Andras me tomó por esposa, pasé a ser de su propiedad. Ahora que soy propietaria de esto... —alzó las manos para señalar el esquiife—, soy una persona.

Luke asintió con una lenta inclinación de cabeza.

—Supongo que de la manera en que lo explicas todo tiene sentido —dijo—. Pero he descubierto otra cosa para la que todavía no hay ninguna explicación. Los registros de tráfico dicen que seguimos estando en Coruscant, y estoy empezando a creer que seguiremos estando allí por muchos sistemas que visitemos.

Inexplicablemente, Akanah se rió.

—¿Había alguna visita a Golkus registrada en tu informe de seguimiento del tráfico?

—Sí, la había —dijo Luke—. Hiciste escala allí cuando ibas a Coruscant.

—¿Y el informe explicaba por qué fui a Golkus?

—No. La verdad es que no le di mucha importancia —admitió Luke—. Supongo que pensé que, siendo tu primer viaje a bordo del esquiife, o te surgió algún pequeño problema que no podías resolver sin ayuda, o sencillamente que no te gustaba estar sola en el espacio.

—Bueno... Lo segundo es verdad, desde luego. Pero lo primero también. Tenía un pequeño problema, y estaba relacionado con el transductor de identificación de la nave. Ya te lo dije, Luke, los fallanassis no dejamos ningún rastro que pueda ser seguido por alguien que no pertenezca al círculo. En Golkus había una persona que podía ayudarme a resolver ese problema.

—¿Cómo? Alterar los perfiles de identificación no es algo que esté al alcance de cualquiera.

—El nombre de esa persona no significaría nada para ti, pero podría perjudicarle —dijo Akanah—. Creo que hubo un tiempo en el que trabajaba con, o para, Talón Karrde.

—¿Cómo le conociste?

—Hace años visitó Carratos —replicó Akanah—. Cuando me enteré de por qué había ido allí, conseguí llegar hasta él y hacerle un favor. Pero aun así el precio fue bastante elevado. Le pagué con casi todos los créditos que tenía, además de con algunos favores que me debían otras personas.

—Así que alteró el perfil... ¿Qué hizo exactamente? ¿Sustituirlo por el de otra Aventurera Verpine? Con el resultado de que fue otra nave la que salió de Coruscant, ¿no?

—Oh... Hizo algo más que cambiarlo —dijo Akanah—. Si sólo le hubiera pedido eso, no me

habría salido tan caro. No, lo que hizo fue introducir un sistema extra en el transductor, lo que él llamaba un equipo de contrabandista.

—¿Me estás diciendo que esta nave tiene una caja negra? —exclamó Luke, muy sorprendido.

—Supongo que es así como la llaman. Cada vez que saltamos, el perfil cambia..., y se convierte en algo que tiene un aspecto totalmente legal pero que en realidad no lo es. Si hubiera dispuesto del dinero necesario, podría haber comprado identificaciones auténticas procedentes del mercado negro en vez de tener que conformarme con una simple falsificación.

—Y supongo que el sistema no se activa hasta después de que hayas despegado del sitio en el que te han hecho ese pequeño arreglo y hayas saltado al hiperespacio, ya que ésa es la única forma de evitar que vayas dejando un rastro que señale a ese caballero. —Luke frunció el ceño—. Oh, demonios, cuando pienso en la cantidad de días que hemos desperdiciado... Podríamos haber saltado al hiperespacio desde Lucazec, o desde Teyr...

—Yo insistí en que lo hicieras —protestó Akanah—. Recuerda que fui yo quien te pidió que desconectaras el bloqueo.

—Sí, pero te olvidaste de mencionar que el hacerlo no suponía ningún riesgo —gruñó Luke—. Salimos disparados de un sistema bajo una identificación, entramos de puntillas en otro bajo una identificación distinta..., y nadie establece ninguna relación entre las dos identificaciones. Muy eficiente. Ese tipo de Golkus debe de tener muchísimos clientes.

—Prefiere tener los menos posibles —dijo Akanah—. Tuve la impresión de que se considera retirado. Dijo que siempre es muy selectivo a la hora de escoger las personas para las que está dispuesto a hacer ese tipo de trabajos.

—Bueno... Supongo que el hecho de que viva en Golkus y no en Talos respalda esa afirmación —dijo Luke, meneando la cabeza—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Lo hice —replicó Akanah—. Acabo de hacerlo.

—No intentes esconderte detrás de tecnicismos —dijo Luke.

—Tienes razón —dijo Akanah—. La verdad es que no estaba preparada para confiarte esa información. No podía estar totalmente segura de que no llegara un momento en el que necesitaría protegerme de ti. Tengo muchas cosas que proteger.

—Pero ahora estás preparada para confiar en mí.

—Si no confío en ti, estaré totalmente sola —dijo Akanah, y una sombra casi imperceptible de la vieja melancolía volvió a aparecer en sus ojos—. Y ya no me siento capaz de seguir soportando la soledad... Nunca quise estar sola, y ahora sencillamente soy incapaz de vivir sola. No puedo mantenerte a distancia cuando lo que necesito es volver a sentir que puedo compartir mi vida con alguien.

—Akanah...

—Los secretos son como paredes, ¿verdad? Separan a las personas. Y he pasado tanto tiempo ocultándome detrás de esas paredes que... Bueno, ya no puedo seguir haciéndolo —dijo Akanah—. Te enseñaré a leer la escritura de la Corriente, Luke. Y si lo deseas, y si me das el tiempo suficiente para ello, te enseñaré todo lo demás. Te convertirás en uno de nosotros, y llegarás a ser un verdadero adepto de la Corriente Blanca. Por fin podrás recorrer el camino que siguió tu madre.

Luke era muy consciente del significado de lo que le estaba siendo ofrecido.

—Gracias —dijo, con la voz enronquecida por la emoción—. La mera posibilidad de que pueda encontrarla... Quiero que mi madre ocupe un lugar lo más importante posible en mi vida, Akanah... Anhelo ese equilibrio, pero...

—Pero todavía tienes algunas preguntas que hacerme, ¿verdad? —murmuró Akanah, terminando la frase por él.

—Sí.

—No te las calles por temor a parecer desagradecido, por favor. Hazme esas preguntas.

Las palabras de Akanah habían conseguido capturar con toda exactitud la naturaleza de su reluctancia.

—¿Figura la telepatía entre las capacidades de los adeptos?

Akanah dejó escapar una suave carcajada.

—¿Tan grande es el temor reverencial que Luke Skywalker inspira a la gente? ¿No crees que el que no se atrevan a mirarte a la cara tal vez haya hecho que encontrarte con un grado de atención simplemente normal te parezca un acontecimiento excepcional?

Los labios de Luke se curvaron en una sonrisa melancólica y levemente avergonzada.

—Quizá.

—Pues no debería ser así—dijo Akanah—. Y ahora, pregúntame lo que realmente quieres

saber. Supongo que es algo relacionado con el contenido de esos informes, ¿no?

—Es algo que no figura en ellos —dijo Luke—. Tenías razón, Akanah. No había ni una sola palabra sobre los fallanassis... Todos los registros de Lucazec, Teyr, Coruscant o Atzerri me han dado la misma respuesta: nada, absolutamente nada. Ni siquiera esa palabra, ¿entiendes?

—Debes de estarte preguntando si realmente existe un círculo —dijo Akanah—, o si todo esto no es más que una fábula urdida por una loca solitaria que ha intentado atraerte con ella —dijo Akanah, y su dulce sonrisa le invitó a hablar.

—Es sólo que... Bueno, esperaba que hubiera algo. Rumores, mitos, leyendas, supersticiones... Resulta difícil entender cómo es posible que un pueblo tan poderoso como los fallanassis, y con una historia tan larga como la que tú has sugerido que tiene, pueda evitar dejar cualquier rastro de su existencia...

—Es posible porque nosotros hemos querido que lo fuera —se limitó a responder Akanah.

—O puede que las huellas estén allí, y que yo ignore cuáles son los nombres que me permitirían encontrarlas... ¿Qué me dices?

—Es posible porque nosotros hemos querido que lo fuera —repitió Akanah—. Cuando esas huellas aparecen, las borramos. Pero no hay muchas huellas que borrar, porque siempre nos hemos guiado por el propósito de no dejar huellas.

Luke asintió con expresión pensativa.

—No queréis vencer y no queréis convertir. Lo único que queréis es encontrar vuestro lugar en el universo.

—Sí. Si comprendes eso, entonces comprendes la verdad más importante de la Corriente Blanca —dijo Akanah—. Si se lo permites, la Corriente te llevará hasta el lugar en el que has de estar para poder encontrar las lecciones que debes aprender, el trabajo que has de hacer y las personas que necesitan que tú estés presente en sus vidas.

Luke asintió y se deslizó sobre el sillón de pilotaje.

—Y ya que hablamos de eso... Llevamos mucho tiempo parados, ¿no te parece? Tendríamos que seguir nuestro viaje —dijo—, pero necesito saber adonde vamos.

—A J't'ptan —respondió Akanah—. Vamos a un mundo llamado J't'ptan.

Luke se volvió hacia los controles.

—Bueno, me has vuelto a pillar en flagrante delito de ignorancia. Tendré que buscarlo en el atlas de navegación.

—Luke...

—¿Qué?

—¿No te parece que hay una pregunta que no me has formulado?

Luke reflexionó durante unos momentos. Había muchas preguntas que podía hacerle, pero ya no parecían tan apremiantes como antes. Luke estaba empezando a creer que Akanah acabaría respondiendo a todas ellas más tarde o más temprano.

—Sí, tienes razón —dijo por fin—. ¿Amabas a Andras?

—No es la pregunta que me esperaba —dijo Akanah, y se mordió el labio—. Sí. Le amaba. Jamás trató de imponerme su voluntad. Encontró algo en mí que creía era hermoso, y nunca intentó cambiarme. Y nunca fue cruel. Era como ser una niña..., como lo que debería ser la infancia. Ojalá pudiera haber durado más tiempo.

Curiosamente, J't'ptan no figuraba en la base de datos de navegación del esquife. La ortografía era tan extraña que Luke interrogó a Akanah al respecto.

—No encontrarás esa palabra en ningún diccionario de básico —respondió Akanah, alzando la voz para hacerse oír desde el cubículo sanitario—. Es la transliteración en básico de cuatro glifos místicos de la lengua de los h'kigs: «jeh», lo inmanente; «teh», lo trascendente; «peh», lo eterno; y «tan», la esencia consciente. Sólo «tan» puede ser escrito con todas sus letras. Los h'kigs consideran que los otros tres glifos son demasiado sagrados. La ortografía que te he dado es la convención que respeta esa creencia.

—Podrías haberte limitado a decir: «Sí, estoy segura de que se escribe así» —dijo Luke con fingido malhumor.

—La próxima vez lo haré.

El que el esquife no consiguiera identificar su destino obligó a Luke a enviar una solicitud de información a Coruscant, y a la *Babosa del Fango* a pasar algunas horas más en la periferia de la Nube de Oort. Cuando el Instituto de Exploración Astrográfica respondió a su solicitud enviando las coordenadas que había pedido, éstas hicieron que Luke abriera mucho los ojos.

—J't'ptan se encuentra considerablemente lejos de aquí —dijo mientras proyectaba la carta de navegación en la pantalla primaria y la ampliaba para empezar a examinarla—. Y no

podemos seguir un vector directo, porque eso nos colocaría en el lado equivocado de las Tierras Fronterizas durante todo el tercio central del trayecto.

—Lo cual supongo que sería bastante arriesgado, ¿no?

—Toda esa zona está llena de patrullas interdictoras —le explicó Luke—. Pero en el fondo da igual, porque de todas maneras J't'ptan está demasiado lejos para poder ir hasta allí de un solo salto hiperespacial. Si lo intentáramos, rebasaríamos en más de veinte horas el límite de navegación del esqui. Tendré que elegir un sitio para hacer una parada en algún punto del trayecto. —Luke agitó un dedo sobre una sección del mapa—. En algún lugar de esta zona, tal vez... Eso nos mantendría en el lado bueno de la línea.

—Dejo esa decisión en tus manos.

Luke trazó un pequeño cuadrado alrededor de su destino y amplió el mapa hasta que adquirió una escala más familiar. Las leyendas y demás identificadores se hicieron visibles.

—El Sector de Farlax —murmuró Luke.

—¿Qué has dicho?

—Habla conmigo mismo —dijo Luke—. Estoy bastante cansado. Mi mente ya se ha acostado en la litera.

Sometió el mapa a una nueva amplificación de un orden de magnitud. «No sólo Farlax... Eso es el Cúmulo de Koornacht», comprendió, y un fruncimiento de preocupación llenó de arrugas su frente. Luke sacó el cuaderno de datos de la sujeción debajo de la que lo había dejado, accedió al resumen de noticias y llevó a cabo una búsqueda rápida con «J't'ptan» como clave..., y sintió un considerable alivio cuando vio que no formaba parte de la lista de mundos afectados por los combates.

Con el ceño todavía fruncido, Luke pasó a concentrar su atención en los informes de los departamentos de prensa que seguían aguardando el momento de ser leídos en la cola de mensajes. Fue saltando de un párrafo a otro y enseguida encontró la confirmación del elemento clave en los informes enviados por las redes de noticias: algunos mundos-colonia del interior del Cúmulo de Koornacht habían sido atacados por las fuerzas yevethanas, y sus poblaciones habían sido exterminadas. Los informes daban el nombre de algunas colonias, y otras eran identificadas mediante el origen de los colonizadores. Pero no había ninguna mención de J't'ptan, así como tampoco la había de los h'kigs.

Volvió a ampliar el mapa de navegación y estudió la geografía del Cúmulo de Koornacht. J't'ptan se hallaba en el interior, y quedaba fuera del radio de acción de los sensores de una nave que se encontrara en la periferia del Cúmulo. Si había ocurrido algo allí, Coruscan! tal vez no tuviera forma alguna de saberlo.

«¿Se lo digo? ¿Esperamos aquí hasta saber algo más, o seguimos adelante?»

Mientras trazaba un curso alternativo —un curso que los llevaría lo más cerca posible de la frontera sin necesidad de llegar a cruzar la línea—, Luke se permitió tomar en consideración la horrenda posibilidad de que los yevethanos hubieran atacado J't'ptan y hubieran exterminado a los fallanassis. Cabía la posibilidad de que él y Akanah hubieran emprendido su viaje demasiado tarde..., por sólo unas decenas de días. Nashira podía haber estado viva cuando despegaron de Coruscant..., y haber muerto antes de que saltaran al hiperespacio.

Akanah salió del cubículo sanitario, y Luke volvió a dejar el cuaderno de datos debajo de la tira de sujeción mientras la joven venía hacia él.

«Puedo soportar esta carga. Puedo aguantar la incertidumbre..., y ella no», se dijo mientras apagaba la pantalla secundaria.

—Tenemos un vector bastante bueno hasta Utharia —le dijo—. Es un mundo tarrackiano que se encuentra justo al otro lado de la frontera. Una vez allí, deberíamos poder repostar sin problemas.

—¿Has estado en Utharia?

—No —dijo Luke, transmitiendo las coordenadas al piloto automático—. ¿Y tú?

—Tampoco.

—No puede haber ninguna recomendación mejor —dijo Luke, sintiéndose repentinamente tan cansado como había fingido estar hacía un rato—. Cuando lleguemos allí, te compraré uno de esos sombreros de recuerdo para los turistas.

No esperó a que Akanah se instalara en su sillón. Luke desconectó el seguro del impulsor hiperespacial y empujó los actuadores hacia adelante, y sus manos curvaron el tiempo, estiraron las estrellas y lanzaron la nave hacia Utharis.

Luke yacía de espaldas sobre la litera y mantenía los ojos clavados en el fascinador que cubría el mamparo por encima de la litera.

El delgado panel ofrecía varias ilusiones holográficas dotadas de profundidad, concebidas para combatir la claustrofobia provocada por el confinamiento a bordo de la nave, que iban desde un despliegue de tramas de luces y colores hipnóticos para inducir el sueño hasta otras exhibiciones de naturaleza puramente recreativa. Extendiéndose delante de los ojos de Luke había una gran galaxia de brazo espiral cuyo disco giraba lentamente en una ilusión perfecta que reproducía la galaxia tal como Luke habría podido verla desde el exterior de la nave, a mil años luz por encima del plano galáctico.

Luke ya había contemplado ese espectáculo con anterioridad: había podido verlo desde la fragata médica de la Alianza, en el punto de cita perdido en el espacio profundo al que habían puesto el nombre en código de Refugio. Aquella visión hizo que su mente retrocediera en el tiempo y volviera a los meses siguientes a la catástrofe de Hoth y la huida de Bespin. Luke extendió su mano derecha, la mano biónica, y la alzó delante de su rostro y flexionó los dedos, recordando..., intentando recordar...

Aún más que el abandonar Tatooine a bordo del *Halcón* con Han y Obi-Wan, había sido su encuentro con Vader, allí en la Ciudad de las Nubes, lo que había dividido la existencia de Luke en dos mitades. Antes de ese encuentro, Luke apenas se había diferenciado de cualquiera de las muchas víctimas que el Imperio iba dejando atrás sin prestarles atención: arrancado de su hogar por la brutalidad imperial, reclutado por la Rebelión más a causa de la rabia y la tragedia que de la ideología... Los haces desintegradores que mataron a Owen y Beru habían destruido un futuro y habían impulsado violentamente la vida de Luke hacia otro futuro muy distinto. Pero todo había parecido una cuestión de azar, no de destino.

Pero su encuentro con su padre había dejado caer un peso mucho más grande sobre sus hombros. Luke no comprendió lo que se esperaba de él hasta que se encontró colgando de aquel conducto de energía y oyó cómo la voz que surgía de detrás de la máscara negra pronunciaba palabras impensables. Hasta entonces Luke no había sabido que sólo él y nadie más que él podía cargar con ese peso. Recordar ese momento era recordar el momento en el que Luke se había convertido en Luke. Remontarse en el pasado para ir más allá de ese momento resultaba prácticamente imposible.

«Cuando tienes treinta y cuatro años, ya casi no puedes recordar cómo eras a los veintiuno», pensó.

El suave chasquido del botón que desactivaba el seguro de la cortina interrumpió el curso de su introspección. Un instante después, las manos de Akanah apartaron las dos secciones de la cortina.

—No me preguntes cómo lo he sabido, pero estaba segura de que no dormías —dijo Akanah, obsequiándole con aquella fugaz sonrisa que se había vuelto tan familiar para Luke—. Creía haber respondido a todas tus preguntas, pero al parecer no ha sido así. ¿A qué nuevos enigmas le estás dando vueltas ahora?

Luke meneó la cabeza.

—Estaba pensando en cuándo dejé de ser un niño..., y en cuánto tiempo parece haber transcurrido desde entonces.

—¿Y sí vives hasta ser tan viejo como Yoda?

Los labios de Luke se curvaron en una sonrisa llena de melancolía.

—Entonces probablemente me reiré de mí mismo por haberme sentido tan viejo cuando todavía era tan joven.

—No es el tiempo, Luke, es la responsabilidad —dijo Akanah, y la sonrisa se desvaneció—. Ya sé que tienes derecho a un poco de intimidad, pero... Hay algo que no te he dicho, y hubiese debido hacerlo. Y... Bueno, pensé que no debía dejar pasar más tiempo antes de decírtelo.

Luke se incorporó hasta quedar apoyado en los codos.

—Adelante.

Akanah se sentó sobre la pequeña cornisa formada por las guías de la cortina.

—Aunque me he callado algunas cosas que tú tal vez habrías deseado saber antes, siempre he intentado no mentirte —dijo Akanah—. Pero te mentí acerca de Atzerri.

Luke se irguió un poco más en la litera.

—Oh, ¿sí?

—Te llevé a Atzerri usando falsos pretextos —dijo Akanah—. El círculo nunca estuvo allí. Tenías razón en lo del *Estrella de la Mañana*. La escritura de la Corriente que encontré en Teyr decía que había que ir a J't'ptan.

—Y entonces ¿por qué fuimos a Atzerri?

—Tenía que hacerlo —dijo Akanah—. Tenía que tratar de encontrar a mi padre.

Luke la miró fijamente durante unos momentos, pero cuando habló lo hizo en un tono de voz sorprendentemente suave.

—¿Pensabas que no lo entendería?

—Me daba miedo lo que pudiera encontrar —dijo Akanah, bajando los ojos— y lo que pudieras pensar de mí si mi padre resultaba ser una persona a la que ni siquiera yo fuese capaz de respetar.

—Bueno... También puedo entender eso —dijo Luke—. Creo que Leia nunca se ha esforzado demasiado por encontrar a nuestra madre porque temía descubrir algo que no le gustara. Si estuviera en su lugar, tal vez yo también tendría miedo.

—¿Por qué?

Luke reflexionó en silencio durante unos momentos antes de responder.

—Los recuerdos que Leia guarda de nuestra madre son muy escasos y no nos han servido de mucho, pero aun así son como un tesoro para ella —dijo por fin—. Son los recuerdos de una niña: inocentes, idílicos... Y Leia los está protegiendo.

—¿Los está protegiendo? ¿De qué?

—De la realidad —replicó Luke—. Nada de cuanto Leia pueda llegar a descubrir sobre nuestra madre hará que esos recuerdos sean mejores de lo que ya son..., y en cambio podría descubrir muchas cosas que los mancharían. Leia nunca se ha visto obligada a tratar de entender toda esa complejidad que hace tan misteriosa a nuestra madre. ¿Qué clase de relación tenía con Vader? ¿Por qué tuvo hijos con ese hombre? ¿Por qué renunció a sus hijos? Cuando empiezas a permitir que una parte de ti mismo se haga ese tipo de preguntas, corres el riesgo de obtener una respuesta que no te va a gustar.

—Pero tu caso es distinto, ¿no?

—Yo no tengo recuerdos que proteger —dijo Luke, con una sombra de pena en la voz—. Sólo quiero saber cuál ha sido mi origen..., y qué más llevo dentro de mí. La posibilidad de llevarme una desilusión no me preocupa tanto como a Leia. —Luke se permitió una fugaz sonrisa sarcástica—. Aunque si descubriera que mi madre tuvo algo que ver con el proceso que acabó convirtiendo a Anakin Skywalker en Darth Vader...

—¡Oh, no! —exclamó Akanah, alzando la mirada y rozándole la mano en un gesto tranquilizador—. Te lo prometo... Nashira no es esa clase de mujer. Te ruego que me creas.

Luke asintió.

—Te creo.

—Eso es tan importante para mí..., y me temo que ahora he conseguido que te resulte imposible creer en nada de cuanto te diga —murmuró Akanah, con un temblor de angustia en la voz—. No quería que tuvieras ninguna razón para dudar de mí, y deseaba que no hubiera nada que pudiese impedirte acompañarme en mi viaje... —Sonrió melancólicamente—. Así que te mentí, naturalmente. Lo siento tanto, Luke... Sabía que no serviría de nada, claro. Sabía que nunca podría engañarte.

Luke curvó los dedos alrededor de la mano de Akanah y se la apretó suavemente.

—¿Encontraste a tu padre?

—Sí —dijo Akanah, y un brillo húmedo empezó a velar sus ojos—. En cierta manera, sí. Le encontré en el Distrito de Trasli. Es el jefecillo insignificante de una tribu mísera y harapienta, hinchado por los halagos y con el cerebro consumido por el azul de Rokna. No se acordaba de mi madre. No sabía que tuviera una hija. —Akanah intentó sonreír—. Esos pequeños fragmentos de nosotros que otras personas ocultan en su interior... Algunos conocen su valor, y otros los tratan como si no valieran nada. Cuando encuentres a Nashira, sé que ella te dará mucho más de lo que me dio Joreb Gross.

—No dispusiste de mucho tiempo —dijo Luke—. Podrías volver.

—No. Mi padre ha muerto —se limitó a decir Akanah—. Ahora hay otra persona viviendo en su cuerpo. Nunca volveré a hablar con esa persona.

Luke ya se había dado cuenta de que la calma de que estaba dando muestras Akanah en aquellos momentos sólo era el resultado de un gran esfuerzo de voluntad. La mano de la joven temblaba, sus ojos brillaban con el resplandor de las lágrimas producidas por aquella terrible pérdida, y su piel ardía con la fiebre repentina de su inconsolable desgracia. Pero Akanah nunca se permitiría pedirle nada más que su perdón.

—También entiendo eso —dijo con dulzura—. Sé lo que se siente al ver cómo esa puerta permanece cerrada y que más allá de ella sólo hay un espacio vacío... Lo siento, Akanah. Sé lo terriblemente doloroso que resulta.

—Él era mi última esperanza de encontrar una llave —dijo Akanah, sin poder evitar que el dolor que sentía fuese claramente audible en su voz—. Ahora los dos se han ido..., mi padre y

mi madre. Si no encontramos el círculo, siempre estaré sola.

Las palabras ya no ofrecían ninguna esperanza de consolarla, y la necesidad de Akanah era demasiado aguda para que pudiese ser ignorada. Con un delicado tirón de su mano y una mirada de confirmación cuyo significado no podía estar más claro, Luke la invitó a subir a la litera con él.

Después de un momento de vacilación, Akanah se introdujo por el hueco que separaba las dos mitades de la cortina y se hizo un ovillo junto a él, acunada por la curva del brazo de Luke. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, ya estaba llorando con sollozos casi inaudibles mientras su cuerpo temblaba junto al de Luke.

Pero Luke tuvo la impresión de que aquellas lágrimas eran más bien un alivio acogido con alegría que una nueva muestra de aflicción. Sin decir nada, estrechó a Akanah entre sus brazos e intentó envolverla en una manta de consuelo.

La galaxia giraba igual que una rueda muy por encima de ellos, con todo su tumulto inmensamente lejano y, por el momento, completamente olvidado.

Tercera parte

Leia

El virrey Nil Spaar volvió al mundo-cuna de los yevethanos como algo más que un héroe y muy poco menos que un dios.

El día de su regreso, más de tres millones de los Puros se congregaron para contemplar cómo la esfera reluciente del *Aramadía* descendía a través de los plumizos cielos de N'zoth. La red planetaria y los sistemas de hipercomunicación imperiales permitieron que la inmensa multitud de Hariz estuviera unida a toda la población de los Doce y los nuevos mundos del Segundo Nacimiento. El navío consular quedó tan brillantemente iluminado por los reflectores que parecía como si un fragmento de estrella estuviera devolviendo al arquitecto de la Purificación al seno de su pueblo.

—*M toi darama* —susurraba la multitud—. El Bendito se presenta ante nosotros...

Los generadores de humo de la cobertura volante formada por los cazas de escolta, crearon espirales púrpura y carmesí que flotaron durante unos momentos en las alturas antes de iniciar un lento descenso hacia el suelo. El rugido de los impulsores de ondas del *Aramadía* cayó sobre los millones de rostros alzados hacia el cielo de los Puros que se habían reunido allí para formar aquella gigantesca muchedumbre, y llenó de júbilo sus corazones. Todos acogieron el impacto de las oleadas de vibraciones con tanto deleite como si estuvieran siendo acariciados por las manos del mismísimo virrey.

—*Hi noka daraya!* —gritaron—. ¡El Resplandor se digna tocarme!

Miles de los que se encontraban más cerca de las barricadas quedaron sordos para siempre durante los últimos segundos del descenso, antes de que el *Aramadía* se posara sobre la estructura de sustentación, cuando las delicadas células capilares protegidas por la hilera de cavidades que se extendía a lo largo de las protuberancias óseas de sus sienes sufrieron espasmos tan violentos que acabaron chorreando sangre. Los yevethanos mutilados por las vibraciones cayeron de rodillas en un delirio de alegría, y gritaron el nombre del virrey mientras esparcían extáticamente la sangre sobre sus pechos como si fuera la más preciada de las medallas.

—Yo estuve en Hariz para dar la bienvenida al *darama* Spaar —dirían los sordos con orgullo en días venideros—. Mis oídos recuerdan el glorioso sonido de su gran poder lleno de pureza y amor, y ningún sonido inferior podrá hacérselo olvidar jamás.

A bordo del *Aramadía*, Nil Spaar permanecía inmóvil delante de la curvatura del ventanal de la galería de sus aposentos y contemplaba a la multitud. La pantalla de seguridad incorporada al ventanal impedía que ésta pudiera verle, pero Nil Spaar sí podía ver que sus yevethanos cubrían la gigantesca explanada con una alfombra de cuerpos que se extendía casi hasta el horizonte.

—Virrey... —dijo su ayudante Eri Palle, deteniéndose respetuosamente a unos cuantos pasos detrás de Nil Spaar—. Permitidme que os cuente lo amado que sois hoy. Todos y cada uno de los *nitakkas* que se han reunido ahí abajo están dispuestos a dar su sangre para alimentar a vuestra nidada. Todas y cada una de esas *marasis* están dispuestas a ofreceros su belleza y a ser vuestra compañera de apareamiento.

—Me halagas con la exageración —dijo Nil Spaar.

—No, *etaías* —protestó el ayudante—. El guardián de trabajo de vuestro departamento me ha dicho que se han visto abrumados por las ofertas. El centinela de la puerta de vuestra residencia ha contado a más de mil *marasis* que se han presentado allí impulsadas por la esperanza.

—¿De veras? —preguntó Spaar, lanzándole una rápida mirada por encima del hombro—. Si llegas a enterarte de que ha tomado a alguna para él, confío en que te ocuparás de que pague su error de una manera tan pública como dolorosa.

—Vuestro centinela jamás osaría faltáros al respeto de esa manera —dijo Eri Palle, perplejo y escandalizado—. Os es tan leal como cualquiera de nosotros..., como yo mismo.

—Siempre hay alguien lo suficientemente osado para hacer lo que no debe, Eri —dijo Nil Spaar, dando la espalda al ventanal—. Ésa es la manera en que la ambición se va haciendo un hueco en el mundo. Hace mucho tiempo, yo también me atreví a hacer lo impensable... ¿O

acaso ya has olvidado cómo abandonó su palacio el virrey Kiv Truun?

La nave se estremeció debajo de ellos cuando los soportes de descenso entraron en contacto con la plataforma y los estabilizadores absorbieron el peso del *Aramadia*. Después el gruñido lejano de los impulsores cesó de repente, y los sonidos más débiles de la maquinaria y los sistemas del *Aramadia* volvieron a ser audibles.

—No lo he olvidado —dijo Eri—. Todavía conservo mi guerrera, manchada con la sangre de Kiv Truun, para que me lo recuerde.

Nil Spaar asintió, y después se irguió cuan alto era delante del ventanal.

—Haz que disminuyan la potencia de los reflectores y di que bajen las pantallas, Eri. Dejemos que me vean.

Su ayudante se volvió hacia los controles del ventanal. Unos momentos después, la multitud vio cómo una delgada franja del casco de la nave se iba retirando hacia el interior para crear una balconada en su centro.

Inmóvil en aquel balcón había un yevethano muy alto vestido con el escarlata ceremonial, que alzó la mano hacia ellos en un gesto de saludo. La imagen proyectada y polarizada era repetida a intervalos alrededor de toda la circunferencia de la nave. Fuera cual fuese el sitio en el que se hallaran los fieles, todos podían alzar la mirada hacia el *Aramadia* y ver al líder de Yevetha.

La multitud rugió su bienvenida con una sola voz, enfebrecida y llena de alegría. El sonido que creó podía rivalizar con el estrépito de los impulsores de la nave e hizo que el casco del *Aramadia* vibrara en un estremecimiento de simpatía.

Nil Spaar se dejó envolver por su devoción y la absorbió ávidamente. La sensación era casi tan deliciosamente intensa como el abrazo de su nido, con la diferencia de que en vez de resultar relajante provocaba un deseo imposiblemente intenso. Tanto sus crestas de combate como sus espinas de apareamiento se hincharon bajo la repentina afluencia de sangre.

El rugido siguió y siguió, sin que hubiera ninguna señal de que quisiera cesar. Nil Spaar acabó sintiéndose incapaz de soportarlo por más tiempo y retrocedió, alejándose del ventanal mientras llamaba a Eri con un gesto de la mano.

El ayudante se apresuró a cerrar las pantallas, volviendo a convertir la galería en un recinto privado. Después retrocedió ante el virrey, cautelosamente consciente de la repentina hinchazón que habían desplegado las crestas de combate sobre el cráneo de Nil Spaar.

—¿Veis, *etaias*? —murmuró Eri mientras retrocedía—. Qué momento tan glorioso...

—Quiero bajar para estar más cerca de ellos. ¿Está preparado mi deslizador?

—El encargado del espaciopuerto os ha proporcionado un vehículo: es un deslizador procesional que ha sido construido especialmente para esta ocasión por los artesanos de los gremios de Giat Nor como ofrenda para vos. Se me ha dicho que la calidad del trabajo es impecable.

—Entonces iré a aceptar esta ofrenda que se me hace —dijo Nil Spaar, yendo hacia la entrada—. Gracias, Eri. Haz los arreglos necesarios para que mi familia sea transferida al palacio en cuanto la multitud se haya dispersado.

—Sí, virrey —dijo el ayudante, y la consternación ensombreció su rostro cuando comprendió que no se le permitiría ocupar un lugar en el vehículo procesional del virrey. Después, temiendo que Nil Spaar hubiera podido leer sus pensamientos a través de su expresión, se apresuró a doblar una rodilla en una rápida gnuflexión de obediencia—. Me honra poder servirlos, *darama* —murmuró.

Las puntas de los dedos de Nil Spaar rozaron la nuca de Eri mientras pasaba junto a él para alejarse por el pasillo.

—Me alegra oírlo —dijo el virrey—. Procura conformarte con eso, y no te dejes dominar por el deseo de ir más allá.

Ciegos, silenciosos y aislados unos de otros, los ciento seis navíos del Quinto Grupo de Combate de la Fuerza de Defensa de la Nueva República se abrían paso a través del hiperespacio e iban contando los minutos que faltaban para su llegada al Cúmulo de Koornacht.

—No me gusta nada hacer un salto tan largo para acabar saliendo en una zona de riesgo —masculló el general Ábaht mientras meneaba la cabeza.

El capitán Morano, capitán del transporte de la Flota *Intrépido*, navío insignia de la Quinta Flota, era el único miembro de la dotación del puente que se encontraba lo suficientemente cerca de Ábaht para poder oír sus palabras.

—¿Una zona de riesgo, general? —preguntó—. El último informe enviado por nuestros

merodeadores antes de que partiéramos de Coruscant decía que todo estaba tranquilo en los alrededores del Cúmulo de Koornacht. Creía que sólo íbamos a trazar una línea en el cielo.

—Tres días son tiempo más que suficiente para que puedan ocurrir muchas cosas, capitán. —Ábaht alzó la mirada hacia los cronómetros de la misión—. Pronto lo sabremos.

La fuerza expedicionaria saldría del hiperespacio tal como había entrado en él, y estaba obligada a mantener las velocidades, distancias entre navíos y programaciones cronológicas predeterminadas. Antes de partir de Coruscant, la Quinta Flota se había dispersado en la formación más amplia que podían permitir las rutas de salto que llevaban a las coordenadas del objetivo. El hurón señalizador había saltado primero, con los exploradores y navíos de patrullaje detrás y los navíos de combate meticulosamente dispersados y sus pantallas en último lugar. En cuanto hubieran saltado, ya no podrían introducir ningún cambio en su trayectoria. Los ingenieros de la Nueva República todavía no habían conseguido encontrar una solución a la interrupción de comunicaciones impuesta por el viaje hiperespacial. Una vez iniciado el salto, la Flota tenía que seguir adelante a ciegas hasta salir de él.

Eso significaba que había que tomar ciento seis decisiones distintas antes de que la Flota se pusiera en movimiento, y el número de soluciones posibles para esa matriz era incontable. Algunas soluciones resultaban ideales para una situación táctica, y eran desastrosas para otras. Al principio jugabas a las adivinanzas, y después tenías que librar un duro combate con el tiempo, que te exigía grandes reservas de paciencia, y Ábaht odiaba las largas horas en las que no había nada que hacer salvo preguntarse una y otra vez si habías tomado las decisiones correctas.

La gran preocupación siempre era la misma: la situación táctica podía haber cambiado. La peor versión de ese miedo era la de que el enemigo pudiera haberse enterado de cuáles eran los vectores de asalto empleados mediante espías o un merodeador, y que hubiera preparado una sorpresa mortífera.

Ésa era la razón por la que Ábaht siempre prefería saltar a una zona de reunión desde la que podría recibir informes puestos al día enviados por la Inteligencia de la Flota y hacer cualquier ajuste que fuese necesario antes de dar el salto final que llevaría a sus fuerzas a la zona del objetivo. Obrando de esa forma, Ábaht podía acortar la ventana de oportunidad creada por la suspensión de comunicaciones hasta dejarla en una hora o menos.

Pero la cautela tenía su precio, y el precio se pagaba en una moneda inapreciable: el tiempo. Ábaht había recibido órdenes de llevar la Quinta Flota a Koornacht lo más deprisa posible.

Ya era demasiado tarde para ayudar a Polneye o a Nueva Brigia, pero la princesa Leia y el almirante Ackbar querían hacer una demostración de fuerza inmediata. Parecía que sólo eso podría disuadir a los repentinamente depredadores yevethanos de proseguir sus conquistas volviendo la mirada hacia Galantes, Wehtam o cualquier otro asentamiento situado fuera del Cúmulo de Koornacht. La descripción figurativa del capitán Moranos cuando había hablado de trazar una línea en el cielo resultaba perfectamente adecuada a las circunstancias.

El informe final de los merodeadores que el general Solo había dejado en el Sector de Farlax no mostraba ninguna actividad de navíos enemigos fuera del Cúmulo de Koornacht, y muy poco tráfico de ninguna otra clase en toda la zona: los sensores sólo habían detectado la presencia de un par de cargueros independientes y un explorador minero de los gitanos del espacio en un volumen de más de cien años luz cúbicos. Los territorios de la Nueva República no habían sufrido ningún ataque, y tampoco había habido ningún enfrentamiento entre las fuerzas de la

Nueva República y los efectivos yevethanos. Aparte de todo eso, tampoco había que olvidar que la misión había empezado en el sistema de Coruscant!, un territorio de máximo nivel de seguridad. Los riesgos de dar un salto hiperespacial directo parecían bastante reducidos.

Pero siempre había riesgos. «Y lo único que puedes hacer es lanzarte a través del umbral sin saber qué habrá al otro lado», pensó Ábaht.

—La reentrada del hurón señalizador tendrá lugar dentro de diez segundos —anunció un sargento del grupo táctico—. Nueve. Ocho...

—Confirman nivel de alerta uno —dijo Morano.

—Confirmando nivel de alerta uno —dijo el oficial ejecutivo—. Todos los sistemas defensivos preparados para entrar en acción. Receptores de alerta rápida en verde. Todas las dotaciones de combate en sus puestos y preparadas. El Escuadrón Dos y el Escuadrón Cuatro están en sus cubiertas con los motores encendidos, y todos sus aparatos se encuentran preparados para un lanzamiento inmediato.

—Gracias, teniente.

Cuando la cuenta atrás llegó al cero, no hubo ninguna señal exterior de que hubiera ocurrido algo. En algún lugar situado por delante de ellos, el diminuto hurón señalizador y su dotación de androides deberían haber emergido al espacio real y haber iniciado sus funciones de recepción y decodificación de cualquier señal de alerta e informes de puesta al día tácticos enviados por el Departamento de la Flota. Pero Ábaht y sus hombres no sabrían si eso había ocurrido hasta que el *Intrépido* pasara por esa puerta invisible.

Otro cronómetro inició la cuenta atrás del corto intervalo que faltaba para la emergencia de los patrulleros y los navíos de exploración. El murmullo de fondo de la actividad en el puente del *Intrépido* se volvió un poco más ruidoso. El capitán Morano dio la espalda a los datos de situación de la pantalla visera, cruzó el puente hasta llegar al sillón de su puesto de combate, se sentó en él y se puso el arnés de seguridad. Ábaht hizo lo mismo poco después.

—Los navíos de patrullaje acaban de entrar en el espacio real —murmuró Morano, aunque la observación era totalmente innecesaria.

—¿Cuántos saltos de combate ha hecho, capitán? —preguntó Ábaht en voz baja y suave.

—Treinta y ocho en la casa redonda —contestó Morano, refiriéndose al centro de operaciones de combate—. Nueve en el puente, todos con posterioridad a la caída del Imperio.

—¿Y cuántos como capitán?

—¿Saltos de combate? Ninguno.

—Entonces le sugiero que empiece a repetirse a sí mismo que ha hecho cien.

—¿Por qué, señor?

—Porque así cuando sus tripulantes vuelvan la mirada hacia usted en los últimos segundos antes de que entremos en el espacio real, no verán ninguna razón para dejarse distraer por el miedo —replicó Ábaht—. Sea lo que sea lo que nos espera, y tanto da que sea una princesa como que sea un dragón, tenemos el deber de ir allí y enfrentarnos a su abrazo. Me estoy acordando de una plegaria dorneana que le oí recitar a mi madre en una ocasión: «Rezo para que mi hijo no muera hoy. Pero si muere, rezo para que muera con honor. Mas por encima de todo, rezo para que si sobrevive, no haya sido gracias al deshonor».

El capitán Morano asintió.

—¿Le gusta apostar, general? ¿Qué cree que nos espera al final del salto..., la princesa o el dragón?

El tercer y último cronómetro seguía con su cuenta atrás, y ya se encontraba muy cerca del cero.

—Me temo que no siempre soy capaz de distinguir una cosa de otra, capitán —dijo Ábaht.

Todos los grandes gremios habían aportado alguna contribución al vehículo procesional. Las dimensiones eran majestuosas, y las líneas gráciles y elegantes. Los metales relucían. El zumbido del motor era suavemente musical y casi inaudible. La escalerilla de acceso era un prodigio de diseño, y sus esbeltamente elegantes soportes y peldaños eran capaces de doblarse sobre sí mismos y desaparecer debajo del fuselaje en cuanto el peso de Nil Spaar dejara de estar encima de ellos. Los almohadones y paneles murales del compartimiento abierto de la parte de atrás eran soberbios y habían sido delicadamente adornados con el escudo del clan Spaar, los símbolos de la casa del virrey, los iconos de la bendición que traía buenos auspicios y los nombres de gloria de los yevethanos, y todas las tramas habían sido entrelazadas para formar una pauta espectacularmente hermosa.

Incluso el conductor del vehículo y los guardias habían sido escogidos para honrarle. El conductor era un perfecto exponente de la rara curiosidad genética conocida como neutro de blancura: ni varón ni hembra, su piel era tan pálidamente blanquecina como el cielo del mediodía. Permanecía inmóvil en el hueco delantero de conducción con su alto y esbelto cuerpo muy erguido y su rostro totalmente inexpresivo, un heraldo cuya sola presencia ya anunciaba que se acercaba un gran yevethano. Los guardias eran otra curiosidad; eran gemelos seriales, surgidos del mismo recipiente de nacimiento e idénticos en todo salvo su edad. Por tradición, se consideraba que los gemelos seriales daban buena suerte y que podían transmitir esa bendición siempre que lo desearan mediante el aliento, el contacto y la sangre.

—Guardián Raalk... —dijo Nil Spaar, inclinando la cabeza desde el compartimiento para contemplar al grupito de siluetas inmóviles en el hangar de carga del *Aramadía* situado al nivel del suelo.

El guardián de Giat Nor dio un paso hacia adelante.

—Bendito...

—Esto me complace enormemente —dijo Nil Spaar—. Asegúrate de que los jefes de los gremios sepan que su trabajo ha sido bien recibido.

—Gracias, Bendito —dijo Ton Raalk, inclinando la cabeza con visible gratitud.

Nil Spaar aceptó la sumisión del guardián con otra inclinación de cabeza y un gesto de la mano.

—Estoy preparado. Adelante, conductor.

Las gigantescas puertas curvas empezaron a desplegarse hacia el exterior. La brecha se fue agrandando, y a medida que lo hacía un sonido llenó el hangar y fue creciendo rápidamente a cada momento que pasaba: era el sonido de muchísimas voces que se alzaban en un repentino crescendo de alegría. Sólo una parte de la multitud podía ver cómo las puertas volvían a abrirse, pero la noticia se fue difundiendo rápidamente y no tardó en llegar hasta aquellos que no podían verlas.

Cuando el deslizador emergió del casco del *Aramadía*, Nil Spaar cerró los ojos durante un momento y aspiró una profunda bocanada de aquel aire deliciosamente fresco y aromático. Le pareció que, por primera vez en siglos, al fin lograba respirar un aire que estaba totalmente libre de la contaminación de las alimañas. Su impura pestilencia parecía haberse adherido a él incluso cuando estaba a bordo de la nave, y había perdurado tozudamente en sus fosas nasales como un recordatorio de la imperdonable invasión del Todo que habían osado perpetrar. Sólo las brisas calientes de N'zoth eran capaces de eliminar por fin esa sustancia contaminante, de la misma manera en que había hecho falta el fuego purificador de la flota para librar al Todo de la presencia ponzoñosa de las alimañas.

Nil Spaar abrió los ojos y siguió inmóvil, sintiéndose renovado. Había una barra para mantener el equilibrio junto a su mano, pero no la necesitaba. El deslizador procesional estaba acelerando con tanta delicadeza y giraba con tal suavidad mientras avanzaba por la enorme pista de descenso, que Nil Spaar apenas podía notar que estuviera moviéndose.

El vehículo trazó dos lentos círculos alrededor del *Aramadía*, permitiendo que las primeras filas de la multitud pudieran tener un fugaz atisbo de su héroe y provocando dos repentinas oleadas de cuerpos que avanzaron a la carrera para ser recibidos por los campos paralizantes de las fuerzas de seguridad. Después el vehículo avanzó por el espacioso pasillo que llevaba a la carretera de la ciudad. Nil Spaar dejó escapar un suspiro de placer ante la visión de Giat Nor extendiéndose sobre el horizonte frente a él. El horror que era la Ciudad Imperial se desvaneció de su memoria. Volvía a estar en casa.

Mientras avanzaba por el pasillo, el clamor de los fieles cayó sobre Nil Spaar desde ambos lados con una potencia casi palpable. El virrey de la Liga de Duskhan contempló sus rostros y vio el éxtasis en ellos. Cuando les miró a los ojos, vio en ellos una esperanza ilimitada, una profunda gratitud y un amor incondicional.

—Alto —le ordenó de repente al conductor—. Detén el vehículo.

El deslizador fue reduciendo la velocidad, deteniéndose con la delicada e imperceptible suavidad de una brisa que deja de soplar. El guardián de más edad de la pareja que precedía al virrey se levantó de su asiento y volvió la cabeza hacia Nil Spaar para lanzarle una mirada llena de preocupación.

—¿Hay algún problema, Bendito?

—No —dijo Nil Spaar—. Pero hay algo que deseo hacer.

Abrió la portezuela del compartimiento, y la escalera retráctil surgió rápidamente de las planchas para sostener su peso. Nil Spaar bajó por ella y fue hacia la multitud de la derecha, que se sumió en un silencio total al verle aproximarse, repentinamente enmudecida por la proximidad del Bendito. Nil Spaar hizo una señal al conductor del vehículo para que le siguiera y avanzó lentamente a lo largo del cordón de seguridad, enjuiciando con ojo de experto lo que veía más allá de él.

Unos instantes después se detuvo y clavó la mirada en un *nitakka*, un joven alto y fuerte que poseía una soberbia masa de crestas y promontorios. Nil Spaar fue hacia él.

—Tú —dijo, señalándole con el dedo—. ¿Me darás tu sangre?

La sorpresa convirtió el rostro del *nitakka* en una máscara inexpresiva, pero el asombro y el deleite enseguida volvieron a animar sus facciones.

—¡Oh, sí, *daramal* —gritó el joven macho, cayendo de rodillas sin vacilar.

—Pues entonces ven conmigo —dijo Nil Spaar, haciendo una señal a los guardias para que le permitieran atravesar el cordón de seguridad. Cuando el *nitakka* estuvo lo suficientemente cerca, el virrey extendió un brazo y arañó una de sus mejillas con su garra en una apropiación simbólica donde la herida ensangrentada anunciaba el sacrificio que tendría lugar en el futuro. Una oleada de nerviosa excitación se extendió rápidamente por toda la multitud. El *nitakka* no movió ni un músculo—. Acepto tu ofrenda —añadió—. Camina detrás de mi vehículo.

Después Nil Spaar giró sobre sus talones y cruzó el pavimento hasta el lado opuesto. El

murmullo de sorpresa y perplejidad se estaba disolviendo rápidamente en una ruidosa expectación a medida que la multitud empezaba a adivinar su propósito. Ignorando las ofertas y los gritos de súplica, Nil Spaar fue andando lentamente a lo largo del cordón de seguridad tal como había hecho al seleccionar el *nittaka*. Esta vez se limitó a mirar a las hembras jóvenes, que todavía mostraban la protuberancia del apareamiento indicadora de que habían alcanzado la fertilidad y el pequeño bulto redondeado de un *maranas* oculto en sus entrañas dentro de la parte superior de su cuerpo.

—Tú —dijo por fin, deteniéndose y señalando a una de ellas—. ¿Me entregarás tu recipiente de nacimiento?

Los gritos de quienes la rodeaban hacían imposible que la *marasi* pudiera haber oído sus palabras, pero inclinó la cabeza y fue hacia él de todas maneras. Nil Spaar la hizo girar con un firme ademán de propietario hasta que la espalda de la *marasi* quedó dirigida hacia él, y después envolvió su cabeza con la presa del apareamiento. La *marasi* cayó de rodillas sin ofrecer ninguna resistencia y Nil Spaar retrocedió, dejándola arrodillada ante él.

—Acepto tu ofrenda —dijo Nil Spaar—. Camina detrás de mi vehículo.

El deslizador procesional avanzó y se detuvo para que el virrey subiese a él, y Nil Spaar volvió a ascender al compartimiento abierto. Una vez allí estiró los brazos con los puños apretados, volvió el rostro hacia los fieles y rugió el grito de los viejos imperativos, la carne y la alegría. Los fieles respondieron con un cántico de agradecimiento al Todo, como si aprobaran sus elecciones.

—Vamos —ordenó Nil Spaar sin mirar al conductor.

El virrey de la Liga de Duskhan se recostó en su asiento. Acababa de descubrir que poseía un nuevo y profundísimo poder, y por fin sabía que el roce de sus dedos podía cambiar vidas, que su mirada podía conferir honores, que su presencia provocaba el éxtasis y que sus caprichos serían satisfechos inmediatamente.

«Deberé tener mucho cuidado para impedir que esto me distraiga excesivamente de mis verdaderos objetivos en el futuro —pensó Nil Spaar mientras el deslizador avanzaba hacia Giat Nor—. Pero por el momento será una distracción muy agradable...»

A medio año luz de distancia, el Cúmulo de Koornacht llenaba la mitad del cielo con una espectacular pincelada de estrellas e iluminaba los cascos de los navíos de la Quinta Flota con la potencia de un reflector.

Y entonces, surgiendo de la nada al mismo tiempo, un diluvio de señales locales y de hipercomunicaciones bombardeó las naves que acababan de salir del hiperespacio y fue encendiendo luces indicadoras en los puestos de control por todo el puente del *Intrépido*.

—Estamos recibiendo una alerta de prioridad una enviada por el Departamento de la Flota, capitán —canturreó el jefe de comunicaciones—. El Departamento de la Flota ha elevado el código de conflicto a amarillo-dos. Tengo cinco, repito, cinco transmisiones para el general Ábaht, todas de alto nivel de seguridad.

Morano hizo girar su asiento hacia la derecha.

—¿Cuál es el informe de situación, jefe de tácticas?

—Todo despejado, capitán. Los sensores no han detectado ningún objetivo. Los navíos de exploración no han informado de ningún contacto. Los merodeadores informan que no ha habido contactos.

—Haga un recuento de la fuerza expedicionaria.

—Recuento en marcha, señor. —Era su primera ocasión de descubrir si alguna de las naves que formaban la expedición se había perdido en ruta—. El navío de patrullaje *Viajero* y el transporte de apoyo *Estrella del Norte* no responden. El resto de los navíos ha respondido a la transmisión.

—¡Recuento confirmado! —anunció el coordinador de la fuerza expedicionaria—. Me acaban de notificar que el *Estrella del Norte* no pudo ejecutar el salto debido a un fallo en el ordenador de navegación, y se espera que llegue en dos-cero-cuarenta. El *Viajero* sufrió una avería en los sistemas de hiperimpulsión a las cero-nueve-dieciséis, tiempo de la misión, y tuvo que salir del hiperespacio antes de haber podido completar el salto. En estos momentos está siendo remolcado al astillero de Alland para llevar a cabo las reparaciones necesarias.

—Bórrelo de la lista, Arky, y coloque al *Vigilante* en ese hueco —ordenó Ábaht.

—Sí, mi general.

—¿Ha habido algún cambio, jefe de tácticas? —preguntó el capitán Morano.

—Todo sigue despejado, señor.

—Mantengan activados todos los sensores. —Morano se volvió hacia Ábaht—. Ahí fuera no

hay nada, señor. ¿Por qué han subido el índice de alerta hasta el amarillo-dos?

—Comunicaciones, pásame esos mensajes —dijo Ábaht, haciendo girar una de las pantallas planas de su puesto de control hasta dejarla delante de él.

Los polarizadores del sistema de seguridad garantizaban que Morano no podría leer los datos desde su sillón, por lo que el capitán intentó interpretar la expresión de Ábaht..., aunque tuvo casi tan poco éxito como si hubiese intentado leer la pantalla.

—Qué interesante —dijo Ábaht pasados unos momentos, y devolvió la pantalla a su posición original en su hueco del tablero—. El nuevo índice amarillo-dos ha sido decretado porque al parecer los yevethanos sabían que estábamos a punto de llegar.

—¿Y dónde están entonces?

—Parece ser que han decidido no venir a recibirnos —dijo Ábaht—. Y al parecer también han decidido no iniciar ninguna otra clase de acción agresiva, si a eso vamos... Todos los mundos habitados en un radio de diez años luz de aquí informan de que sus cielos están totalmente despejados.

—Eso es una buena noticia, ¿no? Es lo que queremos, ¿verdad?

—Es lo que la presidenta quiere —dijo Ábaht—. Por mi parte, yo preferiría que los yevethanos estuvieran aquí. Quiero tener ocasión de echar un buen vistazo a su flota. Hay muchas probabilidades de que ellos tengan todos sus sensores dirigidos hacia nosotros. ¿Qué podemos hacer para que les resulte más difícil vernos, Narth?

El subjefe de tácticas se recostó en su asiento.

—Hay varias cosas que podemos hacer: desplazar nuestros efectivos de un lado a otro, establecer una rotación de las señales de llamada, mantener las naves en movimiento a lo largo del perímetro operacional... Bueno, por lo menos creo que así podremos mantenerlos desorientados durante algún tiempo. Pero seguir escondido durante mucho tiempo resulta bastante difícil cuando estás en pleno centro de la nada.

—Con todos mis respetos, general, y tal como yo veo la situación, el escondernos es lo último que se supone que debemos hacer —dijo Morano—. Y esa clase de maniobra aumenta considerablemente las probabilidades de que acabemos teniendo algún accidente operacional. ¿Se acuerda del *Endor* y el *Estrella Fugaz*? —El *Endor* y el *Estrella Fugaz*, dos fragatas de la Alianza, habían chocado después de salir de un salto hiperespacial mal calculado y todos los tripulantes de ambas naves habían perecido en la colisión—. Deje que los yevethanos nos echen un buen vistazo para que sepan lo que les espera si deciden salir de sus escondites. Si tienen aunque sólo sea un átomo de sentido común, enseguida comprenderán que no les conviene buscarnos las cosquillas.

—Es demasiado pronto para saber si su forma de pensar nos permite utilizar nuestra definición de «sentido común», capitán —replicó Ábaht—. El virrey de la Liga de Duskhan dijo algunas cosas bastante inquietantes mientras veníamos hacia aquí..., algunas sobre nosotros y algunas sobre la princesa Leia, y todas ellas fueron dichas de la forma más pública posible. Si quiere puede oírlo usted mismo: he transmitido ese comunicado a su lista de mensajes pendientes.

Ábaht alzó la mirada hacia la resplandeciente masa de estrellas.

—Los yevethanos sabían que veníamos, y no quieren que estemos aquí. La idea de ofrecerles un blanco tan fácil no me gusta nada, y seguirá sin gustarme mientras no sepamos de qué son capaces. Estamos al descubierto, y ellos están escondidos entre los matorrales —siguió diciendo—. Ya sabe cómo son los estrategas..., sea cual sea la especie a la que pertenezcan.

El capitán Morano dejó escapar un suspiro y volvió la mirada hacia su equipo táctico.

—Sí, es verdad... Los estrategas nunca saben resistirse a las tentaciones, ¿eh? No creo que puedan resistirse a la tentación de planear un ataque por sorpresa que acabe con el enemigo de un solo golpe —dijo, y su jefe táctico le confirmó que estaba en lo cierto con una sonrisa un tanto culpable—. Bien, ¿cómo vamos a jugar esta partida?

Ábaht apartó las tiras de su arnés de seguridad con la fluida agilidad fruto de una larga práctica y se puso en pie.

—Vamos a seguir donde estamos y permitiremos que miren, porque eso es lo que nos han pedido que hiciéramos. Desplazaremos los merodeadores hasta adelantarlos tanto como nos atrevamos a hacerlo, y los mantendremos en movimiento a lo largo del perímetro. Y todos procuraremos tener los ojos muy, muy abiertos... —«Y después tendremos que limitarnos a esperar que los políticos y los diplomáticos encuentren una forma de salir de este maldito embrollo, o que decidan darnos mejores cartas que jugar..., y pronto», añadió para sí mismo—. Estaré en mi despacho preparando el informe de entrada —siguió diciendo—. Avísenme

inmediatamente en cuanto se produzca algún cambio en la situación táctica.

Una vez a solas en su despacho, el general Etahn Ábaht se enteró de que no había cinco, sino seis anexos añadidos a la última transmisión de novedades del Departamento de la Flota.

El sexto era un autostopista electrónico. No tenía código de identificación, y su longitud era cero. Pero cuando Ábaht tecleó el código que había acabado aprendiéndose de memoria, muy de mala gana y al precio de tediosas repeticiones, ante la insistencia del almirante Drayson, el anexo se convirtió en una larga transmisión procedente de Alfa Azul.

Ábaht contempló las imágenes que mostraban a los navíos colonizadores yevethanos posándose en Doornik-319 y a los Destruidores Estelares yevethanos sobrevolando Polneye, los campos en llamas de la granja-factoría de Kutag y los valles calcinados de Nueva Brigia, y se preguntó por qué el Departamento de la Flota se las había ocultado. Toda la información importante —el que los yevethanos poseían Destruidores Estelares de diseño imperial, que varias colonias del Cúmulo de Koornacht habían sido atacadas por fuerzas yevethanas, etcétera— figuraba en la transmisión de puesta al día que acababa de recibir..., pero había sido despojada de su realidad, y eso la había vuelto tan estéril, abstracta y fríamente calculada como las mismas incursiones de los yevethanos.

Los yevethanos habían barrido el espacio a través de las brillantes estrellas de Koornacht con una ferocidad tan espantosa que los campos de batalla esterilizados no podían dar un testimonio adecuado de ella. Sus millones de víctimas ya sólo tenían un rostro, el del único superviviente conocido, Plat Mallar, que había visto aproximarse la marea de llamas y había logrado escapar a ella de manera casi milagrosa gracias a que se había jugado la vida a una sola carta y había tenido una suerte inmensa. Pero el Departamento de la Flota también le había ocultado el rostro de Mallar. Los informes se limitaban a hablar de «un piloto polneyano», como si no se atrevieran a permitir que Mallar fuese visto como un joven valiente que lo había perdido todo, y cuyas palabras podían despertar una conciencia dormida o iniciar una nueva causa.

—Función de registro.

El pequeño androide estenográfico del modelo SCM-2 avanzó, girando y retorciéndose dentro de un círculo que tenía dos veces el diámetro de la unidad.

—Optimizando —dijo con una voz estridente e inconfundiblemente artificial—. Preparado.

—Inicio de grabación. Informe de entrada del comandante de la fuerza expedicionaria, para enviar adjunto —dijo Etahn Ábaht—. Personal para el almirante Ackbar. En mi opinión, es altamente improbable que el despliegue actual de la Quinta Flota resulte efectivo como medida disuasoria contra nuevas agresiones o a fin de negar los beneficios de su agresión anterior a los yevethanos.

«Nuestra presencia en esta posición supone una amenaza directa para los efectivos yevethanos, y no protege directamente ninguna infraestructura de nuestros amigos o aliados. Como sólo disponemos de un Interdictor, tampoco podemos bloquear de manera efectiva una incursión. La flota yevethana puede pasar por encima de nuestras cabezas cuando lo desee, y en tal caso nos veríamos obligados a perseguir a sus navíos hasta la zona de combate que ellos hayan elegido.

Ábaht hizo una pausa para poner algo de orden en sus pensamientos, y se golpeó distraídamente el puente de la nariz con las romas puntas de dos de sus dedos mientras lo hacía.

—Recomiendo que navíos o destacamentos de navíos con clasificaciones de combate combinadas no inferiores al nivel de fuerza tres sean enviados a Galantes, Wehttam y cada uno de los nuevos protectorados —siguió diciendo pasados unos momentos—. Esa acción aclararía de manera inequívoca cuáles son los intereses que hemos venido a proteger. También podría servir para recordar a los yevethanos que ser capaz de llegar hasta esos objetivos no es lo mismo que ser capaz de conquistarlos.

»Pero también debemos tratar de hacer que les resulte más difícil llegar hasta ellos. Todas las rutas de navegación hiperespacial primarias que salen del Cúmulo de Koornacht deberían ser sometidas a un bloqueo de interdicción, y dicho bloqueo debería llevarse a cabo desde puntos situados lo más cerca posible de las bases yevethanas más próximas a la periferia del Cúmulo de Koornacht.

»Los análisis astrográficos muestran que no existen rutas que permitan alejarse de N'zoth, Wakiza y los otros mundos interiores conocidos mediante un solo salto hiperespacial: la densidad del Cúmulo de Koornacht nos facilita un poco las cosas en ese aspecto. Pero sigue habiendo demasiadas rutas de salida. No podemos bloquear Koornacht desde esta posición

con los efectivos de que disponemos. No permita que nadie crea lo contrario en Coruscant.

»Con respecto a las recomendaciones precedentes, solicito formalmente que los siguientes efectivos adicionales sean asignados a este mando tan pronto como sea posible hacerlo: cualquiera y todos los Interdictares disponibles; cualquiera y todos los merodeadores disponibles; y un mínimo de cuatro navíos de combate de la categoría fragata o superior, para que se proceda inmediatamente a su distribución entre los distintos protectorados... No quiero prescindir de ninguno de mis efectivos actuales para desempeñar esa misión, porque me temo que eso podría suponer enviar un mensaje equivocado a los yevethanos.

»Y, finalmente, deberíamos empezar a pensar en crear un centro de suministro y logística que se encontrara un poco más cerca de nosotros de lo que lo está Halpat. Si nuestra presencia hace que los yevethanos decidan iniciar alguna clase de acción ofensiva, sufriremos pérdidas, y quiero disponer de algo mejor que el vacío espacial para nuestras bajas y heridos. Ábaht, comandante de la Quinta Flota.

Ábaht alzó los ojos hacia el pequeño androide.

—Eso es todo —dijo—. Expansión, fin y cierre.

—Comprendido. Compresión..., terminada. Codificación..., terminada. Listo para transmisión.

—Envíalo —dijo Ábaht, volviendo la mirada hacia su pantalla visora para contemplar el telón de estrellas y preguntarse si los depredadores que se ocultaban en él también le estarían observando.

La playa norte de Punta Illafian, situada en la costa oeste del mar occidental de Rathalay, era muy larga y muy ancha, y estaba prácticamente desierta.

De haber estado situada en un mundo turístico como Amfar, o incluso en cualquier lugar de las zonas de clima templado de Coruscant, seguramente habría sido un hervidero de actividad y las dunas hubiesen estado recubiertas de complejos de diversión. Los humanos no eran la única especie que se sentía atraída por el sol y el agua casi hasta el extremo de la adoración.

Pero Han había estado buscando precisamente esa clase de sitio prácticamente desconocido y muy poco usado, y estaba encantado con las largas y vacías extensiones de grisácea arena basáltica. En más de dos horas sólo había visto a dos personas, aparte de la familia. Una de ellas era un hombre bastante mayor que recorría la orilla en busca de las diminutas conchas de los mosquitos marinos, tan relucientes que parecían joyas, y que interrumpió su prospección durante unos momentos para enseñar a los niños el puñadito de conchas intactas que había encontrado. La otra era un nadador de largas distancias thodiano al que había visto pasar a gran distancia de la orilla, y que no les había prestado ni la más mínima atención.

Anakin, Jacen y Jaina todavía no habían dado ninguna señal de que la novedad que suponía jugar en el mar y a lo largo de él estuviera perdiendo su atractivo. Ninguno de ellos había visto jamás una masa de agua tan vasta que llegaba a encontrarse con el horizonte, o una que sirviera de hogar a carnívoros lo bastante grandes para devorar a un adulto de unos cuantos bocados, y habían quedado muy impresionados. Permitieron que Han les contara el naufragio del carguero estelar Causa Justa, que reposaba en el fondo del mar a novecientos metros de la superficie, con su cargamento de metales preciosos protegido por la superstición y por los bancos de narkaas y sus dientes afilados como navajas. Incluso permanecieron inmóviles el tiempo suficiente para recibir una lección de visualización impartida por Leia, quien les pidió que se imaginasen que eran criaturas marinas que estaban contemplando la tierra por primera vez.

Después se fueron a jugar, metiéndose en el mar y dejando atrás historias, lecciones y padres. Jacen estaba cautivado por la idea de los narkaas y se dedicó a sumergirse con la esperanza de llegar a ver uno.

Jaina se había enamorado de la corriente de aguas calientes que fluía a lo largo de la playa, y decía que flotar en ella y permitir que la arrastrase hacía que tuviera la sensación de estar volando. Y aunque el mar estaba casi tan tranquilo como las aguas del lago Victoria, las olitas que chocaban con la orilla y giraban sobre sí mismas mientras intentaban subir por la playa demostraron ser capaces de fascinar a Anakin.

Lo único que impedía que aquel cuadro idílico fuese realmente perfecto era el hecho de que Leia se hallaba presente en cuerpo, pero no en espíritu. Leia seguía estando obsesionada por asuntos que se encontraban muy lejos de la playa..., precisamente los asuntos que Han quería que olvidara al traerla allí, por lo menos durante un tiempo. La política, la diplomacia, los problemas del estado y la guerra continuaban absorbiéndola y la mantenían alejada de su

familia. Y el repentino cambio que había hecho que Nil Spaar dejara de ser un aliado en potencia para pasar a convertirse en un decidido adversario, seguía siendo una herida abierta que no acababa de curarse.

—¿Papá?

Han volvió la cabeza hacia Jaina, que había salido del agua sin que él se diera cuenta y se había aproximado hasta estar lo bastante cerca para ir dejando caer gotitas sobre su pierna.

—Lo siento, pero no puedo rescatar a tu hermano de los narkaas —dijo Han, entrecerrando los ojos—. Me he dejado el traje de héroe en la cabana.

Jaina se limitó a ignorar su broma, cosa que solía hacer cuando tenía toda la atención concentrada en algún asunto que había despertado su interés.

—Jacen y yo queremos ir playa abajo y buscar mosquitos de mar. ¿Podemos ir?

—De acuerdo —dijo Han—, pero no vayáis tan lejos que no pueda veros. Si no podéis verme, yo tampoco puedo veros.

Su hija reaccionó lanzándole la habitual mirada llena de impaciencia en la que podía leerse con toda claridad un «Eso-ya-lo-sé-papá» que nunca llegaba hasta sus labios, pero la mirada sólo duró unos momentos. Jaina estaba aprendiendo a no desperdiciar sus pequeñas victorias, y se limitó a responder con un «¡Gracias!» entrecortado y jadeante mientras echaba a correr hacia el trozo de playa en el que la estaba esperando Jacen.

Han volvió la mirada hacia Anakin, que estaba sentado junto al agua y creaba estanques y ríos con los dedos para que las olas los fueran llenando, y después siguió volviendo la cabeza hasta ver a Leia, que se había alejado unos veinte metros playa arriba con su comunicador en la mano.

La conversación que había estado manteniendo Leia terminó antes de que Han hubiera recorrido la mitad de la distancia que le separaba de su esposa, por lo que no pudo oír nada de ella. Sólo vio cómo Leia desconectaba el comunicador y giraba sobre sus talones como si se dispusiera a reunirse con él. Pero cuando vio que Han se acercaba, Leia se quedó inmóvil y esperó a que llegara.

—Lo siento —dijo cuando Han se detuvo delante de ella, y se apresuró a darle un beso—. No creía que fuera a estar hablando durante tanto rato. ¿Sigues queriendo ir a nadar?

—Quizá será mejor que me cuentes las novedades antes.

—El almirante Ackbar dice que la Quinta Flota se ha desplegado sin que se produjera ningún incidente. De momento no hay ni rastro de la flota yevethana.

—Estupendo —dijo Han—. Puede que todo haya terminado.

—No creo que Nil Spaar sea el tipo de político que lanza amenazas huecas. En cualquier caso, más bien creo que sus amenazas siempre están un poco por debajo de lo que realmente piensa hacer.

—Quizá sí, y quizá no. No creas que me he tomado la molestia de secuestrarte y llevarte tan lejos de la Ciudad Imperial para que pudieras celebrar sesiones de estrategia en traje de baño.

—Lo sé, lo sé —dijo Leia, cogiéndole de la mano mientras empezaban a caminar—. Ackbar dice que el senador Tuomi ha impugnado mis credenciales políticas esta mañana.

—Oh, no. Ya volvemos a empezar...

—Tuomi ha dicho que los refugiados de Alderaan no constituían un estado, y que sólo tenemos derecho a ser miembros sin voto y a estar representados mediante un delegado. Y, naturalmente, un delegado no puede presidir el Senado.

—Eso no es ninguna novedad, ¿verdad? Creía que todo ese asunto había quedado resuelto cuando el Consejo Provisional fue disuelto.

—Ha habido muchas incorporaciones desde entonces, y Drannik es una de ellas. Estamos hablando de miembros que no se habían unido a la Nueva República cuando se adoptó una decisión sobre el tema de Alderaan, y que no tomaron parte en esa decisión. Supongo que ahora algunos de ellos quieren ser escuchados.

—Sí, pero... Bueno, ¿pueden llegar a perjudicarte de alguna manera?

—El Consejo Ministerial podría hacerlo, en teoría —dijo Leia—. Pero el presidente era muy amigo de mi padre. No creo que permita que este asunto llegue demasiado lejos.

Han meneó la cabeza.

—He de confesarte una cosa, Leia, nada consigue hacer que me duela la cabeza más deprisa que el tratar de entender quién manda realmente en la Nueva República. Cada vez que creo tenerlo claro, parece como si alguien surgiera de la nada para cambiar el nombre de la mitad de los departamentos y reorganizar el resto.

Leia se echó a reír.

—Sí, supongo que hay veces en que puede parecerlo. Pero ya sabes que nuestra máxima preocupación era asegurarnos de que nunca hubiera otro Palpatine, queríamos evitar que ningún individuo pudiera llegar a adquirir un poder excesivo. Mon Mothma me dijo que el Senado siempre se preocupa mucho más ante el éxito que ante el fracaso. Los senadores tolerarán un liderazgo inadecuado hasta el fin de los tiempos, pero un liderazgo realmente efectivo les asusta muchísimo.

—Lo cual es una estupidez —dijo Han—. ¿Cómo se supone que alguien va a conseguir hacer su trabajo en un sistema como éste?

—La clave está precisamente ahí, Han. Se supone que nadie ha de tener la clase de poder que, en otro tipo de sistema político, se derivaría lógicamente de sus responsabilidades. Y me imagino que algunos senadores piensan que yo he cruzado esa línea... —dijo Leia, pegándose al brazo de su esposo—. Ackbar me dijo que Behn-kihl-nahm me llamaría cuando hubieran acabado de gritar y me informaría de cuántos senadores habían votado a favor de respaldar el desafío de Tuomi.

Soltando un gruñido, Han arrancó el comunicador de la otra mano de Leia y se apartó de ella para ir hacia el agua. Después de haber dado tres largas zancadas, extendió el brazo hacia atrás y lanzó el comunicador al mar, impulsándolo con toda la fuerza de sus músculos. El comunicador creó una pequeña salpicadura blanca más allá del punto en el que había estado el nadador thodiano. Unos momentos después una esbelta silueta negra rompió la superficie de las aguas cerca del sitio en el que se había producido la salpicadura, y volvió a sumergirse casi de inmediato.

—¡Han! —exclamó Leia, y en su tono de voz había tanto desconcierto como reproche.

Han se volvió nuevamente hacia ella.

—Tenía que hacerlo —dijo—. Ese trasto estaba intentando matarte.

—¿Qué?

—Vamos, mira a tu alrededor... Estamos de vacaciones por primera vez en más tiempo del que nadie puede recordar —dijo Han, yendo lentamente hacia ella—. Estamos caminando por una playa preciosa, cogidos de la mano, sin tener que aguantar a los niños..., y estamos hablando de política.

Leia suspiró.

—Tienes razón. Es peor de lo que me imaginaba.

—Confía en mí, Leia, la Nueva República no se desmoronará si la presidenta desaparece durante un día..., o durante tres. Y tampoco conseguirán resolver todo ese embrollo antes de que se nos hayan acabado las vacaciones, así que cuando vuelvas tú también tendrás derecho a tu ración de manejar la fregona y el cubo.

—Oh, eso es muy reconfortante.

Han se detuvo y tiró suavemente de su brazo hasta conseguir que quedara de cara a él.

—Leia, ya les has dado más que suficiente. ¿No puedes regalarte estos días..., y regalárnoslos a nosotros de paso? Si no quieres estar aquí, o si quieres invertir tu tiempo en otra cosa, entonces dímelo y procuraremos hacer algo al respecto. Y si he de alejarte un poco más del castillo para romper el hechizo que el Mago del Deber ha arrojado sobre ti, entonces...

—Punta Illafian me parece perfecta —le interrumpió ella—. Este sitio es magnífico. Y dudo que pudieras encontrar un sitio menos parecido a la Ciudad Imperial.

—Pues entonces deja de preocuparte de una vez. Intenta pasarlo bien, ¿de acuerdo? Has venido aquí para eso.

Leia echó a andar y tiró de Han para que la siguiera.

—Lo intentaré. Pero deberás tener mucha paciencia conmigo —dijo—. Todo esto de «divertirse» es bastante nuevo para mí.

—Oh, ¿sí?

—Oh, sí—dijo Leia—. Pensándolo bien, ser una princesa de la familia real de Alderaan era algo tan importante que debía ser tomado muy en serio. La idea de las actividades recreativas que tenía Bail Organa consistía en que eligieses algún tema sobre el que no supieras nada y trataras de llegar a ser una experta en él.

—Supongo que pasabais las vacaciones familiares en alguna escuela especializada en cursillos intensivos, ¿no?

—No has dado en el blanco, pero por muy poco, íbamos a visitar a amigos de mi padre, o los invitábamos al palacio, y Bail siempre estaba diciendo cosas del estilo de «Leia, éste es mi viejo amigo Gruñidosenil. Sabe absolutamente todo lo que se puede llegar a saber sobre la pesca del fideo, y ha tenido la amabilidad de ofrecerse a enseñarte diecinueve maneras distintas de construir una trampa para fideos a partir de un suéter viejo...».

Han estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Vaya, ahora entiendo por qué mi ropa siempre está desapareciendo misteriosamente.

Leia le incrustó un dedo en las costillas.

—Y después me salté toda la parte de mi vida en la que se suponía que debía ser joven, alegre y despreocupada. Cuando vine aquí para convertirme en senadora, sólo tenía diecisiete años. —Leia dejó escapar un prolongado suspiro—. Oh, por todas las estrellas...

—¿Qué pasa?

—Acabo de darme cuenta de que llevo en Coruscant exactamente los mismos años que estuve viviendo en Alderaan. Un poquito más, de hecho... —Leia meneó la cabeza—. ¿Por qué he tenido que empezar a pensar en todo eso? Preferiría no saberlo... Coruscant ni siquiera me gusta demasiado, y ahora resulta que he pasado la mitad de mi vida allí.

—¿De veras? ¿Realmente llevas tanto tiempo viviendo en Coruscant? ¿Has estado alguna vez en las Criptas de Hielo? ¿Has recorrido los laberintos del jardín de Trophill, en Este Menor? ¿Has asistido a alguna representación en el anfiteatro de Kallarak?

—No —dijo Leia, y puso cara de perplejidad.

—Ya me lo imaginaba. No conoces Coruscant, Leia. Conoces la Ciudad Imperial, desde luego, pero no el resto del planeta. Y en cuanto a la Ciudad Imperial, lo que mejor conoces de ella es el interior de las salas de reuniones.

—Tienes razón —admitió Leia—. Ya te dije que esto del «divertirse» nunca se me había dado demasiado bien... ¿Te he contado alguna vez cuál fue mi primera impresión de la Ciudad Imperial?

—Creo que no.

—Recuerdo que le envié una carta a mi padre en la que le decía que era como si una colonia de aracnoides se hubiera instalado en la colección de piezas de cristal braaken de la reina. —Leia rió suavemente y deslizó un brazo alrededor de la cintura de Han—. Bail pensaba que el cristal braaken era horrible. Lo entendió perfectamente.

Siguieron caminando en el silencio apacible y relajado de dos personas unidas por un vínculo muy profundo, y Leia permitió que su mirada recorriese el mar, la playa y el cielo.

—Esto es realmente precioso, Han —dijo en el mismo instante en que Anakin alzaba la vista de sus esculturas de arena, se levantaba y venía corriendo hacia ellos—. Gracias. Llevaba mucho tiempo viviendo como un aracnoide, y el estar aquí me ha permitido recordar que hay otras cosas en la vida.

—¡Almirante! —La enfermera-médico se apresuró a alzar la mano en un rápido saludo militar—. ¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Me han informado de que Plat Mallar ha sido sacado del tanque bacta —dijo el almirante Ackbar, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Sí, señor..., hace unas dos horas. Está haciendo bastantes progresos. El doctor Yintal ha podido hablar con él durante unos minutos.

—¿Dónde está el doctor Yintal ahora?

—Se está ocupando de una emergencia, señor. Hubo un accidente en el campo de Biggs, hace muy poco rato, y...

—Sí —dijo Ackbar—. Lo sé.

—¿Tiene alguna información sobre lo ocurrido, señor? Sólo nos han llegado rumores y...

—Un estudiante que pilotaba un TX-sesenta y cinco cometió un error durante la aproximación a la pista y acabó cayendo sobre la pista secundaria —dijo Ackbar—. Dos vehículos de adiestramiento y una lanzadera de transporte fueron alcanzados por los restos. Me han hablado de tres muertos y dieciséis heridos.

—Gracias, señor. Eso nos da alguna idea de para qué debemos prepararnos.

—Sólo la retendré unos momentos más y después podrá ir a hacer los preparativos necesarios —dijo Ackbar—. Así que Plat Mallar ha recuperado el conocimiento, ¿eh?

—Sí, pero durante poco tiempo. Acababan de sacarle del tanque bacta cuando despertó de repente, y él y el doctor Yintal intercambiaron unas cuantas palabras. Pero ahora el prisionero está durmiendo.

—Procure tener un poco más de cuidado a la hora de elegir las palabras, Plat Mallar no es un prisionero —dijo Ackbar en un tono bastante seco.

—Lo siento, señor. Tenía entendido que era un piloto imperial y que había sido capturado en un mundo-depósito del Imperio...

—Pues estaba equivocada —dijo Ackbar—. Plat Mallar es un joven muy valiente que ha arriesgado su vida para tratar de ayudar a su gente, y estoy especialmente interesado en él y en su bienestar. Espero que reciba los mejores cuidados que puede ofrecer este centro médico. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor—dijo la enfermera-médico con expresión contrita—. Lo he entendido, señor.

—Y ahora me gustaría verle. ¿Sigue en la Unidad Número Cinco?

—Sí, señor. Le llevaré hasta allí...

—No será necesario —dijo Ackbar—. Vaya a ocuparse de sus preparativos.

El tanque bacta de la Unidad de Cuidados Intensivos Número Cinco estaba vacío y ya había sido drenado. Un grannano bastante joven ocupaba la cama de cuidados intensivos cercana, con bandas monitoras sobre su ancha frente, la delicada piel de su tórax y su muñeca izquierda.

Ackbar fue hasta la cama, se inclinó sobre el paciente y lo examinó con gran atención. Los dedos de Plat Mallar habían retrocedido hasta quedar medio ocultos por los pliegues protectores de sus muñecas, y sus ranuras oculares estaban cerradas y selladas por una gotita de una secreción reluciente. Un tubo transparente de gases bombeaba metanógeno al interior de sus sacos respiratorios, y un tubo opaco de color rojo se encargaba de absorber los desechos venenosos para sacarlos de su cuerpo.

Pero la piel del joven había recuperado el típico color y brillo de los grannanos. A pesar del entorno, Plat Mallar ya no parecía hallarse al borde de la muerte.

—Excelente —murmuró Ackbar—. Excelente.

Esperando que el sueño de Plat Mallar fuese tan plácido y reparador como aparentaba, Ackbar acercó el sillón auto moldeable a la cama e instaló su corpulento cuerpo de calamariano en él. Dejó su comunicador encima de la cama, poniéndolo lo bastante cerca del sillón para que pudiera cogerlo rápidamente si recibía alguna llamada, y colocó las manos sobre las rodillas en una postura que le resultaba tan cómoda como familiar.

—Duerme, pequeño —dijo en voz baja y suave—. Duerme y cúrate. Cuando estés

preparado, yo estaré aquí.

Han Solo se inclinó sobre el bloque de control y su mirada fue más allá del parabrisas para posarse en los escalones que conducían hasta la entrada principal del Ministerio General.

—¿Dónde están el Sabueso y el Tirador? —preguntó después, volviéndose hacia Leia—. No los veo. No le has dicho a Nanaod que volvías hoy, ¿verdad? ¿Quieres que entre contigo?

—No —dijo Leia, recogiendo los pliegues de su túnica para poder salir del deslizador—. Pero espero que estés en casa cuando llegue allí. Tal vez te necesite entonces.

—Estaremos allí —dijo Han, inclinando la cabeza—. ¿Estás segura de que no necesitas que te acompañe?

—Estoy segura —dijo Leia—. Sólo voy a hacer lo que es preciso hacer, y ya veremos qué ocurre después de que lo haya hecho.

Anteriormente la entrada del Gran Ministerio había sido la entrada de recepción al Palacio Imperial. Cuarenta peldaños de lisa piedra reluciente subían hasta las triples puertas de metal y mosaico protegidas por un gran medallón de piedra en el que había talladas ocho estrellas que simbolizaban a los signatarios fundadores de la Declaración de una Nueva República.

Los monitores de seguridad detectaron la presencia de Leia apenas salió del deslizador. Un androide de protocolo la recibió en las puertas y abrió una para permitirle la entrada. Leia avanzó decididamente por el gran pasillo con largas y rápidas zancadas, ignorando las expresiones de sorpresa y los murmullos de curiosidad que iba dejando tras de sí.

Ya había recorrido la mitad del pasillo cuando el Sabueso y el Tirador llegaron a la carrera para flanquearla, pero Leia no les prestó ninguna atención y siguió avanzando hacia los despachos y salas centrales del Ministerio General.

Todo el personal administrativo se levantó al verla entrar. Una mujer ya bastante mayor salió de una habitación y se apresuró a ir hacia Leia para recibirla.

—Señora presidenta... —dijo Poas Trel, la secretaria ejecutiva del primer administrador—. No nos habían avisado de que fuera a venir... Esta mañana el primer administrador está en el Senado, y...

—No importa —dijo Leia—. No era necesario hacer ningún preparativo especial. ¿Dónde está el ministro de estado?

—El ministro Falanthas está reunido con la delegación de Vorkaan. Pero puedo hacer que le avisen...

—No —dijo Leia—. Eso tampoco es necesario. ¿Tiene las peticiones de adhesión de emergencia?

—¿Los originales? Pues... Sí, claro... Están en el archivo de seguridad del ministro Falanthas.

—Quiero esos originales —dijo Leia—, y también quiero una tableta de validación.

—Por supuesto, señora presidenta. ¿Está segura de que no quiere que me ponga en contacto con el administrador y con el ministro Falanthas?

—Es totalmente innecesario. Ellos tienen que hacer su trabajo, y yo he de hacer el mío —dijo Leia—. Utilizaremos su sala de conferencias, si es que está disponible. Puede servirme como testigo.

Plat Mallar se removió en la cama de la enfermería y emitió un ruido que podía haber sido un gemido ahogado. El almirante Ackbar dejó su cuaderno de datos a un lado, se inclinó hacia adelante y vio cómo las ranuras oculares del joven grannano se abrían y cómo sus pupilas intentaban enfocar lo que tenían delante.

—Buenos días —dijo Ackbar, dándole unas palmaditas en la mano—. No se asuste. ¿Sabe dónde está?

—... hospital —consiguió graznar Mallar.

—Sí. Está en la Enfermería de la Flota de la Nueva República, en Coruscant —dijo Ackbar—. Y yo soy Ackbar.

Plat Mallar abrió mucho los ojos.

—¿Coruscant? ¿Cómo...? Estaba... ¿Y Polneye? ¿Qué ocurrió...?

—Se lo contaré todo a su debido tiempo. Algunas partes le resultarán bastante difíciles de soportar —dijo Ackbar con solemne seriedad—. Pero nada de eso importa hoy.

—Creía que me... estaba muriendo —dijo Mallar.

Cada palabra le exigía un visible esfuerzo.

—Hoy ha empezado a vivir de nuevo. Y, si me lo permite, yo estaré aquí para ayudarle.

Mallar alzó unos cuantos centímetros una mano temblorosa y señaló al almirante con un

dedo.

—¿De qué... mundo es?

—Soy calamariano —dijo Ackbar—. Y usted es un grannano. Es el primer grannano que conozco. ¿Ha conocido a alguien de mi pueblo?

Mallar meneó la cabeza en una negativa casi imperceptible.

—Entonces tal vez los dos podamos aprender algo del otro.

—El uniforme... —dijo Mallar—. ¿Qué es usted? ¿Es mi médico?

Ackbar bajó la mirada hacia su traje de combate.

—Sólo soy un viejo piloto estelar demasiado tozudo y estúpido que ya habría tenido que volver a su casa hace mucho tiempo —dijo, y se levantó—. Haré venir a su médico. Él tendrá cosas más importantes de las que hablarle.

Poas Trell no consiguió evitar que un fruncimiento de ceño llenara de arrugas su frente mientras entregaba el fajo de peticiones a Leia, que estaba sentada delante de ella.

—Señora presidenta, cuando dijo que podría servirle como testigo...

—¿Supone eso algún problema para usted?

—Señora presidenta, el secretario del ministro Falantha le avisó de su llegada antes de que yo me pusiera en contacto con el departamento. El ministro ya viene hacia aquí. ¿Hay alguna manera de que pueda convencerla para que espere sólo unos minutos hasta que...?

—No —dijo Leia—. No hay nada que discutir. Poseo la autoridad necesaria para conceder lo que se pide en estas solicitudes, y tengo intención de hacerlo. ¿Dónde está la tableta de validación?

—Mi auxiliar ha ido a buscar una —dijo Trell—. Enseguida dispondremos de ella.

Leia alzó una ceja en un enarcamiento interrogativo.

—Parece que hemos recibido unas cuantas solicitudes adicionales, ¿no?

—Sí, señora presidenta —replicó Trell—. En total hay veintitrés, dieciocho procedentes de Farlax y cinco de otros lugares. El administrador y el ministro Falanthas se reunieron con el director Beruss para discutir una propuesta en la que pensaban pedir que los cuatro sistemas más próximos a las hostilidades fueran sometidos a un proceso de aprobación acelerada...

—Yo puedo acelerar considerablemente ese proceso sólo con que haga traer de una vez esa tableta de validación.

El nerviosismo de Trell se había intensificado hasta el punto de volverse claramente visible.

—Princesa, todo esto hace que me sienta muy incómoda...

—¿Está cuestionando mi autoridad para tomar una decisión respecto a estas solicitudes?

—No, princesa Leia, por supuesto que no. Es sólo que he pensado que... Bueno, tal vez sería preferible que consultara con sus ministros antes de aprobar las solicitudes y que coordinara su decisión con...

—La tableta de validación, por favor —dijo Leia con firmeza—. O de lo contrario me llevaré estas solicitudes a mi despacho y las aprobaré allí, y después informaré a Nanaod de que necesitará encontrar una nueva secretaria ejecutiva, ya que la anterior habrá sido despedida por insubordinación.

Trell permitió que su comunicador se deslizara hacia su mano. Sus dedos hicieron girar el dial.

—¿Todavía no has encontrado una tableta de validación, Faylee? —preguntó, empleando el tono de voz más tranquilo e impasible de que fue capaz.

La puerta de la sala de conferencias se abrió un instante después y una auxiliar entró con una tableta de validación en las manos. Trell señaló a Leia con una inclinación de cabeza, y la auxiliar colocó la tableta sobre la mesa delante de ella y se fue.

—¿Quiere sentarse? —la invitó Leia, señalando el asiento que había delante del suyo.

En cuanto Trell se hubo sentado, Leia colocó la primera solicitud encima de la tableta y activó su sistema de grabación. La protuberancia en forma de prisma de la parte superior de la tableta contenía tres lentes holográficas: una para grabar el documento, otra para grabar al firmante mientras firmaba y otra para registrar al testigo sentado delante.

—Presidenta Leia Organa Solo, actuando en nombre de la Nueva República, en el asunto de la solicitud de emergencia presentada por Galantes para convertirse en miembro de la Nueva República —dijo Leia, cogiendo el estilete de validación.

—Poas Trell, secretaria ejecutiva del Primer Administrador Engh, actuando en funciones de testigo.

Leia firmó la petición con una floritura.

—Aprobado. Presidenta Leia Organa Solo, actuando en nombre de la Nueva República, en

el asunto de la solicitud de emergencia presentada por Wehttam para convertirse en miembro de...

Cuando Leia llegó al quinto documento del fajo, Trell titubeó.

—¿Tiene intención de aprobar todas las peticiones procedentes de Farlax?

—Tengo intención de aprobar todas las peticiones, y punto. Tenga la bondad de continuar.

Trell respiró hondo, pensó algo que acabó decidiendo callarse y juntó las manos sobre la mesa.

—Poas Trell, secretaria ejecutiva del Primer Administrador...

El ministro Falanthas llegó justo a tiempo de que Leia le entregara el fajo de solicitudes de admisión aprobadas cuando ya se disponía a marcharse.

—Buenos días, Moka —dijo Leia—. Siento que le hayan hecho abandonar su reunión por nada. Pero ya que está aquí, permítame pedirle que se asegure de que todos los gobiernos reciban la notificación reglamentaria lo más pronto posible. No, espere... ¿Sabe si el consejero Jobath todavía está en Coruscant?

—Creo que se encuentra en el albergue diplomático.

—Entonces deje que yo me ocupe de Galantes. Me gustaría informar personalmente al consejero.

Mientras se disponía a irse, el ministro Falanthas bajó la mirada hacia el fajo de documentos que Leia había dejado en sus manos, los contempló en silencio durante unos instantes y después alzó los ojos hacia el rostro de Leia.

—¿Qué debo decirle al director Beruss?

—Dígale que hemos hecho lo que había que hacer —dijo Leia—, y dígame que ahora podemos pasar a ocuparnos de las decisiones realmente difíciles.

—El doctor Yintal le llamó «almirante» —dijo Plat Mallar mientras él y Ackbar paseaban por el jardín de ejercicios del patio de la enfermería de la Flota—. Le trató como si fuera algo más que un viejo piloto estelar. Le trató como si usted fuera alguien muy importante.

—Para ser un médico, el doctor Yintal siempre trata a todo el mundo de una manera desusadamente respetuosa —dijo Ackbar—. Bien, ¿qué se siente al poder moverse?

—Es mucho más agradable que estar en la cama —dijo Mallar—. ¿Realmente pasé dieciséis días dentro de ese tanque?

—Yo estaba allí cuando fue ingresado —dijo Ackbar—. Su estado era terriblemente grave.

—¿Cuánto duran los días de este mundo? ¿Son igual de largos que los de Polneye?

—Sospecho que duran exactamente lo mismo: desde un crepúsculo hasta el siguiente —dijo Ackbar, y celebró su chiste con una risita—. En cuanto a su pregunta, antes necesito saber si Polneye todavía utiliza las medidas del Sistema Imperial y el reloj decimal. ¿Siguen utilizándolas?

—Sí.

—La longitud de un día de Coruscant es de mil cuatrocientos segmentos temporales estándar —dijo Ackbar—. Puede ajustar sus expectativas basándose en esa duración.

—Entonces sus días son un poco más cortos —dijo Mallar—. El día de Polneye tiene mil ochocientos segmentos temporales estándar, pero aun así... Llevo dieciséis días aquí. —Una preocupación repentina ensombreció su rostro—. ¿Cómo voy a pagar todos estos cuidados médicos?

—No nos debe nada —dijo Ackbar—. Considérela un regalo de la Nueva República..., y como un regalo que nos encanta poder hacerle. —Guardó silencio durante unos momentos, y después señaló un banco cercano con una de sus manos-aleta—. ¿Quiere que descansemos un rato?

—No —dijo Mallar, meneando la cabeza—. Poder volver a caminar resulta muy agradable.

—Pues entonces caminaremos —dijo Ackbar, reanudando su lento avance.

—El doctor Yintal me dijo que no sabía nada sobre lo que está ocurriendo en Polneye —dijo Mallar pasados unos instantes—. Si usted es almirante, ¿significa eso que tal vez sepa algo más que él?

—Me temo que el último informe que nos ha llegado de Polneye es el suyo —dijo Ackbar—. No hemos podido establecer ninguna clase de contacto con su planeta, y tampoco hemos podido enviar un navío de exploración.

—¿En dieciséis días? ¿Por qué no?

—Plat Mallar, debe tratar de prepararse para la idea de que es el único superviviente de ese horrible ataque —murmuró Ackbar.

—Pero Diez Sur seguía intacta cuando me fui..., y había un transporte en la pista...

—Hemos analizado las grabaciones obtenidas por los sistemas de registro de su interceptor —dijo Ackbar—. El transporte estaba siendo cargado de androides y equipo vario. Me temo que hay muy poca base para la esperanza.

Mallar guardó silencio durante el tiempo que tardaron en dar más de media vuelta al patio.

—¿Quién lo hizo? —preguntó por fin—. ¿Puede decirme por lo menos quién mató a mi familia?

—El ataque fue llevado a cabo por los yevethanos —respondió Ackbar.

—¿Los yevethanos? —preguntó Mallar, muy indignado—. ¿Y quiénes son los yevethanos?

—Son una especie nativa del Cúmulo de Koornacht. Fueron esclavizados por el Imperio, pero al parecer se las arreglaron para robar las tecnologías imperiales, y quizá también una flota de combate bastante poderosa. Varias colonias más también fueron atacadas. La información de que disponemos dista mucho de ser completa pero, de hecho, usted es el único superviviente conocido.

—¿Qué están haciendo acerca de ellos?

—Hemos tomado medidas para proteger a los otros mundos habitados de los alrededores de Koornacht —dijo Ackbar—. En cuanto a qué podemos hacer para responder a la agresión de los yevethanos, eso es algo que todavía está por decidir.

—Lo que vi no era una agresión —dijo Mallar—. Aquello fue un asesinato a sangre fría. Fue una carnicería meticulosamente calculada, nada más...

—Sí —dijo Ackbar, asintiendo—. Lo fue.

—Pues entonces no lo entiendo. ¿Acaso todo lo que he oído decir sobre la Nueva República era falso? Depusieron al Emperador por las injusticias que se cometían bajo su gobierno. Se enfrentaron a toda la

Cuando Leia llegó al complejo de salas ejecutivas del decimoquinto nivel del Centro Ministerial, Alóle y Tarrick estaban hablando en la entrada de recepción, discretamente colocados al otro lado del umbral para dar la bienvenida o para interceptar a las visitas, según correspondiera. Alóle se volvió hacia Leia, y su rostro se iluminó al verla.

—Princesa... Acabamos de enterarnos de que había vuelto.

—Oh, ya me imaginaba que os enteraríais enseguida —dijo Leia con una sonrisa sarcástica—. ¿Qué tal estás, Alóle?

—Estupendamente, princesa.

Armada imperial por una cuestión de principios. ¿Es eso verdad, o sólo es propaganda?

—Es verdad.

—¿Y siguen teniendo una gran flota propia?

—Sí.

Mallar se detuvo y se volvió hacia Ackbar.

—¿La utilizarán?

—Tomar esa decisión es algo que está en manos del gobierno civil —dijo Ackbar—. No sé qué decidirán hacer.

—¿Por qué es tan difícil?

—Tal vez no entienda esto, Plat Mallar, pero conseguir que una democracia decida hacer la guerra no resulta nada fácil —le explicó Ackbar—. A menos que haya sido atacada directamente, por supuesto... Todo ha de ser discutido. La provocación tiene que ser lo bastante grande para que pueda imponerse a la política, y siempre se necesita mucho tiempo. —Ackbar meneó la cabeza—. Dieciséis días no es tiempo suficiente.

—¿Qué cree que ocurrirá? Dígamelo con toda sinceridad —le rogó Mallar—. Es importante. Ackbar asintió.

—Creo que al final pediremos cuentas a los yevethanos por lo que han hecho, y que se lo haremos pagar —dijo—. Pero antes habrá que librar un combate bastante encarnizado aquí.

—Gracias —dijo Mallar—. ¿Sabe cuándo podré salir del hospital?

—Cuando el doctor Yintal haya quedado satisfecho de su recuperación —dijo Ackbar—. Yo diría que todavía le queda otro día de estancia aquí, y eso como mínimo. ¿Ya ha hecho planes?

—Sí —dijo Plat Mallar—. Voy a ofrecirme como voluntario para servir en su cuerpo de pilotos. Cuando hagan pagar a los yevethanos lo que han hecho... Bueno, quiero formar parte de ello. Es lo único que me importa ahora. Es lo único a lo que puedo dedicar mi vida.

—¿Tarrick?

—Estoy muy bien, señora presidenta.

—En ese caso, ¿hay alguna razón por la que no podamos entrar ahora mismo en esa sala y empezar a trabajar?

—Ninguna en absoluto —dijo Tarrick, y sonrió.

Una vez en el despacho particular de Leia, tanto los formalismos como la familiaridad se desvanecieron enseguida.

—Bien... ¿Qué aspecto tienen los daños vistos desde vuestro extremo del bote salvavidas?

—Ahora que vuelve a estar aquí ya no parecen tan graves —dijo Tarrick.

—Hemos estado teniendo algunos problemas a la hora de fijar el rumbo —dijo Alóle.

—Ah, ¿sí?

—Había un montón de personas que intentaban hacerse con el timón al mismo tiempo.

Leia asintió.

—¿Qué longitud tiene mi lista de asuntos urgentes?

—No es abrumadora —dijo Alóle—. Hemos estado atendiendo todos los problemas de los que podíamos ocuparnos por nuestra cuenta. Pero Behn-kihl-nahm insiste en que quiere verla tan pronto como ello sea posible.

—No lo olvidaré —dijo Leia—. Alóle, ten la bondad de llamar al Senado y averigua si Bennie dispone de algún momento libre para verme hoy.

—De inmediato —dijo Alóle, yendo hacia la puerta—. Su lista de asuntos urgentes está en su cuaderno de datos.

—Gracias —dijo Leia, cogiendo el cuaderno de datos—. Tarrick, trata de localizar al consejero Jobath e intenta convencerle de que debe venir a verme. Dile que tengo noticias para él.

—Lleva quince días llamando cada mañana —dijo el ayudante con una suave sonrisa—. Creo que conseguiré hacerle venir.

Alóle se había detenido delante de la puerta.

—Princesa...

Leia alzó la mirada del cuaderno de datos.

—¿Sí, Alóle?

—Nos alegramos mucho de que haya vuelto.

—¿Sí? Bueno, pues haz una pequeña encuesta y estoy segura de que averiguarás que vuestra opinión es claramente minoritaria —dijo Leia.

Behn-kihl-nahm entró con una sonrisa en los labios, abrazó a Leia y después giró sobre sus talones y cerró la puerta de la sala de recepción de la princesa.

—¿Cómo estáis, princesa?

—Mejor —dijo ella—. ¿Cómo estoy en realidad, Bennie? Y olvida el protocolo, ¿de acuerdo?

El presidente del Consejo de Defensa escogió el sillón más grande y se acomodó en él antes de contestar.

—De momento no corres peligro. Sigues contando con el apoyo de cinco de los siete miembros del Consejo. No ha habido ninguna actividad realmente seria que pueda provocar la intervención del Consejo de Gobierno para empezar a hablar de una petición de falta de confianza.

—Vaya, la situación realmente parece mejor de lo que tenía derecho a esperar... ¿Quiénes están en contra? ¿Borsk Fey'lya?

El bothano, un político implacablemente oportunista, presidía el Consejo de Justicia y siempre había tratado a Leia con mucha frialdad, en gran parte debido a su amistad con Ackbar.

—Por supuesto —dijo Behn-kihl-nahm—. Apoyarte no le beneficia en nada, claro... Pero por si se da el caso de que la marea llegue a cambiar, Fey'lya ya se ha adjudicado el papel de líder de la oposición. Dado que Justicia no tiene ninguna responsabilidad real en la guerra o en la diplomacia, Fey'lya puede jugar sus cartas a ambos extremos de la mesa.

—¿Y cómo se las arreglará para hacer eso?

—De momento los descontentos del Senado se irán agrupando a su alrededor. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que Fey'lya está más arriba y resulta más visible que ninguno de ellos. Ni siquiera ha tenido que prometerles nada, aunque tal vez acaben pensando que lo ha hecho. Y cuando las redes de noticias empiezan a buscar lo que ellos llaman equilibrio informativo, Fey'lya puede hablar tan claro como el que más.

—Me estás diciendo que tendré que ir acostumbrándome al sonido de su voz.

—Cada vez que seas objeto de la atención de las redes de noticias, Fey'lya estará allí. Dentro de un mes, quizá dos, y si llegaran a expulsarte de la presidencia... Bueno, entonces ya habría adquirido el poder suficiente y habría subido lo bastante arriba para tener una posibilidad de convertirse en presidente en funciones.

Leia asintió y frunció el ceño.

—Pero seguramente entonces tu posición sería más sólida que la suya, ¿no?

—En ese campo de batalla hipotético, haber sido tu campeón en una causa perdida me habría infligido heridas fatales —dijo el presidente del Consejo de Defensa—. Si el Senado o el Consejo de Gobierno acaban decidiendo arrebatarte la presidencia, no pensarán en mí para que te sustituya.

—¿Y si presentara mi dimisión?

Behn-kihl-nahm retorció los hombros y se hundió un poco más en el sillón.

—No hay ninguna razón para que hagas eso..., y ni siquiera para que tomes en consideración la posibilidad de hacerlo.

—De esa manera no quedarías manchado por tu relación conmigo —insistió Leia—, y Fey'lya no tendría ocasión de ir reforzando su bloque de poder.

—Tú y yo ya estamos en el sitio en el que debemos estar —replicó Behn-kihl-nahm—. No hay ninguna necesidad de hablar de cambios. Es una distracción totalmente innecesaria.

—Intentaré recordar eso cuando Borsk Fey'lya hable de ello desde el estrado del senado —dijo Leia—. ¿Quién es el otro consejero que se ha puesto de su parte?

—El otro es Rattagagech, pero en realidad yo no me atrevería a afirmar que se haya puesto de parte del consejero Fey'lya —dijo Behn-kihl-nahm.

Nada más oír el nombre, Leia comprendió de inmediato la razón que había detrás de la distinción hecha por su mentor. Rattagagech, un elomin muy erudito y apaciblemente callado que presidía el Consejo de Ciencia y Tecnología, era la antítesis del vociferante bothano en casi todos los aspectos.

—¿Sabes algo sobre sus razones?

—Son las que se podían esperar de Rattagagech —dijo Behn-kihl-nahm—. Los elomines aman el orden. Después de los acontecimientos de las últimas semanas, Rattagagech ha empezado a considerarte más como una fuente de caos político y social que como una fuerza que trabaja en pro de la estabilidad y el orden.

—Supongo que difícilmente puedo culparle por ello —dijo Leia—. ¿Hay alguien que dé señales de querer cambiar de postura?

—El consejero Praget ha expresado cierta ambivalencia durante nuestras conversaciones —dijo Behn-kihl-nahm, nombrando al director del departamento de Seguridad e Inteligencia—. Estamos hablando del presente, por supuesto. Una gran parte de lo que ocurra en el futuro dependerá de lo que hagas a continuación. La guerra es una perspectiva que despierta muy poco entusiasmo. Un curso de acción demasiado agresivo podría hacer cambiar de parecer con gran facilidad a dos, quizá incluso a tres, miembros más del Consejo e impulsarlos a apoyar una petición de falta de confianza..., y entonces no habría ninguna manera de protegerte de una votación senatorial.

—¿Y qué grado de entusiasmo despierta en el Senado la idea de que hay que hacer justicia?

Behn-kihl-nahm se encogió de hombros.

—Los senadores se muestran bastante indiferentes. Las muertes de unos desconocidos, convenientemente invisibles en el lejano Cúmulo de Koornacht, no tienen mucho peso frente a la perspectiva de las muertes de patrióticos pilotos de la Nueva República y el que haya combates en mundos de la Nueva República que actualmente viven en paz. Hay algunos que encuentran una causa en esos acontecimientos, pero quizá sean más los que sólo ven una crisis política.

—Lo cual me recuerda una cosa —dijo Leia—. ¿Qué fue del desafío a mis credenciales presentado por el senador Tuomi?

—Se acabó. Ese asunto ha quedado olvidado. Beruss consiguió aplastarlo debajo de una montaña de enredos reglamentarios y burocráticos, y yo conseguí limitar el desfile hacia el podio a diez oradores.

—¿Cuántos más habrían hablado si no te hubieras plantado al final de la cola enarbolando un hacha?

Behn-kihl-nahm descartó su pregunta con un gesto de la mano.

—Todo eso no es más que ruido que debe ser ignorado. La pregunta realmente importante tiene que ver con el futuro. ¿Qué planeas hacer acerca de los yevethanos?

—¿Qué somos lo suficientemente fuertes para poder hacer? —preguntó Leia—. ¿Existe alguna opción que no acabe llevando a poner la presidencia en manos de Fey'lya, Praget o Cion Marook?

—Quizá deberías empezar a pensar en qué debería hacerse, y después tú y yo podríamos

tratar de encontrar alguna manera de sobrevivir a ello.

—Lo que debería hacerse... —Leia meneó la cabeza—. Lo que deberíamos hacer es obligar a los yevethanos a que volvieran a N'zoth, y después envolverlos en un campo de interdicción planetario y programar el cronómetro para que mantuviera el campo activado durante mil años. Y aun así, probablemente sería una sentencia demasiado suave para ellos...

—Eres más bondadosa que yo —dijo Behn-kihl-nahm—. La única justicia que soy capaz de imaginar para los yevethanos consistiría en hacer que sufrieran la misma sentencia que ellos impusieron a sus víctimas. Eso es imposible, naturalmente... Hacer algo así nos obligaría a violar todos los principios de la Declaración. —Behn-kihl-nahm cogió un caramelo agridulce del cuenco que había encima de la mesita lateral—. Pero no me costaría nada quedarme cruzado de manos y mirar mientras otro lo hacía.

—Eres más fuerte que yo —dijo Leia—. Creo que yo tendría que mirar hacia otro lado.

Behn-kihl-nahm hizo desaparecer el caramelo con un chasquido de sus mandíbulas.

—Pero mientras esperamos a que aparezca ese vengador...

—Quizá debería reunirme con el Consejo de Defensa para hacerme una idea de hasta dónde están dispuestos a llegar.

—Preferiría ver que te presentas ante el Consejo con un plan y no con una pregunta.

—Si me presento ante ellos e insisto en que debemos utilizar la Quinta Flota para dar una buena azotaina a los yevethanos, entonces todos se acordarán de lo que dijo Tig Peramis acerca de la razón por la que hemos construido esa flota, y también recordarán lo que dijo Nil Spaar acerca de mi herencia. Si vamos a hacer cualquier cosa que pueda poner en peligro las vidas de quienes llevan los uniformes de la Nueva República, la iniciativa tendrá que proceder del Consejo de Defensa.

Behn-kihl-nahm meneó la cabeza.

—Esa iniciativa sólo puede proceder de ti.

—Pues entonces nunca llegará a producirse —se limitó a replicar Leia en un tono bastante seco—. Nil Spaar me ha dejado maniatada. Los senadores Hodidiji y Peramis le proporcionaron la cuerda..., y yo me quedé quieta y dejé que me ataran sin ofrecer ninguna resistencia porque Nil Spaar estaba sonriendo mientras lo hacía.

—Esa decisión no tiene por qué girar alrededor de Leia Organa Solo.

—¿Qué otro origen podría tener?

—Podría tener su origen en Plat Mallar —dijo Behn-kihl-nahm—. Ese muchacho podría convertirse en el símbolo de tu causa.

Leia ya estaba meneando la cabeza incluso antes de que Behn-kihl-nahm hubiera acabado de hablar.

—No utilizaré a Plat Mallar —dijo—. No voy a explotar su tragedia. Si la ejecución de un millón de seres conscientes y la destrucción de una docena de comunidades planetarias no es razón suficiente, si los miembros del Consejo necesitan que les paseemos una víctima viva por delante de las narices para que su presencia los impulse a actuar... Bueno, eso quiere decir que habrán caído muy bajo. Y si obráramos de esa manera, nosotros también caeríamos muy bajo.

Behn-kihl-nahm se levantó.

—A veces la política te obliga a caer muy bajo y a prescindir de la vergüenza —dijo, alisándose la ropa—. Y actualmente en Coruscant hay más políticos que estadistas.

—No quiero creer eso.

—Pues es verdad. Pensadlo bien, princesa —dijo Behn-kihl-nahm, volviendo bruscamente a los formalismos—. Sólo tendréis una oportunidad de ser su líder. Si la dejáis escapar, entonces no os quedará más remedio que seguir el curso que ellos decidan adoptar..., y no puedo prometeros que el destino final de ese viaje vaya a resultaros muy agradable.

La conexión de hipercomunicaciones sólo mostró estática hasta que el general Ábaht introdujo el código de desciframiento que el almirante Hiram Drayson le había obligado a memorizar. Unos segundos después —algunos más de la demora habitual en las transmisiones del sistema de hipercomunicaciones— la nube de estática se convirtió en el rostro del director de Alfa Azul.

—General Ábaht... —dijo Drayson con una inclinación de cabeza—. Le agradezco que se haya puesto en contacto conmigo.

—Bien, Drayson, tal vez usted pueda explicarme qué está ocurriendo ahí —gruñó Ábaht.

—Quizá está esperando demasiado de mí —dijo Drayson—. Después de todo, esto es Coruscant... ¿Qué peculiaridad en particular le preocupa?

—Solicité apoyo adicional cuando aún no había transcurrido una hora de nuestra llegada —dijo Ábaht—. La única contestación que he recibido es el silencio. Se me ha dicho que mi solicitud está siendo revisada por el Mando Estratégico del Departamento de la Flota, pero ni un solo miembro del nivel del alto mando se ha puesto en contacto conmigo.

—El Mando Estratégico está esperando recibir alguna clase de orientación de niveles todavía más altos —dijo Drayson—. Hasta que se haya adoptado una decisión sobre esos temas, no creo que pueda esperar recibir ninguna clase de refuerzos..., a menos que deba enfrentarse a un ataque directo.

—¿Y cuánto tiempo tardarán en adoptar alguna decisión? —preguntó Ábaht—. Me he visto obligado a enviar naves de la Quinta Flota a Galantes y Wehttam. El resto de sistemas vecinos todavía carecen de protección. Y cada día que pasamos aquí patrullando el vacío espacial permite que los yevethanos se atrincheren más sólidamente en los mundos que han conquistado. No podemos recompensar su agresión. Debemos hacer algo para castigarla.

—No es a mí a quien debe convencer, Ábaht.

—¿Y a quién he de convencer entonces? Nuestra presencia no está sirviendo de nada. A estas alturas los yevethanos ya deben de saber que la Flota no es más que una amenaza hueca carente de todo significado real.

—La princesa quiere actuar de la manera más correcta posible —dijo Drayson— y va a necesitar nuestra ayuda para conseguir que todo se haga de la manera correcta.

—¿A qué clase de ayuda se refiere?

—A que tiene que encontrar pruebas más explícitas de las atrocidades cometidas por los yevethanos —dijo Drayson—. Sin esas pruebas, la princesa Leia no dispondrá de la fuerza suficiente para vencer la resistencia del Senado.

Ábaht frunció los labios en un gruñido silencioso.

—No estoy seguro de que podamos hacer más de lo que ya hemos hecho. He enviado merodeadores hasta la mismísima frontera, e incluso un poco más allá de ella. Nuestra tecnología sensora sencillamente no está lo suficientemente avanzada para poder proporcionarnos datos a esta distancia. Ya estoy teniendo considerables dificultades para obtener información táctica fiable, así que no hablemos de obtener documentación sobre las masacres...

—Confío en que seguirá insistiendo a pesar de todas las dificultades.

—Si me está preguntando si los hurones y los merodeadores siguen ahí fuera, la respuesta es sí —replicó Ábaht—. Pero ahora ya es demasiado tarde para poder obtener la clase de pruebas que me pide. A juzgar por la información que me ha enviado, los yevethanos no dejaron muchas pruebas. Y ya que hablamos de eso, ¿puede explicarme por qué las pruebas de las que dispone actualmente no son suficientes para la princesa Leia?

—No es una cuestión de lo que la princesa Leia haya visto o no —dijo Drayson, un tanto ambiguamente—. Es una cuestión de lo que puede mostrarle al Senado. Si pone a su disposición datos obtenidos mediante fuentes de inteligencia independientes, y eso incluye cualquier clase de información que no proceda de la INR o de la Flota... Bueno, entonces el significado de lo que les muestre acabará perdiéndose entre las preguntas sobre su origen.

—Yo también tengo unas cuantas preguntas que hacer sobre su origen —dijo Ábaht—. Para obtener esas grabaciones holográficas, usted tenía que disponer de algún tipo de efectivos de investigación destacados dentro del Cúmulo de Koornacht..., efectivos que o ya se habían introducido allí sin ser detectados, o que eran capaces de moverse lo suficientemente deprisa para poder llegar allí antes de que los incendios se hubieran apagado. Me gustaría muchísimo saber qué clase de hurón ha sido capaz de hacer todo eso.

—Da la casualidad de que esas son precisamente las preguntas que Leia no puede permitir que le formulen —dijo Drayson—. La princesa necesita información sólida y clara que proceda de una fuente irreprochablemente corriente. Le sugiero que envíe un hurón a la Zona Diecinueve, general.

—¿La Zona Diecinueve? —Ábaht consultó su mapa táctico—. Eso queda a una tercera parte de la periferia del Cúmulo yendo hacia el Núcleo..., fuera del área que hemos estado patrullando y a una considerable distancia de ella.

—Pues entonces le sugiero que amplíe su área de patrullaje.

—¿Por qué?

—Parece ser que la Zona Diecinueve se encuentra en el vector visual que une Wakiza con Doornik-319, la base yevethana situada más hacia el exterior. Creo que podría tener una oportunidad de llevar a cabo algunas intercepciones de señales mediante los sensores de hipercomunicaciones.

—¿Se refiere a señales yevethanas?

—Por supuesto.

Ábaht dejó escapar un gruñido, pero su rostro permaneció totalmente inexpresivo.

—¿Y cuándo podría surgir esa oportunidad?

—Oh... Sospecho que hay mucho tráfico yendo y viniendo entre esos dos puntos —replicó Drayson sin inmutarse—. No me sorprendería en lo más mínimo que su hurón captara algunos datos durante las primeras horas de patrullaje por esa zona.

—Datos que me vería obligado a transmitir inmediatamente al Departamento de la Flota.

—Por supuesto.

—Y después de que el Departamento de la Flota hubiera recibido esos datos... ¿Acabarían llegando a manos de Leia?

—Sí, y creo que bastante deprisa.

Ábaht asintió.

—Pensándolo bien, puede que los yevethanos ya lleven demasiado tiempo observando este despliegue de patrullaje —dijo después—. Si extendiendo el perímetro de las rutas de patrullaje añadiéndole la mitad de la distancia máxima actual, quizá consiga que se pregunten por qué lo he hecho.

—Le agradezco muchísimo que haya prestado tanta atención a mis sugerencias, general —dijo Drayson, sonriendo afablemente—. Oh, y una cosa más...

—¿De qué se trata?

—Dado que probablemente todavía queden algunos días, o incluso semanas, de trabajo que hacer en este extremo de la línea, tal vez podría empezar a pensar si puede permitirse enviar una nave de pequeño tonelaje a cada uno de los sistemas habitados que todavía no cuentan con ningún tipo de protección.

—Estoy convencido de que ningún navío más pequeño que una fragata podría resistir un ataque inicial yevethano, y no dispongo de más navíos de esa clase de los que pueda prescindir en estos momentos —dijo Ábaht.

—Tiene razón, naturalmente —dijo Drayson—. Una corbeta o una patrullera de escolta probablemente no bastarían para disuadir a los yevethanos, y no cabe duda de que esa clase de navíos no podrían repeler un ataque de sus fuerzas. Es sólo que... Bueno, yo había pensado que su presencia tal vez pudiera llegar a tener un cierto valor simbólico...

Y entonces Ábaht comprendió de repente lo que le estaba diciendo Drayson en realidad. «Me acabas de decir que no recibiremos refuerzos a menos que debamos enfrentarnos a un ataque directo, ¿eh? Y en consecuencia, te gustaría que le tendiera una trampa a los yevethanos ofreciéndoles el cebo de una victoria fácil.»

—Sólo hay una cosa peor que dejar a esas poblaciones sin protección, y es engañarlas con una falsa ilusión de seguridad —replicó secamente Ábaht—. Y sólo hay una cosa peor que pedir a tus hombres que arriesguen sus vidas obedeciendo tus órdenes, y es enviarlos a una batalla que sabes no podrán ganar. Mis pilotos y mis tripulaciones no son símbolos, almirante Drayson..., y no los traicionaré reduciéndolos a esa condición.

—Comprendo sus sentimientos, general —dijo Drayson—, y los comparto. Pero le invito a que reflexione y a que decida si su situación actual en esa zona de patrullaje se diferencia en algo de la situación de un navío de escolta que estuviera en órbita alrededor de Dandalas o de Kktkt. Si los yevethanos atacaran su formación, muchos problemas quedarían enormemente simplificados.

—¿Me está diciendo que hemos sido enviados aquí para provocar a los yevethanos y conseguir que nos declaren la guerra?

—Le estoy diciendo que quizá debería decidir cuántos centímetros de brazo quiere meter en la boca del Rancor —replicó Drayson—. Zona Diecinueve, general. Sea cual sea su decisión final con respecto a los otros asuntos de los que hemos estado hablando, le ruego que no falte a esa cita.

La oficina de reclutamiento de los Cuarteles Generales de la Flota se encontraba justo al lado de la puerta principal, lo cual significaba que quedaba bastante lejos de la enfermería. Ackbar estaba un poco preocupado por el examen físico, pero no había conseguido persuadir a Plat Mallar de que esperase hasta el día siguiente. Aun así, la energía claramente visible en las largas zancadas de Mallar durante el trayecto hasta la oficina de reclutamiento parecía dar la razón al doctor Yintal y confirmar que su opinión de que el superviviente de Polneye podía ser dado de alta no estaba equivocada.

Cuando llegaron a la pequeña cúpula blanca adornada con la insignia de la Flota, Ackbar

fue derrotado en una segunda discusión, esta vez sobre si debería acompañar a Mallar.

—He de entrar ahí sin que nadie me lleve cogido de la mano —había dicho Mallar—. Es muy importante para mí... No quiero ninguna compasión, ni ningún favor especial de viejos pilotos estelares.

—Como desee —había dicho Ackbar, rindiéndose ante la tozuda decisión del joven grannano.

El almirante fue a una zona de espera que normalmente sólo estaba ocupada por civiles y se permitió sentir una leve diversión ante la reacción de los sorprendidos oficiales de reclutamiento, que se apresuraron a saludarle.

Mallar llevaba casi una hora dentro, pero el proceso duraba unas dos. Y cuando volvió a aparecer, tenía un aspecto todavía más horrible que en los peores momentos de su convalecencia: sus ojos estaban tan vacíos como una crisálida abandonada por su ocupante, y toda la vida se había esfumado de ellos. Ackbar se levantó rápidamente y fue hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Oh, da igual... Hay un deslizador en el puesto de guardia. Vamos: puedo llevarle a la enfermería en un abrir y cerrar de ojos.

—Me han rechazado —dijo Mallar, con el rostro lleno de dolorida perplejidad.

—¿Para el adiestramiento de pilotaje?

—Para cualquier cosa. Para todo. Me rechazó... No me han permitido ofrecirme voluntario para ningún puesto de servicio.

—Eso es absurdo —dijo Ackbar—. No se mueva de aquí.

Ackbar atravesó la sala de recepción y los cuartos en que tenían lugar las entrevistas dejando una estela de saludos sin responder detrás de él, y siguió adelante hasta llegar al despacho del supervisor de reclutamiento.

—¿Almirante Ackbar? —exclamó el supervisor, poniendo cara de sorpresa y levantándose rápidamente de su asiento cuando Ackbar entró sin ser anunciado—. Eh..., señor —añadió, y se apresuró a alzar su mano derecha en un rígido saludo militar.

—Mayor, uno de sus reclutadores acaba de entrevistar a un solicitante llamado Plat Mallar —dijo secamente Ackbar—. Quiero que ese reclutador venga ahora mismo a esta habitación para responder a unas cuantas preguntas.

—Inmediatamente, almirante. —El supervisor se inclinó sobre su comunicador y ladró una orden—. Si ha habido algún error lo lamento muchísimo, almirante...

La llegada de un teniente humano muy alto interrumpió sus disculpas, y Ackbar giró sobre sus talones e ignoró por completo al mayor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ackbar, fijándose en la insignia corelliana colocada encima del bolsillo derecho que ocupaba el lugar reservado para el prendedor de afiliación.

—Soy el teniente Warris, señor.

—¿Tendría la bondad de explicarme cuáles han sido sus acciones respecto a Plat Mallar? —preguntó Ackbar.

El oficial de reclutamiento titubeó durante unos momentos antes de responder.

—No le entiendo, señor... Mallar no reunía las cualificaciones necesarias —dijo Warris por fin en cuanto se hubo recuperado de su desconcierto inicial.

—¿No reunía las cualificaciones necesarias?

—No, señor —dijo Warris—. Las directrices de reclutamiento especifican con toda claridad que la educación primaria del solicitante debe haber sido impartida a través de una escuela o programa certificado. El programa de Plat Mallar ni siquiera figura en el sistema.

—Por supuesto que no, atontado... ¿Se ha dado cuenta de a qué especie pertenece?

—Sí, señor. Pero eso es otro problema, señor. Mallar no puede servir en la Flota porque no es ciudadano de la Nueva República. De hecho, en su caso hay algo todavía peor que el mero hecho de no ser ciudadano de la Nueva República: Mallar es ciudadano de Polneye, un planeta que oficialmente todavía está considerado como aliado del Imperio. No podía permitir que aprobara la entrevista de selección, señor. —El reclutador volvió la mirada hacia el mayor en busca de ayuda—. ¿Existen circunstancias especiales de las que no se me haya informado que puedan...?

—Almirante, el teniente Warris ha seguido los procedimientos habituales con toda corrección —dijo el mayor—. Si ese solicitante no dispone de un historial de ciudadanía verificable en algún mundo que forme parte de la Nueva República, ni siquiera podemos pensar en reclutarlo.

—¡Todo eso no son más que tonterías burocráticas! —exclamó Ackbar, cada vez más enfurecido y alzando la voz en una marea de justa indignación—. ¿Qué ha sido del saber juzgar el coraje de un hombre, su honor..., sus deseos de luchar y las razones que hay en su

corazón? ¿Es que ahora todos los solicitantes han de salir del mismo molde inmutable, igual que si fueran soldados de las tropas de asalto, para poder obtener su aprobación? —Despidió al reclutador con un gesto de la mano—. Váyase.

Warris se fue, visiblemente aliviado al verse expulsado tan bruscamente por su superior, mientras Ackbar concentraba su atención en el supervisor.

—Almirante, si pudiera proporcionarnos un contexto que justificara su interés en este caso, le aseguro que reconsideraríamos la solicitud...

—Un contexto —repitió Ackbar con incredulidad—. ¿No basta con que un hombre esté dispuesto a ponerse un uniforme y a luchar al lado de personas a las que nunca ha visto, sólo porque comparte un ideal con ellas? Ah, no, su oferta debe proceder del contexto adecuado, y sus documentos escolares deben estar en orden, y sus brazos no han de ser demasiado largos, y su tipo sanguíneo debe estar registrado en los bancos de datos de los equipos médicos de combate. —Ackbar meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más disgustado—. Cómo han cambiado las cosas... Todavía puedo acordarme de un tiempo en el que nos alegrábamos de que hubiera alguien dispuesto a luchar junto a nosotros, fuera quien fuese.

—Almirante... Tiene que haber algunas normas, algunos patrones que...

El mayor estaba empleando un tono apaciguador, y Ackbar no estaba dispuesto a dejarse calmar por él.

—Mayor, pregúntese cuántos de aquellos a los que actualmente consideramos héroes de la Rebelión, y no me estoy refiriendo únicamente a los nombres conocidos por todos, habrían reunido las cualificaciones necesarias para luchar por su libertad bajo sus reglas —dijo con más ferocidad que nunca—. Y después pregúntese si esa respuesta no hace que su rostro acabe de adquirir un aspecto bastante parecido al de la cloaca intestinal de un nerf.

Ackbar giró sobre sus talones y salió del despacho sin esperar una réplica, y mucho menos un saludo.

Antes de que hubiera recorrido la mitad del pasillo, Ackbar ya estaba lamentando su estallido emocional y empezaba a temer haber hecho el ridículo. Pero lo que encontró cuando llegó a la zona de espera hizo que todas esas preocupaciones se desvanecieran para ser sustituidas por una profunda tristeza.

Pues Ackbar vio que todos los asientos de la zona de espera estaban vacíos. Al parecer Plat Mallar había quedado tan destrozado por el rechazo que no le había esperado. Sin decir ni una palabra al recepcionista o al centinela, el joven superviviente se había marchado de la oficina de reclutamiento, había salido por la puerta principal y se había esfumado en la ciudad.

Ackbar se volvió hacia el centinela de la puerta y señaló el puesto de guardia con un dedo.

—Voy a necesitar ese deslizador.

Por sus experiencias en Coruscant y Mon Calamari, el almirante Ackbar sabía que la frontera que separaba el círculo interior del poder del círculo exterior en cualquier gobierno era el acceso. Si formabas parte del círculo interior, podías acceder a la presidencia siempre que lo desearas, yendo por un pasillo privado y entrando en su despacho a través de la puerta de atrás. Cuando quería verte, la presidencia hablaba directamente contigo. Cuando enviabas una carta, siempre obtenías una respuesta personal.

Ackbar había disfrutado de esa posición durante toda la carrera presidencial de Leia, como jefe de Estado bajo el gobierno provisional primero y como presidente de la Nueva República después. Incluso teniendo en cuenta que la administración de Leia era de una naturaleza relativamente abierta, eso hacía que formara parte de un grupo muy selecto.

La puerta privada siempre estaba abierta para Han, naturalmente; para Mon Mothma, que había preferido mantenerse alejada del palacio después de que un intento de asesinato, que estuvo a punto de acabar con su vida, hiciera que decidiese renunciar a la presidencia; para Nanaod Engh que, sin haber llegado a ser un verdadero amigo íntimo de Leia, la visitaba prácticamente cada día debido a sus responsabilidades; y para Behn-kihl-nahm, aunque éste era demasiado educado para no observar los protocolos de los altos niveles gubernamentales; y para Tarrik y Alóle...; y para Ackbar.

O así había sido antes de que las negociaciones con los yevethanos se hubieran ido complicando hasta convertirse en una crisis. Pero Ackbar había quedado considerablemente afectado por el descubrimiento de que ya no podía entrar en la residencia presidencial, de que su llave de acceso había sido desactivada y que su posición como miembro de la familia le había sido súbitamente retirada. En consecuencia, había decidido que trataría de acceder al complejo presidencial del decimoquinto nivel por la puerta delantera, y había intentado prepararse para otro brusco rechazo.

Pero los guardias de seguridad que flanqueaban la entrada no movieron ni un músculo para detener a Ackbar, y aunque el personal administrativo dio algunas leves señales de sorpresa al verle allí, nadie se levantó para impedir que fuera hacia los despachos de la parte de atrás.

—Buenos días, almirante —dijo Alóle, alzando la mirada de su gran escritorio con una sonrisa en los labios—. Adelante; la princesa está repasando las transcripciones del debate senatorial de la semana pasada en su sala de conferencias.

Cuando llegó al umbral que separaba el despacho de recepción de la sala de conferencias, Ackbar titubeó. Leia estaba inmóvil al fondo de la habitación, dándole la espalda y rodeándose el cuerpo con los brazos mientras mantenía la mirada levantada hacia su holovisor. La pantalla mostraba la imagen del senador Tuomi. El senador hablaba en un tono enérgicamente razonable, y sus palabras eran sutilmente inflamatorias.

—¿Sigue estando abierta esta puerta para mí?

La potente voz de Ackbar retumbó en la habitación.

Leia dio la espalda a Tuomi sólo el tiempo suficiente para lanzar una rápida mirada por encima de su hombro.

—Si no ha tenido que usar su desintegrador para que Tarrik le dejara pasar, entonces la puerta sigue estando abierta.

—Intentaré recordar que la presencia de armas en la zona de recepción puede tener un significado oculto.

Leia pulsó la tecla de parada de la grabación y se volvió hacia Ackbar.

—¿Realmente pensaba que tal vez no sería bienvenido aquí?

—No hemos tenido ocasión de hablar desde su regreso, y durante su ausencia sólo hablamos en una ocasión..., y recuerdo que la conversación fue bastante corta y que estuvo limitada a ciertos temas políticos —replicó Ackbar—. Antes de eso... Bueno, si hubiera sido conveniente excluirme de ella, entonces quizá no habría estado presente durante la reunión celebrada la noche de la transmisión pirata. No me he atrevido a volver a utilizar mi código de acceso.

—Oh, claro... Entonces supongo que tampoco ha visto a Han, ¿verdad? Le dije que le

explicara que todo estaba olvidado. Y yo que pensaba que era usted quien me estaba evitando... —dijo Leia, yendo hacia Ackbar y abrazándole—. No puedo seguir enfadada con usted durante mucho tiempo. Y además... Bien, no paro de repetirme a mí misma que el almirante Ackbar es una de las pocas personas cuya opinión he de seguir escuchando incluso cuando estoy enfadada con él.

Ackbar le dio unas palmaditas en la espalda con una de sus grandes manos-aleta y suspiró.

—Es bueno saberlo.

—Le he echado de menos, amigo mío —dijo Leia, bajando los brazos y dando un paso hacia atrás—. Anakin también le echa de menos. Nadie le había visto desde hacía días. ¿Qué ha estado haciendo?

—He estado bastante ocupado —dijo Ackbar, y señaló el visor—. ¿Por qué se molesta en ver eso? Oír cómo hablan de usted de esa manera no puede resultarle demasiado agradable, y no entiendo de qué puede servirle.

Leia volvió la cabeza para echar una rápida ojeada por encima de su hombro al rostro de Tuomi.

—Supongo que siento una curiosidad morbosa que me impulsa a averiguar si existe algún límite que estén dispuestos a respetar.

—«La codicia no tiene límites y la envidia no conoce fronteras en el corazón de un hombre mezquino» —murmuró Ackbar—. Es una de mis citas favoritas de Toklar, uno de los filósofos más respetados y citados de Mon Calamari —añadió.

—¿No fue también él quien dijo «No mires hacia atrás..., porque algo puede estar a punto de alcanzarte»? —replicó Leia con burlona jovialidad.

—No lo creo —dijo Ackbar—. Pero Toklar escribió que un aguijonazo es recordado durante más tiempo que mil caricias. Por cada voz que apoyó el desafío de Tuomi, hubo un centenar diciendo que era estúpido, injusto y cruel. Escuche a ese centenar de voces, y no a una sola.

—No piense que me lo estoy tomando como una ofensa personal —dijo Leia, dirigiendo su controlador hacia el holovisor y poniendo fin a la proyección—. Pero oír hablar de Alderaan de esa manera resulta muy doloroso para los pocos alderaanianos que quedamos. Y parece como si de repente todo el mundo estuviera encontrando razones para poner en duda mi derecho a estar aquí.

—La gente encuentra aquello que busca —dijo Ackbar—. Debemos fijarnos en sus motivos, no en sus palabras.

—Tuomi dice que su motivo es la justicia —replicó Leia con un encogimiento de hombros—. Alderaan es una nación de refugiados formada por sesenta mil personas que no tienen otro territorio que nuestras embajadas de Coruscant y Bonadan. Tuomi representa a cinco planetas habitados y a casi mil millones de ciudadanos. Tuomi se limita a preguntar qué razón hay para que Alderaan deba mandar sobre Bosch.

—Pero usted no nos gobierna en nombre de Alderaan. Nos gobierna en nombre de la Nueva República.

—De la cual, y según Tuomi, Alderaan es miembro únicamente debido a una equivocada compasión.

—Tuomi es un pececillo ignorante —dijo Ackbar con seco desprecio—. Que Alderaan sea miembro de la Nueva República no es ni un acto de cortesía ni una violación de la Carta. La Nueva República es una alianza de pueblos, no de planetas.

Leia asintió para indicar que estaba totalmente de acuerdo con lo que acababa de decir.

—Algo que se olvida con frecuencia incluso aquí —dijo.

—En ese caso, me permito recordarle que la estructura de la Nueva República fue concebida para evitar el dominio de los mundos más populosos..., para evitar lo que Kerrithrarr llamó una tiranía de la fecundidad —dijo Ackbar.

Leia dejó escapar una tensa carcajada y meneó la cabeza con una violenta sacudida que hizo ondular sus cabellos.

—Sí, no he olvidado ese argumento.

—Tal vez recuerde otra cita que me gusta mucho —dijo Ackbar—. «Hoy nos convertimos en una familia galáctica..., una familia de los grandes y los pequeños, de los jóvenes y los viejos, con honor para todos y favor para ninguno.»

Leia reconoció las palabras que ella misma había pronunciado en su discurso del Día de la Restauración.

—Eso es hacer trampa.

—Confío en que sigue creyendo en lo que dijo entonces.

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces el que ahora Alderaan signifique sesenta mil, o seiscientos, o seis, carece de importancia.

—Desde luego —dijo Leia—. El número exacto sólo tiene importancia para los asesores y los contables. Nuestro derecho a formar parte de la Nueva República es válido, y justo, y moralmente legítimo..., a pesar del número.

—Me alegra oírle decir eso —dijo Ackbar, y metió la mano en uno de los espaciosos bolsillos de su cinturón—. He traído algo para que lo apruebe. —Desdobló una hoja de pergamino azul pálido del tipo que se utilizaba para los documentos oficiales y se la entregó—. Es una solicitud de emergencia para que Polneye se convierta en miembro de la Nueva República, y procede de su representante en Coruscant.

Leia lanzó una mirada interrogativa a Ackbar mientras daba la vuelta a la mesa para ir hacia la ventana.

—Me parece que he sido manipulada.

—Esta solicitud también es válida, justa y moralmente legítima..., a pesar del número.

—¿Existe alguna razón para pensar que alguien más pudo sobrevivir al ataque de los yevethanos?

—No hay pruebas que permitan afirmarlo o negarlo —dijo Ackbar—. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Si Plat Mallar quiere ocupar un asiento en el Senado...

—Plat Mallar quiere ocupar un asiento en la carlinga de un caza. El asiento que hubiera correspondido a Polneye en el Senado permanecerá vacío a menos que se encuentre a otros supervivientes..., y así servirá como recordatorio.

—Veo las huellas de sus manos en todo esto, Ackbar.

—Estoy intentando ayudar al muchacho —admitió Ackbar—. Pero Plat sabe tomar sus propias decisiones.

—Permítame que le haga otra pregunta —dijo Leia—. ¿Le ha informado de la oferta hecha por Jobath de Galantes? ¿Sabe Mallar que Jobath le ofrece refugio y la ciudadanía en nombre de los fias?

—Plat ha hablado con Jobath.

—¿Y?

—Durante los días siguientes a la destrucción de Alderaan, ¿cuál habría sido la reacción de la princesa Leia ante una invitación de convertirse en ciudadana de Lafra o Ithor?

Leia colocó el pergamino sobre la mesa e inclinó la cabeza, y después juntó las palmas de las manos y se llevó las yemas de los dedos a la boca.

—Ya estoy siendo muy criticada por haber aprobado esas solicitudes cuando volví de mis vacaciones.

—En ese caso, aprobar una solicitud más no cambiará mucho la situación —dijo Ackbar—. Pero supondrá muchísimo para los polneyanos. Y hay algo que debo añadir, aunque no sé si le servirá de mucho: cuando me enteré de lo que había hecho, me sentí muy orgulloso de usted.

Leia frunció el ceño. Después se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre la mesa, colocándolas a ambos lados del documento mientras lo estudiaba con gran atención.

—Bueno, almirante, debo confesarle que yo también me sentí mucho mejor después de haberlo hecho —dijo por fin, y activó su comunicador mediante el mando a distancia—. Necesito una tableta de validación, Alóle. El almirante Ackbar acaba de traerme una solicitud que se nos había pasado por alto.

Belezaboth Ourn, cónsul extraordinario de los paqweporis, paseaba nerviosamente por el dormitorio de su cabana del albergue diplomático.

Por décima vez, Ourn interrumpió sus idas y venidas para asegurarse de que la diminuta caja ciega que le había entregado el virrey yevethano estaba correctamente conectada a la unidad de hipercomunicaciones, que era mucho más grande que la caja. Eso era cuanto podía hacer para averiguar si existía alguna razón técnica por la que, cinco horas después de haber enviado una solicitud urgente para hablar con Nil Spaar, todavía estuviera esperando y yendo de un lado a otro del dormitorio.

Y a Belezaboth Ourn no le gustaba que le hicieran esperar.

El ingeniero de su nave había examinado la caja sellada utilizando todos los medios a su disposición, pero después de que una potente descarga emitida por la caja hubiera destruido sus instrumentos de sondeo, el ingeniero se la había devuelto con un encogimiento de hombros. Ourn sólo sabía que conectar la caja ciega permitía que el hipercomunicador pudiera conversar con ella, y que a su vez la caja conversaba con un hipercomunicador yevethano

instalado en un lugar desconocido.

Ourn masculló una imprecación contra la fertilidad de Nil Spaar y pidió que le trajeran un pájaro toko y un cuchillo de sacrificio. Ya llevaba semanas atrapado en Coruscant, sin poder marcharse y esperando a que el virrey cumpliera sus promesas. Ourn no estaba dispuesto a convertirse en un prisionero encerrado dentro de aquella habitación, incapaz de comer mientras esperaba que el virrey respondiera a sus llamadas.

El *Madre de la Valkiña* seguía posado sobre la pista de descenso, inmóvil en el mismo lugar donde había sido azotado por la brusca partida del navío yevethano *Aramadia*. Con la misión tan escasa de fondos, Ourn se había negado a autorizar las reparaciones necesarias, esperando poder vender el pequeño bergantín consular como chatarra cuando el navío que le había prometido Nil Spaar fuese entregado por fin. Después las dotaciones de tierra del espaciopuerto habían recubierto el *Valkiña* con una burbuja selladora cuando las tasas de atraque pendientes de pago empezaron a volverse excesivamente elevadas.

Que el navío consular de los paqweporis estuviera atrapado bajo un bloqueo de deudores allí donde todo el mundo podía verlo era realmente muy embarazoso. Tener que hacer cola para poder abandonar Coruscant a bordo de una lanzadera resultaría altamente humillante, y que la delegación volviera a casa sin un solo crédito en los bolsillos y viajando a bordo de una de las viejas naves de línea comerciales que hacían escala en Paqwepori era totalmente impensable.

Sólo había una resolución aceptable, y Ourn se aferraba tozudamente a ella. Nil Spaar debía cumplir su promesa de entregarle un navío de impulsión yevethano en pago a los daños sufridos por el *Valkiña* y los otros servicios que Ourn había prestado a Nil Spaar. Después la delegación podría marcharse de Coruscant no sólo con la magnificencia debida, sino de una forma que haría comprender a todo el mundo que los paqweporis tenían amigos muy poderosos.

El único problema era que Nil Spaar se hallara ocupado con tanta frecuencia cada vez que Belezaboth Ourn intentaba ponerse en contacto con él. Las dos últimas veces que había tratado de obtener información, Ourn se había visto obligado a hablar con subordinados; y los tres intentos que había llevado a cabo desde que decidió mantener la boca cerrada e insistir en hablar directamente con Nil Spaar no habían obtenido ninguna respuesta.

En aquel intento, el cuarto, Ourn había puesto un cebo en el anzuelo, y había dejado un mensaje afirmando poseer información sobre algunos acontecimientos recientes de gran importancia que afectaban al Cúmulo de Koornacht. Pero, aun así, ya llevaba cinco horas esperando.

El pájaro toko y una respuesta de los yevethanos llegaron en el mismo instante, y Ourn expulsó sin miramientos al primero para poder recibir la segunda. Para su satisfacción, el rostro que apareció en la pantalla era el de Nil Spaar.

—¿Qué es ese sonido, Belezaboth Ourn? —preguntó Nil Spaar.

Los chillidos de indignación con que el pájaro toko hacía temblar la antesala como protesta por haber sido rechazado todavía eran débilmente audibles.

—¡Virrey! Volver a tener ocasión de hablar con usted es un honor y un deleite para mí. No haga caso de esos ruidos... No es más que un animal salvaje que está chillando en otra habitación. ¿Qué noticias tiene para mí? ¿Hay alguna novedad sobre la entrega de mi nave?

Ourn creyó ver un fugaz chispazo de pena en los expresivos ojos del yevethano.

—Cónsul, este asunto se ha convertido en una fuente de grandes preocupaciones y disgustos para mí —dijo Nil Spaar—. Mi pueblo y el suyo se hallan al borde de la guerra...

—¿Nuestro pueblo? ¡No, no! —exclamó Ourn, sorprendido y consternado—. Pero si no hay ni un solo ciudadano de Paqwepori en las fuerzas armadas de la Nueva República..., ¡ni uno solo! El societario lo ha prohibido.

—Y espero que eso servirá de ejemplo a otros gobernantes —dijo Nil Spaar—. Pero hay una gran flota que se dispone a invadir nuestro territorio, y la ausencia de los paqweporis no parece haberla debilitado en lo más mínimo.

—Oh, esa flota no es más que una fanfarronada, un alarde carente de significado —dijo Ourn despectivamente—. La princesa no posee ni la decisión necesaria para llegar a utilizarla ni el apoyo para poder hacerlo.

—Pues a mí me parece que la princesa es una dictadora enérgica y llena de recursos —replicó Nil Spaar—. No puedo creer que Leia Organa Solo sea una persona que pierde el tiempo amenazando en vano.

—Si pudiera oír cómo los portavoces la denuncian cada día en el Senado, entonces sabría hasta dónde llega su debilidad. Su derecho a dirigir la Nueva República ha sido desafiado.

¡Vaya, pero si incluso se rumorea que quizá acabe viéndose obligada a abandonar la presidencia!

—Antes desearía ver cómo esa flota que nos amenaza abandona sus posiciones actuales —dijo Nil Spaar—. Supongo que comprenderá que, dada la situación, en estos momentos debo concentrar toda mi atención en esa flota.

—Sí, pero... ¿Qué hay de su promesa? ¿Qué hay de los favores que le he hecho?

—Hemos contraído una deuda con los paqweporis, cierto... Pero algunos miembros de mi gobierno están empezando a preguntarse si podemos confiar en un aliado de Leia Organa Solo...

—Si el presidente me lo hubiera permitido, yo mismo la habría denunciado...

—... y otros creen que debemos conservar el *Reina de las Valkirias* para que nos ayude en nuestra defensa contra las flotas y ejércitos que Leia está reuniendo para lanzarlos sobre nosotros. Si quiere que le sea sincero, no veo cómo podemos entregarle la nave en estas circunstancias.

El abatimiento se había ido extendiendo por el rostro del cónsul con cada palabra que salía de los labios de Nil Spaar.

—Esto es horrendo... ¡Es impensable! —balbuceó—. ¿No puede hacer nada?

Nil Spaar hizo ondular su mejilla en una excelente imitación del gesto de resignación Paqwepori.

—Quizá sería posible... Pero no. No me atrevo a pedir más cuando ya existe una deuda.

—¡Pida! ¡Pida, se lo ruego! ¿Hay alguna forma de que pueda ayudar a resolver este problema?

—Verá, estaba pensando que si usted pudiera proporcionarme algún medio de persuadir a los demás... Si yo pudiera darles razones suficientes para que confíen en usted, para que sepan que usted es tan honorable y digno de confianza como yo sé que es...

—Sí, por supuesto... Pero ¿qué podría convencerles? ¿Me está pidiendo que me vaya de Coruscant? ¿Nos está pidiendo que abandonemos la Nueva República?

—No, no... Nada de eso. Bastará con que no se mueva de donde está ahora y siga siendo nuestro amigo —dijo Nil Spaar—. Mantenga los oídos y los ojos bien abiertos para detectar todas las maquinaciones de esa infame mujer que quiere acabar con nosotros. Proporcionémosle informes lo más completos y libres de prejuicios posible de todas sus acciones. Démosle la información que necesitamos para evitar que esta confrontación acabe volviéndose incontrolable. Es la única manera de que podamos llegar a cumplir la promesa que le hicimos. Ésa será toda la prueba de su lealtad que necesitarán quienes ahora están dudando de ella.

—Por supuesto —dijo Ourn—. ¡Por supuesto! Lo habría hecho de todas maneras. En realidad, la razón principal por la que quería ponerme en contacto con usted era precisamente ésa; deseaba informarle sobre el último acto de abuso de sus poderes cometido por Leia. Incluso sus amigos están perplejos y escandalizados... Verá, Leia volvió hace poco de unas vacaciones y aprobó las solicitudes de admisión de más de veinte nuevos sistemas, saltándose todos los protocolos establecidos y...

—No —dijo enfáticamente Leia, pasando junto a Nanaod Engh con tan pocos miramientos como si fuera un mendigo callejero—. No quiero convocar una reunión del gabinete. Todavía no tengo nada que decirles. El Consejo de Defensa aún no se ha reunido. El virrey todavía no ha enseñado sus cartas.

Engh dirigió una muda apelación a Behn-kihl-nahm con la mirada.

—¿Querrá hablar con ella, presidente?

—Leia.. Todavía no es necesario que tenga respuestas para las preguntas que ellos puedan llegar a hacerle —dijo Behn-kihl-nahm—. Basta con que permita que la vean. Lo único que ha de hacer es dejar que vean cómo asume el mando. Un gobierno es un organismo..., y este organismo ha sufrido dos shocks lo bastante serios como para perturbar el funcionamiento de todos sus sistemas.

—Lo siento, pero todo eso no puede depender de mí. Existe una razón para tener un gabinete, y la razón es que al tenerlo no he de preocuparme por todos esos «sistemas». Así pues, dejemos que los ministros se ocupen de sus responsabilidades, y yo atenderé los asuntos de los que sólo puede ocuparse la jefatura del Estado.

—Pero tiene que decírselo, y debe demostrarles que está aquí, que es consciente de la situación y que está haciendo todo lo necesario —replicó Behn-kihl-nahm—. Tiene que conseguir que vuelvan a concentrar su atención en los verdaderos problemas o de lo contrario, y antes de que pueda comprender qué ha ocurrido, tendrá nueve pequeño reinos que dirigirán

la mirada hacia sus respectivos consejos en el Senado en vez de volverla hacia usted. Hasta cierto punto, eso ya ha ocurrido.

—Hay muchas tareas gubernamentales que no tienen absolutamente nada que ver con Koornacht, el Consejo de Defensa, las flotas negras o los asuntos de estado —dijo Engh—. Los ministros y sus departamentos tal vez no deberían necesitar ese tipo de garantías y seguridades, pero la realidad es que las necesitan.

—Y yo no necesito verme colgada por los talones y ser interrogada durante cuatro horas.

—Eso no ocurrirá —dijo Engh—. La reunión habrá sido convocada por la jefe del Estado, y no por los ministros. Exprese su agradecimiento por el trabajo que han estado haciendo. Solicite sus informes. Admita que nos esperan momentos difíciles. Pídales que sigan atendiendo sus responsabilidades con la máxima diligencia posible. Prometa que les dará más información en cuanto le sea posible. Haga que sepan que ellos están haciendo posible que la jefe del Estado pueda hacer su trabajo.

—Ya deberían saber todo eso sin necesidad de que se les dijera —protestó Leia—. ¿Qué necesidad hay de que me reúna con ellos para darles ánimos con un discursito? Oh, por todas las estrellas... Durante la Rebelión, nuestros pilotos subían a las carlingas de sus cazas sabiendo que iban a luchar contra un enemigo cinco veces superior en número..., ¡y luchaban sin que nadie les animara y les diera palmaditas en la espalda!

—Tanto el lugar como el momento eran muy distintos —se limitó a decir Behn-kihl-nahm—. Leia... Tú nunca has desempeñado ninguna función gubernamental salvo en la cima del poder. Por favor, Leia... Confía en quienes estamos más familiarizados con la forma en que se ven las cosas desde la base de la pirámide, y permite que te aconsejemos en este asunto.

Leia suspiró y se volvió hacia el Primer Administrador.

—Bien, en ese caso... ¿Cuándo sugiere que celebremos esa reunión? ¿Esta tarde?

—Oh, no... Eso significaría marcarla con el sello de las emergencias, que es precisamente lo último que le conviene en estos momentos. No, esta tarde bastará con que emita el preaviso habitual diciendo que la reunión se celebrará dentro de tres días. Eso hará que el mensaje que quiere hacer oír empiece a circular. Por lo demás, tres días de plazo es más que suficiente.

—De acuerdo. Entonces serán tres días —dijo Leia de mala gana—. ¿Querría alguno de ustedes decirle a Alóle que entre cuando se vayan, por favor?

La primera reunión de gabinete de la nueva era se desarrolló con una fluidez y una ausencia de incidentes realmente sorprendentes. El ministro Mokka Falanthas mostró señales — perceptibles, pero no demasiado aparatosas— de que todavía no había superado del todo la irritación que le produjo el que Leia se entrometiera en su terreno, pero mantuvo esos sentimientos fuera de sus palabras cuando informó sobre el trabajo del cuerpo diplomático. Aun así, Leia se vio obligada a admitir que el resto de asistentes a la reunión parecían estar encantados ante aquel retorno a la normalidad.

Y además, y eso supuso una sorpresa todavía más agradable, Leia logró dar por concluida la reunión al cabo de dos horas, lo cual le daba una oportunidad de trabajar en serio durante un rato antes de reunirse con Han para almorzar. Pero no consiguió escapar del todo a las consecuencias de la reunión, ya que Nanaod Engh la siguió cuando salió de la sala del consejo y fue con ella por el pasillo que llevaba a los turboascensores.

—¿Dispone de unos momentos, princesa? —preguntó Engh—. Me gustaría que habláramos de un asunto que no he creído adecuado sacar a relucir durante la reunión.

—Estaba planeando hacer un repaso a fondo de cierto material nuevo enviado por el general Ábaht que ha llegado esta noche y que aún no he podido examinar como quería —dijo—. Ya sabe que he de comparecer ante el Consejo de Defensa el día uno, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Bueno, dispone del tiempo que tardemos en llegar a la puerta de mi despacho para convencerme de que su asunto, sea lo que sea, es más importante que el mío.

—Creo que tal vez forme parte de él, princesa —dijo Engh—. Verá, me estaba preguntando si Alóle la ha mantenido informada del contenido general del tráfico informativo en los canales gubernamentales durante los últimos días...

—¿A qué viene eso? No le entiendo, Engh. Alóle se mantiene al corriente de todo y lo filtra, y después me pasa los mensajes de los que debo ocuparme. Es el procedimiento habitual, y usted lo conoce de sobra.

—Lo siento. Me refería a las líneas públicas. Los recuentos y resúmenes de los androides manipuladores de mensajes que se ocupan de los comentarios no especificados, los extractos de los registros generales de llamadas..., ese tipo de cosas. O quizá usted misma les ha

echado un vistazo.

—No —dijo Leia, llamando al ascensor—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, pues... Pues para hacerse una idea de qué aspecto tiene todo esto cuando es visto desde fuera, lejos del gobierno y de Coruscant. Para averiguar cómo está reaccionando la gente a las noticias.

—Siga —dijo Leia mientras llegaba el ascensor.

—Este asunto de los nuevos miembros, por ejemplo... Bien, usted tomó una decisión perfectamente válida y en ningún momento rebasó los límites de los poderes que le atribuye la Carta, por supuesto —dijo Engh, siguiéndola hacia el interior de la cabina—. Aquí todo el mundo sabe que los nuevos miembros han tenido que jurar respeto y adhesión a la Carta como cualquier otro miembro de la Nueva República, y que lo que se hizo fue no sólo por una razón legítima, sino también noble.

—Me gustaría pensar que todo eso está tan claro que no es preciso dar ninguna explicación —dijo Leia mientras las puertas se deslizaban velozmente sobre sus guías hasta cerrarse—. Salvo quizá al ministro Falanthas, quizá...

—El pequeño problema que ha surgido con el ministro Falanthas es una mera cuestión de competencias profesionales y estilo personal, y estoy seguro de que ustedes dos sabrán resolverlo con el tiempo —dijo Engh—. Pero en las capitales están muy preocupados por los últimos acontecimientos; se dice que la princesa Leia se ha excedido en el ejercicio de su autoridad, que han concedido privilegios especiales y que ha actuado dejándose llevar por un impulso, e incluso temerariamente.

—¿Se refiere a los gobiernos planetarios?

—A los gobiernos planetarios en algunos casos, y a los tecnócratas en otros. Y no sólo son los tecnócratas, Leia... Es una reacción prácticamente general. Una gran parte de los comentarios procedentes de los ciudadanos que circulan por las líneas públicas tienen un contenido general francamente crítico..., a menudo tosca e ignorantemente crítico, desde luego, pero crítico a fin de cuentas.

—¿Y usted piensa que debería estar leyendo esos comentarios? —preguntó Leia en un tono bastante sarcástico—. Oiga, Nanaod, no entiendo por qué me está hablando de este asunto. Esta situación no me gusta nada, así que no veo por qué debería sorprenderme que a otros tampoco les guste. ¿Qué se puede hacer al respecto?

—Bueno, ya llevamos varios días hablando de eso —dijo Engh—. El consenso general que empieza a emerger de la discusión es el de que todo este lío es el resultado de no haber preparado a la Nueva República para lo que se avecinaba, y de no haber actuado lo suficientemente deprisa para informar a los ciudadanos después de los hechos. Creo que deberíamos seleccionar a un par de secretarios y ponerlos a trabajar en el problema a jornada completa, preferiblemente en un régimen de consulta permanente con alguien de su personal... Estaba pensando que Tarrick sería el más adecuado.

El turboscensor fue reduciendo la velocidad hasta detenerse, y las puertas se abrieron en el nivel quince.

—¿Qué propone que hagan?

—Propongo que planeen un programa para reforzar un poquito su imagen pública. Me gustaría pensar que básicamente es una cuestión de dar a conocer la verdadera situación..., de informar más que de influenciar. Quizá queramos conseguir que usted esté un poco más disponible para las redes de noticias, y no me refiero únicamente a los grandes complejos con sede en Coruscant, sino también a las redes regionales y locales...

—Así que ahora quiere que conceda entrevistas, ¿eh? ¿Qué vendrá a continuación? ¿Presidir inauguraciones de espaciopuertos? ¿Lanzar al mercado una gama de muñequitas Leia? ¿Que les permita grabarme con sus holocámaras mientras bailo para Han llevando puesto un traje de esclava de placer de Jabba el Hutt?

—Vamos, Leia... Nadie está sugiriendo que haga ese tipo de cosas, y en realidad...

—Acabarían llegando a ellas, y no estoy aquí para hacer ese tipo de cosas —le interrumpió Leia con firmeza—. Y además, el descubrir que se puede tomar a una persona que ha dado muestras más que sobradas de su buen juicio y conseguir que la gente la apoye meramente porque tiene una hermosa sonrisa supondría una terrible desilusión para mí. Me he ganado sobradamente cualquier tipo de críticas de las que pueda estar siendo objeto en estos momentos, y voy a tratar de recuperar el respeto que he perdido..., pero no intentaré sustituirlo con un sucedáneo.

—No estamos hablando de eso, Leia —dijo Engh—. Estamos hablando de exponer su caso no sólo ante el Senado, sino ante las personas a las que representan esos senadores. Estamos

hablando de combatir la información errónea y las impresiones incorrectas antes de que hayan desarrollado unas raíces lo suficientemente profundas como para poder ser tomadas por la verdad. Leia, el hacer lo que le pido sólo puede redundar en su beneficio.

Se estaban acercando a la suite presidencial.

—¿Qué se supone que he de hacer, Nanaod, lo correcto o lo que guste a la gente? ¿Dónde está la frontera que separa el que te entiendan y el querer que todo el mundo te aprecie? — Leia se detuvo y se encaró con él, obligándole a detenerse—. Si he de proporcionar el tipo de liderazgo que todo el mundo espera de mí, ¿cree que el tener a un hombrecillo agazapado a mi espalda susurrándome una y otra vez que la gente todavía no está dispuesta a ir adonde yo sé que debemos ir me va a ayudar en algo? No me cree más dificultades de las que ya tengo, Nanaod. Se lo ruego encarecidamente, porque... Bueno, la verdad es que debo decirle que mi situación actual ya es lo bastante complicada sin necesidad de que me la compliquen todavía más.

—Lo único que quiero es proporcionarle todas las herramientas que necesita para alcanzar la meta que se ha fijado —replicó Engh—. Su imagen pública es una de ellas.

—Pero mi imagen pública necesita ser sometida a un proceso de rehabilitación.

—Sólo en algunos círculos..., en los que los cotillees, los rumores y las noticias le han prestado un pésimo servicio. No estoy hablando de lanzar nubes de mentiras al aire, Leia, estoy hablando de disipar la neblina que otros han creado.

—Mon Mothma nunca tuvo que recurrir a los estrategas de la imagen, y nos guió a través de momentos más difíciles que éstos —replicó Leia—. No. Lo siento, pero no me interesa.

—¿Pensará en ello? Si echara un vistazo al tráfico general de las líneas públicas, entonces tal vez entendería por qué estamos tan preocupados...

—Ya lo he entendido —dijo Leia—. Lo que ocurre es que no deseo esa clase de ayuda. Y ahora tengo trabajo que hacer.

Engh se dio por vencido y no siguió insistiendo, pero Leia tuvo algunos problemas para expulsar la conversación de su mente cuando entró en su despacho. Varias horas después, y sin haber podido olvidarla todavía, le repitió una gran parte de la conversación a Han cuando su esposo y los niños se reunieron con ella en la cascada interior para almorzar.

Leia esperaba su simpatía, pero el rostro de Han fue mostrando una creciente incomodidad a medida que la oía hablar.

—¿Por qué pones esa cara, Han? ¿Qué pasa?

—Nada. No es nada... Sigue, te estoy escuchando.

—No. Conozco muy bien esa expresión —insistió Leia—. Es tu expresión: «No voy a decirte lo que pienso porque el hacerlo sólo serviría para empeorar las cosas», con morderse la lengua incluida. Pero el truco no funciona, ¿sabes? No funciona porque siempre tienes que permitir que me dé cuenta de que estás haciendo un esfuerzo terrible para no abrir la boca, y eso te delata. No entiendo cómo has conseguido ganar una sola mano de sabacc con esa cara tan expresiva que tienes.

—Y yo no sé cuántas veces te he oído ese discurso —dijo Han mientras sus labios se curvaban en una sonrisa torcida llena de malicia—. Es tu discursito: «Voy a hacerle la vida imposible hasta que se haya enfadado lo suficiente para decirme qué está pensando», y ya no da resultado.

—En ese caso, ¿por qué no te limitas a decirme qué estás pensando antes de que los dos nos hartemos de forcejear?

—Bueno, realmente no es nada importante y...

—Y ya puestos, ¿por qué no te saltas toda la parte de amortiguar el golpe?

—¡Mujeres! —dijo Han, resoplando con fingida indignación—. Siempre quieren que les digas lo que estás pensando, pero digas lo que digas siempre estás equivocado.

—Me alegra ver que comprendes las reglas básicas.

—Oh, sí. Lo que resulta aterrador es ver que Jaina también las va entendiendo mejor cada día que pasa. —Han suspiró—. Hace un par de días tuve noticias de un viejo amigo de mis tiempos de contrabandista que ha decidido ir por el buen camino y se ha instalado en Fokask. Hacía años que no tenía ninguna clase de contacto con él.

—¿Y por qué has tenido noticias tuyas ahora?

—Me envió una copia de un comentario y media docena de cartas del *Estandarte de Fokask*, que supongo es lo que pasa por un noticiario en ese sitio. El título del comentario era algo así como «¿Anhela la princesa la corona perdida?».

—Mmmm. ¿Y qué tenía que decir al respecto ese comentario?

—Oh, vamos... No lo leí con tanta atención como para enterarme. ¿Por qué iba a querer

hacerlo? —Leia no dijo nada, pero sus ojos siguieron pidiéndole que continuara—. Bueno, hablaban de que siempre habían creído que eras una servidora de los mejores valores de la Antigua República, pero que de repente habías empezado a parecer una decidida defensora de una idea todavía más antigua, el derecho divino de los monarcas..., sea lo que sea lo que signifique eso. Si realmente quieres hacerlo, puedes leerlo tú misma.

—¿Y qué decía tu amigo?

Han frunció los labios y rehuyó la mirada de Leia. Estaba claro que buscaba alguna forma de evitar tener que responder a esa pregunta.

—Cuéntame qué decía, Han.

—Bueno... La verdad es que no tenía mucho que decir. Después de la última carta remitida al *Estandarte*, mi amigo se había limitado a añadir una corta nota. «¿Le han echado algo al agua en Coruscant? —decía la nota—. Parecía una chica estupenda.» —Han frunció el ceño—. No significa absolutamente nada, salvo que ahora he de matar a ese tipo.

—No hay ninguna razón por la que debas matar a ese tipo.

—He de hacerlo —dijo Han, asintiendo con expresión impasible—. Ha insultado a mi chica. He de matarlos a todos.

—Deja de decir tonterías antes de que te oigan los niños —dijo Leia, dándole un puñetazo en el hombro y apoyando la cabeza en él después.

Han la rodeó con un brazo.

—Si retira lo que ha dicho quizá le perdone la vida —murmuró—. Pero tendrá que convencerme de que está realmente arrepentido —añadió después de una larga pausa. Hubo otra pausa, y cuando volvió a hablar empleó un tono más serio—. Y ya que has hablado de los niños... Bueno, creo que habría que hacer algo..., antes de que los niños lleguen a oír ciertas cosas.

Leia no dijo nada. Pero mientras permanecía inmóvil junto a Han y contemplaba cómo Jaina, Jacen y Anakin jugaban en la cascada, esas palabras parecieron arder en sus oídos: *antes de que los niños lleguen a oír ciertas cosas*. Cuando volvió al decimoquinto nivel, pidió a Alóle que le trajera una selección aleatoria de los mensajes recibidos por las líneas ministeriales durante los últimos días. Poco después de que Alóle se la hubiera proporcionado, Leia llamó a Nanaod Engh.

—He estado pensando en todo aquello de lo que hablamos —dijo—, y querría rogarle que haga cuanto pueda al respecto.

—Empezaremos inmediatamente —prometió Engh.

El grannano y el mon calamariano —el joven y el viejo, el novato y el veterano— salieron del deslizador de la Flota y echaron a caminar, cada uno adaptando su paso al del otro sin darse cuenta de lo que hacía, y atravesaron la zona de estacionamiento hasta llegar al caza rojo y blanco de morro achatado que aguardaba el momento del despegue, inmóvil sobre sus soportes de descenso a una docena de metros de distancia.

—Aquí está lo que quería enseñarle —dijo el almirante Ackbar—. ¿Había visto alguno de éstos anteriormente?

—Sí —dijo Plat Mallar, agachándose para pasar por debajo de los alerones plegados y estudiando las puntas de las alas—. Vi los diagramas de este aparato en la rutina de reconocimiento de navíos enemigos de mi abuelo. Es alguna clase de variación sobre el diseño básico de un ala-X de perímetro interior del modelo T-sesenta y cinco, ¿no?

—Correcto. Pero fíjese en la mayor anchura del perfil que se aprecia a lo largo de todo el fuselaje, y en los dos asientos contiguos de la carlinga.

—Y los cañones láser de las puntas de las alas carecen de sistemas de energía —dijo Mallar—. ¿Es un vehículo de adiestramiento?

Ackbar asintió.

—Es un adiestrador primario TX-sesenta y cinco. El ala-X tal vez ya no sea el caza de primera línea de la Flota, pero todos los pilotos de la Flota hicieron sus primeras cien horas de vuelo en uno de estos aparatos, y muy probablemente todos los pilotos que se incorporen al servicio seguirán aprendiendo a volar en ellos durante algunos años.

Mallar se puso en cuclillas y echó un vistazo a la parte inferior del fuselaje.

—Es muy distinto a los interceptores TIE.

—Cierto, y entre las diferencias destaca una que usted debería ser particularmente capaz de apreciar: este vehículo de adiestramiento está dotado de un hiperimpulsor.

Una sonrisa melancólica curvó los labios del muchacho durante unos momentos para desvanecerse enseguida.

—Uno de estos aparatos se estrelló el día en que salí del tanque bacta, ¿verdad? Oí hablar de ello a los médicos.

Ackbar giró sobre sus talones y señaló el otro extremo del campo.

—Ocurrió justo allí, en la pista veintidós... No es el primero que perdemos, y no será el último —dijo, moviendo la cabeza en una sacudida casi imperceptible—. A veces, y a pesar de todo cuanto hacemos, los pilotos salen del simulador convencidos de que si cometen un error su mentor de vuelo se limitará a reinicializar la rutina de ejercicios para que vuelva a empezar desde la primera secuencia. —Se encogió de hombros—. Y a veces los aparatos sencillamente se averían, claro está...

—Mi instructor de ingeniería solía decir que lo difícil no es parar, sino parar con suavidad..., y que cada vez que despegues deberías hacer dos comprobaciones para asegurarte de que todas las tuercas están bien apretadas, porque la gravedad siempre sabe detectar tus errores.

—Parece que su instructor conocía su oficio.

—Sí —dijo Mallar—. Bowman York conocía su oficio. Le echo de menos.

Un rechoncho transporte militar despegó de la pista y pasó rugiendo por encima de ellos para dirigirse al espacio. Plat Mallar volvió la cabeza para contemplarlo con expresión melancólica hasta que desapareció.

—Hacen que volar parezca lo más sencillo del mundo, ¿verdad? Tanta potencia, y sometida a un control tan preciso... —Volvió la mirada hacia Ackbar—. Antes de que vinieran los yevethanos eso era lo único que me importaba, ¿sabe? No me refiero a las bombas y los cañones láser, no... Me refiero al volar. Las naves, tan gráciles, que surgían de las nubes y desaparecían en el cielo... Cuando era muy pequeño, las naves iban y venían cada día. Mi madre decía que me pasaba horas delante de la ventana esperando a que aparecieran, y que luego informaba a gritos a toda la casa en cuanto veía una.

Ackbar señaló el vehículo de adiestramiento con una inclinación de cabeza.

—¿Le gustaría subir a él?

—He estado intentando convencerme de que eso sólo serviría para que me sintiese peor, por si se daba el caso de que llegara a preguntármelo —dijo Mallar.

—¿Y lo ha conseguido?

—He fracasado miserablemente. Sí, realmente me gustaría mucho... ¿Podríamos hacerlo en alguna ocasión?

Como respuesta, Ackbar subió por la escalerilla de abordaje, metió una mano-aleta dentro de la carlinga abierta y le lanzó un casco de vuelo a un sorprendido Plat Mallar.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—¿No necesito algo más que esto?

—Necesita un piloto experimentado que le sirva como mentor —dijo Ackbar, volviendo a meter la mano-aleta dentro de la carlinga y sacando otro casco de vuelo—. Yo soy ese piloto.

—No, yo me refería a... Oiga, espere un momento. Sólo vamos a dar un paseo, ¿verdad?

Ackbar bajó por la escalerilla con el casco de vuelo debajo del brazo.

—¿Estaba pensando en un traje de vuelo, quizá?

—Bueno... Sí.

—Hay trajes de vuelo en el compartimiento de carga del deslizador —dijo Ackbar, señalando el vehículo con una inclinación de la cabeza—. ¿Por qué no va a cogerlos?

Mallar fue corriendo al deslizador y volvió a toda prisa con una pequeña montaña de tela marrón pulcramente doblada encima de los brazos.

—¿Cuál es el mío?

—El de arriba —dijo Ackbar—. El que tiene su nombre escrito en él.

Mallar, el rostro inexpresivo y sin entender nada, le contempló en silencio durante unos momentos. Después el traje de vuelo de Ackbar cayó al suelo cuando Mallar sacó el suyo del montón de tela y empezó a examinarlo con manos temblorosas, buscando la tira con el nombre encima del bolsillo derecho. Cuando la encontró, alzó los ojos hacia Ackbar y le interrogó con la mirada.

—Se lo ha ganado por méritos propios —dijo Ackbar con tranquila firmeza—. Se lo ha ganado por lo que hizo el día en que los yevethanos llegaron a Polneye..., y lo que hizo ese día es más importante que cualquier examen o transcripción. Y además tengo intención de enseñarle a volar tal como me enseñaron a hacerlo a mí, recordando en todo momento lo que ya sabe y sujetando la palanca de control con delicadeza pero sin vacilaciones. Durante los peores días de la Rebelión, enviábamos pilotos al combate después de diez horas en el simulador porque estábamos en guerra. Bueno, ahora Polneye está en guerra con N'zoth... Y si

todavía le sigue pareciendo tan importante, y si hay alguna forma de conseguirlo, yo haré que esté preparado para volver al Cúmulo de Koornacht antes de que esta guerra haya terminado.

—Sí —dijo Mallar con un tranquilo orgullo en la voz—. Sí, eso es justamente lo que quiero.

Ackbar asintió.

—En el centro de los pilotos, ya lo verá más tarde, hay un pasillo lleno de pequeñas placas metálicas; tenemos una por cada piloto que ha muerto después de haber despegado de esta base. Las paredes y el techo de ese pasillo están casi totalmente recubiertos de metal. Y si quisiéramos poner una placa por cada piloto que fue adiestrado en esta base y que murió en algún lugar del espacio, bajo el fuego de los cañones enemigos o en una nave que sencillamente dejó de funcionar, tendríamos que recubrir toda la cara de la torre.

—Comprendo —dijo Mallar.

—Sólo cree entenderlo..., como todos los que tienen su edad —dijo Ackbar, meneando la cabeza—. Y ahora, escúcheme con atención durante unos momentos: cuando los viejos inician una guerra, los jóvenes mueren. Y cada héroe creado por cada una de las guerras que ha habido a lo largo de la historia fue al combate esa mañana rodeado de camaradas que eran tan valientes como él, pero que no tuvieron tanta suerte. Usted ya ha gastado una gran parte de su suerte para llegar hasta aquí, Plat Mallar. Y nadie osará jamás decirle ni una sola palabra si acaba decidiendo no ponerse ese traje de vuelo y escoge crearse una nueva vida aquí. Usted consiguió recuperar esa vida robándosela a los incursores yevethanos, y ahora no hay ninguna necesidad de que vuelva a ofrecérsela.

—Lo sé —dijo Plat Mallar, manteniéndose todo lo erguido que podía permitírselo su cuerpo—, y le agradezco que me recuerde que puedo elegir. Pero mi elección es llevar este traje de vuelo, y esperar que se me presente una oportunidad de hacer algo que cambie un poco las cosas..., aunque sólo las cambie para mí, y aunque lo que haga no afecte a nadie más.

—Muy bien —dijo Ackbar—. Entonces empecemos. Tiene muchas cosas que aprender.

Mientras la última imagen holográfica del ataque yevethano que había devastado Campana de la Mañana se desvanecía y las luces de la cámara de reuniones del Consejo de Defensa volvían a encenderse, Leia estudió a los senadores sentados a lo largo de la mesa en forma de V.

Había un rostro nuevo entre los ocho, y su presencia reflejaba una pequeña variación en el equilibrio: el humano Tig Peramis de Walalla había desaparecido, y Nara Deega de Clak'dor VII, un bithano, había pasado a ocupar su lugar. Después de la confrontación producida durante la reunión informativa previa a la puesta en servicio de la Quinta Flota, no tener que enfrentarse a la oratoria incendiaria de Peramis, quien se había enviado a sí mismo a un limbo legal al presentar la solicitud de retirada de la Nueva República en nombre de su planeta, suponía un considerable alivio para Leia.

Pero Deega, que poseía una inteligencia impresionante, estaba tan profundamente comprometido con el pacifismo como la mayoría de su especie. Una catastrófica guerra civil había convertido Clak'dor VII en una pesadilla ecológica donde sólo se podía vivir en ciudades protegidas bajo cúpulas. Debido a esos recuerdos, Leia no esperaba que Deega fuera a resultar más fácil de tratar de lo que lo había sido Peramis.

Leia entró en el centro del espacio definido por la V y todos los ojos se volvieron hacia ella. Siguiendo la recomendación de los especialistas en imagen de Engh, había prescindido de las ondulantes túnicas de la casa real de Alderaan en favor de lo que Han había llamado ropa para luchar en la calle, un sencillo atuendo que recordaba vagamente a un mono de vuelo. En cuanto a las medallas y honores a los que tenía derecho, Leia sólo llevaba uno: el pequeño talismán de cristal de fuego azul de la Casa Organa.

—La cuestión que voy a plantearles es muy sencilla —dijo. Eran las primeras palabras que había pronunciado en aquella sala ese día—. ¿Qué vamos a hacer acerca de lo que acaban de ver?

»Estas imágenes son un documento que nos muestra tanto la brutalidad asesina como la mentalidad expansionista del actual gobierno yevethano —siguió diciendo—. Los yevethanos han cometido actos indecibles de genocidio xenofóbico, y han sido recompensados con nuevos mundos que colonizar y nuevos recursos que explotar. Su éxito sólo puede abrirles el apetito y despertar en ellos el deseo de nuevas conquistas..., pero aunque ahora se den por satisfechos, están disfrutando de los beneficios obtenidos mediante horribles crímenes contra la paz y la moralidad.

«Excluyendo el Cúmulo de Koornacht, el Sector de Farlax contiene más de doscientos sistemas habitados, unos trescientos de los cuales son miembros de la Nueva República. Ni uno solo de ellos es lo suficientemente fuerte para poder resistir los ataques yevethanos sin ayuda exterior.

»Ya hemos aceptado que tenemos la responsabilidad de proteger a los pacíficos habitantes de Farlax enviando a la Quinta Flota para que se interponga entre ellos y los yevethanos. Pero eso no es más que una solución provisional. No podemos mantener un despliegue permanente al nivel de efectivos que supone todo un grupo de batalla. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a una elección muy poco atractiva: o abandonamos esos sistemas, o los reforzamos, o exigimos cuentas a los yevethanos.

»Creo que debemos enfrentarnos a esa elección ahora, mientras todavía conservamos la iniciativa..., y antes de que los yevethanos encuentren una manera de obligarnos a actuar. Debemos encontrar alguna manera de alterar los cálculos de los yevethanos, o de lo contrario lo que acaban de ver sólo será el comienzo. Deberíamos empezar averiguando si realmente están decididos a hacer la guerra, pero también deberíamos estar preparados para negarles los medios con los que hacer esa guerra.

»Por eso estoy aquí hoy..., para pedirles consejo a fin de trazar un plan que resuelva el problema que suponen los yevethanos, y para pedirles su apoyo a la hora de llevarlo a la práctica.

La presentación de Leia era la única parte de la reunión que podía controlar, y demostró ser

su mejor momento de la mañana. Apenas hubo vuelto a su asiento, Behn-kihl-nahm hizo una intervención —breve, pero claramente dirigida a apoyar a Leia— antes de fijar las reglas básicas de la discusión que tendría lugar a continuación. Pero la división existente en el seno del Consejo se hizo evidente apenas se inició la discusión, y los oponentes de Leia empezaron a erosionar los cimientos sobre los que se había colocado.

—¿Cuál es la fuente de las imágenes que nos ha presentado? —preguntó el senador Deega.

Leia respondió desde su asiento.

—Fueron grabadas por los yevethanos e interceptadas por un hurón que estaba patrullando el perímetro del Cúmulo de Koornacht, senador.

—Lo cual significa que no existe ninguna prueba documental que confirme su autenticidad, ¿no?

—¿Qué quiere decir con eso, senador? Si existe una razón legítima para ello, puedo hacer acudir a un testigo cuya declaración confirmará el momento, manera y lugar en que fueron registradas dichas imágenes.

—No me ha entendido, presidenta Solo —dijo pacientemente el senador Deega—. Si las grabaciones no fueron obtenidas por usted, entonces en realidad no puede saber qué es lo que grabaron las cámaras. Nos ha dicho que estas imágenes documentan la erradicación de ciertos asentamientos situados en el interior del Cúmulo de Koornacht. Pero, desde un punto de vista objetivo, no pueden ser descritas con la palabra «documento». ¿Qué planetas eran éstos? ¿Quién estaba a bordo de esas naves? ¿Cuándo tuvieron lugar esos acontecimientos? ¿Quién llevó a cabo el montaje de imágenes de esa secuencia?

—Si el Consejo tiene la impresión de que no ha visto suficiente y desea dedicar el tiempo necesario a ello, puedo presentar toda la transmisión interceptada en su estado original antes de que fuera montada esa secuencia de imágenes..., con un total de once horas de grabación.

—Sigue sin entenderme, presidenta Solo —dijo Deega—. Dados los medios de prueba de que dispone actualmente, le sería imposible demostrarnos que esas imágenes no fueron grabadas durante la Rebelión y a años luz del Cúmulo de Koornacht. Si es que fueron grabadas, claro..., ya que la calidad de la secuencia no es tan elevada como para que no pueda haber sido creada por las capacidades manipuladoras de los mejores montadores de secuencias de Coruscant.

Behn-kihl-nahm decidió intervenir en ese momento.

—Senador Deega, soy consciente de que dado el poco tiempo que lleva siendo miembro del Consejo, no ha tenido muchas ocasiones de acumular experiencia en la evaluación de datos de inteligencia militar. Todos querríamos poder contar con una certeza absoluta en estos asuntos, naturalmente, pero las técnicas de espionaje no suelen permitirnos disfrutar del lujo que supone emplear las pautas y patrones de medida altamente exigentes que un científico o un matemático emplean con sus pruebas o demostraciones. A veces tenemos que limitarnos a confiar en nuestros espías..., o, si eso es pedir demasiado, a confiar en nuestros ojos.

Sus palabras arrancaron risitas a los senadores Bogen y Yar, y consiguieron hacer callar a Deega. Pero el senador Marook se apresuró a llenar el vacío.

—No me cabe ninguna duda de que en el Cúmulo de Koornacht han ocurrido cosas terribles y realmente vergonzosas —dijo el hrasskis mientras sus sacos de aire palpitaban lentamente—. No pongo en duda la autenticidad de las imágenes que nos ha mostrado la princesa Leia.

Leia esperó en silencio, sabiendo que no debía interpretar las palabras del senador Marook como un voto de confianza.

—A decir verdad, la presentación de secuencias me ha parecido lo suficientemente real como para que no desee ver ni una sola imagen más, o examinarlas con más atención —siguió diciendo Marook—. Saber que los agonizantes aúllan de dolor es más que suficiente, y no creo que escuchar sus alaridos vaya a añadir nada a mi comprensión. Pero no estoy tan seguro de que la princesa estuviera en lo cierto cuando ha afirmado que trata de un asunto urgentísimo y apremiante. Quizá ella pueda ayudarme a entender mejor la situación.

—Haré cuanto pueda —replicó cautelosamente Leia.

—Estas grabaciones... Por lo que usted sabe, fueron registradas hace días o incluso semanas, ¿verdad?

—Así es.

—Eso quiere decir que lo que nos ha mostrado ya es historia. Ninguna de esas tragedias puede ser evitada, y ni siquiera puede ser aminorada.

—No...

—En tal caso, ¿qué diferencia hay entre lo que hemos visto y las atrocidades jamás

vengadas de la era imperial? ¿Por qué no estamos reunidos para discutir cómo y cuándo invadiremos el Núcleo a fin de iniciar la búsqueda y captura de los agentes de las devastaciones de Palpatine? ¿No será quizá que lo único de realmente apremiante que hay en esta situación es el creciente debilitamiento del poder político de la princesa Leia, y su desesperada necesidad de obtener una victoria espectacular que restaure su prestigio?

Su última pregunta hizo que Tolik Yar se levantara con un rugido para acudir en defensa de Leia lanzando sus propias acusaciones.

—Son palabras muy osadas para salir de la boca de un traidor que visitó el *Aramadia* en secreto y conspiró con Nil Spaar contra los suyos. Nunca nos ha explicado qué fue a hacer allí..., aparte de cubrir de vergüenza a su pueblo y traicionar su juramento, claro está...

Marook respondió, lo cual hizo que los senadores Bogen y Frammel tomaran parte en el conflicto en calidad de pacificadores y consiguió que Deega saliera huyendo de la sala. Mientras tanto, el senador Cundertol de Bakura y el senador Zilar de Praesitlyn se recostaron en sus asientos, considerando el contratiempo respectivamente como una lección práctica y como un entretenimiento muy bienvenido.

Behn-kihl-nahm necesitó emplear todas sus dotes de persuasión para conseguir que todo el mundo volviera a ocupar sus asientos y fuera posible reanudar la sesión de manera más o menos ordenada. Pero a esas alturas, la unanimidad ya se había vuelto totalmente inalcanzable.

—¿Lo ve? —murmuró Cundertol, inclinándose hacia su compañero de hilera—. Estos alienígenas siempre se están peleando, y basta la más mínima provocación para que empiecen a hacerlo. Forma parte de su naturaleza... Es algo inevitable, así que me pregunto por qué deberíamos intentar detenerlos. ¿Por qué estamos obligados a proteger a los débiles contra los fuertes? ¿Por qué no permitir que los débiles caigan, y hacer después nuestras alianzas con los fuertes?

La reunión se prolongó durante tres horas de discusiones más. Al final de ese período de tiempo, Leia se vio obligada a conformarse con un compromiso que no complacía a ninguno de los presentes en la sala..., y a ella y al presidente del Consejo menos que nadie. El plan era demasiado osado para Deega, demasiado apresurado para Marook, demasiado intervencionista para Cundertol y demasiado tímido para Tolik Yar y el resto de consejeros, y además quedaba demasiado alejado de lo que Behn-kihl-nahm había creído posible llegar a obtener de la reunión.

—Gracias, presidente —dijo Leia después de que se hubiera obtenido el voto de consenso, fingiendo otorgarle una dignidad mucho más elevada de la que realmente se merecía el proceso—. El Consejo será informado debidamente antes de la emisión del anuncio. Tendré que consultar con el almirante Ackbar y también deberé notificar nuestra decisión al general Ábaht, pero todo debería quedar resuelto en cuestión de horas.

Los preparativos exigieron más tiempo que la ejecución.

—Una pregunta para la princesa —dijo Han, rascándose la cabeza mientras contemplaba la pantalla de referencia de la grabadora holográfica—. ¿Cómo sabremos que Nil Spaar ha recibido el mensaje, dado que su postura oficial es la de no mantener ningún tipo de comunicación contigo?

—Disponemos de tres códigos de holocomunicaciones distintos obtenidos durante su visita a Coruscant: dos para el *Aramadia* y uno para los secretarios del virrey —dijo Leia—. El mensaje será emitido mediante los tres códigos.

—Utilizaremos el Canal Uno para mantener informados a todos los gobiernos planetarios —añadió el ministro Mokka Falanthas—. Dado que los yevethanos utilizaron el Canal Uno para transmitir el último mensaje de NO Spaar, sabemos que pueden sintonizarlo..., y si pueden lograrlo, es probable que lleguen a hacerlo.

—También tendremos merodeadores emitiendo en banda alta y láser direccional desde el perímetro de Koornacht —dijo el general Rieekan—. Esas señales llegarán a los interdictores y patrulleros de Koornacht en ocho horas o menos, y a Doornik-319 treinta y cuatro horas después.

—Y si por alguna razón se las arreglan para ignorar deliberadamente todo eso, no se les podrá pasar por alto dentro de dos días a partir de ahora, cuando repitamos este mensaje y permitamos que las redes de noticias lo transmitan a la ciudadanía en general, y eso les irá preparando para lo que pueda ocurrir —dijo Behn-kihl-nahm—. No me cabe duda de que los yevethanos todavía disponen de espías en Coruscant. Se enterarán de los últimos acontecimientos. —Se encogió de hombros—. De hecho, es posible que ya estén al corriente

de todo.

Leia acabó de alisar los pliegues de su túnica y alzó la mirada hacia él.

—¿Dónde está Ackbar? ¿Alguien le ha visto?

—Sí, yo le he visto —dijo Han—. Iba hacia su despacho con un paquete muy grande bajo el brazo, y murmuraba no sé qué sobre haber abusado del ormachek. Pensé que quizá estaba teniendo algunos problemas con su uniforme de gala.

El rostro de Leia se relajó para permitirse una sonrisa por primera vez en horas.

—Si ha tenido que ir hasta su armario para coger la guerrera de combate de Mon Calamari que llevaba en Endor, quizá tarde un rato en llegar.

—A mí tampoco me habrían ido nada mal los servicios de un sastre —dijo Han sarcásticamente mientras daba tirones a su uniforme y ponía cara de sentirse bastante incómodo—. Esto de tener que estar de pie detrás de ti cuando hables no me gusta nada, Leia... No sé si les daremos miedo o risa.

Behn-kihl-nahm le dio unas palmaditas en el hombro.

—No se preocupe, el mero hecho de que esté allí bastará para transmitir el mensaje adecuado. Y no olvide que su presencia va tan dirigida a los ojos de la Nueva República como a los de los yevethanos...

Ackbar llegó en ese momento, resplandeciente en su uniforme blanco de almirante.

—¿Ya no falta nadie? —preguntó el joven asesor del departamento de Nanaod Engh—. Bien, ¿puedo tener a todo el mundo salvo la princesa aquí, junto a la bandera?

El asesor dispuso rápidamente a los extras a lo largo de la pared detrás del sitio en el que se sentaría Leia: Han, Ackbar y Rieekan, todos de uniforme, quedaron colocados a la izquierda de la bandera sobre la que ondeaba la insignia bordada en oro de la Nueva República, y Engh, Behn-kihl-nahm y Falanthas, todos ellos con trajes de gala diplomáticos, quedaron colocados a la izquierda. Después el asesor hizo venir a Leia y la instaló en el sillón curvado provisto de un pedestal, el cual quedó totalmente escondido por los pliegues de sus túnicas. El asesor retrocedió unos pasos, estudió su trabajo y después dedicó unos segundos a examinar la escena en la pantalla de referencia.

—Esto es todo lo que puedo hacer —dijo—. Princesa, puede empezar en cuanto los técnicos hayan terminado sus preparativos.

Los técnicos enseguida estuvieron preparados. Después, por fin, fue la sala de Leia y el momento de Leia.

—Soy la princesa Leia Organa Solo, presidenta rectora del Senado, jefe de Estado de la Nueva República y comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa. Me dirijo a Nil Spaar, virrey de la Liga de Duskhan, a los gobiernos de N'zoth, Wakiza, Zhina y el resto de mundos yevethanos esparcidos por el Cúmulo de Koornacht, y a los comandantes de las fuerzas armadas yevethanas estén donde estén.

«Habida cuenta de que Nil Spaar ha admitido voluntaria y abiertamente su responsabilidad en lo tocante a los espantosos crímenes cometidos contra los habitantes de Campana de la Mañana, Polneye, Nueva Brigia, Doornik-628 y otros asentamientos legalmente constituidos del interior del Cúmulo de Koornacht y sus alrededores...

«Habida cuenta de que esos crímenes incluyen la aniquilación total y sin ninguna provocación previa de los habitantes de esos mundos, y la confiscación ilegal e inmoral de sus hogares, bienes y territorios...

»Habida cuenta de que esos actos suponen una salvaje e inexcusable violación de los derechos fundamentales de los seres inteligentes y los mundos pacíficos tal como son reconocidos y respetados en toda la galaxia, así como de los principios fundamentales de la conducta moral...

«Habida cuenta de que la Nueva República mantiene un firme compromiso con esos derechos y principios, tanto en la ley como en el espíritu...

»En este momento y a través de esta transmisión, aconsejo y conmino al virrey Nil Spaar y a las autoridades gubernativas yevethanas a que renuncien inmediatamente a los sistemas que han conquistado y se retiren de ellos, a que devuelvan todas y cada una de las propiedades confiscadas, y a que dejen en libertad sin infligirles daño alguno a todos los prisioneros que tengan en su poder en estos momentos. De no hacerlo así en un plazo de tiempo razonable y con la debida diligencia, nos veremos obligados a utilizar todos los medios que se hallen a nuestra disposición para imponer y hacer respetar esta decisión.

Su mirada pareció atravesar la lente de la grabadora holográfica.

—Quiero dejarles bien claro que nuestra voluntad y nuestra decisión respecto a este asunto no pueden ser más firmes. Retírense de esos mundos que han conquistado inmoral e

ilegalmente, o serán expulsados de ellos mediante la fuerza. Ésas son sus únicas opciones. La Nueva República no consentirá que obtengan ningún beneficio de unos actos cuya barbarie carece de precedentes.

«Ordenado y registrado este día y ante estos testigos en la Ciudad Imperial, Coruscant, por la presidenta Leia Organa Solo.

»Fin de la transmisión.

Cuando el personal técnico indicó que la sesión de grabación había terminado, el grupo se dispersó con una sorprendente rapidez. Ackbar, Behn-kihl-nahm y Han fueron hacia Leia con palabras de ánimo y apoyo en los labios, pero Han fue el único que no se marchó enseguida.

—No estábamos en primera fila, pero visto desde allí todo tenía un aspecto muy impresionante —dijo, envolviéndola en un rápido abrazo—. Si te hubieras estado dirigiendo a mí, enseguida habría sabido que hablabas en serio. Bien... ¿Cuánto rato vamos a esperar antes de hacer algo?

—Espero que no tengamos que esperar mucho tiempo —dijo Leia—, pero no hay ningún plazo fijado. Les daremos el tiempo suficiente para que lleguen a una decisión. Estoy segura de que no tardaremos mucho en recibir noticias tuyas.

—¿Y si no las recibimos?

—Entonces Doornik-319 se convertirá en el centro de todo —dijo Leia—. Es el único sitio desde el que podemos vigilarles lo bastante de cerca para saber si los yevethanos están haciendo el equipaje para marcharse o si continúan llegando colonos. Concentraremos toda nuestra vigilancia sobre ese punto.

Esperar no resultaba nada fácil.

Una hora llegó y pasó, y la excitación de los primeros momentos hizo que apenas pareciese durar unos minutos. La hora siguiente duró un día. El primer día duró una eternidad. La expectación se convirtió en preocupación, y la preocupación en nerviosismo. El nerviosismo no tardó en convertirse en impaciencia, y la impaciencia pasó a ser una inquietud continua que impedía pensar en ninguna otra cosa.

El segundo día fue todavía más largo.

Y no había ningún lugar en el que la espera resultase más dura que a lo largo del perímetro de Koornacht. Los ciento seis navíos del Quinto Grupo de Batalla mantenían el nivel de alerta de combate sin interrupción. Escuadrones de cazas e interceptores con todos sus sistemas de armamento activados entraban y salían de los hangares de lanzamiento de los transportes mientras las pantallas defensivas eran energizadas hasta alcanzar la máxima densidad de combate.

Al final del segundo día, el ultimátum fue hecho público, junto con algunos fotogramas meticulosamente seleccionados por los servicios de inteligencia de Alfa Azul. La respuesta fue sorprendentemente tranquila y, en conjunto, positiva.

—Es reconfortante, pero también es una ilusión —le advirtió Behn-kihl-nahm a Leia—. El Senado se está guardando las críticas hasta que haya alguna señal, bajo la forma de noticias procedentes de Farlax, que les indique en qué bando les conviene estar al final. Mientras tanto, pueden actuar noblemente apareciendo como leales defensores de la presidencia y defensores de la Carta. Y en cuanto a la respuesta pública... Bueno, sospecho que pronto descubrirá que la inmensa mayoría de observadores están aplaudiendo el principio sin ser conscientes del riesgo que implica el defenderlo. Esa exhibición de fuerza les encanta, y la idea de que impongamos nuestra voluntad a unos desconocidos les parece justa, legítima y razonable. Esperan que los yevethanos obedezcan sin rechistar, y que todo termine en unos cuantos días. Por encima de todo, no esperan que esto lleve a una guerra.

Dos días se convirtieron en tres, y tres se fueron estirando hasta convertirse en cinco. El ultimátum era retransmitido cada día a las diecisiete horas, pero no hubo respuesta de ninguna clase procedente del Cúmulo de Koornacht. Cada vez iba estando más claro que los yevethanos habían decidido ignorar los mensajes.

El sexto día una sonda estacionaria de Alfa Azul emergió del hiperespacio en los alrededores de Doornik-319 y grabó la llegada de una pequeña flotilla formada por tres navíos esféricos de impulsión por ondas y un Destructor Estelar de diseño imperial. La grabación fue transmitida con éxito a un repetidor situado fuera del Cúmulo de Koornacht, pero la sonda ya había superado con creces su límite de tolerancia al vacío espacial y se desintegró cuando intentó volver a desaparecer en el hiperespacio.

Drayson llevó personalmente las noticias y el despacho a la residencia de Leia apenas hubieron llegado a sus manos.

—Me temo que nuestra sonda habrá dejado algunos restos esparcidos en el espacio real —se disculpó—. Eso podría complicar un poco la situación.

—Esos restos sólo les dirán que estamos vigilándoles..., y que no pueden detectar nuestra vigilancia para saber cuándo estamos observándoles —replicó Leia—. Tal vez eso nos ayudará un poco.

—Pero la realidad es que esa sonda era el último recurso informativo de que disponía dentro de ese sistema —dijo Drayson—, e introducirlos allí resulta mucho más difícil que esconderlos una vez que están dentro. Es muy probable que éste sea el último informe de Doornik-319 que recibamos en un futuro inmediato. A partir de ahora, debemos ser conscientes de que toda nuestra información ha rebasado su fecha de caducidad.

—Déjeme avisar a Han y echaremos un vistazo a esos datos —dijo Leia—. Y también deberíamos ponernos en contacto con Behn-kihl-nahm y Ackbar.

—Me he tomado la libertad de avisarles —dijo Drayson—. Bennie ya viene hacia aquí, pero el almirante Ackbar está volando en un TX-sesenta y cinco y tardará un mínimo de una hora en llegar.

—Muy bien. Esperaremos a Bennie.

—Dijo que no le esperásemos.

—Bueno, pues entonces supongo que no lo haremos —dijo Leia.

Han, Leia y el almirante Drayson contemplaron los cuatro últimos minutos de datos: había veinte clips de captura sensora, cada uno de veinte segundos de longitud, que abarcaban un período de seis horas. Los clips documentaban la llegada de cuatro naves y los descensos efectuados en puntos considerablemente separados por tres de ellas. Cuando la grabación llegó a su fin, Leia estaba visiblemente sorprendida.

—No es suficiente —dijo—. No sabemos si esas naves estaban llenas o vacías. No sabemos si se fueron o si se quedaron.

—Un momento —dijo Drayson—. Esta grabación ha sido rodada con el máximo aumento de resolución disponible. Podemos aumentar la definición de los dos últimos clips, y volver a ver la secuencia en que la segunda nave de impulsión por ondas se encontraba casi directamente debajo de la sonda.

Las imágenes aumentadas eliminaron la ambigüedad. La secuencia reveló una pista de descenso de aspecto vidrioso en el centro de una llanura totalmente vacía y desértica, y una hilera de plataformas de carga remolcadas por andróides, cada una de ellas casi tan grande como un transporte ligero, que se iban alejando lentamente de la nave yevethana.

—Ahí lo tenemos —dijo Leia—. Ésa es su respuesta.

Han meneó la cabeza y frunció el ceño.

—Creo que la traducción es «Ah, ¿sí? Pues entonces obligadme a hacer las maletas». —Hizo una profunda inspiración de aire y lo dejó escapar ruidosamente—. ¿Y ahora qué?

—Esperaremos a Bennie —dijo Leia—. Mientras tanto, quiero volver a ver esas imágenes.

La reunión en la residencia acabó creciendo hasta incluir a Engh, Rieekan, Falanthas, Behn-kihl-nahm y Ackbar. Hubo varias proyecciones de la grabación, especialmente de los últimos clips. Todos los que los vieron se sintieron bastante preocupados.

—¿Qué hacemos, Bennie? —preguntó Leia—. ¿Enviamos otro ultimátum? ¿Les decimos que sabemos qué están haciendo, e insistimos en que deben dejar de hacerlo? Esta vez quizá podríamos incluir un plazo, y una consecuencia claramente definida si no lo cumplen.

El que Leia usara su apodo en aquel ambiente provocó un temblor casi imperceptible en las mandíbulas de Behn-kihl-nahm, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—No se me ocurre ninguna palabra mágica que pudiera hacer que otra advertencia resultara más creíble que la que ya les hemos enviado —dijo.

—Deberíamos darles más tiempo —dijo el ministro Falanthas—. Puede que este asunto haya provocado una lucha interna, una fractura entre los militares y el gobierno civil... Lo que vemos en Doornik-319 tal vez no refleje la decisión final que adoptarán. Si reaccionamos con excesiva energía, eso podría obligarles a adoptar una clara posición de adversarios.

—No sabemos mucho sobre los yevethanos, desde luego, pero los datos de que disponemos no contienen ninguna evidencia de que esa distinción tenga algún significado en el caso de la Liga de Duskhan —dijo Ackbar—. Nil Spaar siempre actúa con la decisión y la iniciativa propias de un autócrata, y se comporta como un gobernante absoluto.

—Tú has subido la apuesta, pero Nil Spaar quiere continuar la partida —dijo Han—. No hay ninguna otra manera de interpretar esas imágenes.

Rieekan asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Sí —dijo Ackbar—. Esas naves están equipadas con sistemas de hiperimpulsión. Si han venido de N'zoth, tuvieron que despegar después de que enviáramos la primera advertencia.

—En ese caso tendré que volver a reunir al Consejo de Defensa para comparecer ante él —dijo Leia, volviendo la mirada hacia Behn-kihl-nahm.

Behn-kihl-nahm inclinó la cabeza.

—¿Y qué ocurrirá si el senador Marook y el senador Deega consiguen imponer su opinión, ahora que la apuesta se ha elevado de una manera tan claramente visible? —preguntó—. ¿Hacemos volver a la Quinta Flota y nos marchamos con el rabo entre las piernas?

Leia se levantó y fue hacia el panel de visión del estudio. Se detuvo delante de él y contempló el silencioso e inmóvil jardín de setos, cuyas siluetas minuciosamente esculpidas sólo estaban iluminadas por la claridad nocturna que brotaba de la Ciudad Imperial.

—No sabemos qué está ocurriendo en N'zoth —dijo por fin—. Sólo estamos al corriente de lo que está ocurriendo en Doornik-319, y lo que ocurre allí es inaceptable. —Se volvió hacia ellos y cruzó los brazos encima del pecho—. ¿Están dispuestos a apoyar un bloqueo de Doornik-319?

Uno a uno, todos los presentes fueron asintiendo con una inclinación de cabeza o expresaron su asentimiento en voz alta. Drayson fue el último en responder.

—No creo que los yevethanos vayan a dejarse convencer fácilmente de su vulnerabilidad o de que realmente estamos decididos a actuar —dijo—. Pero el bloqueo parece un próximo paso razonable incluso suponiendo que acabe demostrando ser insuficiente.

Leia asintió, y después se apartó del panel de visión y volvió a reunirse con ellos.

—Almirante Ackbar, ¿cuál es la situación táctica del general Ábaht? ¿Dispone de los efectivos necesarios para imponer un bloqueo general a ese sistema?

—Deberíamos consultarle al respecto —dijo Ackbar—. Ya hay como mínimo un Destructor Estelar yevethano en la zona, por lo que el general Ábaht tendrá que contar con una fuerza abrumadora o correr el riesgo de tener que enfrentarse a un estallido inmediato de las hostilidades.

—Vamos a repasar las reglas de activación del bloqueo planetario, y procuraremos acordarnos de lo que acaba de decir mientras lo hacemos —dijo Leia.

Behn-kihl-nahm se levantó.

—Si me disculpa, señora presidenta... Esas decisiones ya no requieren mi presencia, y me gustaría ir a casa para estar con mi familia. Ministro Falanthas... ¿Querría acompañarme? Hay un asunto que necesito discutir con usted...

Con los asientos que lo flanqueaban repentinamente vacíos, Nanaod Engh también encontró una razón para excusarse. Leia esperó hasta que Engh se hubo marchado y después lanzó una mirada interrogativa a Ackbar.

—Son decisiones que ya resultan muy duras incluso para los soldados —dijo Drayson, encargándose de responder a su muda pregunta—. No puede culparles si quieren distanciarse de ellas lo suficiente para poder dormir.

—¿Y qué razón hay para que ellos sean los afortunados? —protestó Han, y suspiró—. Oh, demonios... Ya volvemos a empezar.

—No —dijo Leia con firmeza—. Estamos haciendo todo esto para evitar una guerra, no para empezarla. Pero eso significa que debemos hacer comprender a Nil Spaar que no ha sabido interpretar correctamente nuestra advertencia. Ésa va a ser la auténtica misión del general Ábaht..., ésa y ninguna otra.

El general Ábaht dio la espalda a la pantalla que mostraba la orden de bloqueo.

—Por fin —dijo—. Por fin...

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán Morano.

—Vamos a entrar en el Cúmulo de Koornacht —dijo Ábaht—. Vamos a impedir que los yevethanos utilicen Doornik-319 como base avanzada. —Los ojos de Ábaht fueron más allá de Morano y se posaron en el teniente que ocupaba el sillón central del sistema de comunicaciones—. Avise a mi personal táctico. Active las pantallas secundarias, y notifique a todos los mandos que deben empezar a prepararse para un nuevo despliegue.

El resultado final de toda aquella actividad fue que treinta y un navíos del Quinto Grupo de Batalla de la Fuerza de Defensa de la Nueva República acabaron siendo elegidos para entrar en el sistema de seis planetas y una estrella blancoazulada catalogado como Doornik-319. El despliegue estaría encabezado por el transporte de la Flota *Intrépido*, los cruceros de combate *Fortaleza*, *Ilustre*, *Libertad* y *Vigilante* y los transportes de asalto *Rechazo* y *Escudo*. La entrada del grupo de bloqueo fue anunciada con tres minutos de antelación por un nuevo mensaje de la

princesa Leia a los yevethanos enviado a través de la hiperonda.

—La temeraria decisión de enviar suministros y aprovisionar a las bases y asentamientos situados en territorio conquistado ilegalmente adoptada por el gobierno yevethano supone un claro desafío a nuestra orden de que se retiraran de él —dijo Leia—. En consecuencia, declaro un bloqueo inmediato de tales lugares con los medios que nos parezcan más adecuados en cada momento.

»Este bloqueo tiene como propósito, y así lo declaramos públicamente ahora, impedir el paso a cualquier nave que se dirija hacia el interior del sistema y, sin recurrir a las armas, supervisar la retirada de los ciudadanos yevethanos y el desmantelamiento de las instalaciones yevethanas. Pero sepan que en el caso de que se produzca cualquier acto hostil dirigido contra navíos de la Nueva República que estén tomando parte en el bloqueo, nuestros comandantes están autorizados a responder inmediatamente empleando toda la fuerza necesaria.

»Para evitar un derramamiento de sangre innecesario, pido al virrey Nil Spaar que anuncie lo más pronto posible y con la máxima claridad su intención de obedecer los términos de la orden de retirada, y que sus acciones demuestren de manera categórica y libre de toda ambigüedad la sinceridad de sus palabras.

«Cualquier otro curso de acción que elijan llevará a la guerra.

«Unas palabras muy acertadas. Decididas, enérgicas... —pensó Ábaht, admirándolas a pesar de sí—. Espero que el virrey sea capaz de oír el silbido del acero oculto bajo su voz, y que no nos obligue a sacrificar las vidas de los hijos e hijas de nuestras madres.

—El hurón señalizador efectúa su reentrada... ahora —canturreó el director de salto.

—Confirman nivel de alerta cero —dijo el capitán Morano.

—¡Confirmando! —anunció el jefe de operaciones ejecutivas—. Todos los sistemas de defensa activados. Escudos preparados para la activación automática al producirse la reentrada. Receptores de alerta en verde. Todos los puestos de combate están ocupados. Todos los sistemas de armamento están activados y listos para entrar en acción. Los interceptores Dos, Cinco y Ocho y los cazas Rojo, Oro y Negro están en las cubiertas y se encuentran preparados para despegar.

—El patrullero de perímetro efectúa su reentrada... ahora —canturreó el encargado de salto.

El capitán Morano tensó nerviosamente las tiras del arnés de seguridad que mantenían unido su cuerpo al sillón de combate.

—¿Cuántos saltos de combate ha hecho, general? —preguntó, volviendo la cabeza hacia Ábaht.

—Demasiados, y no los suficientes —respondió Ábaht.

—Sí, ya entiendo lo que quiere decir —murmuró Morano—. Oiga, general... ¿Qué decía exactamente esa oración de guerra dorneana?

—Ya la he recitado por todos nosotros —dijo Ábaht, asintiendo con la cabeza.

—¡Llamada de atención a todos los puestos y dotaciones! —anunció el director de salto—. Entrada en el espacio real en cinco..., cuatro..., tres..., dos...

—Que todo el mundo recuerde que hay como mínimo un Destructor Estelar muy grande ahí fuera..., ¡así que procuremos localizarlo enseguida! —gritó Morano.

—... uno...

La alarma de salto empezó a sonar, y los visores del puente se llenaron de franjas blancas. Cuando las franjas se colapsaron de repente para convertirse en un resplandeciente panorama estelar, un planeta blanco y marrón, con dos terceras partes de su esfera oscurecidas por la noche, ocupó una considerable porción de la imagen transmitida por los sensores delanteros.

—Oh, demonios... Fijaos en todas esas estrellas —jadeó alguien, reaccionando ante el espectáculo del Cúmulo de Koornacht contemplado desde dentro—. ¿Cómo se supone que se las van a arreglar los artilleros para localizar sus blancos con semejante telón de fondo?

—Basta de charla —ordenó secamente Ábaht—. Quiero un recuento inmediato.

—Iniciando el recuento de la fuerza expedicionaria, señor.

—¡Jefe de tácticas! —llamó Morano—. ¿Dónde se ha metido?

—Los sensores no han detectado ningún objetivo. Los patrulleros informan que no ha habido contactos. Los merodeadores informan que no ha habido contactos.

—¿Dónde está ese Destructor Estelar?

—No lo sé, señor.

—Tiene que estar al otro lado del planeta —dijo Morano, volviéndose nuevamente hacia Ábaht—. Alguien ha tenido mucha suerte, pero no sé si hemos sido nosotros o ellos.

Los informes seguían llegando desde los puestos de control esparcidos por todo el puente

del *Intrépido*.

—El recuento ha sido completado, general, todas las naves informan que se encuentran en las posiciones previstas.

—El jefe de hangares informa que todos los aparatos han despegado, capitán. La pantalla de cazas está avanzando hacia la posición de despliegue.

—Envíenos a esos patrulleros lo más lejos posible y echemos un vistazo al otro lado —dijo Ábaht—. ¿Qué tal van esos sondeos de superficie? ¿Han obtenido alguna información que pueda sernos de utilidad?

Morano se volvió hacia Ábaht.

—Quizá han comprendido que hablábamos en serio y se han ido antes de que llegáramos.

—Esperemos a tener noticias de los patrulleros —dijo Ábaht, rozando su comunicador de combate con un dedo—. Aquí líder de la fuerza expedicionaria a todas las unidades: abran la formación y ocupen las configuraciones de órbita asignadas. Mantengan el nivel de alerta actual.

Durante la media hora siguiente la furiosa, casi frenética actividad de los primeros momentos se fue disipando hasta quedar reducida a un nivel más soportable. Los patrulleros de avanzadilla informaron de que todo estaba despejado, y las naves se dispersaron para formar la pantalla de bloqueo: los grandes navíos de combate avanzaron hacia el norte y el sur a lo largo de órbitas medias, los secundarios fueron hacia el este y el oeste por órbitas de gran altura, y el halo de patrulleros y merodeadores que flotaba a su alrededor se fue expandiendo hacia el exterior.

Y durante todo ese tiempo, el Destructor Estelar yevethano no apareció por parte alguna. Tampoco detectaron la presencia de ningún navío de impulsión por ondas, ni en la superficie ni en órbita. Morano frunció el ceño por debajo de la mano que había apoyado en su frente mientras estudiaba el tablero sensor. Ábaht estaba golpeando suavemente el acolchado del brazo de su sillón con un puño, y se preguntaba si podía permitirse el lujo de creer en su buena fortuna.

—Así que hoy no tendremos dragones, ¿eh? —dijo Morano por fin—. La princesa se sentirá muy complacida.

Ábaht meneó la cabeza.

—Hay algo que no encaja en todo esto.

—Bueno, puede que los yevethanos sean la clase de matones que acaban echándose atrás cuando alguien decide plantarles cara.

—No —dijo Ábaht—. El echarse atrás es un comportamiento que sólo puede darse en un tipo de personalidad completamente distinto. Los yevethanos son mucho más duros..., y mucho más calculadores. ¡Operaciones! Quiero que envíen exploradores a los otros planetas del sistema, y de inmediato. Tengo el presentimiento de que los yevethanos no se han ido muy lejos.

—Sí, señor.

Pero no hubo ocasión de poner en práctica esa orden. Las alarmas de contacto empezaron a sonar, y el oficial táctico tuvo que gritar para poder hacerse oír por encima de ellas.

—¡Capitán! Tengo cinco..., seis, ocho, diez, quince contactos hostiles aproximándose desde todos los vectores a velocidades muy elevadas.... Deben de haber hecho un microsalto justo por detrás de los patrulleros...

Algo estalló sobre los escudos de partículas delanteros del *Intrépido*, bañando el puente con un cegador estallido de claridad antes de que los filtros respondieran. El escudo antisacudidas hizo que el navío temblara ligeramente bajo los pies de sus tripulantes.

—¿De dónde ha salido eso?

—Estamos bajo fuego de superficie, general... Cañones iónicos y misiles de alta velocidad. Disparan desde tres emplazamientos distintos.

—Enséñeme los datos tácticos.

La pantalla central se metamorfoseó en un diagrama táctico de tres dimensiones, que mostraba los navíos de la fuerza expedicionaria desplegados en tres caparazones que orbitaban el planeta. Las naves atacantes ya estaban dentro del caparazón exterior, y se precipitaban sobre los navíos primarios desde todas las direcciones de la brújula.

—Aquí líder de la fuerza expedicionaria a todas las naves: devuelvan el fuego a discreción —dijo Ábaht con expresión sombría—. Defiéndanse.

—Que todas las baterías devuelvan el fuego, el protocolo de represalia queda activado y entra en vigor —ordenó Morano—. Jefe de tácticas, informe sobre los efectivos enemigos.

—Cuento tres, repito, tres Destruidores Estelares de la clase Imperial; seis, repito, seis

navíos como el *Aramadía* y un navío adicional de gran tamaño y configuración y diseño desconocidos.

Todo ocurrió tan deprisa que la sorpresa nunca llegó a disiparse del todo en el puente del *Intrépido*. El Destructor Estelar llegó a toda velocidad, con sus baterías delanteras haciendo fuego incesantemente. Ábaht contempló los navíos esféricos con un interés especial. Con sus enormes siluetas, el aspecto general de aquellas naves de diseño yevethano invitaba a pensar que debían de ser muy vulnerables, pero enseguida demostraron que esa primera impresión no podía estar más equivocada. Sin que pareciesen desconectar sus escudos en ningún instante, los navíos esféricos lanzaron oleadas de torpedos y de un tipo de bomba de gravedad nunca visto anteriormente que parecía estar dotado de impulsores de dirección laterales. Mientras tanto, las baterías láser de gran calibre disparaban una y otra vez desde seis emplazamientos artilleros muy bien disimulados repartidos por el casco de la nave.

Cuatro bombas de gravedad yevethanas escogieron como blanco al transporte ligero *Trinchera*, que estaba avanzando por una órbita de gran altura, y aniquilaron sus escudos de partículas con una explosión coordinada. Unos instantes después un torpedo protónico hizo impacto en el centro del puente, y el navío fue engullido por una enorme bola de fuego.

—Que todas las baterías de defensa centren sus miras en esas bombas lentas —ordenó el oficial táctico de la nave—. General, el *Libertad* informa que ha perdido seis cazas, y sus escudos laterales se encuentran a sólo un cuarto de potencia. El *Rechazo* ha alterado el curso para ir en su ayuda.

Morano golpeó el brazo de su sillón con el puño.

—Somos muy superiores en número, pero hemos adoptado el peor despliegue posible para rechazar esta clase de ataque —dijo—. Estamos atrapados entre ellos y el planeta, y no disponemos de espacio para maniobrar.

—Paciencia, capitán —dijo Ábaht—. Necesitamos un poco más de tiempo.

El oficial de seguimiento se volvió hacia ellos.

—Los navíos enemigos no mantienen el enfrentamiento, general. Se limitan a hacer una pasada, y luego alteran el curso para seguir trayectorias múltiples. Puede que haya más navíos yevethanos aproximándose por detrás de ellos, señor.

—Guárdese sus especulaciones para usted a menos que yo le pida que me las comunique —dijo secamente Ábaht—. ¿Cómo va el sondeo, coronel Corgan? ¿Han terminado ya?

El oficial táctico de Ábaht contempló su consola con el ceño fruncido.

—Cincuenta segundos más, general —dijo—. Entonces estaré preparado para transmitir.

—De acuerdo. Cincuenta segundos, pero ni uno más —replicó Ábaht—. Aquí líder de la fuerza expedicionaria: que todos los navíos secundarios se preparen para abandonar su órbita y seguir el vector cinco-cinco-dos. Que todos los navíos primarios cubran la retirada.

El jefe de comunicaciones envió una señal a Ábaht a través de su consola.

—Señor, los capitanes del *Ilustre* y el *Libertad* solicitan permiso para iniciar la persecución.

—Permiso denegado —dijo Ábaht—. Líder de la fuerza expedicionaria a todas las naves: envuelvan sus restos con un haz de tracción y llévenselos consigo. Quiero que todos los cuerpos sean recogidos antes de que saltemos.

Esta vez le tocó el turno al oficial táctico de la nave.

—Señor... Podemos acabar con ellos. Bastaría con que nos reagrupáramos y los persiguiéramos...

—¿Con qué pérdidas, bajo estas condiciones? Teniente, no hemos venido aquí para vencer a cualquier precio en una zona de batalla escogida por los yevethanos y luchando en el momento más conveniente para ellos —dijo Ábaht—. Hemos venido aquí para obtener la información que necesitamos si queremos ganar la próxima batalla..., y le aseguro que ese momento llegará antes de lo que ellos piensan.

—Sí, señor.

—Transmitiendo —dijo el coronel Corgan—. Mensaje enviado.

Ábaht asintió.

—Líder de la fuerza expedicionaria: que todos los navíos secundarios abandonen sus órbitas. Ya tenemos lo que habíamos venido a buscar, y ahora los yevethanos recibirán su merecido. —Sintonizó su hipercomunicador en el canal de mando protegido y tecleó el código de transmisión—. Líder de la fuerza expedicionaria a todos los grupos: su autorización es kaphsamekh-nueve-cifra-nueve-adelante-daleth. Denles una buena paliza.

Las dieciocho naves que formaban la Fuerza de Ataque Áster estaban esperando en su zona de estacionamiento a dos horas luz por encima del plano del sistema de Doornik-319. La

autorización les fue transmitida por el comandante de la fuerza, el comodoro Brand, desde el crucero estelar *Indomable*.

—Que todas las naves entren en situación de alerta —dijo el comodoro—. Los yevethanos han opuesto resistencia al bloqueo. Vamos a entrar. En estos momentos deberían estar recibiendo datos puestos al día sobre el objetivo y el vector de salto del Grupo Táctico. La cuenta atrás del salto empezará cuando yo dé la señal. Que todas las baterías se aseguren de haber obtenido una adquisición de blanco positiva; recuerden que dentro de poco habrá mucho movimiento por ahí abajo.

A dos horas luz por debajo del plano planetario, unas instrucciones similares eran transmitidas a los veinte navíos de la Fuerza de Ataque Liana Negra por el comodoro Tolsk. La noticia se fue filtrando rápidamente por todos los niveles de la dotación hasta salir del puente, y llegó incluso a las tripulaciones de combate que esperaban en las carlingas de sus cazas y vehículos de asalto, que ya estaban preparados para el lanzamiento en las cubiertas de los hangares.

—¿Estás vigilando ese motor número tres? —preguntó Skids, usando el canal de comunicación con la carlinga del piloto del ala-K—. Desde aquí atrás parece como si estuviera un poquito excesivamente caliente.

—No le quito los ojos de encima —respondió Esege Tuketu—. Pero todos los sistemas estarán un poquito calientes hasta que abran las puertas y empiecen a echarnos a empujones. No te preocupes, Skids, el motor aguantará.

—Verás, es sólo que no quiero oír un «Oooops» justo al final de un picado a plena potencia sobre uno de esos Destruidores Estelares —dijo Skids.

—Te prometo que no lo oirás... —dijo Tuke.

—Estupendo.

—... porque mantendré la boca cerrada y me conformaré con pensar «Oooops».

—¿Tengo tiempo de buscarme otro piloto o ya es demasiado tarde?

Las gigantescas puertas blindadas del Hangar de Atraque Número 5 empezaron a abrirse delante de ellos.

—Es demasiado tarde —dijo Tuke—. Asegúrate de que todos nuestros huevos están a buen recaudo, ¿de acuerdo? No quiero que alguno de ellos se rompa antes de tiempo.

—Dirige el morro de este trasto hacia el objetivo y no tendrás que preocuparte por los huevos.

Moviéndose como un solo aparato bajo el control del jefe de hangar, los bombarderos de asalto del Escuadrón de Bombardeo 24 fueron acelerando a lo largo de las líneas de tensión: primero el Grupo Negro, con sus seis alas-K distribuidos en dos hileras de tres bombarderos cada una, y después el Verde y luego el Rojo. La fase más peligrosa de los lanzamientos en grupo siempre era el desprendimiento de la línea, que debía ser ejecutado con gran precisión: había tan poco espacio disponible que un poco de impaciencia en las filas de atrás podía suponer la pérdida de la mitad del escuadrón.

—Líder Rojo fuera del hangar y en vuelo libre —notificó Tuke al centro de operaciones de combate mientras su sistema de seguimiento se iluminaba—. Adquisición de objetivo en curso.

—Vaya, vaya, vaya... No cabe duda de que han encendido todas las luces para darnos la bienvenida —dijo Skids por el canal de comunicaciones local mientras estiraba el cuello y volvía la cabeza en todas direcciones—. Nunca había visto un cielo tan lleno de estrellas.

El Grupo Rojo se alejó del hangar y empezó a descender hacia el último de los cuatro navíos yevethanos desplegados en una formación lineal que parecía señalar Doornik-319. Los aparatos sólo necesitaron unos momentos para reunirse con los alas-E del Grupo Azul, el Escuadrón de Cazas Número 16, que iban a ser sus cazas de cobertura.

—Ese remolque es nuestro, Líder Azul —dijo Tuke—. Grupo Rojo, armad vuestros huevos y confirmad la adquisición del objetivo mediante vuestros ordenadores de puntería.

Cada uno de los seis bombarderos transportaba dos rechonchos torpedos de plasma T-33, conocidos entre las tripulaciones como rompe-escudos o huevos podridos. Diseñados para estallar en el perímetro del escudo en vez de para atravesarlo, las cabezas de guerra plasmáticas de los T-33 creaban un estallido de radiación más intenso que el de cualquier otra arma iónica de la Nueva República, y su emisión de energía equivalía a la generada por cinco o seis baterías iónicas de un navío primario.

El cono de radiación concentrada y meticulosamente enfocada había sido concebido para sobrecargar los generadores de los escudos de rayos, ya fuese quemándolos mediante la retroalimentación o haciendo que rebasaran su límite de tolerancia mediante el rebote de la oleada de energía. Una vez que aunque sólo fuese un generador hubiera dejado de funcionar,

las torres que proyectaban los escudos de partículas serían vulnerables a las tórrelas turboláser de las fragatas. Si todo iba según el plan, los transportes, que ya estaban empezando a ocupar sus posiciones detrás de la pantalla de cruceros, nunca tendrían que mantener una confrontación directa con el enemigo.

Su entrada en el sistema los había dejado a la distancia asombrosamente corta de 16.000 kilómetros de sus objetivos, y el navío yevethano fue creciendo rápidamente en sus pantallas y sistemas escópicos a medida que los bombarderos aceleraban para alcanzar la velocidad de ataque. Ya sólo les quedaban por recorrer tres mil kilómetros cuando Tuketu ordenó al Grupo Rojo que adoptara la formación de hexágono abierto, la cual permitiría que todos dispusieran del espacio suficiente para llevar a cabo maniobras evasivas durante la aproximación y les proporcionaría un incremento de energía motriz libre de obstrucciones cuando se alejaran.

No había ni rastro de los cazas enemigos, pero enseguida empezaron a verse acosados por las andanadas del navío yevethano estacionado a mil quinientos kilómetros de ellos. Tuketu hizo oscilar violentamente su ala-K de un lado a otro en una brusca serie de cambios de curso, y avisó a su técnico de armamento de la oportunidad que les estaba ofreciendo aquel ataque.

—Están disparando a través de sus escudos, Skids... La dispersión del haz nos indicará con toda exactitud la distancia hasta el límite del campo.

—Estoy trabajando en ello —respondió Skids, con la cabeza inclinada sobre sus pantallas de control.

—Pues date prisa —dijo Tuketu—. El punto de lanzamiento se está aproximando a toda velocidad.

Hubo un chisporroteo de inducción cuando un haz iónico pasó a veinte metros del bombardero.

—Líder Rojo, aquí Rojo Cinco... ¿Estáis recibiendo la misma transmisión que yo por el canal de mando?

Tuketu se dio cuenta de que había otras voces en la carlinga en el mismo instante en que Rojo Cinco le formulaba aquella pregunta.

—Nada de charla, Rojo Cinco —respondió automáticamente—. El C Uno tiene que permanecer despejado.

—No somos nosotros, Líder Rojo..., y está por todo el espectro: C Uno, C Dos, la frecuencia de la fuerza expedicionaria, la banda de hipercomunicaciones de la Flota... ¿La estás recibiendo, Líder Rojo? ¿Oyes lo que están diciendo?

El punto de lanzamiento ya casi estaba debajo de ellos. Esege Tuketu se obligó a concentrar su atención en los sonidos que había estado desdeñando como una mera molestia de fondo carente de importancia.

—... soy el kubaziano llamado Totolaya. Resido en la colonia Campana de la Mañana. Soy rehén de los yevethanos. Si atacan, moriré...

El mensaje emitido por el C2 era distinto.

—Soy Brakka Barakas, uno de los ancianos de Nueva Brigia. Soy rehén de los yevethanos. Si nos atacan, moriré...

—Líder Rojo, aquí Rojo Cuatro. ¿Abortamos el ataque?

—Aquí Rojo Dos... ¿Qué hacemos, Tuke?

La decisión tenía que ser tomada en un instante.

—Seguid avanzando hacia el objetivo. Haced vuestros lanzamientos tal como estaba previsto —ordenó secamente Tuketu.

Y justo entonces una andanada iónica surgida de una de las baterías del navío yevethano acertó de lleno a Rojo Cuatro en el blindaje motriz de babor. La carga iónica bailoteó furiosamente sobre la superficie del bombardero. El técnico de armamento de Rojo Cuatro lanzó los huevos antes de que la descarga pudiera llegar hasta ellos.

—¡Huevos fuera! —gritó Skids.

—Soy Liekas Tendo, un ingeniero de minas morathiano. Estoy encerrado en una celda de seguridad a bordo de alguna clase de nave estelar. Las criaturas que nos han tomado como rehenes se llaman a sí mismas yevethanos. Han dicho que si nos atacan me matarán. No nos ataquen, por favor...

Tuketu hizo retroceder bruscamente la palanca de control, conectando el gran cilindro del tercer motor instalado sobre el fuselaje. La potencia motriz añadida alteró rápidamente la trayectoria y el ángulo vectorial del bombardero, impulsándolo hacia arriba y alejándolo de la nave, los escudos y las explosiones que no tardarían en producirse. Como siempre, el repentino tirón gravitatorio llevó a Tuketu hasta el borde de la inconsciencia.

—Soy Grandor Ijjix, de la Soberanía de Norat. Los invasores me han tomado como rehén y

me tienen prisionero a bordo de su nave. A todos los navíos de la Nueva República: no ataquen, o seremos erradicados...

Rojo Cuatro nunca llegó a salir del picado. Con sus sistemas inutilizados por el haz iónico, el ala-K continuó cayendo hacia el navío yevethano, siguiendo a sus torpedos con sólo una fracción de segundo de retraso sobre ellos. Cuando los huevos de plasma llegaron al perímetro del escudo, Rojo Cuatro quedó envuelto por la doble bola de fuego. El tamaño medio de los fragmentos que salieron despedidos de la nube estaba mucho más cerca de las dimensiones de una mota de polvo que de las de una nave espacial.

—Jojo... —Tuke cerró los ojos durante un momento, pero enseguida volvió a abrirlos—. Informa sobre los resultados del bombardeo, Skids.

—Negativo... Negativo, el escudo sigue en pie —dijo Skids sin intentar ocultar su disgusto—. Rojo Dos, Tres y Cinco no dejaron caer sus huevos, repito, no dejaron caer sus huevos.

—Aquí Rojo Tres, Líder Rojo. Tuke, lo siento... No fui capaz de hacerlo. No con rehenes suplicándome que no lo hiciera.

—Hijo de... Te espera un consejo de guerra, Cóndor.

—Aceptaré las consecuencias, pero no estaba dispuesto a ayudar a asesinar a las personas que hemos venido a ayudar.

—Líder Azul a Grupo Rojo: será mejor que volváis al establo, muchachos. El objetivo está lanzando a sus pajaritos. Tenemos diez contactos, y hay más aproximándose.

Tuketu echó un rápido vistazo a la pantalla de seguimiento y empujó la palanca de control hacia adelante, haciendo que su bombardero trazase un veloz giro que dejó su morro nuevamente dirigido hacia el *Indomable*.

—Rojo Dos, Rojo Tres y Rojo Cinco: encontrad un sitio seguro donde lanzar vuestro cargamento de bombas. Que todo el mundo vuelva a casa, y lo más deprisa posible. Líder Rojo a jefe de vuelo: prepárese para recibir cinco aparatos, tiempo de llegada estimado cuatro minutos.

Fueron cuatro minutos de infierno. Los cazas yevethanos eran veloces y mortíferos y los alas-E, seriamente superados en número, no podían mantenerlos a raya. Rojo Tres quedó desintegrado cuando volvía del sitio en el que había dejado caer sus bombas. Rojo Cinco recibió un impacto en el ala de babor y otro justo debajo de la carlinga, y estalló en una bola de llamas un instante antes de que pudiera llegar a la sombrilla protectora del crucero *Galante*. El Grupo Azul tuvo todavía peor suerte, sólo uno de los bombarderos consiguió regresar a la comparativa seguridad de los hangares de atraque del *Indomable*.

Con el casco debajo del brazo, los ojos vacíos de toda expresión y el rostro tenso, Esege Tuketu permaneció inmóvil junto al jefe de hangar mientras las bajas iban apareciendo en el tablero de anuncios. Jojo. Keek. Bobo y el Oso. Pacci. Nooch.

Cuando el nombre de Miranda apareció en el tablero, Tuketu no pudo seguir soportando por más tiempo aquella letanía ensangrentada y giró sobre sus talones y se fue.

Con la piel pálida y helada, el general Ábaht contemplaba desde el puente del *Intrépido* cómo las variaciones sobre el mismo tema se iban desarrollando por todo el campo de batalla.

Cada bombardero de ataque, cada caza de cobertura y cada navío primario de la Fuerza de Ataque Áster y la Fuerza de Ataque Liana Negra estaba recibiendo un bombardeo continuo de súplicas de rehenes a través de todos los canales de comunicaciones usados por la Flota. El número de artilleros que titubeó y de pilotos que se desviaron antes de alcanzar el objetivo fue lo suficientemente elevado para que ningún navío primario yevethano resultase alcanzado.

Y durante la retirada —tanto la llena de confusión que se inició espontáneamente como la oficial que Ábaht ordenó unos minutos después— diecinueve de los pequeños pájaros de guerra de la Flota fueron destruidos. Un incendio en el hangar del transporte *Audaz* consumió a catorce más y dejó inutilizables los tres compartimentos de babor. El crucero *Falange* recibió un impacto en la popa mientras estaba remolcando a un ala-E incapacitado hacia el interior del perímetro protector de sus escudos mediante un rayo tractor, y los daños se extendieron hasta el mamparo número 14.

El precio en vidas, contando la pérdida del *Trinchera*, superó el millar.

Pero Ábaht sabía que el precio total de la derrota iba mucho más allá de esos pilotos..., y el precio final en sangre se encontraba más allá de toda medida posible.

«No nos tienen ningún miedo. No temen morir. No hay nada que podamos usar para controlar su comportamiento salvo la fuerza..., y esa guerra que no queremos librar.»

El *Intrépido* permaneció inmóvil, oculto entre el potente resplandor de la estrella de Doornik-319, mientras las fuerzas de la Quinta Flota iban saliendo del sistema en saltos individuales o

por parejas. Ábaht no dio la espalda a las pantallas hasta que el transporte fue la última nave de la Quinta Flota que quedaba en el sistema y sólo entonces bajó a la sección principal del puente, moviéndose lenta y rígidamente sobre sus piernas temblorosas.

—Sáquenlos de aquí, capitán Morano —dijo.

Behn-kihl-nahm avanzaba por el desierto Pasillo Conmemorativo con largas e impacientes zancadas. Dos ingenieros de mantenimiento, ninguno de los cuales estaba acostumbrado a moverse tan deprisa, intentaban no quedarse rezagados.

Cuando llegó al final del pasillo, Behn-kihl-nahm giró hacia la derecha y se detuvo debajo del letrero colocado sobre la entrada de la Sala del Senado. Alzó la mirada hacia él durante unos momentos, y lo leyó con un suspiro silencioso en el corazón.

1.000 DÍAS SIN UN SOLO DISPARO

*Recuerda que la paz
es cosa de todos.*

Después Behn-kihl-nahm se volvió para mirar hacia atrás, y esperó a que los hombres de mantenimiento se reunieran con él. Cuando lo hicieron, Behn-kihl-nahm alzó una mano y señaló el letrero.

—Desconéctenlo —dijo—. Descuélguenlo y llévenselo.

Uno de los ingenieros alzó la cabeza hacia el letrero y lo contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Quiere que lo guardemos en el almacén del Senado?

Behn-kihl-nahm meneó la cabeza.

—No. Sólo quiero que lo saquen de aquí, y enseguida. Ya no nos sirve de nada.

Después se alejó a toda prisa del sueño hecho añicos y fue hacia la cámara de audiencias del Consejo de Defensa. La reunión de emergencia para discutir la situación en el Cúmulo de Koornacht estaba aguardando su llegada para empezar.

El mensajero del Senado que se había presentado ante la puerta de la residencia presidencial estaba tan decidido a ser admitido como el androide de seguridad lo estaba a impedirle la entrada.

—Me da igual lo que digan tus protocolos; he venido aquí por orden del presidente en funciones del Consejo de Gobierno del Senado, y mis instrucciones no pueden ser más explícitas —estaba diciendo el mensajero cuando Leia salió del camino interior y fue hacia la puerta—. Debo entregar este mensaje, y sólo puedo entregárselo a la princesa en persona.

—Muy bien —dijo Leia—. Aquí estoy.

—Princesa... —dijo el mensajero, girando rápidamente sobre sus talones y bajando la cabeza en una leve inclinación—. Le pido disculpas por haber interrumpido...

—No es culpa suya —dijo Leia, pasando junto al androide de seguridad y alargando la mano hacia el grueso sobre adornado con la insignia real de color azul—. La programación de Dormilón no incluyó la posibilidad de una convocatoria. Al parecer alguien tendrá que ocuparse de remediar ese descuido.

El mensajero volvió a inclinar la cabeza.

—Le pido disculpas una vez más, princesa —dijo, y retrocedió un par de pasos antes de dar la vuelta y marcharse.

Leia echó a andar hacia la casa sin abrir el sobre. De los muchos departamentos —consejos, comités, comisiones y contratistas— que formaban la estructura complejamente organizada del Senado de la Nueva República, sólo uno disponía del poder de llamar a la presidenta para que compareciese ante él.

Ese poder pertenecía única y exclusivamente al Consejo de Gobierno.

Su nombre, que se remontaba a los días del gobierno provisional, ya no describía adecuadamente su papel. Una gran parte del poder y la responsabilidad del Consejo de Gobierno de la etapa de transición había sido transferido al Senado, el Ministerio General o el Departamento de la Flota. La Nueva República había renunciado a la eficiencia y la oligarquía para sustituirlas por la democracia y la burocracia..., y había obrado así voluntariamente y siendo muy consciente de lo que hacía. Una confederación de más de diez mil sistemas no podía ser gobernada justamente por un puñado de líderes que se hubieran elegido a sí mismos.

Pero un elemento de su antiguo poder que el Consejo de Gobierno había conservado llevaba aparejada una responsabilidad especial respecto a la presidencia. Los legisladores que redactaron la Carta no querían crear un ejecutivo demasiado fuerte que, al no estar sometido a ningún tipo de control, pudiera ser capaz de ir acumulando más y más poder con el paso del tiempo y acabara convirtiéndose en un dictador de hecho, ya que no de nombre. Nadie había olvidado la temible verdad de que el reinado de Palpatine no había empezado con un golpe de estado, sino con una larga acumulación de poder obtenido, en su mayor parte, a través de medios legítimos.

Como medida de seguridad para evitar que esa historia se repitiera, la Carta había preservado al Consejo de Gobierno bajo la forma de un súper comité compuesto por los presidentes de los distintos consejos del Senado. Los fundadores le otorgaron el doble poder de anular la elección de un presidente y de iniciar el proceso de expulsión de un ocupante del cargo. Ackbar había definido al Consejo de Gobierno como «el freno de velocidad de la nave del estado». Pero aunque se hablaba de él muy a menudo, el Consejo de Gobierno rara vez se reunía, y nunca había sido utilizado para el propósito que motivó su creación.

Hasta aquel momento...

El Consejo ya llevaba casi una hora reunido, al parecer discutiendo a puerta cerrada, cuando Leia fue acompañada al interior de la sala. Aunque se le proporcionó un asiento, Leia prefirió permanecer de pie en el angosto pozo de las cámaras a pesar de que eso sólo la situaba a la altura de los ojos de los siete senadores sentados a lo largo del arco del panel. En el centro estaba Doman Beruss, con la pirámide de cristal y el martillo de orden al alcance de

su mano. Behn-kihl-nahm estaba sentado a su izquierda, pero no miró a Leia.

—Señora presidenta... Princesa Leia, según la rotación normal le habría tocado presidir esta reunión al senador Praget —dijo Beruss—. Sin embargo, y debido a las presentes circunstancias, el Consejo de Gobierno ha decidido adelantar la rotación al siguiente asiento designado para así evitar cualquier posible conflicto de procedimiento. ¿Tiene alguna objeción a que yo presida esta reunión?

«Así que ésa era la razón del retraso», pensó Leia.

—No tengo ninguna objeción.

—Muy bien —dijo Beruss—. Presidenta Leia Organa Solo, se la ha hecho comparecer ante el Consejo de Gobierno para discutir una petición de expulsión del cargo presentada contra usted.

»Un miembro debidamente constituido de este consejo ha presentado artículos solicitando un voto de falta de confianza y basándose en los siguientes motivos: uno, haber sobrepasado los límites de la autoridad que le confiere la Carta. Dos, haber puesto en peligro temerariamente la paz y las vidas de ciudadanos de la Nueva República. Tres, haber emitido órdenes ilegales para iniciar hostilidades contra un estado soberano. Cuatro, incompetencia para desempeñar adecuadamente los deberes de su cargo.

«¿Comprende cuáles son sus derechos y obligaciones en lo tocante a una petición de expulsión del cargo? Si es así, tenga la bondad de explicarlos usando los términos que le parezcan más adecuados.

—Tengo derecho a oír una especificación de la causa que ha motivado la acción. Tengo derecho a presentar cualesquiera testigos y pruebas que elija en defensa de mis acciones y de mi desempeño de la presidencia —dijo Leia—. Tengo la obligación de responder de manera completa y veraz todas las preguntas que se me puedan llegar a formular, así como la obligación de comparecer ante el pleno del Senado en el caso de que los miembros de este Consejo de Gobierno voten apoyar la petición.

—Muy bien —dijo Beruss—. El senador Praget ha presentado la petición, y se encargará de exponer los artículos específicos que la componen.

Eso sorprendió bastante a Leia, quien había esperado que la queja procediera de Borsk Fey'lya.

—Senador... —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Krall Praget la contempló en silencio durante unos momentos antes de empezar a hablar, y su mirada la midió, la juzgó y acabó decidiendo hacer caso omiso de su presencia. Durante todo el tiempo que duró su presentación, Praget mantuvo los ojos vueltos hacia el extremo derecho de la mesa, dirigiéndose a Beruss y los otros miembros del Consejo de Gobierno e ignorando a Leia.

Praget habló durante poco menos de una hora y después devolvió el uso de la palabra al senador Beruss sin hacer ni una sola pregunta a Leia, quien no supo decidir si Praget había llegado a la conclusión de que no era probable que consiguiera que se traicionase a sí misma, o si creía que su caso era tan sólido que no creía necesario hacer preguntas.

El senador Rattagagech, en cambio, tenía una larga serie de preguntas muy concretas que hacer, pero su tono fue mucho menos acusatorio que el de la exposición hecha por Praget, o incluso que sus miradas. El elomin estaba intentando reconstruir los cálculos que habían motivado las decisiones de Leia de una manera tan meticulosamente detallada que incluso Praget acabó perdiendo la paciencia.

—O la princesa Leia sabe por qué está siendo sometida a este proceso de investigación, o no lo sabe —dijo Praget—. Relevancia, señor presidente, relevancia... Tenga la bondad de explicar al senador que si sus preguntas no son relevantes, entonces debe dejar de hacerlas. La petición ha sido presentada basándose en acciones y resultados, no en motivos o intenciones.

Rattagagech se encogió sobre sí mismo, visiblemente sorprendido.

—Senador Praget, su cuarta acusación, la de incompetencia, exige una concienzuda evaluación de la capacidad de juicio de la presidenta... —empezó a decir en cuanto se hubo recuperado un poco.

—Solicito permiso para enmendar la petición —le interrumpió Praget.

Beruss asintió.

—Como desee.

—Anulo y retiro el cuarto artículo, eliminándolo en su totalidad de la petición —dijo Praget, y después miró a Rattagagech—. Y ahora, ¿ha terminado?

—A la vista de la enmienda, señor presidente, no tengo más preguntas que hacer a la

princesa Leia —respondió el elomin, empleando un tono entre displicente e irritado.

—Muy bien —dijo Beruss—. Senador Fey'lya...

Desde que entró en la sala, Leia había estado esperando que el verdadero ataque a gran escala y el golpe mortífero llegaran de Borsk Fey'lya. El obvio deseo de ceder la palabra al bothano de que había dado muestras Praget sólo había servido para confirmar sus expectativas. Pero Fey'lya cambió bruscamente de dirección, y lo que Leia esperaba ver que ocurriera cayó al suelo convertido en una nubécula de polvo.

—Presidenta Organa Solo, lamento que le hayamos robado tanto tiempo en unos momentos tan críticos —dijo Fey'lya, sonriendo educadamente—. Sólo tengo una pregunta que hacerle esta mañana. Si le fuera posible volver a tomar cualquiera de las decisiones que ha tomado durante los últimos días, y sin disponer de más conocimientos de los que tenía a su disposición cuando las tomó por primera vez, ¿cambiaría alguna de esas decisiones?

Leia parpadeó, muy sorprendida; a efectos prácticos, era como si

Fey'lya acabara de quitarse la chaqueta y la hubiera extendido sobre un charco para que Leia pudiera cruzarlo. Praget se quedó boquiabierto, y después sufrió un ataque de tos.

—No, senador —dijo Leia, no pudiendo ver ninguna trampa en la pregunta de Fey'lya—. Creo que obramos correctamente al exigir a los yevethanos que se retirasen, y que consulté con el Consejo de Defensa de la manera adecuada antes de hacerlo. Creo que obramos correctamente al tratar de poner en vigor el ultimátum mediante un bloqueo, y que consulté con el Comandante Supremo de la manera adecuada antes de hacerlo. Creo que obramos correctamente al responder a la emboscada yevethana inmediatamente y con las fuerzas disponibles, y que el general Ábaht actuó dentro de los límites de su autoridad al hacerlo. El desenlace de la batalla no fue el que deseábamos, pero eso no se debió a razones que tuviéramos motivos para prever.

Praget acogió sus últimas palabras con un resoplido despectivo, pero Fey'lya aceptó su respuesta con una inclinación de cabeza.

—Gracias, princesa. ¿Presidente Beruss?

El equilibrio de la discusión fue breve y carente de consecuencias, y el Consejo de Gobierno votó con Leia todavía presente en la sala. La votación arrojó un resultado de dos votos contra cinco, y Rattagagech fue el único consejero que se unió a Praget.

—La petición no ha prosperado —dijo Beruss—. Siendo éste el único asunto que debía exponerse ante el Consejo de Gobierno, se levanta la sesión.

Praget fue directamente hacia Fey'lya con las mandíbulas apretadas y un brillo amenazador en los ojos. Leia, flotando sobre una nube de alivio, fue hacia el pasillo. Behn-kihl-nahm la alcanzó antes de que hubiera llegado a él, y los dos se alejaron de la sala juntos.

—Pensaba que sería Fey'lya —dijo Leia.

—Y será Fey'lya —dijo Behn-kihl-nahm—. Krall Praget se le adelantó.

—¿Por qué?

—Porque habías violado su territorio —dijo Behn-kihl-nahm—. No consultaste con Praget antes de actuar, y los datos de inteligencia en los que te basaste para tomar tu decisión no llegaron a través de él.

—¿Y por qué Fey'lya no le apoyó? ¿Alguien se olvidó de traer la soga para el ahorcamiento?

—Fey'lya no le apoyó porque había actuado demasiado pronto, y porque sabía que la petición no sería aprobada ni siquiera contando con su voto —dijo Behn-kihl-nahm—. El desenlace ya había sido decidido mucho antes de que te hicieran comparecer ante ellos.

—¿Cómo?

—Por el resultado de la votación para decidir quién presidiría la reunión. Cuando Fey'lya vio que Praget no podría dirigir la sesión, comprendió que éste no iba a ser su día.

—¿Y violaría el secreto de los procedimientos decirme quién sacó a relucir ese tema?

La sombra de una sonrisa delatora tiró de las comisuras de los labios de Behn-kihl-nahm.

—Me temo que no puedo revelar su identidad.

La sonrisa con que Leia respondió a la de Behn-kihl-nahm estaba llena de afecto.

—Fuera quien fuese, Bennie, te ruego que le des las gracias en mi nombre.

—Estoy seguro de que él no lo consideraría necesario. Estoy seguro de que diría que estaba actuando en bien de la Nueva República.

—Dale las gracias de todas maneras —dijo Leia—. Bien, ¿y qué pasará ahora?

—Dispones de un poco de tiempo —dijo Behn-kihl-nahm—. Pero no de tanto como te gustaría o, probablemente, no de tanto como se necesita. Cuando el aire está saturado de miedo, basta con una semilla alrededor de la cual pueda empezar a solidificarse. Esto sólo es

el comienzo de los desafíos, Leia. Y si todo sigue igual, puede que la próxima vez no sobrevivas.

El reproductorio del virrey Nil Spaar, que había sido expandido recientemente, se hallaba situado en el nivel superior de los aposentos palaciegos y ya ocupaba dieciséis alcobas. Salvo una de ellas, todas contenían un receptáculo de nacimiento, flexible y fértil, o un nido en fase de maduración, hinchado y fecundo.

El espacio vacío había sido ocupado en el pasado por el *maranas* de Kei, que había sido su primera consorte. De su receptáculo de nacimiento habían surgido dos apuestos *nitakkas* y una robusta *marasi* que acabaron sucumbiendo a la muerte gris. Nil Spaar había dejado vacía esa alcoba en señal de respeto al lugar que Kei ocupaba como *dama* de su familia, y para proporcionarle un cierto consuelo que la protegiera de la envidia que le profesaban sus compañeras más jóvenes.

El reproductorio era, tanto por diseño como por tradición, un lugar tranquilo y silencioso. Pero Nil Spaar había ordenado que su visitante fuera llevado allí.

—Así que tú eres Tal Fraan —dijo.

—Sí, *darama* —dijo el joven guardián, arrodillándose en señal de sumisión.

—Levántate —dijo Nil Spaar—. Me han dicho que eres el arquitecto de la gran derrota que las alimañas han sufrido en Freza.

—Me honra que el *darama* se haya fijado en mí —dijo Tal Fraan, y su mirada fue velozmente más allá del virrey para posarse en las alcobas que había detrás de Nil Spaar—. Pero la oportunidad de obtener ese éxito fue creada por el *darama* con la ayuda de nuestros constructores de naves, que nos han proporcionado unas armas tan espléndidas.

—La modestia excesiva delata un cálculo oculto, y mendiga una atención igualmente excesiva —dijo Nil Spaar—. Recuérдалo y que eso te sirva de guía, si es que esperas continuar tu rápido progreso.

—Sólo deseo servir al *darama* en la noble misión de reclamar el Todo para los Puros... —empezó a decir Tal Fraan.

Nil Spaar alzó un dedo en un gesto de advertencia.

—No te mostraste tan dispuesto a rechazar el mérito que pudiera corresponderte cuando el primado del *Gloria* te ascendió a tu nuevo rango. ¿Piensas acaso que me rodeo de halagadores carentes de talento? No, no... La inteligencia me resulta mucho más útil. Y tú eres inteligente, ¿verdad, guardián Tal Fraan?

—Intento no permitir que se me escapen las oportunidades, virrey.

Nil Spaar recompensó con un asentimiento de aprobación el que Tal Fraan se hubiera dirigido directamente a él, y después giró sobre sus talones y empezó a avanzar lentamente a lo largo de la hilera de alcobas. El olor de la sangre y el aroma de la reproducción impregnaban la atmósfera con su tonificante potencia.

—¿Y cómo se te llegó a ocurrir ese ingenioso plan que dio tan buen resultado contra las alimañas?

—La directiva enviada por las alimañas hablaba de prisioneros —dijo Tal Fraan, siguiendo al virrey a un par de pasos de distancia—. Eso me hizo creer que podíamos influir sobre sus acciones utilizando esa preocupación por los prisioneros.

—Corriste un gran riesgo al renunciar a la ventaja sobre la fuerza de bloqueo con la esperanza de atraer a sus reservas —dijo Nil Spaar, deteniéndose y deslizando las puntas de los dedos sobre la superficie de un receptáculo de nacimiento que ya estaba a punto de abrirse para liberar a su carnada—. Ese plan tuyo, esa preocupación por el destino de los prisioneros que sienten las alimañas..., no habría detenido a unos yevethanos. Si el plan hubiera fracasado, podrías haber acabado perdiendo a todas tus fuerzas.

—Las alimañas no saben enfrentarse a la muerte —dijo Tal Fraan—. Sabía que el plan daría resultado.

—¡Ah! Así pues, crees haber comprendido los misterios de sus costumbres lo suficientemente bien como para arriesgar diez mil vidas en un experimento que te proporcione la prueba de tu acierto o tu error, ¿verdad?

—Fue el primado quien tomó esa decisión, virrey.

—Una respuesta imprudente, Tal Fraan —dijo el virrey, volviéndose hacia el joven guardián—. ¿Arriesgarías tu vida basándote en alguna de esas certezas tuyas?

El joven guardián se removió nerviosamente, y después acabó meneando la cabeza para levantar sus crestas.

—Sí, virrey.

—Excelente —dijo Nil Spaar—. No puedo respetar a quien no está dispuesto a arriesgar su propia sangre.

Un cuidador del reproductorio se había estado manteniendo discretamente alejado durante toda la conversación. Nil Spaar se volvió hacia él para hacerle una seña, y el cuidador desapareció en la antesala. Volvió unos momentos después, seguido por un *nittaka* preparado para el sacrificio.

—No te muevas de aquí —le dijo Nil Spaar a Tol Fraan, y fue hacia el *nittaka*, que se había detenido encima de la rejilla que cubría el pozo de drenaje.

El joven macho sostuvo la mirada del virrey sin que en sus ojos apareciera la más mínima sombra de miedo.

—Te pido tu sangre para mis hijos —dijo el virrey en voz baja y suave.

—El *darama* me honra —dijo el *nittaka*, cayendo de rodillas—. Ofrezco mi sangre como regalo.

—Acepto tu regalo —dijo Nil Spaar. Sus garras de matar salieron de sus cápsulas y hendieron el aire y la carne con silenciosa precisión. Mientras el sacrificio se derrumbaba sobre la rejilla, el virrey se volvió hacia su visitante, que había palidecido de repente—. Yo también te he estudiado, Tol Fraan, y tus costumbres no tienen secretos para mí—dijo Nil Spaar—. De hecho, me resultan muy familiares. Contemplas lo que tengo, y te ves a ti mismo. No, ya te he advertido... No lo niegues. Respeto la inteligencia y el coraje y, por encima de todo, respeto el éxito. Te mantendré aquí, a mi lado, para que me sirvas. Si comprendes la oportunidad que se te ofrece, obtendrás grandes beneficios de ella. —Nil Spaar sonrió—. Y si no sabes servirme adecuadamente, entonces prestarás un último servicio a mis nuevos hijos.

—Sí —dijo el teniente Davith Sconn, dando una calada a su cigarrillo de hierbas hoatianas y dejando escapar una nubécula de humo. La brisa que soplaba a través del patio norte del Centro de Detención de la isla de Jagg disipó el humo y se llevó consigo el acre olor de las hierbas—. He estado en N'zoth.

—He leído la transcripción del interrogatorio al que le sometió el examinador del Servicio de Inteligencia que vino a verle hace unos meses —dijo Leia—. En su evaluación final el examinador decía que, en su opinión, usted sólo estaba intentando obtener favores inventándose cosas..., y que sabía que no podíamos confirmar o refutar lo que nos dijera.

—Entonces está claro que su Servicio de Inteligencia anda un poco escaso de inteligencia —dijo Sconn, volviéndose hacia Leia. Su mirada se deslizó velozmente sobre ella para acabar posándose en el Sabueso y el Tirador—. Debe de ser alguien muy importante, ¿eh? Es la primera vez que dejan entrar un arma aquí. ¿Qué ocurriría si uno de nosotros, los muy peligrosos criminales de guerra, le quitáramos el palo del trueno a ese tipo y la tomáramos como rehén?

Leia sonrió con dulzura.

—Oh, creo que les encantaría que alguien lo intentase. Ha pasado más de un año desde la última vez en que un idiota permitió que mis guardaespaldas pudieran usar un grado letal de fuerza.

—Ya veo que no hay justicia en la galaxia —dijo Sconn, y se sentó delante de la silla ocupada por Leia—. Les pagan por hacer exactamente lo mismo por lo que yo estoy siendo castigado. Bien, ¿quién es usted? Me recuerda un poquito a la princesa Leia, sólo que más vieja.

Leia ignoró su sarcasmo.

—Teniente Sconn...

—Davith —la corrigió el oficial imperial—. Tuve que abandonar la Armada Imperial. Fue un caso de retiro forzoso, ya sabe...

—También he examinado las actas de su juicio, Davith Sconn —dijo Leia sin perder la calma—. Usted era oficial ejecutivo del Destructor Estelar *Fragua* cuando su nave suprimió una rebelión en Gra Ploven creando nubes de vapor que abasaron a doscientos mil plovenianos en tres ciudades costeras.

—Obedeciendo órdenes del Gran Moff Dureya —dijo Sconn—. No sé por qué, pero la gente siempre se olvida de esa parte. Ah, ustedes los rebeldes... ¿Es que no creen en la disciplina? Sigo sin entender cómo consiguieron derrotarnos.

Leia intentó contenerse, pero no consiguió reprimir el impulso de contestarle.

—Quizá eso tuviera algo que ver con el disponer de la libertad de negarse a obedecer una orden inmoral.

—¿Inmoral? Oiga, los pececitos se habían negado a pagar sus contribuciones de defensa, y

eso puso de bastante mal humor al Gran Moff. —Sconn dio una profunda calada a su cigarrillo de hierbas y retuvo el humo dentro de sus pulmones durante unos segundos que se hicieron interminables—. Pero, naturalmente, tampoco hay que olvidar que el Imperio ya iba cuesta abajo, y el Gran Moff Dureya casi siempre estaba de muy mal humor.

—Y supongo que un día el *Fragua* hizo escala en N'zoth.

—Oh, no. Por aquel entonces yo prestaba servicio en el *Moff Weblin*: era comandante del segundo turno en el puente de un navío de aprovisionamiento de la Flota —dijo Sconn, apoyando una pierna encima de la otra—. Oiga, ¿por qué debería hablarle de N'zoth?

—¿Por qué le habló de N'zoth al interrogador de la INR?

—¿Y qué más daba que le hablara de N'zoth o que no lo hiciera? —replicó Sconn, encogiéndose de hombros—. Le hablé de N'zoth porque era una novedad, y porque el agente Ralis era tan joven y estaba tan verde que pensé que podía divertirme horrorizándole con historias de mis viajes con papá Vader. —Se inclinó hacia adelante—. Pero usted es distinta. Usted es alguien importante. Sea por la razón que sea, está realmente interesada en lo que sé..., y horrorizarla con mis historias no resultaría nada divertido. Así pues, me temo que tendrá que mostrarme un poco más de consideración de lo que fue capaz de hacer Ralis.

—Pero se olvida de una cosa, Sconn, ya cuento con su declaración —dijo Leia—. No le queda gran cosa que vender.

—Oh, pero no sabe qué he podido callarme cuando hice esa declaración...

—Sconn, debería advertirle de que mi cuota anual de mentiras ya se ha agotado hace tiempo —dijo Leia, mirándole fijamente—. Si quiere ser tratado con consideración, déme algo antes. Tengo algunas preguntas que hacerle sobre N'zoth..., y sobre lo que le dijo al agente Ralis. Responda a mis preguntas sin mentirme, tan bien como pueda y sin jugar a los espías, y entonces le diré qué parte de lo que me ha dicho tiene algún valor para mí.

Sconn se recostó en su asiento.

—No tengo ninguna razón para confiar en usted —dijo—. Y ahora que lo pienso, tampoco tengo ninguna razón para ayudarla.

Leia tuvo que recurrir a todas sus reservas de autocontrol para no cruzar el espacio que los separaba con sus pensamientos, deslizarse por detrás de esa fachada burlonamente despectiva con todo el poderío de la Fuerza y buscar algún lugar frágil que pudiera agarrar y retorcer hasta que algo se rompiera. Lo que hizo fue recoger los pliegues de su túnica en sus manos y levantarse.

—Siempre se puede escoger, Sconn..., incluso cuando estás en la cárcel —dijo—. Si ésa es su elección, de acuerdo.

Giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse, totalmente convencida de que Sconn no haría nada para detenerla.

—En, espere un momento —se apresuró a decir Sconn—. Oiga, ¿podría encontrar un sitio donde hubiese algo más de intimidad para que habláramos? Algún sitio que estuviera lejos de aquí... Estamos en el centro del patio, por el amor del cielo. No puedo permitir que vean cómo coopero con los carceleros..., y especialmente no con usted.

—Quizá no se haya enterado, pero la guerra terminó hace años.

—Aquí dentro no —dijo Sconn—. Aquí dentro nunca terminará. Haga que me envíen a un cubículo de aislamiento, como si me estuvieran castigando por no haber querido cooperar con usted. Luego podrán sacarme de allí sin que nadie se entere.

—¿Quiere que le saquemos de la isla de Jagg? —preguntó Leia, levantando una ceja en un enarcamiento lleno de escepticismo—. Vamos, Sconn... De vez en cuando tengo días en los que soy capaz de creerme cualquier cosa, pero hoy no es uno de ellos.

—Es lo único que quiero. De todas maneras, es lo único que iba a pedir. Sólo quiero estar fuera de aquí durante unas cuantas horas.

—Para poder poner en práctica ese plan de fuga en el que ha estado trabajando, sin duda.

—Por mucho que me disguste tener que confesarlo, sus gorras azules parecen capaces de seguirnos el rastro allá donde vayamos —dijo Sconn—. Demonios, si quiere pueden sacarme de aquí metido dentro de un cajón de aturdimiento... Me da igual.

—¿Estaba pensando en ir a algún sitio en particular?

—Ya que me lo pregunta... —La cabeza de Sconn se alzó hacia el cielo en un movimiento curiosamente convulsivo—. ¿Qué le parecería trescientos kilómetros hacia arriba, con un paisaje lo más espectacular posible incluido?

—Pare..., por favor.

Con las muñecas inmovilizadas encima del pecho, Davith Sconn mantuvo los ojos clavados

en el visor del pequeño navío mientras el amanecer avanzaba velozmente hacia ellos.

—Durante veinticuatro años de servicio en la armada, el período de tiempo más largo que llegué a pasar en la superficie de un planeta fue un permiso forzoso de cuarenta días en Trif—dijo, parpadeando para expulsar de sus ojos la silenciosa inundación de lágrimas que había aparecido en ellos—. Nunca encontré una razón lo suficientemente buena para no reincorporarme inmediatamente. Ahora... Bueno, llevo doce años prisionero en esa roca, y el estar lejos del espacio ha acabado haciendo que me sintiera mucho más cerca de enloquecer de lo que jamás habría creído posible. Nunca imaginé que pudiera hacerlo, pero estaba empezando a olvidarlo. Ya lo había olvidado casi todo salvo esta sensación..., esta sensación...

Sconn se volvió hacia Leia.

—Siénteme en un sitio donde pueda contemplar el espacio —dijo—. Hágame todas las preguntas que quiera, y yo intentaré responder a ellas.

Leia movió la mano en un gran arco para guiar al almirante Ackbar hacia un sillón en la sala de reuniones presidencial.

—Ésta es la parte que me ha parecido que debía ver —dijo en cuanto Ackbar se hubo sentado, y conectó el holoprojector.

El rostro de Davith Sconn apareció delante de ellos.

—Negro Quince era usado básicamente para construir nuevas naves y para trabajos de acabado, y no como centro de reparaciones. Pero tenía la reputación de ser la mejor instalación de todo el sector —empezó diciendo el antiguo teniente imperial—. Si podían, todos los capitanes elegían Negro Quince. Llevamos el *Moff Weblin* allí para que reconstruyesen la célula de energía número cuatro después de que hubiera estallado.

»Eso significa pasar más de unas cuantas noches allí por muy bueno que sea el astillero, así que el capitán me dijo que me informara sobre las posibilidades de conceder alguna clase de permisos. El oficial de régimen interno de la estación se encargó de fijar las reglas: los soldados sólo tendrían acceso al astillero y a la estación, y en cuanto a los oficiales... Bueno, ellos podrían bajar al planeta, pero se intentaría disuadirlos de que lo hicieran.

»Le pregunté a qué venían tantas precauciones, ya que por aquel entonces Negro Quince llevaba tres años funcionando y normalmente las tropas de asalto no necesitaban tanto tiempo para controlar a las poblaciones locales. El oficial de régimen interno me dijo que uno de cada dos integrantes del personal imperial destacado en el planeta pertenecía a las tropas de asalto.

»"—Llevamos unos cuantos meses sin tener demasiados problemas, pero no me fio de ellos", me dijo. "Están locos... Antes de que llegáramos aquí había mucha más sangre que lluvia corriendo por esas calles, y eso volverá a ocurrir en cuanto nos vayamos".

Un instante después Leia oyó su propia voz surgiendo del holoprojector.

—¿Qué quería decir con eso?

—Es justo lo que le pregunté. Pero resultó que no estaba intentando presumir de metáforas, ¿sabe? Quería decir justo lo que acababa de decir. Más sangre que lluvia...

—¿Tan frecuentes eran los enfrentamientos entre los yevethanos?

—No. Los yevethanos apenas luchan entre ellos..., o por lo menos, no se trata de lo que nosotros llamamos luchar. Después hablé con un capitán del departamento de seguridad al que le gustaba creer que era algo así como un xenobiólogo profesional en sus ratos libres, y que había estado muchas veces en la superficie. Me habló del asesinato de dominio y de la sangre sacrificial, y me expuso algunas ideas bastante extrañas que tenía sobre la sangre y el sistema de reproducción yevethano.

—¿El asesinato de dominio?

—Tal como me lo contó él, los yevethanos sólo consideran que ha habido un asesinato cuando un macho de posición social inferior mata a un macho de posición social superior. Pero si ocurre al revés... Bueno, eso es de lo más normal. Cada vez que te acercas a alguien que se encuentra un poco más arriba de la escalera que tú le ofreces tu cuello, y debes ser consciente de que la oferta va realmente en serio..., porque los que se encuentran más arriba tienen todo el derecho del mundo a aceptar lo que estás ofreciendo y abrirte en canal con esas garras tuyas. Y además hay algo relacionado con hacerlo de la manera correcta que refuerza tu posición social.

—¿Garras? —Leia torció el gesto cuando oyó la sorpresa en su voz—. ¿De qué me está hablando? Nil Spaar no tenía ninguna clase de garras...

Sconn se frotó una muñeca con la otra.

—Sí que las tienen, están justo aquí. Las vi con mis propios ojos, ¿sabe? Todos los machos las tienen... Se retraen hasta quedar convertidas en un bulto que apenas puede verse, y luego

salen hacia atrás, o al menos eso es lo que me pareció, para desgarrar y sujetar. Supongo que ésa es la razón por la que ningún macho lleva prendas de manga larga. Sólo servirían para estorbarles cuando quisieran utilizar las garras, ¿comprende?

—Durante nuestras conversaciones Nil Spaar siempre llevaba una túnica de manga larga —dijo Leia—. Y también llevaba guantes.

—Ahí lo tiene —dijo Sconn—. Después de haber oído todo eso, tenía que ir a la superficie y echar un vistazo. Había yevethanos por todo el astillero, y ni rastro de nada de cuanto me habían contado. El jefe del astillero le dijo al capitán que los yevethanos eran unos trabajadores magníficos..., especialmente desde que habían averiguado que no tardaríamos en irnos.

—Y después pasó algún tiempo en N'zoth, ¿no?

—Un total de cinco días en tres visitas cortas. —Sconn bajó los ojos y respiró hondo—. Vi cómo un macho ponía las manos sobre los hombros de otro, hundía aquellas garras en su carne y alzaba en vilo al pobre diablo, que no paraba de aullar. Vi cómo el tipo al que ellos llaman el guardián, supongo que es una especie de alcalde, de Giat Nor casi le arrancaba la cabeza a un *nitakka* que había tardado un segundo de más en arrodillarse. Debía de haber unos cincuenta yevethanos presentes... Ni uno solo de ellos dijo una palabra, y ni siquiera parecieron sorprenderse.

Sconn meneó la cabeza.

—Cuando el astillero empezó a perder trabajadores yevethanos debido a esas carnicerías y los capataces se encontraron con que siempre tenían que estar adiestrando nuevos trabajadores, supongo que el gobernador imperial ordenó a los soldados de las tropas de asalto que intentaran poner fin a sus rituales. Pero en realidad nunca lo consiguieron, a menos que tuvieran más suerte después de que el *Moff Weblin* se fuera de allí. Y yo acabé siendo el único tripulante que bajó a la superficie, claro... Después de haber oído mi informe, el capitán no permitió que ningún otro oficial saliera de la base.

—Asegúrese de que no se le pasa por alto nada de esta parte —dijo Leia, volviéndose hacia Ackbar.

—¿Se le ocurre algo más que crea que puede sernos útil? —preguntó la voz de Leia en la grabación holográfica.

—Sólo otra cosa que me dijo el oficial de régimen interno durante mi primer día en el astillero —respondió Sconn—. «Están locos, pero son muy listos», me dijo. «No les enseñe nada que no quiera que empiecen a construir por su cuenta.» Escúcheme con atención: lo que tiene que entender es que los índices de calidad que obtenía Negro Quince no tenían nada que ver con el personal de ingeniería o los capataces, sino que dependían en todo y para todo de los artesanos de los gremios yevethanos. Los yevethanos poseen el don de comprender cómo ha sido construido un artefacto prácticamente al primer vistazo. Después lo dibujan de memoria al día siguiente, y al tercero ya han descubierto todos sus defectos y han empezado a crear un artefacto mejor.

«Oh, por todas las estrellas —pensó Leia al oírlo por segunda vez—. Los androides de la granja-factoría imperial...»

—¿También vio eso con sus propios ojos?

Sconn asintió.

—¿Se acuerda de esa célula de energía número cuatro que había quedado totalmente destrozada? Fue sustituida por una que habían reconstruido los yevethanos..., y la nueva célula funcionaba a un veinte por ciento más de la capacidad anterior y a cien grados por debajo de la línea roja de peligro, y no había absolutamente ninguna descarga de arranque inicial. El jefe de ingenieros solía decir que esa célula de energía seguiría funcionando cuando el resto de la nave se hubiera convertido en polvo de óxido.

—¿Y qué clase de trabajos hacían esos yevethanos reclutados a la fuerza? ¿Los usaban para reparar todos los sistemas de las naves que acudían al astillero, fueran cuales fuesen?

—No, por supuesto que no —dijo Sconn—. El Imperio adoraba los secretos. Demonios, pero si a bordo del *Moff Weblin* había sistemas considerados tan secretos que ni siquiera yo estaba autorizado a saber cómo funcionaban... Los trabajadores reclutados a la fuerza nunca podían acercarse a ningún sistema que estuviera incluido en la relación de alta seguridad, y esa regla se aplicaba en toda la instalación. Y el jefe del astillero de Negro Quince estaba obsesionado con la seguridad, y hacía cuanto podía para impedir que los yevethanos pudieran acercarse al material más delicado: hiperimpulsores, baterías turboláser, generadores de escudo, reactores...

Los labios de Sconn se fueron curvando lentamente hasta formar una sonrisa llena de sarcasmo.

—Y si yo estuviera en su lugar, rezaría para que ese jefe de astillero hubiera hecho bien su trabajo. Si acaban teniendo que luchar con los yevethanos, y descubren que el armamento del que disponen se parece aunque sólo sea un poco al que empleábamos nosotros... Bueno, lo único que puedo decir es que me gustaría estar allí para verlo. No es nada personal, entiéndame —añadió—. Digamos que... Sí, digamos que es un viejo hábito del que todavía no he conseguido librarme.

—General Ábaht...

El dorneano le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Señora presidenta...

—General, antes de que empecemos a hablar tengo alguna información que quiero comunicarle. El *Gol Storn* y el *Espesura* partirán hacia Galantos dentro de una hora. El *Jantol* y el *Luz Distante* serán relevados de sus misiones actuales con la Tercera Flota para partir hacia Wehttam no más tarde de las veintidós horas, y la Cuarta Flota enviará dos cruceros a Nanta-Ri antes de que acabe el día.

—Son unas noticias magníficas, señora presidenta. Hasta el momento todavía no he recibido ningún informe de que se hayan producido incursiones yevethanas en esos sistemas. Espero que podremos conseguir que todo siga igual.

—Yo también —dijo Leia—. ¿Qué necesita de nosotros, general?

—Eso depende por completo de qué objetivos quiera marcarme. Pero antes de que podamos empezar a pensar en un curso de acción, debo disponer de información más precisa y amplia sobre el enemigo. ¿Puedo suponer que el almirante Drayson no se encuentra en situación de ampliar la ayuda que ya me ha estado prestando?

—Me temo que sí —contestó Leia—. Drayson me ha dicho que todos los recursos informativos de que disponía en el interior del Cúmulo de Koornacht se han «extinguido».

—Entonces necesito que se me autorice a enviar mis propios efectivos exploratorios —dijo Ábaht.

—Cuénteme qué se propone hacer.

—La Liga de Duskhan está formada por once miembros. Que nosotros sepamos, hay trece mundos habitables desde los que pueden haber atacado los yevethanos. Quiero enviar una nave para que haga una pasada rápida sobre cada uno de ellos a mil kilómetros de la superficie.

—¿Dispone de las unidades automatizadas suficientes?

Los hurones sin piloto siempre eran la primera elección para las misiones de exploración en territorio enemigo.

—No —dijo Ábaht—. He tenido que utilizar a todos mis merodeadores..., y me he visto obligado a usar cazas ala-X de reconocimiento para sustituirlos en sus misiones de patrullaje. También puedo enviar esos cazas de reconocimiento al interior del Cúmulo de Koornacht, naturalmente, y preferiría esa opción.

—¿Por qué?

—Un ala-X de reconocimiento es un poco más rápido que un merodeador, y espero que eso incremente sus probabilidades de sobrevivir; y un ala-X de reconocimiento tiene una tripulación más reducida que un merodeador, lo cual minimizaría las bajas.

—Bueno... Resulta obvio que su personal táctico ya ha estado trabajando en este asunto, ¿no? —dijo Leia—. ¿Dispone de alguna proyección?

—La única manera razonable de hacerlo es sincronizando todos los contactos. Habría que calcular las partidas para que todo el mundo saltara hacia el interior del sistema al mismo tiempo: cinco minutos después, todo el mundo ejecutaría el salto de salida.

—¡Cinco minutos! Es una exposición muy larga para una pasada rápida.

—Debemos obtener una cobertura máxima de los primarios —dijo Ábaht—. Tenemos que ser capaces de ver qué hay en órbita al otro lado.

—¿Qué aspecto tienen las estimaciones generales?

—Los cálculos indican que el setenta y cinco por ciento de las naves conseguiría transmitir como mínimo un informe parcial de un minuto de duración. El porcentaje de supervivencia total de la misión sería de un cuarenta por ciento.

—Oh, por todas las estrellas...

—Esas estimaciones corresponden al perfil de misión sin retorno directo, que reduce el riesgo al mínimo. La mayoría de los exploradores seguirían avanzando en un vector más o menos recto hacia el otro lado del Cúmulo de Koornacht y volverían por el camino más largo. Ésa es otra buena razón para utilizar un ala-X de reconocimiento en vez de un merodeador;

esa opción reduciría el número de horas durante las que deberíamos prescindir de esa capacidad de detección en nuestro perímetro.

—Planea enviar veinticuatro aparatos de exploración, y espera perder catorce o quince de ellos.

—Teniendo en cuenta con qué nos encontramos en Doornik-319..., sí. Si empleamos cazas X de reconocimiento, la velocidad y el tamaño probablemente harán que las pérdidas sean más elevadas que si utilizáramos unidades automatizadas. ¿Cuento con su autorización, señora presidenta?

—Hay otra posibilidad, y quizá no hayan pensado en ella. ¿Qué me diría de retrasar la operación hasta que podamos enviarle más unidades automatizadas?

—Ya hemos pensado en ello, señora presidenta. Si quiere que le sea sincero, la idea de esperar no me gusta nada. Necesitamos obtener esa información lo más pronto posible, y el no disponer de ella hace que seamos muy vulnerables.

Leia, que estaba pensando en los pilotos de esos cazas X de reconocimiento, hizo una profunda inspiración y la dejó escapar muy lentamente.

—Muy bien. Puede seguir adelante con la operación, general —dijo—. ¿Qué más necesita de nosotros?

—Cazas para sustituir a los que hemos perdido —respondió Ábaht sin vacilar—. ¿Cuál es la situación actual del primer convoy de aprovisionamiento?

—Se está reuniendo en la Zona Noventa Este —dijo Leia, echando un vistazo al informe que le había entregado Ackbar—. Estará formado por veinticuatro alas-E, alas-X y alas-B que cubrirán las pérdidas sufridas en Doornik-319.

—Esa misión de exploración de la que hemos estado hablando puede ayudarnos un poco, pero seguimos necesitando cubrir las pérdidas lo más pronto posible. De hecho, daría cualquier cosa para que esos aparatos ya estuvieran aquí... —dijo el general Ábaht—. Además, debo advertirla de que ya pueden irse preparando para enviarnos unos cuantos cazas más.

—¿Cuánto tardará en iniciar la operación?

—Me he tomado la libertad de desplazar algunas unidades automatizadas hasta posiciones de aproximación —dijo Ábaht—. El lanzamiento del primer explorador que enviaremos a Koornacht tendrá lugar dentro de noventa minutos.

El caza yevethano, un esbelto aparato del modelo ala delta, ejecutó un viraje más pronunciado de lo que había esperado Plat Mallar y se lanzó sobre la tobera de babor del ala-X de Mallar. El cambio de trayectoria había sido tan rápido que Mallar se vio atrapado. Ninguna de las maniobras que conocía —ningún tonel o rizo, ningún ascenso o picado— podría sacarle de la zona de fuego de la nave yevethana.

Mallar, desesperado, dirigió su popa hacia el caza enemigo e intentó huir de él. Veinte segundos después una andanada de energía láser disparada con una precisión impecable atravesó el blindaje de su cola. Todo el extremo posterior del fuselaje estalló, y la onda expansiva hizo que los cuatro estabilizadores empezaran a girar vertiginosamente en un incontrolable frenesí rotatorio. Unos instantes después, todas las pantallas del tablero de control de Mallar se ennegrecieron de repente.

Mallar se arrancó el casco de un manotazo y se secó la transpiración de la cara mientras la puntuación aparecía en la pantalla.

MÓDULO SIMULADOR 82Y — COMBATE INDIVIDUAL T-65 CONTRA TIPO-D YEVETHANO PILOTO: MALLAR, PLAT 9938 DURACIÓN DEL COMBATE 02.07 DISPAROS DE CAÑÓN LÁSER EFECTUADOS: 0 IMPACTOS: 0 TORPEDOS PROTÓNICOS DISPARADOS: 0 IMPACTOS: 0 DISPAROS EFECTUADOS POR EL ADVERSARIO: 6 IMPACTOS: 3 RESULTADO DEL COMBATE: VICTORIA YEVETHANA

Mallar, muy disgustado, había empezado a bajar por la escalerilla del simulador cuando descubrió que el almirante Ackbar le estaba esperando al final de ella.

—Veo que ha estado probando la nueva simulación.

Mallar puso cara de consternación.

—¿Y me ha estado observando mientras lo hacía?

Ackbar asintió.

—Durante sus tres últimas secuencias de ejercicios. No está solo, ¿sabe? Algunos de nuestros pilotos cometieron errores de cálculo similares en Doornik-319 —dijo Ackbar—. Al parecer los yevethanos soportan las fuerzas gravitatorias bastante mejor que los pilotos para los que han sido diseñados los cazas de la Nueva República.

—Los pilotos humanos, quiere decir —replicó Mallar.

Un leve temblor recorrió los labios de Ackbar.

—Sí. Hay momentos en los que el verse frenado por sus limitaciones puede resultar muy frustrante. —Señaló el simulador con una inclinación de la cabeza—. ¿Va a volver a subir?

—No —dijo Mallar, y empezó a bajar por la escalerilla.

—Comprendo...

—Con un ala-X es sencillamente imposible, ¿sabe? —dijo Mallar, y en su voz había tanta irritación como abatimiento—. No es lo bastante rápido para enfrentarse a un tipo-D, y el operador todavía no me deja entrenarme con un ala-E.

Ackbar soltó un bufido.

—Debe de pertenecer a esa vieja y tozuda escuela de instructores que están convencidos de que hay que aprenderse a fondo la primera lección antes de pasar a la segunda. —Extendió el brazo hacia Mallar, alargándole una tarjeta de datos—. He estado en el Departamento de Planificación de Misiones y vi llegar esto —dijo—. Tenía que venir por aquí, así que firmé la hoja de recepción en su nombre. Creo que debería echarle un vistazo ahora mismo.

—¿Qué es?

—Sus órdenes —dijo Ackbar—. A partir de ahora se encuentra en estado de alerta.

—¿Yo? ¿Por qué? —Mallar estaba tan nervioso que faltó poco para que se le cayera el lector de tarjetas de datos—. ¿Voy a pilotar algún trasbordador?

—¿Le crearía algún problema tener que hacerlo?

—¿Problema? ¡Oh, no! Es magnífico. Es sólo que no esperaba...

—Casi todos los pilotos disponibles se fueron en el trasbordador que acaba de despegar. ¿Por qué cree que está todo tan tranquilo? Pero hay programado otro despegue, y tendrá lugar dentro de las cincuenta horas siguientes a ese primer despegue. Usted será el último al que llamarán..., pero puede que acaben llamándole de todas maneras para que pilote un ala-X de reconocimiento y se reúna con la Quinta Flota.

—Será un placer. Bueno, eso ya es algo —dijo Mallar—. Significa que podré hacer algo, ¿no? Gracias, señor.

Un fruncimiento de ceño bastante amenazador llenó de arrugas la frente de Ackbar.

—Escúcheme con atención, aeronauta Mallar, si llegan a llamarle, será porque alguien con una experiencia considerablemente mayor que la suya lo hizo tan mal en el espacio al enfrentarse con un enemigo real como usted acaba de hacerlo aquí al enfrentarse con el simulador. ¿He conseguido dejarle un poco más claro cuál es el significado de sus órdenes?

Mallar palideció.

—Sí, señor.

Metió la tarjeta de datos y el lector en un bolsillo, se agarró a la barandilla y subió a toda prisa por la escalerilla de acceso del simulador.

—Ochenta y dos-Y, por favor —le dijo al operador mientras abría los cierres de la escotilla de acceso a la carlinga—. Y esta vez póngame a bordo de un ala-X de reconocimiento.

El teniente Roñe Taggar tensó las tiras de su arnés de seguridad e inició la comprobación previa a la pasada de exploración en la carlinga de su ala-X de reconocimiento, dedicando una atención desusadamente meticulosa a cada etapa del procedimiento.

Su objetivo era N'zoth, la capital de la Liga de Duskhan. N'zoth era el objetivo más importante de todos los asignados al Ala de Reconocimiento Veintiuno, y muy probablemente sería el mejor defendido; pero lo que le preocupaba no era el peligro que le aguardaba al otro lado del muro del hiperespacio. Lo que realmente importaba era obtener la información que había sido enviado a recoger y conseguir que llegara, intacta y libre de interferencias, a los receptores y grabadoras de datos que aguardaban recibirla en los navíos de la Flota.

El morro en forma de pirámide del ala-X de reconocimiento ocultaba seis sistemas independientes de obtención de imágenes mediante sondeo plano, cada uno de los cuales poseía su propio sistema de aumento y barrido. La programación del radar de sondeo, el captador de imágenes infrarrojas y los grabadores estereoscópicos haría que el planeta se mantuviese dentro del marco de datos, llenándolo de un extremo a otro durante toda la pasada de reconocimiento. Los dos sistemas restantes se hallaban bajo el control del androide de reconocimiento R2-R, que evaluaría las imágenes en tiempo real y seleccionaría tanto los objetivos particulares como la longitud de onda más adecuada para el sondeo.

Los seis sistemas estaban conectados a los controles del hiperimpulsor, y empezarían a operar en cuanto el *Jennie Lee* entrara en el espacio real. La transmisión de datos mediante el relé de hipercomunicaciones también era automática, y la automatización llegaba hasta el extremo de seleccionar canales alternativos en el caso de que se detectaran señales de interferencia. La trayectoria de la pasada de reconocimiento estaba programada en el piloto automático, que tomaría los controles si se producía una desviación de más de un uno por ciento que no fuese debida a una intervención del piloto.

Se decía, medio en broma y medio en serio, que en realidad el piloto de un ala-X de reconocimiento sólo servía para hacer compañía a la unidad R2, y que un piloto podía tener un ataque de corazón en el hiperespacio y, aun así, llevar a cabo una misión perfecta. El segundo oficial de la unidad, «Dormilón» Nagelson —al que se le había asignado el reconocimiento de Wakiza— se había ganado su apodo cuando la grabación obtenida por los monitores de la carlinga mostró que había estado durmiendo durante toda una misión en la época de los problemas con Thrawn.

Pero Taggar pensaba de otra manera. Tanto en su corazón como en su mente, Taggar creía lo que les había dicho a sus pilotos antes de que iniciaran la misión: que la cualidad insustituible que el piloto aportaba a la carlinga era la de preocuparse por el resultado final. Un piloto seguiría intentándolo cuando una máquina se hubiese dado por vencida, porque el piloto comprendía el concepto del fracaso, y porque las consecuencias le importaban enormemente.

—Nadie cuenta grandes historias sobre unidades automatizadas que volvieron a casa luchando durante todo el recorrido para transmitir una información vital, o que hicieron lo imposible para completar una misión peligrosa —les había dicho—. Estáis ahí porque lo que hagáis puede significar la diferencia entre el éxito y el fracaso de la misión. Eso es lo que os estoy pidiendo: dad lo mejor de vosotros mismos, haced vuestro trabajo..., y hacedlo bien. El Ala de Reconocimiento Veintiuno existe por esa razón. Pilotos..., ¡a vuestras naves! Os veré al otro lado.

La cuenta atrás del cronómetro de sincronización de la misión iba descendiendo hacia el cero. Taggar se quedó inmóvil durante un momento y se imaginó a los otros pilotos, en otras carlingas claustrofóbicas, aproximándose a otros objetivos esparcidos por la mitad del Cúmulo de Koornacht. El Ala de Reconocimiento Veintiuno acababa de ser creada para servir a la Quinta Flota, pero Taggar ya había volado anteriormente con algunos de esos pilotos en otras unidades y otras guerras. Podía ver sus rostros con los ojos de su imaginación, y sabía qué estarían sintiendo en aquellos momentos.

00.15

«Buen reconocimiento —pensó, enviándoles el deseo—. Y buena suerte.»

Taggar había empezado a sentir un molesto picor en la nariz, y la arrugó en un infructuoso intento de aliviar el escozor. Se lamió unos labios que se habían quedado secos, flexionó unas manos que habían empezado a envararse como resultado de haber sido mantenidas en una inmovilidad demasiado cargada de tensión, y comprobó unos sistemas que ya había comprobado tres veces.

00.05

La madre de Taggar, que pilotaba un ala-Y, había muerto atacando un Destructor Estelar durante el terrible enfrentamiento de Endor. El ritual particular de la buena suerte de Taggar, que era ejecutado indefectiblemente antes del comienzo de cada misión, consistía en deslizar el pulgar izquierdo sobre las alas de su madre, que habían sido adheridas al panel de control justo encima del ordenador de navegación.

«Madre, espero que hoy podré hacer que te sientas orgullosa de mí...»

00.00

El universo se expandió repentinamente alrededor del caza de reconocimiento de Taggar. Una canica verdegrisácea envuelta en remolinos de nubes color amarillo claro apareció delante de él. El cronómetro de la misión inició su cuenta ascendente mientras los sistemas de obtención de datos e imágenes se agitaban en sus monturas. Taggar siguió avanzando en un vector de aproximación directa mientras Leia los informes que R2-R iba transmitiendo a la pantalla de su carlinga.

IDENTIFICADO: NAVÍO DE IMPULSIÓN POR ONDAS YEVETHANO DE LA CLASE *Aramadia*.

Identificado: navío de impulsión por ondas yevethano de la clase *Aramadia*. Identificado: destructor estelar de la clase *victoria*. Identificado: navío de impulsión por ondas yevethano de la clase *Aramadia*. Identificado: destructor estelar de la clase *imperial*. Identificado: destructor estelar de la clase *ejecutor*.

La lista se fue haciendo más larga a medida que N'zoth iba haciéndose más grande delante de ellos. Roñe Taggar quería tener miedo, pero no podía permitirse ese lujo. Se dijo que podía ser valiente durante cinco minutos más. Dentro de cinco minutos —quizá menos— todo habría terminado.

Taggar intentó silbar, como si fuera un niño asustado que quiere demostrarse a sí mismo que no tiene miedo mientras pasa junto a un cementerio, pero la boca se le había quedado repentinamente demasiado reseca para que pudiese hacerlo.

Leia y Ackbar habían mantenido un pequeño forcejeo a la hora de decidir quién sería invitado a estar presente en la Sala de Guerra de los Cuarteles Generales de la Flota cuando llegaran los datos obtenidos por la incursión de reconocimiento llevada a cabo en Koornacht.

—No es el momento de devolver favores o de solicitarlos —había dicho Ackbar, quien defendía la postura de que la lista debía ser lo más corta posible—. Una información que ya ha sido libremente distribuida no puede ser controlada. Necesitaremos tiempo para evaluar los datos y situarlos dentro de su contexto.

—Todas las personas que figuran en esa lista tienen derecho a saber qué está ocurriendo en Farlax —había argumentado Leia—. Todas tendrán que formar parte de las decisiones que deberán ser adoptadas en el futuro: el Consejo de Defensa, el Consejo de Seguridad, los miembros restantes del Consejo de Gobierno, Rieekan de la INR... Después de todo, no es como si estuviera intentando invitar a gente que no tiene nada que ver con este asunto.

—No —dijo Ackbar—. Sólo quiere invitar a un senador que acaba de tratar de expulsarla de la presidencia de la Nueva República, y a otro que es muy probable que vaya a intentarlo en un futuro inminente. Esos senadores forman parte del mismo gobierno que usted, Leia, pero no son sus aliados.

La opinión de Behn-kihl-nahm había acabado resolviendo la cuestión en favor de Leia. Cuando faltaba muy poco para que se recibieran los datos, la sala estaba llena de cuerpos que normalmente no hubiesen estado allí, y había más que suficiente para mantenerlos muy ocupados.

La pantalla mural que ocupaba toda una pared de la Sala de Guerra había sido dividida en veinticuatro rectángulos idénticos. Cada uno contenía una carta de interceptación, con un círculo que representaba el planeta objetivo de la misión y una línea roja que indicaba la trayectoria que se esperaba seguiría el aparato de exploración. Las cartas cambiarían a medida que fueran teniendo lugar los contactos, y mostrarían la posición de las naves y cómo se iban desarrollando las operaciones de obtención de datos.

Al lado de cada carta había espacio para un monitor de pantalla plana que sería alimentado por los sistemas de grabación de imágenes de los aparatos de exploración. De momento el espacio mostraba el nombre del mundo-objetivo y el tipo de navío de exploración que le había sido asignado.

Ackbar, Leia y Han se habían quedado al fondo de la sala y estaban apoyados en la barandilla de la plataforma de observación elevada mientras contemplaban cómo veinticuatro cronómetros sincronizados llevaban a cabo la misma cuenta atrás.

—Esto me recuerda a un tablero de recuento que vi en un salón de apuestas de Bragkis donde te permitían apostar hasta un máximo de un millón de créditos —dijo Han—, con todo el mundo apoltonado a su alrededor esperando a que empezara la carrera. «¿Quién tiene un favorito?» «¿Cómo están las apuestas por Wakiza?»

Normalmente Leia siempre acogía las irreverencias de Han con una sonrisa porque contribuían a aliviar un poco la tensión, pero en aquellos momentos no se sentía capaz de soportarlas, y se alejó de él después de haberle fulminado con una rápida y bastante furibunda mirada de soslayo. El primer instinto de Han fue seguirla, pero Ackbar le detuvo con un roce en el brazo.

—Deje que se vaya —dijo—. Es un momento muy difícil para la princesa. Está nadando en un océano muy peligroso, y apenas hay agua debajo de ella.

La sala quedó sumida en un impresionante silencio durante los últimos segundos, cuando todos los que estaban trabajando concentraron su atención en la consola que tenían delante y todos los que estaban mirando interrumpieron sus conversaciones y alzaron la vista hacia el muro de pantallas. Cuando el cero se convirtió en +1, todo el muro cobró vida con un repentino estallido de imágenes en movimiento a medida que las cartas empezaban a cambiar y llegaban las primeras imágenes.

Han casi tuvo la impresión de que el muro era una masa convulsa de diminutas criaturas hechas de luz. A menos que concentrara su atención en una sola área, el efecto general le revolvió el estómago y hacía que sus nervios fueran recorridos por un desagradable estremecimiento de excitación.

Ackbar levantó una mano y señaló la esquina inferior derecha del muro.

—Ya hemos tenido una baja —dijo.

El Número 23, un hurón sin piloto, no había conseguido acudir a su cita con Doornik-207, que según los últimos informes albergaba a un nido de corasghianos. Pero todas las otras cartas estaban empezando a llenarse: las trayectorias de vuelo iban pasando del rojo al verde, y las superficies de los planetas empezaban a aparecer dentro de los círculos.

Las primeras imágenes de N'zoth causaron un zumbido de excitación en la sala. Mostraban las siluetas inconfundibles de Destrucción Estelares, registradas por los sistemas de obtención de imágenes controlados por el R2-R del *Jennie Lee* pilotado por Roñe Taggar. Después de haber dejado a Han en su rincón de la sala, Leia se había puesto al lado de Ayddar Nylykerka, quien estaba muy atareado registrando imágenes individuales de los datos para obtener un catálogo de retratos de naves. Leia permaneció inmóvil junto a él y escuchó cómo el pequeño analista del departamento de Seguimiento de Recursos, con toda su atención apasionadamente concentrada en su trabajo, hablaba en voz alta consigo mismo.

—Ése podría ser el *Temible* —murmuró Nylykerka, consultando sus listas—. A pesar de las modificaciones introducidas en la superestructura delantera, no cabe duda de que es un Destructor Estelar de la clase Imperial...

El zumbido se convirtió en un murmullo de preocupación unos segundos después, cuando la imagen del Número 1 cambió y otra silueta con forma de daga un poco más esbelta que la anterior fue adquiriendo nitidez en el monitor. En aquella sala no había prácticamente nadie que no pudiera identificar ese perfil, y las excepciones averiguaron rápidamente su significado gracias a un apresurado susurro procedente de la persona que tenían más cerca: había un Súper Destructor Estelar en órbita alrededor de N'zoth.

La Nueva República había optado desde el principio por construir un número más elevado de navíos más pequeños —transportes de la Flota, Destrucción Estelares de la clase República, cruceros de combate—, prefiriendo esa política a la de adoptar la filosofía del diseño imperial. En vez de repararlo o convertirlo en una pieza de museo, Mon Mothma había dado órdenes de desguazar el único SDE capturado al Imperio. En consecuencia, el leviatán de ocho kilómetros de longitud que trazaba lentos círculos alrededor de N'zoth poseía una potencia de fuego considerablemente superior a la de cualquier navío de la Flota de la Nueva República.

—Ese monstruo sólo puede ser el *Intimidador* —declaró Nylykerka—. Todos los navíos de la clase Súper construidos durante los últimos tiempos del Imperio tenían esa torre generadora de

escudo adicional situada en la línea central...

Aquel descubrimiento era tan inesperado como inquietante, pero aun así la atención de los presentes en la Sala de Guerra se vio rápidamente atraída hacia otro lugar. A medida que los cronómetros se aproximaban a los dos minutos de conteo y los aparatos de exploración avanzaban velozmente hacia el punto central de su trayectoria y el momento de máxima aproximación de sus pasadas, el muro de monitores se iba llenando de imágenes de navíos de guerra, hasta que llegó un momento en que el muro pareció una versión ampliada del catálogo de imágenes que mostraban las pantallas de Nylykerka.

Había Destruidores Estelares en Wakiza, Zhina, Nueva Brigia y Doornik-881, donde había estado la granja-factoría imperial. La flota yevethana de Campana de la Mañana había aumentado hasta estar formada por un mínimo de dieciséis navíos, que incluían cuatro Destruidores Estelares, seis navíos de impulsión por ondas de la clase *Aramadia*, y un navío que tenía las dimensiones de un destructor y un aspecto bastante extraño, y que Nylykerka identificó como un prototipo de pruebas imperial largamente perdido, el *EX-F*. Los navíos de impulsión por ondas parecían estar en todas partes, y se los podía ver en órbita alrededor de los otros mundos de la Liga de Duskhan, en Polneye y en la antigua instalación minera morathiana de Kojash.

Los tres astilleros imperiales que el teniente Sconn había nombrado en su declaración — Negro Quince, que había estado en órbita alrededor de N'zoth; Negro Once, que orbitaba Zhina; y Negro Ocho, que orbitaba Wakiza— estaban llamativamente ausentes de los sondeos que iban mostrando las pantallas. Ackbar le comentó su ausencia a Han.

—Creo que no los encontraremos —añadió—. Los yevethanos son perfectamente capaces de haber trasladado los astilleros a nuevas localizaciones secretas. Sospecho que el *Astrolabio* se tropezó por casualidad con una de esas instalaciones en Doornik-142.

A las 2.05, la señal del Número 16 se interrumpió repentinamente en Polneye, y la imagen de la carta de seguimiento quedó congelada con sólo un cuarenta y dos por ciento del planeta explorado. Unos instantes después el Número 19, en Campana de la Mañana, y el Número 5, en el mundo duskhaniano llamado Tizón, también dejaron de emitir.

Las pérdidas no se detuvieron ahí. Las pantallas individuales se estaban oscureciendo por todo el muro casi tan deprisa como habían cobrado vida al principio. Sólo la mitad de los aparatos de exploración consiguió llegar al punto central de sus trayectorias. Tres señales más se extinguieron casi como una sola mientras Leia se alejaba de Nylykerka y se dirigía hacia el centro de la Sala de Guerra.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —jadeó, sin dirigirse a nadie en particular mientras mantenía la mirada levantada hacia las pantallas.

Las señales de Z'fell, Wakiza, Faz, N'zoth —todas ellas asignadas a los alas-X del Grupo de Reconocimiento Veintiuno— fueron las últimas en desvanecerse, pero acabaron desvaneciéndose. Ningún aparato de exploración consiguió examinar más de tres cuartas partes de un objetivo de la Liga de Duskhan antes de ser destruido.

El cronómetro llegó al final de su conteo de cinco minutos, y en toda la Sala de Guerra no hubo más sonidos que los de una tos ahogada o el crujido de una silla. Sólo cuatro aparatos de exploración habían sobrevivido al salto de salida de los sistemas que les habían sido asignados..., y los cuatro eran unidades automatizadas. Ninguno había encontrado nada durante sus pasadas de observación, salvo mundos que acababan de morir. Los ojos de todos los presentes empezaron a apartarse de las imágenes congeladas en la pared para clavarse en la mujer que permanecía inmóvil en el centro de la sala.

—Ahora ya lo sabemos —se limitó a decir Leia—. Controlador, muestre las identificaciones visuales de los pilotos en el muro mientras va ordenando los datos del Número Uno para que podamos volver a verlos. Me gustaría recordar a quién debemos esta información.

La andanada que dejó incapacitado el ala-X de reconocimiento de Rone Taggar llegó desde atrás y desde abajo, y surgió de la nada sin que hubiera ninguna advertencia previa. Incluso antes de que la carlinga se oscureciera, el relámpago azulado que bailoteó sobre el fuselaje ya indicó a Taggar que los escudos del caza acababan de desmoronarse bajo el impacto del haz surgido de un potente cañón iónico. Taggar se retorció bajo las tiras de su arnés de seguridad e intentó mirar hacia atrás y localizar a su atacante. No había habido fuego procedente de emplazamientos de superficie durante la fase final de la aproximación, y su ala-X ya había salido del radio de alcance de cualquier batería antinaves corriente emplazada en el suelo.

—Vamos, vamos... ¿Dónde estás? —murmuró—. ¿De dónde has salido?

Había docenas de estrellas que brillaban con un resplandor lo suficientemente intenso para

que Taggar no pudiera dirigir la mirada directamente hacia ellas sin tener que entrecerrar los ojos, y la claridad general era más que suficiente para esconder a un interceptor o a una boya de defensa. Pero Taggar no entendía por qué su sistema de localización no había detectado su presencia. El ala-X de reconocimiento tenía el punto ciego posterior más reducido de todos los cazas de la Nueva República, y en una adquisición de amenaza normal —a cincuenta mil metros o más— Taggar habría apostado un mes entero de paga a que podía mantener a distancia a cualquier oponente que pilotara una nave de índice similar al suyo durante el tiempo suficiente para terminar su pasada de exploración.

Fue contando en silencio los segundos del intervalo de reinicialización, convencido de que el disparo letal caería sobre él antes de que hubiese llegado al cien. Los absorbedores continuaban con su silencioso trabajo pasivo, absorbiendo el exceso de carga superficial y utilizándolo para alimentar la célula que volvería a poner en marcha el sistema. La andanada iónica no había afectado a su inercia, y el caza seguía alejándose de N'zoth a gran velocidad. Si el proceso de arrancada tenía éxito, Taggar podría hacerse con los últimos treinta segundos de datos correspondientes al lado del planeta que aún no había sido explorado y saltar a la seguridad del hiperespacio.

El conteo había llegado a los ochenta y siete segundos cuando Taggar sintió la leve sacudida indicadora de que un rayo tractor acababa de envolver su nave. Con la estructura del casco temblando y el fuselaje repiqueteando a su alrededor, Taggar metió la mano en el bolsillo del pecho para coger su varilla de purga. Otra nave, que parecía tener las dimensiones de una corbeta, apareció delante de él mientras introducía la varilla en el agujero de conexión del control de panel.

La carga de purga que surgió de la varilla atravesó las memorias del ordenador del caza a una velocidad vertiginosa, y borró de ellas hasta el último bit coherente. Su última parada tuvo lugar en la conexión con el R2, donde pasó a una carga plana colocada bajo la cúpula sensora del androide. La pequeña explosión que se produjo a continuación fue sorprendentemente ruidosa e iluminó el interior de la carlinga durante una fracción de segundo. Taggar miró hacia atrás y confirmó que la carga había dejado totalmente decapitado al androide.

Ya sólo le quedaba un último deber que cumplir: Taggar tenía que utilizar la aguja de suicidio que había quedado disponible al otro extremo de la varilla de purga, y el sistema de presión continúa del gatillo de autodestrucción de la nave. Sabía que corría un riesgo al esperar, especialmente después de que los yevethanos hubieran visto cómo la unidad R2 destruía su cúpula mediante la explosión. Pero también sabía que la corbeta tendría que bajar sus escudos para remolcar su ala-X hasta el interior de un hangar.

Cuando la nave se hubo acercado lo suficiente para alzarse sobre el caza tan ominosamente como una gigantesca montaña oscura, Taggar rodeó el gatillo con la mano izquierda y permitió que su cabeza cayera hacia un lado como si hubiera quedado inconsciente. Después cerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas, y a través de ellas vio cómo un chorro de luz surgía por entre las puertas del hangar que se iban abriendo delante de él y se extendía poco a poco por toda la parte inferior del casco de la corbeta. No había ninguna pinaza ocupando el hangar: aquel atracadero era para su caza.

El riesgo era muy grande, pero Taggar siguió esperando hasta que los cables de acoplamiento entraron en contacto con las toberas y empezaron a izar su ala-X de reconocimiento, y después siguió esperando hasta que las puertas empezaron a cerrarse debajo de él. Luego levantó la cabeza, deslizó el pulgar sobre las alas de piloto adheridas a la consola y permitió que la palma de su mano derecha cayera sobre el extremo de la varilla de purga.

Unos instantes después su cabeza volvió a inclinarse hasta quedar apoyada en su pecho y la mano que había permanecido rígidamente tensada alrededor del gatillo empezó a relajarse, y sus cansados dedos fueron cediendo bajo la presión de la placa resorte. Taggar ya se había dejado envolver por la paz del vacío cuando la carga de destrucción abrió en canal el vientre de la corbeta a lo largo de la línea central, lanzando al espacio una convulsa nube de restos procedentes de las dos naves.

Nil Spaar apartó la mirada de la cegadora bola de fuego que acababa de envolver al *Belleza de Yevetha*, y después se dio la vuelta y recorrió la cámara con la mirada en busca del guardián de defensa del mundo-cuna.

—¡Kol Attan! —aulló.

Kol Attan fue lentamente hacia él, arrastrando los pies y con sus crestas de combate tan encogidas que casi rozaban la invisibilidad.

—Virrey... Yo...

Nil Spaar le redujo al silencio con una mirada y señaló el suelo. El guardián, tembloroso y asustado, dobló la rodilla ante él, cerró los ojos y le mostró el cuello. El virrey empezó a caminar a su alrededor, moviéndose en un lento círculo mientras flexionaba la mano derecha en un movimiento que hizo surgir la garra curva y la extendió hasta su máxima longitud.

—No sólo eres un cobarde, sino que también eres un incompetente —acabó murmurando Nil Spaar—. Tu sangre ni siquiera es digna de ser derramada. Tocarte supondría rebajarme. Te declaro *tomara*: has perdido el honor, y te has hundido en la vergüenza. Vete a casa y suplica la muerte a tu *dama*.

Cuando el guardián no se movió, Nil Spaar hizo una profunda inspiración que enrojeció sus crestas, y después derribó a Kol Attan de una salvaje patada.

—No conseguirás provocarme para que te proporcione una salida honrosa —murmuró, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar—. ¡Vete!

Mientras el guardián se apresuraba a huir a cuatro patas, Nil Spaar le dio la espalda.

—Tal Fraan —dijo.

El *nitakka* fue hacia él con una robusta fuerza en sus zancadas y un enérgico orgullo en su porte.

—¿Mi señor?

—Estabas seguro de que las alimañas violarían el Todo en un intento de llegar a conocernos. ¿Cómo pudiste saberlo?

—He pasado bastante tiempo junto a ellas, primero en los campamentos de Pa'aal y después a bordo del *Devoción de Yevetha*, donde nos sirven —dijo Tal Fraan—. He visto cómo arden en deseos de profanar y rebajar incluso los más pequeños misterios, en vez de abrazar los misterios tal como se presentan a sí mismos. Las alimañas de piel pálida parecen sentir esa obsesión con una intensidad especial.

Nil Spaar asintió con una lenta inclinación de cabeza.

—Pero no supiste prever que la alimaña que vendría aquí preferiría la muerte a la cautividad —dijo después—. Ese fracaso le ha costado un navío muy útil a mi flota, y ha desperdiciado sangre yevethana.

Tal Fraan respiró hondo y se apresuró a hincar una rodilla en el suelo.

—Sí, *darama*. Soy consciente de mi error.

—Levántate —dijo Nil Spaar, y el joven yevethano obedeció—. No te consideraré responsable de que Kol Attan no consiguiese capturar al rehén que tú habías puesto en sus manos, ni de la horrible ofensa cometida por la alimaña al matar a quienes se encuentran muy por encima de ella.

—Sois misericordioso, virrey.

—Hay muchas clases de alimañas —dijo Nil Spaar en un tono repentinamente jovial y despreocupado—. Es posible que las que fueron enviadas aquí se parezcan más al comandante Paret, quien por lo menos tuvo el valor de desafiarme cuando le arrebaté esta nave, que a aquellas cuyos servicios utilizamos. Dadas las circunstancias, creo que habría llegado a las mismas conclusiones que tú.

—No merezco vuestra misericordia, *darama*.

—No, desde luego —dijo Nil Spaar—. Pero me ayudarás a decidir cuál es la mejor manera de contestar a la osadía de las alimañas, y de castigar a la alimaña llamada Leia por haber ordenado tal sacrilegio. Y pasado un tiempo, quizá me olvide del otro y me deje absorber por los placeres de la venganza que hayas concebido.

Ackbar estaba inmóvil delante de la pantalla visera de la sala de reuniones. El almirante calamariano mantenía una mano detrás de la espalda y había extendido la otra para señalar la pantalla.

—Creo que puede hacerse —dijo—. Si tomamos las Fuerzas de Ataque Ápice y Verano de la Cuarta Flota, las Fuerzas de Ataque Campana de Luz y Símbolo de la Segunda Flota y la Fuerza de Ataque Gema de la Tercera, deberíamos ser capaces de mantener nuestras patrullas actuales en el resto de la Nueva República mientras reforzamos la fuerza expedicionaria enviada a Farlax y aumentamos sus efectivos hasta que llegue a contar con dos grupos de combate.

—Y mientras tanto la Flota Central seguiría conservando todos sus efectivos para defender Coruscant —dijo Leia—. Lo cual quizá no sea muy del agrado de los sectores fronterizos, pero parece la solución más prudente.

—Bueno, el general Ábaht estará contento —dijo Han, recostándose en su asiento—. Es lo

que ha estado diciendo que necesitaba desde que llegó allí.

Ackbar dio la espalda a la pantalla visora e intercambió una rápida mirada con Leia.

—El general Ábaht no estará al mando de la fuerza combinada —dijo Ackbar, y volvió a concentrar su atención en la pantalla.

—¿No? Bueno, quizá no le importe demasiado —dijo Han, juntando las manos sobre su regazo—. Ejercer un mando combinado de esas características se parece bastante a que te nombren director de un zoológico. ¿Quién tendrá que cargar con el muerto, Leia? El almirante Nantz es el alto oficial más veterano, ¿no?

Ackbar estaba inmóvil delante de la pantalla visora, y mantenía las manos unidas a la espalda.

—No —dijo—. No será Nantz.

Una sonrisa torcida curvó los labios de Han.

—Estoy seguro de que podemos confiar en usted, almirante. Lo hará estupendamente, ya lo verá —dijo—. Es como montar un... Eh... Bueno, digamos que en cuanto has aprendido a hacerlo ya nunca se te olvida.

—Han, el almirante Ackbar se quedará aquí conmigo —murmuró Leia—. Voy a ponerte al frente de las fuerzas destacadas en Farlax.

La sonrisa se desvaneció al instante.

—Creía que ya habíamos dejado claro este asunto, Leia —dijo Han, inclinándose hacia adelante y apoyando los antebrazos sobre la mesa—. No he nacido para ser un gran almirante. Y con eso sólo conseguirás crear la impresión de que no eres capaz de tomar una decisión: Etahn, yo, Etahn, yo...

—La princesa no tenía otra elección, Han —dijo Ackbar sin volverse—. El Consejo de Defensa, con el senador Fey'lya al frente, insistió en aprobar la elección del comandante. Fey'lya ya no confía en el general Ábaht.

—¿Y por qué yo?

—Porque ya has pasado algún tiempo con la Quinta Flota —dijo Leia—. Porque ya estás familiarizado con la geografía y la logística de esa operación..., pero sobre todo porque estás limpio. Fey'lya quería al almirante Jid'yda.

—Un bothano... Claro.

—... y Bennie te ofreció a ti como un compromiso. Para repetir su explicación, los senadores pro-Leia consideran que me apoyas, y los senadores anti-Leia creen que eres lo suficientemente independiente para que no pueda imponerte mi voluntad.

Han meneó la cabeza.

—Sí, ya veo que debió de ser una discusión de un nivel muy elevado.

—No puede ni imaginarse lo absurda que llegó a ser en algunos momentos —dijo Ackbar, dando la espalda a la pantalla visora y yendo hacia la mesa—. El senador Cundertol llegó a apoyarle basándose en que, y cito las palabras del gran hombre, «No está haciendo nada más, ¿verdad?».

—Es la clase de recomendación que te hace sentirte orgulloso de ti mismo —dijo Han—. Recuérdate que le dé las gracias a Su Estupidez. —Cogió el cuaderno de datos de Ackbar y estudió la lista de asignaciones de la fuerza—. Supongo que ya es un poquito tarde para pensar en la posibilidad de negociar una tregua, ¿no?

—Me resulta totalmente imposible creer que los yevethanos puedan llegar a considerarnos como sus iguales en la mesa de negociaciones —dijo Leia.

—Ya —dijo Han, y apartó el cuaderno de datos—. Verás, mi querida Leia, durante algún tiempo llegué a permitirme pensar que tendríamos una posibilidad de disfrutar de ese tipo de vida normal que le dijiste a Luke que tanto deseabas. Llegué a creer que habíamos acabado para siempre con este tipo de jaleos. Ah, y he de decirte una cosa: poder dejar el uniforme dentro del armario era una de las cosas que más me gustaban de ese tipo de vida.

Sus palabras hicieron que Leia y Han intercambiaran una sonrisa melancólica.

—Bueno... Parece ser que hemos vuelto a los tiempos de Yavin, ¿verdad? —siguió diciendo Han—. Te he obligado a usar las armas de la culpabilidad, la vergüenza, el ruego y el engaño para conseguir que me ofreciera como voluntario en un montón de trabajos sucios. Esta vez no te obligaré a que hagas todo eso. La verdad es que los yevethanos me dan asco..., y puestos a ser sinceros, debo confesar que les tengo pánico. Si no los controlamos ahora, el futuro podría complicarse muchísimo. Así que aceptaré este trabajo, porque es algo que hay que hacer lo más pronto posible.

—Los trabajos difíciles suelen ser los más necesarios —dijo Ackbar con voz pensativa.

—Oh, esto no es muy difícil —replicó Han—. Aquellos pilotos que entraron en el Cúmulo de

Koornacht sabiendo cuáles eran sus probabilidades de volver... Eso sí que es difícil. En cuanto a mí, lo único que he de hacer es encontrar una razón para que esa clase de hombres hagan el trabajo verdaderamente difícil. ¿Cuál es el programa de actividades, almirante?

—Un grupo de alas-X de reconocimiento partirá dentro de quince horas para incorporarse a la Quinta Flota. Servirán de escolta a su lanzadera —dijo Ackbar—. Debería llegar allí poco después de que los grupos expedicionarios de la Cuarta Flota lleguen a Farlax. Oh, sí, me olvidaba: mientras esté al mando de esas fuerzas, tendrá el rango temporal de comodoro.

—Comodoro, ¿eh? —Han se volvió hacia Leia e intentó obsequiarla con una alegre sonrisa, pero Leia quedó tan poco convencida por sus esfuerzos como el mismo Han—. Me pregunto si el cargo incluye un sombrero...

Aunque se encontraba prisionero en un limbo legal —ni era un verdadero miembro del senado ni era un verdadero ex miembro de éste—, Tig Peramis de Walalla había conservado el derecho a disfrutar de algunas de las cortesías que iban implícitas con el puesto. Behn-kihl-nahm no le permitía hablar o votar en la Asamblea, y había conseguido que Peramis quedara totalmente excluido de las reuniones del Consejo de Defensa; pero las llaves de acceso de Peramis seguían permitiéndole ir a todas partes salvo a las cámaras del Consejo y los registros restringidos..., y eso significaba que tenía acceso a los otros senadores, cuya charla le parecía casi tan valiosa como una búsqueda en los archivos senatoriales.

Unos meses antes Peramis había denunciado a la Quinta Flota acusándola de ser un arma de conquista y tiranía, y había advertido al Consejo de Defensa sobre las ambiciones de la hija de Vader. Había tenido que soportar la reprimenda de Behn-kihl-nahm y el ser ridiculizado por Tolik Yar, pero los acontecimientos habían demostrado sus dotes proféticas y habían confirmado sus peores temores. Y la fulgurante anexión —basándose en el más frágil de los pretextos— de dieciocho mundos independientes de la zona de Farlax le parecía el preámbulo de una escalada espectacular.

Las reuniones a altas horas de la noche celebradas en las cámaras del Consejo de Defensa, la comparecencia secreta de Leia ante el Consejo de Gobierno, el intento de bloqueo «fracasado», las apelaciones desvergonzadamente emocionales que defendían la necesidad de acudir en ayuda de diminutas poblaciones alienígenas, y la abierta y deliberada provocación con que eran tratados los yevethanos a cada momento le parecían piezas de un meticuloso plan que pretendía justificar la anexión del mismo Koornacht. Incluso los periódicos estallidos de críticas en el Senado parecían estar calculados, y los críticos ser meros bufones que causaban más descrédito a su causa que daño a la princesa.

Pero algo que un senador Cundertol borracho tuvo el descuido de decirle alarmó a Peramis hasta el punto de que ya no pudo seguir conformándose con los rumores y los cotilleos.

—Un pirata corelliano con dos grupos de combate a sus órdenes —había dicho Cundertol entre risitas—. Él les enseñará a los caras de mono lo que es luchar. El viejo Cómete-una-nave no quería matar a los otros caras de mono, así que le han dado la pa-pa-patada y...

Peramis le sirvió más vino doaniano con la esperanza de que eso impulsaría a Cundertol a seguir hablando, pero sólo consiguió incrementar la satisfacción infantil que le producía hallarse en una posición de superioridad.

—Tendrías que haber sido bueno —dijo Cundertol, oscilando sobre sus pies mientras agitaba un dedo delante del rostro de Peramis—. No puedes venir a la fiesta.

Media hora después los ojos de Cundertol ya mostraban el brillo vidrioso del shock doaniano, y Peramis estaba entrando en el complejo de despachos del Senado con su llave de votación y la de Cundertol en la mano.

Por sí sola, la llave de Cundertol no bastaría para que Peramis pudiera tener acceso a los registros del Consejo de Defensa, pero Peramis sabía por experiencias anteriores que los sistemas de seguridad de los archivos personales de los senadores eran mucho menos estrictos. Era un asunto de mera comodidad. Un archivo personal que estuviera protegido por demasiadas barreras nunca sería utilizado. Naturalmente, se suponía que ningún asunto de naturaleza secreta sería registrado en un banco de datos tan poco protegido como un archivo personal. Pero Peramis pensaba que Cundertol era el tipo de persona que tendía a poner la comodidad por encima de la seguridad.

La llave de votación del bakurano le abrió todas las puertas necesarias y le permitió acceder a todos los ficheros incriminatorios. Todo estaba allí, bajo la forma de un delirio xenofóbico que demostraba la sorprendente realidad de que el senador era capaz de pensárselo dos veces antes de decir ciertas cosas en público.

Una expedición que contaba con la potencia de fuego de un grupo de combate iba hacia

Farlax para reforzar a la Quinta Flota, pero sus efectivos habían sido obtenidos sacándolos de otras fuerzas..., y eso era una hábil estratagema que ayudaría a ocultar lo que estaba ocurriendo al permitir que los otros grupos de combate siguieran siendo visibles en sus rutas de patrullaje. Y el corelliano que debía asumir el mando de la flota de guerra era, tal como había sospechado Peramis, el esposo de la princesa Leia, Han Solo.

Peramis permaneció en el despacho de Cundertol el tiempo suficiente para leer el archivo y copiarlo en una tarjeta de datos. Después regresó al comedor privado en el que había dejado a Cundertol, volvió a introducir la llave de votación en el maletín del senador y lo dejó allí para que pudiera disfrutar de su trance de placer a solas.

Una vez a salvo en sus habitaciones de la misión diplomática walallana, Peramis sacó la pequeña caja negra que le había entregado Nil Spaar del arcón donde guardaba los juguetes de su hijo mayor en el que la había escondido. No había nadie que pudiera verle: Peramis había enviado a su familia a casa hacía meses, y el reducido personal de servicio que se encargaba de atender sus necesidades sabía que no debía perturbar su intimidad a esas horas de la noche.

Peramis fue hacia una mesa de su despacho, se sentó y conectó tanto la caja negra como su cuaderno de datos a la toma de hipercomunicaciones. Después se quedó inmóvil durante unos momentos. La furtividad y el acto físico de preparar los aparatos hicieron que se sintiera un poco incómodo. No había utilizado la caja negra con anterioridad. Se había dicho a sí mismo que nunca lo haría. Peramis no se consideraba un espía, y mucho menos un traidor.

Pero aun así había guardado la caja.

Se dijo que era un hombre de honor, con una causa noble que defender, debía contener la marea del militarismo que amenazaba todo lo que se había conseguido mediante la Rebelión. Después de una aventura coronada por el éxito en Farlax, Leia ya no podría ser detenida. Había que advertir a los yevethanos.

Y el hecho de que fuera el senador Cundertol quien les advirtiese, y con sus propias palabras, satisfacía el sentido de la ironía cósmica de Peramis.

Pero cuando activó el hipercomunicador, Peramis salió de su despacho para no tener que volver a oír esas palabras.

Todavía faltaban tres horas para la reunión con el *Intrépido* cuando la lanzadera de la Flota *Tampion* en la que viajaba el comodoro y su escolta de cazas de reconocimiento se vieron bruscamente arrancadas del hiperespacio. Se encontraron con media docena de naves yevethanas esperándoles: el destructor provisto de un campo de interdicción que los había sacado del hiperespacio, dos navíos de impulsión por ondas y tres naves más pequeñas.

La emboscada había sido planeada a la perfección. Antes de que los adormilados pilotos de los alas-X de reconocimiento y los sobresaltados pasajeros de la lanzadera tuviesen ocasión de entender qué estaba ocurriendo, sus naves se vieron envueltas en un violento fuego cruzado de cañonazos iónicos. Los cazas fueron incapacitados casi al instante, y quedaron flotando a la deriva en el espacio para ser ignorados. La lanzadera, que carecía de armamento pero contaba con unos escudos más potentes, dio un poco más de trabajo a los atacantes, pero aun así también acabó quedando atrapada en el espacio, incapaz de maniobrar o escapar.

Poco después, la *Tampion* empezaba a alejarse de sus escoltas para seguir un nuevo curso, remolcada junto a uno de los navíos esféricos mediante un rayo de tracción. Enfurecido ante su impotencia, tan completa y total que ni siquiera podía enviar una transmisión a los otros pilotos, Plat Mallar vio cómo las dos naves saltaban hacia los mundos de la Liga de Duskhan. El Cúmulo de Koornacht ocupaba todo el cielo a estribor de su nave, extendiéndose junto a ella como un inmenso cuadro que mostrara un enjambre de chispas ardiendo en la noche.

Mallar nunca había estado tan seguro de que iba a morir como cuando la lanzadera se desvaneció en el hiperespacio. Los cazas estaban impotentes, y cualquiera de las cinco naves restantes habría podido acabar con ellos en un instante.

Pero las cinco naves maniobraron con grácil rapidez hasta adoptar una formación en V, con el Interdictor ocupando la punta. Unos momentos después saltaron del punto de emboscada, con su misión aparentemente completa.

«¿Por qué nos han dejado con vida?», se preguntó Mallar.

La respuesta llegó casi de inmediato, e hizo que sintiera un escalofrío de horror. «Para que podamos contarle a la Flota y a Coruscant lo que le ha ocurrido al comodoro —pensó—. Para que sepan que los yevethanos tienen en su poder a Han Solo...»

Han fue llevado ante Nil Spaar no como un trofeo, sino como un objeto de curiosidad.

El encuentro tuvo lugar en privado, con nadie más presente salvo los guardias de Han — dos machos yevethanos inmensamente fuertes que no llevaban armas y, teniendo en cuenta la solidez de las ataduras de Han, no parecía muy probable fueran a necesitarlas—, y se desarrolló en un lugar bastante sorprendente; aquel recinto no era una sala del trono o una arena de humillación para los vencidos, sino una cámara recubierta de losetas con agujeros de drenaje en el suelo y válvulas expulsoras de líquido sobresaliendo de la parte de arriba de las paredes. A Han le recordó una sala de duchas, o un matadero..., y enseguida deseó no haber pensado en la segunda posibilidad.

Mientras el virrey yevethano iba trazando un lento círculo alrededor de su prisionero, pareció mostrar un interés especial por los morados y quemaduras de fricción que Han había adquirido al resistirse cuando los soldados yevethanos abordaron el *Tampion*. Nil Spaar se inclinó sobre él para estudiar las marcas, pero se aseguró de que no tocaba en ningún momento a Han ni siquiera con sus manos enguantadas.

—Eres el compañero de Leia.

—Vaya, veo que el gran secreto ha dejado de serlo —dijo Han, decidiendo que intentaría hacerse una idea de cómo era realmente su captor—. Y tú eres Nil Spaar. He oído hablar mucho de ti, y todo lo que decían era malo... Has pasado a ocupar el primer lugar de mi lista de personas menos favoritas. Tuve que borrar a Jabba el Hutt de la lista para hacerte sitio. Me parece que debo decirte que mi gran meta en la vida es sobrevivir a todos los nombres de la lista. Ya casi lo había conseguido antes de que reemplazaras a Jabba.

El gobernante yevethano no parecía estar prestando ninguna atención a las provocaciones de Han.

—¿Qué clase de alimaña eres?

—Creo que te has equivocado de palabra. La palabra que deberías emplear es «escoria», como por ejemplo en «escoria corelliana» —replicó Han—. También me han llamado «pirata», «contrabandista», «lacayo asqueroso», «lamesapos», «delincuente» y unas cuantas cosas más. Pero en el sitio del que vengo no todos esos apelativos son considerados como formas corteses de dirigirse a alguien, claro está..., así que no siempre reacciono muy cortésmente cuando oigo que me insultan. Sólo para que lo sepas, «alimaña» probablemente también debería considerarse como un insulto.

—Eres más fuerte que ella —dijo Nil Spaar, inclinando levemente la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué haces lo que te dice? ¿Por qué no eres tú quien manda?

Han respondió con una mirada despectiva y un meneo de cabeza.

—Iba a decirte que capturarme ha sido el mayor error de toda tu vida —replicó—. Ahora veo que es el segundo gran error. Has juzgado equivocadamente a Leia desde el principio. Mi esposa tal vez sea la persona más fuerte que he conocido jamás..., y ahora vas a descubrirlo por las malas.

Nil Spaar no dijo nada y se retiró hasta el otro extremo de la cámara, como si se dispusiera a marcharse. Después hizo una seña a los guardias y pronunció unas cuantas palabras en un idioma desconocido para Han. Un guardia se apartó de Han y se colocó junto al muro. El otro guardia, con las crestas de sus sienes repentinamente hinchadas, se plantó delante de Han..., y cayó sobre él en un movimiento tan vertiginosamente veloz que Han no pudo esquivar su ataque.

El golpe cayó sobre su brazo derecho, justo encima de la quemadura de desintegrador causada por el único y apresurado disparo que el capitán Sreas había conseguido efectuar, y que había acabado dando en un blanco equivocado. La fuerza del impacto incrustó el hueso en la articulación del hombro, dejándole el brazo repentinamente insensible. El siguiente puñetazo fue dirigido hacia su rostro, y Han consiguió suavizar el impacto volviendo la cabeza. Pero aun así el golpe resultó terriblemente doloroso.

La paliza casi parecía ser una especie de experimento. Nil Spaar permaneció inmóvil y la observó con expresión impassible, como si estuviera esperando que ocurriera algo..., con una curiosidad casi clínica, y sin dar ninguna muestra de regocijo o satisfacción. Han incluso llegó a preguntarse si el guardia habría visto a algún ser humano con anterioridad e intentó fijarse en cómo y dónde era golpeado, pensando que eso podía ofrecerle alguna pista sobre las vulnerabilidades de los yevethanos.

Su intento de observar aquel brutal castigo como si estuviera siendo administrado a otro duró hasta que un puñetazo asestado en la cabeza dejó a Han yaciendo de costado en el suelo y con hilillos de sangre fluyendo de su nariz y su boca. Entonces Nil Spaar dio una seca orden al guardia, quien retrocedió inmediatamente. El virrey fue hacia Han, se acuclilló junto a él y contempló sus lesiones con visible curiosidad. Nil Spaar extendió una mano enguantada y

sumergió las puntas de los dedos en el charquito de sangre que se iba extendiendo junto a la cabeza de Han. El virrey se llevó el guante a la cara y agitó los dedos ensangrentados en el aire por delante de las protuberancias óseas de su cara, como si los estuviera olisqueando.

—¿Esto es tu sangre? Parece como si tuvieras agua en las venas..., igual que todas las alimañas —dijo Nil Spaar—. Sí, es como el agua... No hace que el corazón se hinche y empiece a latir más deprisa. No alimenta a los *maranas*. No hace madurar el receptáculo de nacimiento. No entiendo por qué Leia se ha entregado a ti. No entiendo por qué no has muerto sin haberte apareado.

Después se irguió, se quitó los guantes y los dejó caer sobre las losetas.

—*Tar tnakara* —dijo, volviéndose hacia los guardias—. *Talbran*.

Los dos guardias se arrodillaron ante el virrey y le ofrecieron su cuello.

—*Ko, darama* —murmuraron.

Cuando Nil Spaar se hubo marchado, los guardias limpiaron a Han y a la cámara, aplicando la misma diligencia e idéntico vigor a los dos trabajos, y después se lo llevaron para devolverlo a la celda en la que le estaban aguardando el teniente Barth y el cuerpo del capitán Sreas.

El almirante Ackbar volvió a entrar en la sala familiar con el rostro todavía más sombrío que cuando había salido de ella unos momentos antes. Miró a Leia, que estaba sentada en el suelo, rodeando a Jaina con los brazos mientras le murmuraba palabras de consuelo y esperanza, y supo que aquellas palabras jamás podrían atravesar el muro de angustia que se había elevado alrededor del corazón de Leia.

—Leia... —dijo Ackbar, y carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Podría venir conmigo, por favor? Hay algo que debe hacer, y me temo que no puede esperar.

Leia le dirigió una mirada quejumbrosa cuyo significado no podía estar más claro: «No, por favor... Basta ya». Pero permitió que Winter se llevara a Jaina y siguió a Ackbar hasta el patio.

—¿Ha sabido algo más sobre Han? ¿Han dicho algo los yevethanos?

Ackbar meneó la cabeza y señaló el camino que llevaba hasta la entrada, donde un mensajero esperaba inmóvil al otro lado de la verja.

Leia le lanzó una mirada de incredulidad y echó a caminar por el sendero hasta llegar al androide de seguridad, que permanecía vigilantemente inmóvil junto a la puerta.

—Princesa Leia, he sido enviado por el presidente en funciones del Consejo de Gobierno del Senado para entregarle personalmente esta convocatoria.

Leia alargó la mano y aceptó el sobre que le ofrecía. Mientras lo tomaba, vio a Behn-kihl-nahm aguardando en silencio a un par de metros detrás del mensajero, medio oculto entre las sombras.

—Lo siento —dijo Behn-kihl-nahm, dando un paso hacia adelante—. No he podido hacer nada para impedirlo.

—Deja entrar a Bennie —dijo Leia, volviéndose hacia el androide y retrocediendo para hacerle sitio en el camino—. ¿Quién? ¿Quién ha podido ser capaz de hacerme esto ahora?

El rostro de Behn-kihl-nahm se frunció en una mueca de indecisión, como si no quisiera responder a esa pregunta.

—La convocatoria ha sido solicitada por Beruss.

El viejo amigo de Bail Organa, y el segundo mejor aliado de Leia después de Bennie... El nombre cayó sobre ella con el impacto de un puñetazo e hizo que se tambaleara.

—¿Por qué? —preguntó con voz quejumbrosa.

—Doman opina que ha llegado el momento de que alguien que no esté involucrado de una manera tan personal en todo este asunto empiece a tomar las decisiones —dijo Behn-kihl-nahm con dulzura—. Espera que lo comprendas y que sepas aceptarlo. Teme que puedas actuar... de una manera excesivamente precipitada.

—Así que teme que pueda actuar de una manera excesivamente precipitada, ¿verdad? —Su carcajada estaba teñida de amargura—. Oh, qué bien me conoce... Nada me gustaría más que enviar a la Quinta Flota para que borrara a los yevethanos de la superficie de N'zoth. Pero ¿cómo puedo hacerlo? ¿Acaso puedo hacer algo, Bennie? —preguntó, y su voz suplicaba una respuesta—. Los yevethanos tienen a mi esposo. El padre de mis hijos está en manos de Nil Spaar.